

**I.N.R.I.**  
*JESÚS NAZARENO*  
*REY DE LOS JUDÍOS*

P. MIGUEL ANGEL FUENTES, V.E.

## INDICE

### PRESENTACIÓN

#### PRIMERA PARTE. *JESUCRISTO ¿QUIÉN ERES?*

- I. Jesucristo, la gran contradicción
- II. El retrato de Jesús
- III. El varón perfecto
- IV. Las impresiones de los hombres ante Jesús
- V. La sublimidad del conocimiento de Cristo

#### SEGUNDA PARTE. *JESUCRISTO Y SUS MISTERIOS*

- I. Los misterios de Jesucristo y nosotros
- II. El predestinado
- III. El esperado, el anunciado
- IV. La encarnación
- V. La encarnación como misterio
- VI. ¿Jesús o Emmanuel?
- VII. El Cordero de Dios
- VIII. El tentado
- IX. El predicador
- X. El rechazado
- XI. Jesucristo y los espíritus
- XII. El antifariseo
- XIII. Cristo, varón de dolores
- XIV. La Pasión preanunciada
- XV. Aspectos históricos y bíblicos de la Cruz
- XVI. La Cruz como misterio
- XVII. Era necesario
- XVIII. Resucitó verdaderamente
- XIX. Lo hemos tocado
- XX. Jesús, nuestra víctima pascual
- XXI. Itinerarium Lucis
- XXII. Subió a los cielos
- XXIII. El Viniente
- XXIV. Nadie sabe cuándo

#### TERCERA PARTE. *LA INABARCABLE PERSONALIDAD DE JESUCRISTO*

- I. Verdadero hombre
- II. Verdadero hijo de Adán
- III. Verdadero israelita
- IV. El cumplidor, el hoy de Cristo
- V. El perseguidor
- VI. El que supo amar
- VII. Sumo Sacerdote
- VIII. Varón profeta
- IX. El taumaturgo

- X. El gran perdonador
- XI. Camino, verdad y vida
- XII. El imitable
- XIII. Esposo de la Iglesia
- XIV. El libertador de la libertad
- XV. El orante
- XVI. El Pastor y la Puerta de las ovejas
- XVII. El Hijo del Padre
- XVIII. El Consolador rechazado
- XIX. Alfa y Omega
- XX. La que más se parece a Cristo

## CONCLUSIÓN

## PRESENTACIÓN

### 1. “ESCRIBO TEMBLANDO...”

Se lee en la vida de San Juan de Ávila que entraba éste un día en la iglesia del Convento de Santa Clara, en Montilla, al tiempo que un sacerdote celebraba la Santa Misa en uno de los altares laterales; y observó que lo hacía un tanto de prisa y con poca reverencia. Entonces el santo se acercó al altar y haciendo como quien arreglaba una de las velas torcidas dijo con discreción al oído del celebrante y mirando la Hostia Consagrada: “trátelo Usted bien, que es Hijo de Buen Padre”<sup>1</sup>.

A la hora de ponerse a escribir de ese Hijo de tan Buen Padre, ¿quién no temerá encontrarse lejos de la altura que tal empresa requiere?; ¿quién no recelará de tratarlo indignamente? “Escribo temblando...”, comienza la bellísima carta que el entonces Cardenal Albino Luciani –luego fugaz Papa Juan Pablo I– dirige a Jesucristo en su “Ilustrísimos Señores”: “¿Qué voy a escribirte a Ti, de Ti, después de tantos libros como se han escrito sobre Ti? Por otra parte, tenemos el Evangelio. Como el rayo supera cualquier fuego, y el radio todos los demás metales; como un misil supera en velocidad la flecha del pobre salvaje, así el Evangelio supera todos los libros... Escribo temblando, sintiéndome como un pobre sordomudo que hace enormes esfuerzos para hacerse entender y con el mismo estado de ánimo que Jeremías cuando, enviado a predicar, te decía, lleno de repugnancia: *¡No soy más que un niño, Señor, y no sé hablar!*”<sup>2</sup>.

También yo escribo temblando, aunque también con mucha confianza: temblando porque soy consciente de los límites de quien escribe; confiando en que Aquél de quien escribo llevará a buen termino la obra que Él mismo ha comenzado. No hay aquí una Vida de Jesucristo; tampoco es un tratado de Cristología. Sólo encontrarán algunos pincelazos del misterio más grande que Dios ha querido manifestarnos: el inabarcable misterio de Jesucristo. En esta encrucijada de la Historia, a punto de recordar los dos mil años de su Encarnación, todavía sabemos muy poco del que se encarnó. ¿Sabemos poco? Tal vez sea mucho, pero ¿qué es todo cuanto han dicho los grandes teólogos, los santos innumerables que han predicado de Él, los Padres de la Iglesia, los escritores eclesiásticos de los primeros siglos y los soberanos pontífices, comparado con lo que Él es en realidad?! El objetivo de estas páginas, que no se dirigen a los eruditos sino a los sencillos, es despertar o ensanchar el deseo de saber más de Él. Y como nadie puede querer saber más de Él si Él no pone ese deseo en el corazón, confío profundamente que ese anhelo se verá cumplido. “No lo buscarías si no lo hubieses ya encontrado”, decía Pascal.

### 2. I.N.R.I.

El condenado (*cruciaris*) debía llevar una tablilla con el motivo de la condena, ostentado, de este modo, sus delitos. Esta era llamada “inscriptio”, “titulus”, “tabella”, “titlos”, “pinax”, “aitía”, o “epigraphé”. Unas veces era llevada delante del reo; otras el mismo condenado la llevaba atada al cuello o en su mano. Para que la causa de la condena fuese de todos conocida solía emblanquecerse la tablilla de modo que sobre su fondo pálido los caracteres resaltaran más vigorosamente.

---

<sup>1</sup> Cf. Luis Sala Ballust, *Introducción biográfica*, en: *Obras completas del Santo Maestro Juan de Ávila*, B.A.C., Madrid 1970, t.1, p. 250.

<sup>2</sup> Albino Luciani, *Ilustrísimos señores*, B.A.C., Madrid 1978, pp. 317-318.

Para Nuestro Señor, Pilatos “dictó” –y mandó que se escribiera en hebreo, latín y griego, es decir, para que así fuese reconocido de todo el mundo entonces civilizado– *Iesus Nazarenus, Rex Iudeorum: Éste es Jesús Nazareno, Rey de los Judíos* (Jn 19,19). Cuando los príncipes de los sacerdotes pidieron que modificaran la redacción de modo que se leyera: *él ha dicho ‘Soy el Rey de los judíos’*, el Procurador ratificó su decisión: *Lo escrito, escrito está* (Jn 19,21-22). ¿Tanto había impresionado a Pilatos su diálogo con Jesús?:

–¿Entonces Tú eres Rey?

–Tú lo has dicho, Yo soy Rey... (Jn 18,37).

\* \* \* \* \*

Tal es el título bajo el que he querido reunir algunas reflexiones sobre los insondables misterios de Jesucristo. Inescrutables, inabarcables, plurifacéticos. Todos los misterios de Jesucristo son al mismo tiempo revelación, redención y recapitulación. Estos tres aspectos son esenciales a todo misterio de Cristo<sup>3</sup>.

Son ante todo **Revelación**. Toda la vida de Cristo es revelación del Padre: sus palabras y sus obras, sus silencios y sus sufrimientos, su manera de ser y de hablar. Jesús puede decir: *Quien me ve a mí, ve al Padre* (Jn 14,9), y el Padre: *Este es mi Hijo amado; escuchadle* (Lc 9,35). Nuestro Señor, al haberse hecho hombre para cumplir la voluntad del Padre, nos *manifestó el amor que nos tiene* (1 Jn 4,9) incluso con los rasgos más sencillos de sus misterios.

Los medios que tiene Jesucristo para revelarnos este misterio son muchos. Cada uno muestra algo:

...sus palabras revelan el misterio en sí mismo,

...sus obras revelan el poder, la caridad, la misericordia divina,

...sus silencios, la paciencia divina,

...sus sufrimientos, la medida de su amor,

...su manera de ser, la mansedumbre divina, la majestad, la perfecta serenidad,

...su modo de hablar, el fuego divino, la inteligencia de Dios...

Toda la vida de Cristo es también **Redención**. La Redención nos viene ante todo por la sangre de la cruz, pero este misterio está actuando en toda la vida de Cristo: ya en su Encarnación porque haciéndose pobre nos enriquece con su pobreza; en su vida oculta donde repara nuestra insumisión mediante su sometimiento; en su palabra que purifica a sus oyentes; en sus curaciones y en sus exorcismos, por las cuales *él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades* (Mt 8,17); en su Resurrección, por medio de la cual nos justifica.

Finalmente, toda la vida de Cristo es **Recapitulación**. Todo lo que Jesús hizo, dijo y sufrió, tuvo como finalidad restablecer al hombre caído en su vocación primera. Como escribió San Ireneo: “Cuando se encarnó y se hizo hombre, recapituló en sí mismo la larga historia de la humanidad procurándonos en su propia historia la salvación de todos, de suerte que lo que perdimos en Adán, es decir, el ser imagen y semejanza de Dios, lo recuperamos en Cristo Jesús. Por lo demás, ésta es la razón por la cual Cristo ha vivido todas las edades de la vida humana, devolviendo así a todos los hombres la comunión con Dios”.

---

<sup>3</sup> Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, nn° 515-518.

# PRIMERA PARTE

## *JESUCRISTO ¿QUIÉN ERES?*

“–Señor, confieso en ti al Verbo que, sólo con nombrarlos, creó los cielos y la tierra. Desde mi niñez te he reconocido y admirado en la maravilla de tus obras. Pero sólo me fue dado rastrear por las huellas peligrosas de la hermosura; y extravié los caminos y en ellos me demoré; hasta olvidar que sólo eran caminos, y yo sólo un viajero, y tú el fin de mi viaje...”

–Señor –insiste ahora en su alma–, también confieso en ti al Verbo que, por amor del hombre, tomó la forma del hombre, asumió su infinita deuda y la redimió en el Calvario. Nunca me fue difícil entender el prodigio de tu encarnación humana y los misterios de tu vida y tu muerte. Pero en tristes caminos malogré y ofendí la inteligencia que me diste como regalo...”

*Leopoldo Marechal, Adán Buenosayres, V,III*

## I. JESUCRISTO, LA GRAN CONTRADICCIÓN

“La cuestión [sobre Jesucristo], ha escrito M. Wernle, ocupa a los hombres de nuestra época más poderosamente que a ninguna otra generación”<sup>4</sup>.

Sobre Jesucristo se han dicho muchas cosas. Su existencia, su persona, su figura, su mensaje, su vida, su vigencia, ha ocupado las mentes de los hombres de los dos milenios que nos separan de su nacimiento, hasta tal punto que tal vez alguno se aventuraría a hablar de “obsesión” por Él. ¿Se ha escrito de alguna otra persona tanto como de Él? Más aún, ¿se ha escrito de alguien aunque sea una décima parte de cuanta tinta ha corrido por causa de Él?

Las opiniones sobre Jesucristo han dividido las aguas intelectuales; o mejor, las han remolineado. Sin embargo, no todas tienen el mismo valor. No es mi intención referirme aquí a cuanto han escrito sus entusiastas seguidores. Por Él legiones innumerables de hombres y mujeres han dejado todo: patria, familia, riquezas, cargos, porvenires humanos, salud, e incluso la misma vida. ¿Puede lograr algo así quien no fuese más que hombre? No respondamos por el momento a este interrogante.

También los ha habido que han opinado de Él las cosas más extravagantes. Han dicho que era un loco (Mc 3,21: *Está fuera de sí*; Jn 10,20: *Ha perdido el juicio*), que estaba endemoniado (Mc 3,22: *Está poseído de Beelzebul*; Mc 3,30: *Tiene espíritu impuro*; Jn 7,20: *Tú estás poseído por demonio*), que era un falsario: (Mt 27,63: *Ese impostor... dijo*; Jn 7,12: *engaña a las turbas*); que era un pecador (Lc 7,34: *es un glotón y un borracho*); un blasfemo (Mt 26,65: *ha blasfemado*). También han afirmado que fue un loco psicológico (Ninet-Sanglé), un epiléptico (Rasmussen, poeta danés), un infame (Voltaire), un bufón y un trovador vagabundo, un rebelde, un comunista acérrimo, sólo una anécdota. Sin embargo, estos juicios no se basan en el Cristo que nos describen los Evangelios, ni en el testimonio de quienes lo conocieron de cerca; menos aún pueden armonizarse con los hechos de Jesús, con su psicología, con su personalidad, con sus obras, con sus gestos, con sus frutos. Éstos son juicios pronunciados desde la pasión, la envidia y el odio. ¿No es un Jesús fabricado por sus mismas pasiones, una distorsión de la realidad hecha a gusto de sus rencores?

Ninguno de los “enemigos serios” de Cristo, sus “detractores científicos” o “críticos juiciosos”, ha dado algún valor a estos pareceres denigrantes. Curiosamente por esto mismo tales “adversarios” son los más incoherentes de sus opositores y nos ofrecen –a su pesar– una de las pruebas intelectuales más interesantes sobre la divinidad de Jesucristo. En ellos, pues, quiero detenerme.

### 1. ¿Qué han dicho de Cristo sus “serios detractores”?

Citemos algunos entre los más famosos de los siglos XIX y XX.

El apóstata francés **Joseph-Ernest Renan** (de quien dice la Enciclopedia Británica que, después de la crisis de fe que lo afectó gravemente cuando era seminarista sulpiciano, pasó a profesar una “fe en Dios cuasi-cristiana”) decía: Jesús “... es la más alta regla de la vida, la más destacada y la más virtuosa. El ha creado el mundo de las almas puras, donde se encuentra lo que en vano se pide a la tierra, la perfecta nobleza de los hijos de Dios, la santidad colmada, la total abstracción de las mancillas del mundo, la libertad, el fin”<sup>5</sup>. También ha escrito: “Todos los

---

<sup>4</sup> M. Wernle, *Die quellen des lebens Jesu*, p. I, p. 86; citado por Pablo Buysse, *Jesús ante la crítica*, Ed. Litúrgica Española, Barcelona 1930, p. 301.

<sup>5</sup> J.E. Renan, *Vie de Jésus*, 14; citado por J.A. de Laburu, *Jesucristo, ¿es Dios?*, Ed. Paulinas, Santiago de Chile, 1959, p. 72.

siglos proclamarán que entre los hijos de los hombres no nació ninguno superior a Jesús”<sup>6</sup>. Por supuesto, esto lo dice en las obras en que profesa su fe “cuasi cristiana”.

El modernista y hereje **Alfred Loisy**, escribió: “La divinidad de Jesús no es un hecho de la historia evangélica, cuya realidad se pueda verificar críticamente, sino una creencia acerca de la cual el historiador no puede hacer otra cosa que verificar el origen y el desarrollo... Jesús ha entrado en la historia de los hombres como hombre y no como Dios”<sup>7</sup>. Sin embargo, se ve obligado a reconocer que “se siente en todo, en sus discursos, en sus actos, en sus dolores, un no sé qué de divino, que eleva a Jesucristo, no sólo por encima de la Humanidad ordinaria, sino por encima de lo más selecto de la Humanidad”<sup>8</sup>.

El gran teólogo racionalista y protestante **Adolf von Harnack** reconoce que Jesús “ha puesto a la luz por primera vez, el valor de cada alma humana, y nadie puede deshacer lo que Él ha hecho. Cualquiera que sea la actitud que ante Jesucristo se tome, no se puede menos que reconocer que, en la Historia, es Él quien ha elevado la Humanidad a esta altura”<sup>9</sup>. Y también: “Jesús estaba convencido que conocía a Dios como nadie antes de él lo había conocido, y sabía que su misión consistía en comunicar a los demás, por medio de sus palabras y de sus acciones, el conocimiento de Dios, y por consecuencia, hacerles hijos de Dios. Poseyendo esta conciencia, se consideraba como el Hijo de Dios, y por ello podía decir. ¡Mi Dios y mi Padre!, y en esta invocación hacía entrar algo que no convenía sino a él solo”<sup>10</sup>.

El crítico inglés **John Middleton Murry** ha confesado: “Jesús es el más divino de los hombres”<sup>11</sup>.

**Augusto Sabatier**, que llegó a ser decano de la facultad de teología protestante de París, escribió: “Jesús es el alma más bella que existió jamás: sincera, pura, que ha podido elevarse a una altura a la que nunca el hombre podrá llegar”<sup>12</sup>.

**Pablo Wernle** llega a decir: “Lo desconcertante en Jesús, es que tenía conciencia de ser más que un hombre, guardando, con todo, la más profunda humildad delante de Dios”. “Es del todo imposible el representarse una vida espiritual tal como la de Jesús”<sup>13</sup>.

El más pagano de los poetas modernos, **Wolfgang Goethe** lo llamó: “el hombre divino, el santo, el tipo y el modelo de todos los hombres”<sup>14</sup>. Y también: “Me inclino ante Jesucristo como ante la revelación divina del principio supremo de la moralidad”<sup>15</sup>.

El ultrarracionalista **Strauss** también se vio obligado a reconocer: “En ningún tiempo o lugar alguien podrá, no ya superar sino ni siquiera igualar a Jesús”<sup>16</sup>.

Una de las principales profetizas del teosofismo moderno, **Annie Besant**, ha dejado escrito: “Jesús no era Dios desde su nacimiento. Era un hombre santo, santísimo si se quiere, pero siempre un hombre. Tuvo la fortuna de nacer en un tiempo en que debía encarnarse y manifestarse un hijo de Dios...”<sup>17</sup>.

Y uno de los padres de la revolución francesa y de la moderna concepción de la libertad como libertinaje, **Juan Jacobo Rousseau**, se animó a decir en su *Profesión de fe del vicario saboyano*: “Confieso que la majestad de las Escrituras me sorprende; la santidad del Evangelio

---

<sup>6</sup> Rénan, *Vie de Jésus*, citado por A. Arrighini, *Juicios humanos sobre Cristo*, Ed. Excelsa, Buenos Aires 1947, p. 190.

<sup>7</sup> A. Loisy, *Autour d'un petit livre*, cit. por Arrighini, p. 211.

<sup>8</sup> A. Loisy, *Le Quatrième Evangile*, 1903, cit. por Laburu, p. 73.

<sup>9</sup> A. von Harnack, *Das Wesen des Christentums*, 1091, pp. 33-34; cit. por Laburu, p. 73.

<sup>10</sup> *Ibid.*, cit. por Buysse, p. 303.

<sup>11</sup> J. Middleton Murry, *Jesus Man of Genius*, London and New York, 1926, cit. por Laburu, p. 75.

<sup>12</sup> A. Sabatier, *Esquisse d'une Philosophie de la Religion d'après la Psychologie et l'Histoire*, Paris 1890, cit. por Laburu, p. 75.

<sup>13</sup> P. Wernle, *Die Afänge unserer Religion*, 1901, p. 25, cit. por Laburu, p. 74.

<sup>14</sup> W. Goethe, *Entretien con Eckerman*, vol. III, cit. por Arrighini, p. 216.

<sup>15</sup> W. Goethe, cit. por Laburu, p. 76.

<sup>16</sup> Strauss, *Del passaggio e del permanente nel Cristianesimo*, cit. por Arrighini, p. 190.

<sup>17</sup> A. Besant, *Sapienza Antica*, II, V, cit. por Arrighini, p. 205.

me habla al corazón... Sí, lo sostengo: si la vida y la muerte de Sócrates son las de un sabio, ¡la vida y la muerte de Jesús son las de un Dios!”<sup>18</sup>.

Y podríamos citar a muchos más. En su clásica obra sobre Jesucristo, el gran apologista Leoncio de Grandmaison, S.J., escribía, después de resumir el pensamiento sobre Cristo de los racionalistas Sabatier y Harnack: “Después de éste de Adolf von Harnack, los retratos del Salvador trazados por los teólogos protestantes liberales se han multiplicado. Hemos tenido, sólo en Alemania o en la Suiza alemana, los de Pablo Wernle, Adolfo Jülicher, Guillermo Bousset, Arnoldo Meyer, W. Heitmüller, Enrique Weinel y Rudolf Bultmann. Sólo citamos los escritos que han tenido cierta resonancia. Tal es la hegemonía alemana en el protestantismo liberal, que nombrar a estos autores es ya indicar todo lo que hay de algún valor. Con diversos matices y talento desigual, los autores de estos retratos de Jesús no salen de la línea que les impone su filosofía religiosa: todos admiten que el Maestro nazareno ha rebasado la estatura común de la humanidad, que ha inaugurado la vida religiosa verdaderamente pura, y que por estos títulos se le puede tener como un ‘profeta’, y un héroe del orden espiritual. Pero ninguno admite la divinidad del Señor en el sentido tradicional de esta palabra. Casi todos se refugian en la admiración de la ‘personalidad’ de Jesús insistiendo en su carácter sublime, en su sentido de la realidad”<sup>19</sup>.

Precisamente por esta razón todos ellos quedan encerrados en un círculo asfixiante: aceptan un Cristo extraordinariamente grande, que no es Dios...

## 2. ¿Y qué dijo Jesucristo sobre sí mismo?

Confrontemos ahora estos juicios sobre Jesús, con sus propias afirmaciones y con su propia conciencia. Jesucristo, ¿quién creía ser?<sup>20</sup>. ¿Qué dijo de sí mismo?

Hay que reconocer que sus afirmaciones en ningún sentido pueden considerarse ambiguas. Sin entrar en grandes detalles, leyendo con serenidad los Evangelios, podemos darnos cuenta perfectamente de que:

**1º Jesús se tomaba atribuciones divinas:** mandando las tempestades, llamando a la vida a los muertos, perdonando los pecados de los hombres, siempre en primera persona; nunca manda u ordena en nombre de Dios sino siempre en nombre propio: *Niña, yo te mando, levántate* (Mc 5,41); *Mujer, yo tampoco te condeno, vete y en adelante no peques más* (Jn 8,11).

**2º Jesús legislaba como Dios:** ningún profeta del Antiguo Testamento, se hubiera atrevido a decir como Él en el Sermón de la Montaña: *Habéis oído que se dijo... pero yo os digo* (Mt 5,37).

**3º Jesús exigía ser amado como Dios:** *El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí. El que... pierda su vida por mí, la encontrará* (Mt 10,37-39).

**4º Jesús prometía cosas propias de Dios:** *Hoy estarás conmigo en el Paraíso* (Lc 23,43); *Veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir entre las nubes del cielo* (Mc 14,62).

**5º Jesús afirmaba su unidad con el Padre proclamándose Dios:** *Nadie conoce al Hijo sino el Padre y nadie conoce al Padre sino el Hijo* (Mt 11,27); *Yo y el Padre somos una sola cosa* (Jn 10,30); *Que sean uno, Padre, como tú estás en mí y yo en ti* (Jn 17,21).

Las expresiones del Evangelio relativas al yo de Cristo son tan enérgicas y categóricas, tan vivas y eficaces, que no se puede pensar en un hiato entre lo humano y lo divino, ha dicho un

---

<sup>18</sup> J.J. Rousseau, *Profesión de fe del vicario saboyano*, cit. por Arrighini, p. 190.

<sup>19</sup> L. de Grandmaison, *Jesucristo*, Ed. Litúrgica Española, Barcelona 1941, p. 371-372.

<sup>20</sup> Cf. François Dreyfus, *Gesù, sapeva d'essere Dio?*, Ed. Paoline, Milano 1985.

gran teólogo<sup>21</sup>. Reléanse los textos en que Jesucristo pronuncia el monosílabo “yo” con acento humano que descubre un grito divino: *Habéis oído que se dijo a los antiguos: no matarás... no fornicarás... no serás perjuro... Yo, en cambio, os digo* (Mt 5,21ss). Para los hebreos la ley de Yahvéh era intangible como el templo, como el sábado; Jesús se declara reformador de la ley, superior al templo y al sábado: *Pues yo os digo que hay aquí algo mayor que el templo... el Hijo del hombre y Señor del sábado* (Mt 12,6-8). Lenguaje inaudito, que en aquel ambiente sería absurdo si Jesús hablase como persona humana, aunque fuese santa. No se puede explicar como mero énfasis la expresión: *Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6); o esta otra: *Yo soy el pan viviente, el que del cielo ha bajado; quien comiere de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo* (Jn 6,51). Nótese el cambio de atributos humanos y divinos en relación al mismo yo que habla. En el duelo con los fariseos descrito por San Juan en el capítulo 8 de su Evangelio, la figura de Cristo se recorta con gigantescas líneas sobre el fondo oscuro de las inicuas maniobras de sus miserables adversarios: *Yo soy la luz del mundo... Yo no estoy solo, sino que estamos yo y el Padre que me ha enviado... Vosotros sois de aquí abajo, yo soy de allá arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo... Abraham, vuestro padre, se alegró de ver mi día... Antes que Abraham fuese hecho, soy yo* (cf. Jn 8,12.16.23.56-58).

En el último inciso, de un alcance inmenso, resuena la palabra de Yahvéh a Moisés: *Yo soy el que es* (Ex 3,14). ¿Cómo es posible reducir a proporciones humanas un yo que habla con este lenguaje divino? Este yo que se declara una sola cosa con el Padre que está en los cielos (cf. Jn 10,30) afirma con simplicidad desconcertante: *Yo he salido de Dios. Salí del Padre y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo y me voy al Padre* (Jn 16,27-28).

Y nótese que en todas estas expresiones, como en otras innumerables registradas por el Evangelio, Jesús pronuncia el monosílabo “yo” con atribuciones humano-divinas sin el mínimo esfuerzo, sin incertidumbre; al contrario, con una serenidad y una simplicidad impresionantes, que no se explican sin una perfecta y profunda conciencia de sí.

En síntesis, resumiendo los principales pasajes del Evangelio resulta que Jesucristo dijo que Él y el Padre (celestial) son una misma cosa (cf. Jn 17,21), que sólo Él conoce al Padre porque procede de Él (cf. Mt 11,27), que Él existía antes que Abraham (cf. Jn 8,58), que Él era mayor que Salomón (cf. Lc 11,31), más grande que el mismo David, de quien es “señor” (cf. Mt 22,42-45), y más que los profetas como Jonás (cf. Lc 11,32), que al final de los tiempos volvería para juzgar a los vivos y los muertos revestido de gloria y majestad (cf. Mt 26,64), que podía perdonar los pecados de los hombres (cf. Mt 9,2-5), etc. Es más, cuando Caifás le preguntó: *Dinos de una vez por todas si eres el Cristo, el Hijo del Dios*, Jesús responde: *Sí, tú lo has dicho* (Mt 26,63-64). Y prefirió morir en la Cruz antes que retractar estas palabras.

Se podrá no creer en las palabras de Cristo; pero no se puede dudar de cuáles son las palabras de Cristo respecto de Sí mismo.

### 3. ¿Cómo conciliar a Cristo y a sus críticos?

Jesucristo creyó y dijo ser Dios. Eso es indudable. Sus críticos dicen que no lo era, aun concediéndole todo cuanto ellos creen que le pueden conceder. ¿Quién tiene razón? Si la tiene Jesús, entonces era, y es, Dios. Si la tienen sus adversarios, entonces... o bien era un mentiroso, o bien un pobre iluso. No caben más posibilidades. Sólo tres. Este ha sido llamado el “trilema” sobre Jesucristo: o loco, o criminal... o Dios.

La primera posibilidad es que Jesucristo haya sido un **mentiroso**. En tal caso Jesús habría engañado a sus contemporáneos y a todos los que creerían en Él durante siglos, diciendo algo de cuya falsedad Él era consciente. Estaríamos, en tal caso, ante una personalidad moralmente

---

<sup>21</sup> Cf. Pietro Parente, *La psicología de Cristo*, Herder, Barcelona 1964, pp. 78-80.

inicua. Un **impostor**, un falsario que engañó a hombres y mujeres haciéndose pasar por Dios, y exigiéndoles que abandonaran todo por Él, que renunciaban a todo por Él, a sus familias, a sus bienes, a sus padres e hijos, a su felicidad humana, incluso a la propia vida. Sería entonces el principal y el único responsable de miles y millones de “inútiles martirios”, del marchitarse de incontables vidas en las soledades del desierto; sería el supremo responsable de las innumerables vidas que abrazaron la penitencia, el celibato, la pobreza, etc., para intentar alcanzar una colosal ilusión inventada por Él. Estaríamos en presencia de una personalidad cargada de una peculiar y rara malicia.

Pero ¿estamos ante un tal personaje? ¿Fue así Jesús de Nazaret? No nos permiten pronunciar semejante juicio ni siquiera sus propios adversarios. Por el contrario, para ellos Él fue la persona más alta moralmente, la más pura idea de humanidad, la rectitud personificada, un “casi-dios”, como se desprende de los testimonios más arriba citados.

Entonces cabría la posibilidad de que se haya engañado a sí mismo ¡pensando ser Dios! En tal caso estaríamos ante una personalidad psicológicamente desequilibrada. Un paranoico con delirios de grandeza. Un enfermo afectado por “ideas delirantes expansivas” que lo llevaban a creerse Mesías, Redentor del género humano, e incluso Dios mismo, Hijo de Dios por naturaleza. Si no tenía culpa de su propio engaño, estaríamos frente a un buen hombre, irresponsable de sus afirmaciones, pero en el fondo siempre un enfermo. En suma, un pobre loco, tan iluso como aquel Simón que creyéndose pájaro se arrojó desde la torre para volar y terminó estrellándose contra los duros adoquines de la calle.

Pero ¿fue tal nuestro Jesús de Nazaret? Sus mismos críticos tampoco nos permiten sostener esto. Al contrario, para ellos Él fue la persona más equilibrada de la humanidad: en Él, dicen, la psicología humana alcanzó el grado más alto de serenidad y armonía intelectual, volitiva y afectiva. Modelo de todo hombre. Hemos recordado antes estos testimonios.

Pero... si sus críticos no nos dejan decir que se engañó a sí mismo, ni que engañó a sus contemporáneos y sucedáneos... nos obligan a confesar que cuanto Él creyó y enseñó sobre Sí mismo era verdad y la más pura verdad... Y Él creyó y dijo, como ya hemos mostrado, que era Dios. Entonces, para usar las palabras del célebre apologista que fue José Antonio de Laburu, S.J.: “Señores, la respuesta es vuestra. Pensadla. Señores, sois hombres; ¡pensad!”<sup>22</sup>.

---

<sup>22</sup> J.A. de Laburu, *op. cit.*, p. 84.

## II. EL RETRATO DE JESÚS<sup>23</sup>

Sólo podemos saber cómo era Jesucristo por lo que nos dicen los Evangelios. Para muchos los libros santos son en esto muy parcos. Por el contrario, hay en ellos mucho más sobre la realidad humana de Nuestro Salvador de cuanto parece a primera vista. Y cuanto nos dicen los Sacros Biógrafos nos trazan una figura que para unos causa sorpresa, para otros fascinación y para todos admiración y, en cierto sentido, desconcierto.

### 1. El cuerpo de Jesucristo

San Juan dice en el prólogo de su Evangelio: *Verbum caro factum est, el Verbo se hizo carne* (Jn 1,14). Es una frase de un enorme realismo. San Pablo hablará en sus cartas de un modo equivalente al escribir *Homo Christus Iesus, a;nqrwpoj Cristo.j Vlhsou/j (Anthropos Xristòs), el Hombre Cristo Jesús* (1 Tim 2,5). Aun habiendo sido formado milagrosamente en el seno de la Virgen por obra del Espíritu Santo, poseía un cuerpo real, verdadero, semejante al nuestro. “Cristo no es absolutamente nada ideal; nada simbólico; es totalmente realidad”, ha escrito con justeza Romano Guardini<sup>24</sup>.

Por los relatos evangélicos podemos vislumbrar que Jesús tenía una constitución física singularmente perfecta. La incesante actividad durante su vida pública, sus incontables privaciones, su predicación de todos los días, los períodos enteros que pasaba sin reposo, etc., exigían un gasto considerable de fuerzas físicas y, por lo tanto, un cuerpo sano y robusto. Nunca dan a entender, ni siquiera permiten sospechar, sus Evangelistas que padeciera enfermedad alguna. Sin embargo, sí afirman que conoció el hambre (cf. Mt 4,2; Mc 3,20), la sed (cf. Jn 4,7; 19,28), la necesidad del sueño (cf. Mt 8,24), la fatiga tras el largo caminar (cf. Jn 4,6), estuvo sujeto a la muerte y su vista anticipada le causó viva repugnancia (cf. Mt 26,37-42).

En noticias incidentales, los evangelistas nos recuerdan algunas de sus actitudes y gestos. Nos dicen que a veces hablaba a las muchedumbres de pie (Jn 7,37), otras sentado (Mt 5,1) y a veces –cuando comía– reclinado en un diván, según costumbre de entonces (Lc 7,37ss). Solía rezar de rodillas (Lc 22,41) o postrado totalmente en tierra (Mc 14,35). Los gestos más frecuentemente descritos por los evangelistas son los de sus manos, que parten los panes para distribuirlos (Mt 14,19), que toman el cáliz consagrado y lo pasan a sus discípulos (Mt 26,27), que abrazan y bendicen a los pequeñuelos (Mc 10,16), que toca a los enfermos (incluso a los leprosos) para curarlos (Mc 1,31; Lc 5,13), que alza a los muertos (Lc 8,54), que azota a los vendedores del Templo y vuelca las mesas de los cambistas de monedas (Jn 2,15), que lavan los pies de los apóstoles (Jn 13,5).

A veces nos hablan de los movimientos de todo su cuerpo, como cuando se inclina a levantar a Pedro que se hunde en las aguas (Mt 14,31), cuando se agacha a escribir con su dedo en el suelo frente a los acusadores de la mujer adúltera (Jn 8,8), cuando vuelve la espalda a alguno de sus interlocutores para demostrar su descontento (Mt 16,23). El más conmovedor de todos es el que hace en la cruz, cuando, inclinando su cabeza expiró.

Los evangelistas también nos han guardado algunos gestos de los ojos de Jesús que exteriorizaban sus sentimientos íntimos. A Pedro, cuando lo vio por vez primera, lo miró de hito en hito, es decir, fijó su vista en él como para leer hasta el fondo de su alma (Jn 1,42); más profundamente lo miró la noche de un jueves para mover su corazón después de sus negaciones (Lc 22,61). Con particular ternura miró al joven rico (Mc 10,21). A veces gustaba mirar a sus seguidores con la mirada que usan los grandes oradores al comenzar a predicar,

---

<sup>23</sup> Cf. L.Cl. Fillion, *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, Ed. Fax-Poblet, Madrid-Buenos Aires, 1949, T.I, pp. 303-338; Romano Guardini, *Realidad humana del Señor*, Ed. Guadarrama, Madrid 1966.

<sup>24</sup> R. Guardini, *op. cit.*, p. 190.

como abarcando todo el auditorio (Lc 6,20). En sus ojos no sólo brillaba la dulzura, sino también en oportunidades podía verse el resplandor de una santa cólera (Mc 3,5). Con ellos lloró sobre Jerusalén (Lc 19,38) y también miró con tristeza por última vez los atrios del Templo antes de partir para su muerte (Mc 11,11).

¿Cómo era su voz? Anticipadamente dijo de Él Isaías: *He aquí mi siervo, que yo he escogido; no contendrá, ni voceará, ni oírán ninguno su voz en las plazas públicas* (Is 42 1-3; Mt 12,16-21). Era firme y severa cuando tenía que dirigir un reproche (Mt 16,1-4) o intimar una orden cuyo cumplimiento exigía con especial empeño (Mc 1,25). Terrible para pronunciar un anatema (Mt 25,41); irónica y desdeñosa si quería (Lc 13,15-16), alegre (Lc 10,21), triste (Mt 26,38) o tierna (Jn 19,26), según las muchas circunstancias de su vida.

Su aspecto y apariencia externa no lo conocemos, pero podemos pensar acertadamente que tendría el “tipo” de su pueblo. Santo Tomás comentando el Salmo 44 dice simplemente: “tuvo en sumo grado aquella belleza que correspondía a su estado, la reverencia y la gracia del aspecto; de tal modo que lo divino irradiaba de su rostro”<sup>25</sup>. Unamuno lo describe cifrándolo en dos versos<sup>26</sup>:

Tu cuerpo de hombre con blancura de hostia  
para los hombres es el evangelio.

## 2. El alma de Cristo

Jesucristo habla a veces de su alma: *Mi alma está turbada* (Jn 12,27), *El Hijo del hombre vino a dar su alma como rescate de muchos* (Mt 20,28). Los evangelistas se refieren a ella a veces diciendo que Jesús conoció *en su espíritu* los pensamientos secretos de los hombres (Mc 2,8), *gimió en su espíritu* (Mc 8,12), etc.

Si observamos la **sensibilidad del alma de Jesús** veremos que experimentó la mayor parte de nuestras afecciones, alegres o tristes, dulces o amargas, pero en especial las dolorosas. A pesar de lo cual, sucediese lo que sucediese, en el fondo de su alma reinaban siempre serenidad y alegría. La paz que se complacía en desear a sus apóstoles (Lc 24,36) la poseyó Él plenamente y de continuo. Aunque a veces los evangelistas anoten que sintió cierta turbación, lo vemos siempre enteramente dueño de sus impresiones, como, por ejemplo, en Getsemaní. Nunca manifiesta duda. Nunca pierde la calma, ni cuando los endemoniados interrumpían sus discursos (Mc 1,22-26), ni cuando sus adversarios lo insultaban groseramente (Mt 9,3) ni cuando intentaban poner sobre Él sus manos (Lc 4,28). Su vida pública estuvo llena de trances difíciles, inquietantes, peligrosos; pero Él nunca perdió la tranquilidad. No lo afectaron las aclamaciones populares (como al entrar triunfante en Jerusalén) ni las condenas del populacho (como cuando la turba pidió su muerte).

Tuvo una gran sensibilidad: sintió profundamente el dolor, la alegría, la tristeza. Se admiró grandemente y saltó de júbilo al ver la fe de los pequeños y las revelaciones que su Padre hace a los humildes (cf. Lc 10,21).

Su **fisonomía intelectual** es apabullante. Tiene una lucidez única. Su predicación es diáfana, directa. Sus parábolas son un género único, perlas de la literatura humana. El contenido de sus dichos sorprende por la altura, la penetración, la sobrenaturalidad. No menos asombrosa es la “pedagogía” de Cristo: es significativo cómo fue llevando a sus discípulos (algunos romos pescadores) a aceptar y entender los misterios más grandes de nuestra fe (su filiación divina, la trinidad de Personas, la unidad de Dios, el misterio de la inhabitación trinitaria, de la gracia, el Reino de Dios, etc.). Su oratoria demuestra una grandeza de pensamiento inigualable. Por ejemplo, aquellas palabras que dirige a la muchedumbre hablándoles de Juan Bautista: *¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el*

---

<sup>25</sup> Santo Tomás, *Comment. In Ps. XLIV.*

<sup>26</sup> Miguel de Unamuno, *El Cristo de Velázquez*, “Ecce homo”.

viento? ¿Qué salisteis a ver, si no? ¿Un hombre elegantemente vestido? ¡No! Los que visten con elegancia están en los palacios de los reyes. Entonces ¿a qué salisteis? ¿A ver un profeta? Sí, os digo, y más que un profeta. Este es de quien está escrito: He aquí que yo envío mi mensajero delante de ti, que preparará por delante tu camino. En verdad os digo que no ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista; sin embargo, el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que él (Mt 11,7-11). ¿Cómo no escuchar atónitos elocuencia tal? Además, sabía, como ninguno, apelar a las imágenes vivas, conocidas por sus oyentes: el soplo rápido y misterioso del viento (Jn 3,8), la fuente de agua viva (Jn 4,10), el vaso de agua fresca (Mt 10,42), el labrador que guía el arado (Lc 9,62), el hombre fuerte y armado que cuida su casa (Lc 11,21), los servidores que con la lámpara en la mano esperan la venida de su señor (Lc 18,35), el ciego que guía a otro ciego (Lc 6,39), etc. Sabía poner sobrenombres apropiados: a Simón, *Cefas* “piedra”, a Juan y Santiago, *Boanerges*, “hijos del trueno”. Sus consejos y réplicas eran penetrantes y dejaban sin voz a sus adversarios, como repetidamente nos señalan los evangelistas.

Su **fisonomía moral** responde más que adecuadamente a la profecía del ángel a la Virgen: *Lo que nacerá de ti será santo* (Lc 1,35). Brillan en Él todas las virtudes: la paciencia, la caridad, la obediencia, la humildad, la fortaleza, la templanza, la justicia. De su espíritu de abnegación y sacrificio dice San Pablo: *Christus non sibi placuit*, Cristo no buscó contentarse a Sí mismo (Rom 15,3). En Él contemplamos el más hermoso ejemplo de castidad, de pobreza (nació en una familia de pobres, vivió como pobre y murió como pobre), de obediencia. *No cometió pecado, ni en su boca se encontró engaño*, dice San Pedro hablando de Él (1 Pe 2,22), y lo mismo el autor de la Carta a los Hebreos (Hb 4,15). Proclamaron su inocencia el mismo Pilato lavándose las manos para no ser culpable de derramar su sangre (Mt 27,24), y el mismo Judas que lo entregó (Mt 27,4). Por eso, el mismo Cristo puede atreverse a decir a sus enemigos: ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? (Jn 8,46); por cuanto sepamos, ninguno de ellos se atrevió a hablar. Por el contrario, muchas veces debieron reconocer sus virtudes, como cuando los fariseos envían sus discípulos a preguntarle sobre el tributo del César y comienzan confesando la “autoridad moral” de su enseñanza: *Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas el camino de Dios en verdad sin hacer acepción de personas* (Mt 22,16).

Por sobre todas las cosas, sabía amar a lo grande. Tuvo muchas amistades y muy profundas (sus apóstoles, María, Marta y Lázaro; sus amigos escondidos como José de Arimatea y Nicodemo, etc.). Juan era llamado *el discípulo que Jesús amaba* (Jn 13,23), y a él lo hace recostar sobre su pecho en la Última Cena. Sabía enamorarse rápidamente de un alma limpia, como hace con el joven rico: *Jesús lo miró y lo amó* (Mc 10,21). Amó a los niños (Mc 9,35-36). Amó a los suyos hasta el extremo de dar la vida por ellos (Jn 13,1ss), cumpliendo así lo que Él mismo había dicho: *Nadie tiene mayor amor que quien da su vida por sus amigos* (Jn 15,13).

Además de tener la perfección de la naturaleza divina, Jesús fue también plenamente humano, plenamente hombre como nosotros. Y ya en su misma naturaleza humana ha excedido a todo hombre. ¿Quién podrá igualarlo? Ha hecho bien Guardini al hablar de “la absoluta diversidad de Jesús”<sup>27</sup>. Es enteramente como nosotros, y también es enteramente diverso de nosotros. Fue un hombre –fue “el” hombre o “el Hijo del hombre” como se autodefinía Él–, pero al mismo tiempo, ningún hombre obró como Él, ningún hombre habló como Él, ningún hombre amó como Él, ningún hombre sufrió como Él.

Debía ser muy fácil enamorarse de Jesucristo. Quien llega a conocerlo profundamente no puede evitarlo; y por eso Lope cantó:

“No sabe qué es amor quien no te ama...”.

---

<sup>27</sup> R. Guardini, *op.cit.*, p. 167.

### III. EL VARÓN PERFECTO<sup>28</sup>

¿Quién no querría penetrar en la vida interior de Jesucristo, en su vida espiritual? ¿Quién no desearía conocer su modo de sentir las cosas, de experimentar lo humano, de gustar y de sufrir la realidad? Pero nos excede; nos permanece oculto y velado; tal vez Dios lo haya dispuesto así para no encandilarnos y enceguecernos con un resplandor superior a nuestra capacidad. Sin embargo, si escudriñamos en los Evangelios la personalidad de Cristo, veremos que ésta se nos presenta como la del **hombre perfecto**, o mejor todavía, como la del **varón ideal**, tomando **varón** en su sentido original: *vir*, hombre, fuerza, energía.

#### 1. Varón fiel a la misión de su vida

“Todo hombre espiritualmente sano lleva en sí una elemental necesidad de estar aquí para algo o para alguien”, dice Bichlmair. En este mundo de confusiones, de extravíos, de vacíos espirituales, de vidas sin sentido, Jesucristo sabe que su vida tiene un sentido, una dirección, una misión; en definitiva, tiene conciencia de una “vocación”, un llamado. Esa misión está siempre delante de sus ojos, y de ella saca fuerza para arrostrar las adversidades, el cansancio, el agotamiento, las persecuciones...

Jesús es un hombre **seguro de vocación**; no titubea; sabe que está en el camino cierto. Sabe para qué ha venido y lo cumple; desde los primeros años de vida: *¿No sabíais que yo debo ocuparme de las cosas de mi Padre?* (Lc 2,49); *Era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés, en los profetas y en los Salmos* (Lc 24,44). Así podrá decir al final: *¡Todo está cumplido!* (Jn 19,30).

Jesús es consciente de que su misión es un llamado del Padre y por ello es absolutamente fiel a Él. El Apocalipsis lo llama *Rey de reyes y señor de señores*. Eso principalmente se ve en el modo de posponer todo a la Voluntad de su Padre. Él es quien le encarga “su” misión y por eso la llevará a cabo hasta los últimos detalles: *No pretendo hacer mi voluntad, sino la de Aquel que me envió* (Jn 5,30). Al mismo tiempo Jesús es dócil enteramente a la acción del Espíritu Santo que le “inspira” el modo inmediato en que su misión-vocación debe ir desenvolviéndose: *El Espíritu lo arrebató*, dice San Marcos (Mc 1,2), cuando habla de la ida de Jesús al desierto; *fue conducido por el Espíritu al desierto*, dice San Lucas (Lc 4,1).

Nunca tuvo la menor duda o inseguridad sobre el **contenido** de su misión. Se tuvo a Sí mismo por el Mesías prometido y enviado y por verdadero Hijo de Dios que venía salvar al mundo. Sabía que había venido a “servir” y a “rescatar”: *El Hijo del nombre no vino a ser servido sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos* (Mt 20,28); *El Hijo del hombre no vino a perder las almas sino a salvarlas* (Lc 9,56); *No vino a llamar a los justos sino a los pecadores* (Mc 2,17).

Es fiel a su misión venciendo obstáculos, cansancios, desganos; caminante incansable, predicador incansable, benefactor incansable... Fue enviado a crear un Reino espiritual y lo hizo, a costa de su sangre.

#### 2. Varón perfecto frente a la mujer

Jesús fue hombre **perfecto**; *tomado de entre los hombres*, dice la carta a los Hebreos (Hb 5,1); santificó y consagró a Dios completamente su virilidad.

Conoció la nobleza del **matrimonio** y la estimó más que sus contemporáneos. Por eso repudió el **divorcio** (cf. Mt 19,8), y habló como ninguno de la grandeza de la unidad matrimonial (cf. Mt 19,4ss). Integró a la mujer en la obra de su salvación, dejando que fuera su Madre la que

---

<sup>28</sup> Cf. J. Bichlmair, *Jesús el varón ideal*, Ed. del Seminario metropolitano, Bs.As. 1951; Romano Guardini, *op.cit.*

consiguiera, con sus oraciones, el primer milagro hecho en Caná de Galilea y precisamente en unas bodas, es decir, en la consagración del amor humano entre un hombre y una mujer. Dejó que un grupo de buenas mujeres lo acompañaran, ayudándolo, en sus jornadas misioneras por tierras de Israel (cf. Lc 8,1). No se avergonzó de brindar un afecto viril a algunas en particular: *Jesús tenía particular afecto a Marta, y a su hermana María y a Lázaro* (Jn 11,5). Con las mujeres fue delicado hasta el extremo. Así, agonizante, se preocupó del desamparo de su madre y la encargó a Juan (Jn 19,25); y un poco antes, caminando hacia el Calvario se preocupó por las mujeres que lloraban por Él y las consoló: *Le seguía una gran muchedumbre del pueblo y de mujeres, que se herían y lamentaban por Él. Vuelto a ellas Jesús dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos, porque días vendrán en que se dirá: Dichosas las estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no amamantaron...* (Lc 23,27-29).

Sobre todo mostró su caballerosidad al defenderlas: defiende a la pecadora que lava sus pies en casa del fariseo que se escandaliza de ella y piensa mal (cf. Lc 7); defiende y salva la vida de la adúltera que los judíos quieren apedrear en el atrio del Templo (cf. Jn 8); defiende a María de Betania de las murmuraciones de Judas (cf. Jn 11). Escribe a este propósito Castellani: “Hay un exquisito drama discretamente velado detrás de estos episodios sueltos, y su hilo psicológico es visible. Cristo se dio el lujo de salvar a una mujer, que es la hazaña por antonomasia del caballero; no sólo salvarle la vida, como San Jorge o Sir Galaad, sino restablecerla en su honor y restituirla perdonada y honorada a su casa, con un nuevo honor que solamente Él pudiera dar. En la caballería occidental, los dos hechos esenciales del caballero son combatir hasta la muerte por la justicia y salvar a una mujer:

*defender a las mujeres  
y no reñir sin motivo,*

que dice Calderón... Cristo hizo los dos; y siendo Él lo más alto que existe, su ‘dama’ tuvo que ser lo más bajo que existe; porque sólo Dios puede levantar lo más bajo hasta la mayor altura; que es Él mismo. Cristo ejerció la más alta caballería”<sup>29</sup>.

### **3. Varón perfecto ante Dios**

Por encima de todas las cosas, Jesús tiene constantemente presente el valor absoluto de Dios, ante el cual todos los demás bienes deben posponerse. Por eso repite una y otra vez la valía de Dios. Lo hace de muchos modos y por todos los caminos posibles. A veces recordando el primer precepto del Antiguo Testamento: *Escucha Israel: el Señor Nuestro Dios es el único Señor* (Mc 12,29).

También, recordándoles a los hombres la infinita bondad divina, como cuando afirma ante el joven rico: *Uno solo es bueno: Dios* (Mc 10,18). Por el mismo motivo busca que los hombres confíen en la infinita y constante Providencia de Dios (cf. Mt 6,25-34) y que den todo su corazón a Dios: *Amarás al Señor Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu ser* (Mc 12,29). Por eso busca para Dios adoradores en espíritu y en verdad (cf. Jn 4,22).

La virilidad de su relación con Dios se manifiesta de modo singular en sus diálogos íntimos con el Padre Celestial. De éstos no tenemos muchos testimonios, porque Jesús los velaba con su silencio y ocultamiento. Se retiraba noches enteras para hablar a solas con el Padre. Pero a veces deja escapar algunos destellos y es entonces que escuchamos de sus labios palabras de amor entrañable en que llama a Dios *Padre Nuestro, Padre mío* (cf. Mc 14,36; Mt 11,25).

### **4. Varón perfecto en la lucha**

---

<sup>29</sup> Leonardo Castellani, *El Evangelio de Jesucristo*, Ed. Dictio, Buenos Aires 1977, p. 43.

Jesucristo luchó y mucho. Verdaderamente su vida fue milicia en este mundo.

Jesús luchó **contra su tiempo**. La época que eligió para su obra redentora estaba cargada de tensiones, problemas; saturada de desconfianzas. Sin embargo, es la que elige para su empresa. Pilatos lo desprecia, Herodes quiere matarlo (cf. Lc 13,31). No se echó atrás. Le tocó un tiempo ávido de milagros y prodigios, porque sus contemporáneos estaban desilusionados de sus gobernantes y sacerdotes; por eso lo aclamaron al verlo dominar la naturaleza (resucitar muertos, caminar sobre las aguas, calmar tempestades), lo buscaron en las curaciones, quisieron hacerlo rey cuando multiplicó el pan. Pero Él no se rindió a ninguna popularidad, ni se dejó embriagar por las ovaciones. Tampoco se amedrentó por la venganza de los que se alejaron de Él desilusionados cuando empezó a predicar un Reino Espiritual y una conquista crucificada. Estuvo por encima de todas estas cosas.

Jesús luchó **contra los envidiosos**. Fue como pocos hombres sobre la tierra objeto de envidias, celos y odios. En el Sermón de la Cena, él se aplica las palabras del Salmo 69: *Me aborrecieron sin motivo* (cf. Jn 15,25). Lo persiguieron los fariseos, los saduceos, algunos escribas, el pueblo pidió su muerte, se lo canjearon Pilatos y Herodes, fue sentenciado a muerte por el Sanhedrín y por el poder romano. Chocó contra la dureza de los corazones incrédulos de los que dijo: *Son ciegos que guían a otros ciegos* (Mt 15,14). A pesar de las amenazas, pudo decir en sus últimos interrogatorios: *Yo he predicado públicamente, delante de todo el mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, adonde concurren todos los judíos, y nada he hablado en secreto...* (Jn 19,18).

Por esto ¿quién puede extrañarse de que un centurión romano, soldado y verdugo por oficio, acostumbrado a castigar y crucificar, pero también profundamente conocedor de la valía de un hombre, admirador de la virilidad de los luchadores, exclamase ante la cruz: *Verdaderamente éste hombre era Hijo de Dios* (Mc 15,39)?

En fin, la personalidad intelectual y moral de Cristo es por sí misma, un argumento que prueba la verdad de sus testimonios sobre su misión y su filiación divina; es más, su personalidad constituye un verdadero milagro de sabiduría y santidad sobrenaturales. Por eso podía escribir aquel gran poeta catalán que fue Jacinto Verdguer:

Jesús, Jesús, oh sol de ma alegría,  
Si'l mon vos conegués  
Com girassol amant vos voltaría,  
De vostres ulls sospés...  
Que beu en vostre pit may s'assedega,  
Jesús sempre estimat;  
¡Oh! Quan serà que jo a torrents hi bega  
Per una etèrnitat!

Jesús, Jesús, ¡oh sol de mi alegría!  
Si el mundo te pudiese conocer  
¡Como un girasol se volvería  
para poderte ver!  
Quien en tu pecho el agua de amor prueba,  
Queda de amor saciado.  
¡Cuándo será que a torrents allí beba  
sin fin, mi bien amado!

## IV. LAS IMPRESIONES DE LOS HOMBRES ANTE JESÚS

Que Nuestro Señor es signo de contradicción se pone de manifiesto a cada paso en los Evangelios; basta para comprobarlo observar las distintas reacciones de los que rodeaban a Jesús frente a su doctrina y obra. ¿Qué despertaba Cristo?

### 1. Para algunos despertaba curiosidad...

Como Herodes durante la misión pública de Cristo: *¿Quién puede ser éste de quien oigo tales cosas? Y deseaba verle* (Lc 9,9). Más tarde, ya durante la Pasión: *Viendo Herodes a Jesús, se alegró mucho, pues desde hacía mucho tiempo deseaba verlo, porque había oído hablar de Él y esperaba ver de Él alguna señal* (Lc 23,8).

### 2. Había quienes se atemorizaban...

Descubrían en Él y en sus obras portentosas el claro fulgor de la divinidad; esto los anonadaba. Lo vemos, por ejemplo, en:

–El temor de Pedro con ocasión de la pesca milagrosa: *Señor, apártate de mí que soy un hombre pecador* (Lc 5,8).

–El temor de la plebe al verlo curar al endemoniado de Cafarnaúm: *Quedaron todos pasmados* (Lc 4,36).

–El temor de los discípulos al contemplarlo calmar la tempestad: *sobrecogidos de gran temor* (Mc 4,41).

–El temor de los gerasenos cuando los puercos reciben a los demonios y se precipitan en el mar: *Temieron... Y pusiéronse a rogarle que se alejase de sus contornos* (cf. Mc 5,15.17).

### 3. Otros le responden con la incomprensión...

Basta recordar, entre tantos episodios:

–La incomprensión de Pedro ante la predicación de la Cruz, ¡y esto tiene lugar pocos instantes después de haberlo confesado como Mesías! (cf. Mt 16,23).

–La incomprensión de sus familiares que lo creen fuera de sí, es decir, loco (cf. Lc 22,24; *está fuera de sí*: Mc 3,21).

–La incomprensión de sus discípulos al verlo hablar con la mujer samaritana (cf. Jn 4,27).

–Y, sobre todo, la incomprensión y abandono de las multitudes beneficiadas por Él con la multiplicación de los panes, al revelarles el misterio de lo que sería su Eucaristía: *Después de haberlo oído, muchos de sus discípulos decían. ¡Duras son estas palabras!, ¿quién puede oírlas?... Y Jesús dijo a los doce: ¿Queréis iros vosotros también?* (cf. Jn 6,60.67).

### 4. En algunos, en cambio, suscitaba un gran respeto...

Por ejemplo:

–Nicodemo: *Rabí, sabemos que has venido como maestro de parte de Dios, pues nadie puede hacer esos milagros que tú haces si Dios no está con Él* (Jn 3,2).

–El centurión de Cafarnaúm: *Señor, no te molestes, pues no soy digno de que entres bajo mi techo. Ni yo me he creído digno de ir a ti. Pero di sólo una palabra y mi siervo será sano* (Lc 7,6-7).

–El centurión ante la Cruz: *Verdaderamente éste era Hijo de Dios* (Mt 27,54).

## 5. Otros se llenaban de odio...

Como los escribas y fariseos, Herodes y los príncipes de los sacerdotes, e incluso sus mismos paisanos:

–*Herodes quiere matarte* (Lc 13,31).

–*Los escribas y fariseos... buscaban tener algo en qué acusarlo* (Jn 8,3.6).

–*Lo llevaron a la cima del monte... para despeñarlo desde allí* (Lc 4,29).

–*Desde aquel día tomaron la resolución de matarlo* (Jn 11,53).

–*Caifás... había aconsejado a los judíos: conviene que un hombre muera por el pueblo* (Jn 18,14).

## 6. Algunos, ante Jesús, se entristecían...

Como el joven rico, sobre quien el Señor depositó una mirada llena de ternura. Sin embargo, el muchacho bueno, al escuchar las condiciones austeras y absolutizantes del seguimiento de Cristo, se marchó apenado: *Jesús, poniendo en él los ojos, le amó y le dijo: Una sola cosa te falta: vete, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; luego ven y sígueme. Ante estas palabras se anubló su semblante y se fue triste, porque tenía mucha riqueza* (Mc 10,21-22).

## 7. Pero también muchos se dejaron seducir...

–Como los samaritanos que lo recibieron entusiasmados y quisieron retenerlo con ellos varios días (cf. Jn 4,40).

–Los apóstoles que todo lo dejaron por Él: *Señor, lo hemos dejado todo y te hemos seguido* (Mc 10,28); *Al instante, dejando las redes, lo siguieron* (Mc 1,18).

–Las muchedumbres, que se admiraban porque les hablaba con autoridad (cf. Mc 1,22.27).

–El cieguito de nacimiento que se bate con los fariseos y escribas para defender la “mesianidad” del desconocido que le devolvió la vista (Cf. Jn 9,30-33).

–El buen ladrón al ver su hombría y santidad: *Él nada malo ha hecho... Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino* (Lc 23,41-42).

## 8. ...Hasta confesarlo como Dios

–Así Juan: *Él es el verdadero Dios y la vida eterna* (1 Jn 5,20).

–Y Marta: *Señor, yo creo que Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, que ha venido al mundo* (Jn 11,27).

–Y Tomás: *Señor mío y Dios mío* (Jn 20,28).

–Y Pedro: *Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo* (Mt 16,16).

–Y muchos más...

Todas estas reacciones vuelven a repetirse a lo largo de la historia en cada hombre y en cada corazón... El encuentro con Cristo es un punto crucial en la vida de cada hombre y de cada mujer; es un cruce de caminos o una bifurcación de destinos. Jesús entra en la vida de cada persona como un elefante en un bazar: haciendo estragos y tumbando todas sus construcciones internas... Después de ese momento uno podrá ser mejor, si sigue el atractivo

de la gracia, o peor si se resiste o se acobarda ante el abismo que Dios abre ante él... pero algo es absolutamente cierto: ya no será nunca más el mismo.

## V. LA SUBLIMIDAD DEL CONOCIMIENTO DE CRISTO

En el año 1559 el gran Inquisidor de España creyó conveniente prohibir la lectura de la mayor parte de los libros espirituales que no estaban escritos en latín para frenar la naciente amenaza del iluminismo que venía del norte luterano trayendo su falsa y brumosa mística. Santa Teresa se quejó a Nuestro Señor del desamparo intelectual en que quedaba ella, pobre iletrada a su propio parecer, que tan poco podía penetrar los latines sacros. Entonces Jesús le dijo: “No tengas pena, que Yo te daré libro vivo”<sup>30</sup>. Ese libro es Cristo. Fiel hija de aquella Teresa, muchos años más tarde Isabel de la Trinidad, al tener que llenar el formulario de rigor para ingresar al Carmelo se topó con una pregunta que decía: “¿Cuál es vuestro libro preferido?”; sin dudarlo escribió: “El alma de Cristo”.

### 1. El conocimiento de Cristo

San Pablo llama al conocimiento de Cristo: *sublime conocimiento* (Fil 3,8). La ciencia de las ciencias, para el cristiano, ha de ser “conocer a Cristo Jesús”. San Agustín decía: “no existe otro misterio fuera de Cristo”<sup>31</sup>; y San Felipe Neri se animaba a afirmar: “El que quiere otra cosa que no sea Cristo, no sabe lo que quiere. El que pide otra cosa que no sea Cristo, no sabe lo que pide. El que obra, y no por Cristo, no sabe lo que hace”<sup>32</sup>.

El conocimiento de Cristo es la ciencia de las ciencias, pues, dice Santo Tomás, “nada mejor puede conocerse que el Verbo de Dios, en el cual están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. *En quien se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia* (Col 2,3)”<sup>33</sup>. Es un misterio sublime, pero insondable. Como dice San Buenaventura: “El hombre, tanto individual como colectivamente considerado, aun cuando se convierta todo en lenguas, jamás podría tratar suficientemente de Cristo”<sup>34</sup>.

*En Él está todo tesoro...* Se llama tesoro, dice Santo Tomás, a las riquezas cuando están unidas; cuando están repartidas no se habla de tesoro<sup>35</sup>. ¿Qué quiere decir que en Cristo está todo el tesoro de la sabiduría? Significa que:

... **Conociéndolo a Él conocemos todo.** Porque Cristo es la plenitud de la Revelación. *Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo* (Hb 1,1-2). Él nos revela el misterio de Dios, el misterio de la Trinidad: *A Dios nadie le vio jamás; Dios unigénito que está en el seno del Padre, ése le ha dado a conocer* (Jn 1,18). *Yo hablo lo que he visto en el Padre* (Jn 8,38). *Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo quisiere revelárselo* (Mt 11,27).

... **Conociéndolo a Él tenemos respuesta de todo.** Los misterios más grandes que acucian al hombre (el misterio del dolor, de la muerte, del más allá, del mal, y el misterio del mismo hombre)... sólo tienen respuesta en Cristo. El hombre que hoy no le encuentra sentido a su vida; que cree que es un absurdo; que no sabe qué es él ni para qué existe... tiene que ir a Cristo. Dice el Papa Juan Pablo II: “El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo de sí mismo... debe, con su inquietud, incertidumbre e incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo. Debe, por decirlo así, entrar en Él con todo su ser, debe ‘apropiarse’ y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para

---

<sup>30</sup> Santa Teresa, *Vida*, 26,5.

<sup>31</sup> San Agustín, *Epístola* 187,34.

<sup>32</sup> *Lo spirito di San Filippo Neri nelle sue massime e ricordi*, 1988, p. 7.

<sup>33</sup> Santo Tomás, *Ad Phil.*, III,I, n° 115.

<sup>34</sup> San Buenaventura, *Comment. in Ioan.*, proem. q.1 ad 2.

<sup>35</sup> Cf. Santo Tomás, *Ad Col.*, II,I, n° 81.

encontrarse a sí mismo”<sup>36</sup>. Sólo en Jesucristo se esclarece el misterio del hombre. Porque Él es Aquél *de quien todo procede y para quien somos nosotros* (1 Cor 8,6), Él es el *camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6), Él es *la resurrección y la vida* (Jn 11,25).

“En realidad tan sólo en el misterio del Verbo se aclara verdaderamente el misterio del hombre –dice la *Gaudium et Spes*–. Adán el primer hombre era, en efecto, figura del que había de venir, es decir, de Cristo el Señor. Cristo el nuevo Adán en la revelación misma del misterio del Padre y de su Amor **manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre su altísima vocación**, nada extraño por consiguiente es que las verdades antes ya expuestas en él encuentren su fuente y en él alcancen su punto culminante”<sup>37</sup>.

... **Conociéndolo a Él poseemos todo**: porque el conocimiento es posesivo. “Conocer es la forma más noble de tener”. Conociendo a Cristo poseemos la misma vida eterna: *Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti solo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien has enviado* (Jn 17,3). Por eso aquellas palabras de San Pedro: *Señor, ¿a quién iremos? Sólo tú tienes palabras de vida eterna* (Jn 6,68).

San Juan de la Cruz decía: “Si quisieses que te respondiese yo alguna **palabra de consuelo**, mira a mi Hijo sujeto a mí y sujetado por mi amor y afligido, y verás cuántas te responde. Si quisieses que te declare yo **algunas cosas ocultas o casos**, pon solos los ojos en él, y hallarás ocultísimos misterios y sabiduría y maravillas de Dios, que están encerradas en él, según mi Apóstol dice: en el cual Hijo de Dios están escondidos todos los tesoros de sabiduría y ciencia de Dios; los cuales tesoros de sabiduría serán para ti muy más altos y sabrosos y provechosos que las cosas que tú querías saber... Y si también quisieses otras **visiones y revelaciones divinas o corporales**, mírale a él también humanado, y hallarás en eso más que piensas, porque también dice el Apóstol...: en Cristo mora corporalmente toda plenitud de divinidad (Col 2,9)”<sup>38</sup>.

Por todo esto no se cansa de exhortarnos la Escritura: *Creced... en el conocimiento de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo* (2 Pe 3,18); *A vosotros gracia y paz abundantes por el pleno conocimiento de Nuestro Señor* (2 Pe 1,2); *No quise saber sino a Jesucristo y Jesucristo crucificado* (1 Cor 2,2).

## 2. Para alcanzar este conocimiento hay que sacrificarlo todo

Sin embargo, dice San Juan de la Cruz: “... Es muy poco conocido Cristo de los que se tienen por sus amigos... Que esotros que viven allá a los lejos apartados dél... podemos decir que no conocen a Cristo”<sup>39</sup>.

Quien verdaderamente valora este conocimiento tal como es, todo lo tiene por pérdida, y por su amor todo lo sacrifica, como dice san Pablo: *Todo lo tengo por pérdida a causa del sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por cuyo amor todo lo sacrifiqué y lo tengo por basura, con tal de ganar a Cristo* (Fil 3,8). Todo: casa, familia, mundo, amigos, porvenir. Así ocurre con Saulo desde el momento en que conoce a Cristo camino a Damasco: todo el resto de su vida será una carrera quemando su pasado, abandonando sus amigos, maestros y parientes: *dando al olvido lo que queda atrás, me lanzo tras lo que queda delante, mirando hacia la meta...* (Fil 3,13); y la meta es Cristo: *con tal de ganar a Cristo*.

En esta carrera, todo cuanto se cargue molesta: pesan las preocupaciones mundanas, los miedos por el futuro, los lazos de este mundo, los bienes, las cruces que cada hombre se proyecta por sus propios temores (a la vez que son livianas las que Dios apareja), los propios pecados, las imperfecciones y el amor propio que tanto tarda en morir. Por eso San Luis María, en su *Oración*

---

<sup>36</sup> *Redemptor hominis*, n° 10.

<sup>37</sup> *Gaudium et spes*, n° 22.

<sup>38</sup> San Juan de la Cruz, *Subida* 2,22,6.

<sup>39</sup> San Juan de la Cruz, *Subida* 2,7,12.

*abrasada*, decía que quería apóstoles como nubes que fácilmente lleva el viento del Espíritu Santo: “Libres: Almas elevadas de la tierra y llenas del celestial rocío, que, sin obstáculos vuelen por todos lados, movidos por el soplo del Espíritu Santo. En parte, fue de ellas que tuvieron conocimiento vuestros profetas, cuando preguntaron: ¿Quiénes son éstos que vuelan como nubes? Donde estaba el ímpetu del espíritu, allí iban”.

Sólo corre y llega allí quien primero ha sido “atrapado por Cristo” como dice San Pablo: *Yo mismo fui apresado en Cristo Jesús* (Fil 3,12). “¡Oh alma que naturalmente apetece sabiduría! —exclama el Seráfico Buenaventura—, haz por ver este espejo; en él desea leer y estudiar, pues una vez visto, sabrás todas las cosas. Realmente en este espejo se verán y reputarán por necedades las teorías de Platón, la filosofía de Aristóteles, la astronomía de Tolomeo; porque cuantas cosas acá sabemos, son una mínima parte de las que ignoramos. Entonces verás y abundarás y se maravillará y ensanchará tu corazón”<sup>40</sup>.

Como decía con bellas palabras Calderón de la Barca:

¿Qué quiero, mi Jesús?... Quiero quererte,  
quiero cuanto hay en mí, del todo darte  
sin tener más placer que el agradarte,  
sin tener más temor que el ofenderte.  
Quiero olvidarlo todo y conocerte,  
quiero dejarlo todo por buscarte,  
quiero perderlo todo por hallarte,  
quiero ignorarlo todo por saberte.  
Quiero, amable Jesús, abismarme  
en ese dulce hueco de tu herida,  
y en sus divinas llamas abrasarme.  
Quiero, por fin, en Ti transfigurarme,  
morir a mí, para vivir tu vida,  
perderme en Ti, Jesús, y no encontrarme.

---

<sup>40</sup> San Buenaventura, *Soliloq.*, cap. 4,5.

# SEGUNDA PARTE

## *JESUCRISTO*

### *Y SUS MISTERIOS*

“César, en sus tiempos, hizo más ruido que Jesús, y Platón enseñaba más ciencia que Cristo. Todavía se habla del primero y del segundo, pero ¿quién se acalora por César o contra César? ¿Y dónde están, hoy, los platónicos o antiplatónicos?

En cambio, Cristo está siempre vivo en nosotros. Hay todavía quien lo ama y quien lo odia. Existe una pasión por la pasión de Cristo y una por su destrucción. El enfurecerse de tantos contra Él dice bien claramente que todavía no ha muerto. Los mismos que se desviven por negar su doctrina y su existencia pasan la vida recordando su nombre”.

Giovanni Papini, *Historia de Cristo*.

## I. LOS MISTERIOS DE JESUCRISTO Y NOSOTROS

### 1. Centralidad del misterio de Cristo

Cuando uno lee atentamente las Cartas de San Pablo, procurando sintetizar la doctrina y obra del Apóstol logra ver que, según él, todo se reduce al conocimiento del misterio de Cristo: *Según esto, leyéndolo podéis entender mi conocimiento del Misterio de Cristo; Misterio que en generaciones pasadas no fue dado a conocer a los hombres, como ha sido ahora revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu... A mí, el menor de todos los santos, me fue concedida esta gracia: la de anunciar a los gentiles la inescrutable riqueza de Cristo, y esclarecer cómo se ha dispensado el Misterio escondido desde siglos en Dios* (Ef 3,4.8-9).

Por eso la misión que San Pablo lleva a cabo con toda conciencia es **dar a conocer** el misterio de Cristo. Es por sólo este motivo que el Apóstol se somete gustoso a sus trabajos, prisiones, azotes, peligros de muerte, apedreamientos, naufragios, amenazas y persecuciones por parte de los judíos, de los falsos hermanos, vigiliadas, ayunos, sed, frío y desnudez... como él mismo relata a los Corintios (cf. 2 Cor 11, 23ss). *Predicando con valor el nombre del Señor*, como dice de él san Lucas en los Hechos de los Apóstoles (9,27).

Por eso pide ese mismo conocimiento para sus discípulos: *Por eso doblo mis rodillas ante el Padre...para que os conceda, según la riqueza de su gloria, que seáis fortalecidos por la acción de su Espíritu en el hombre interior, que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que, arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la total Plenitud de Dios* (Ef 3, 14.16.18-19; cf. Col 2,1-3).

En definitiva San Pablo reduce toda la formación del hombre interior al conocimiento práctico del misterio de Cristo (cf. Ef 3,16-17).

### 2. Dios quiere que este Misterio sea conocido

El conocimiento de este misterio es también voluntad expresa de Dios: *Ésta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo* (Jn 17,3). El fin del hombre es conocer a Dios, y ya desde esta vida. Pero a Dios no lo vemos, mientras que *el que me ha visto a Mí ha visto al Padre* (Jn 14,9).

El Padre Eterno por dos veces en la vida del Señor pone explícitamente al Hijo ante nuestros ojos: en el bautismo: *Este es mi Hijo amado en quien tengo mi complacencia* (Lc 3) y en la transfiguración, donde añade: *... escuchadle* (Mt 17). **Escuchar, conocer, contemplar** el misterio de Cristo. ¿Qué? Su persona, los actos de su infancia, predicación, muerte, resurrección; sus estados de humillación, dolor, gloria. Nada es insignificante en su vida. Nada es pequeño en la vida de Cristo. La grandeza es su signo.

Este conocimiento se adquiere en la oración por medio de la fe y de los dones del Espíritu Santo.

### 3. Tres motivos por los que los misterios de Cristo son nuestros misterios

Pues bien, estos misterios de Cristo deben ser la fuente de toda nuestra espiritualidad, principalmente porque los misterios de Cristo **son nuestros misterios**: son tan suyos como nuestros. Y esto por tres razones fundamentales.

Ante todo, porque **Cristo los vivió para nosotros**. El móvil principal de todos los actos de la vida del Verbo encarnado fue el amor del Padre, pero también nuestro amor. Por

nosotros, por nuestro rescate, bajó del cielo: *yo he venido para que tengan vida* (Jn 10,10). Por nosotros se encarnó, nació, vivió en la oscuridad y el silencio, predicó e hizo milagros, murió y resucitó, subió a los cielos, envió al Espíritu Santo, y volverá a resucitarnos y juzgarnos.

*Me amó y se entregó por mí* (Gál 2,20).

Por eso escribe Santo Tomás comentado la carta a los Efesios: “Todo cuanto pertenece al misterio de la redención humana y a la encarnación de Cristo, todo ello es obra de la caridad. Pues que se haya encarnado procede de la caridad: *Por el gran amor con que nos amó* (Ef 2,4). El que haya muerto procede de la caridad: *Nadie tiene mayor amor que quien da la vida por sus amigos* (Jn 15,13); *Cristo nos amó y se entregó por nosotros en oblación y sacrificio de fragante y suave olor* (Ef 5,2). Por esto dice San Gregorio: *¡Oh, inestimable amor de caridad! para redimir al siervo entregaste al hijo*. Por todo esto, conocer la caridad de Cristo, es conocer todo lo que se esconde en el misterio de la Encarnación de Cristo y en el misterio de nuestra Redención, pues ambos procedieron de la inconmensurable caridad de Dios; caridad que ciertamente sobreexcede todo intelecto creado y toda ciencia”<sup>41</sup>.

En segundo lugar, porque en todos ellos **Cristo se muestra nuestro modelo**. El Verbo se ha hecho nuestro ejemplar. Cada uno de sus misterios es una revelación de sus virtudes. La humildad del pesebre, el trabajo y la oscuridad de su vida oculta, el celo de su vida pública, el anonadamiento de su inmolación, la gloria de su triunfo, son virtudes que debemos imitar, sentimientos que debemos procurar, estados que hemos de compartir. *Os he dado ejemplo para que vosotros hagáis lo que me habéis visto hacer* (Jn 13,15). *Yo soy el camino* (Jn 14,6). *El que me sigue no camina en tinieblas* (Jn 8,12).

Jesús en sus misterios ha ido señalando las diversas etapas que debemos recorrer con Él y tras Él en nuestra vida sobrenatural. Nunca debemos olvidar la verdad de que no agradaremos al Padre sino en la medida en que imitemos y copiemos en nosotros la imagen del Hijo. Porque *nos ha predestinado desde toda la eternidad a ser conformes con la imagen de su Hijo* (Rom 8,29).

Finalmente, la razón más íntima y profunda es que los misterios de Cristo Él no sólo los ha vivido por nosotros, ni son sólo modelo de nuestro obrar, sino que **en ellos, Cristo se hace uno con nosotros**.

En efecto, **en el pensamiento divino formamos una sola y misma cosa con Cristo**. En Él nos eligió Dios Padre (Ef 1,4), no fuera de Él porque Dios no nos separa de su Hijo Jesucristo. Y si nos predestina a que nos conformemos con su Hijo, es para que Él sea el primogénito entre sus numerosos hermanos (Rom 8,29).

En el plan eterno, Dios Padre nos ha concebido asociados a Cristo, y asociados a los misterios de Cristo. Por Él y en Él, como dice la carta a los Efesios, nos dio vida, nos salvó, nos resucitó y nos sentó en los cielos: **en Cristo Jesús** (cf. Ef 2,5-7). *Hechura suya somos, creados en Cristo Jesús* (Ef 2,10).

Por eso dirá San Pablo que *Dios nos ha sepultado con Cristo* (Rom 6,4). Nos ha sumergido en el misterio de la redención al mismo tiempo que Jesús se sumergía en las horas de dolor del Calvario. *Hemos sido injertados en Él* (Rom 6,5), *Hemos muerto con Cristo... también viviremos en Él* (Rom 6,8). *Estáis vivos para Dios en Cristo Jesús* (Rom 6,11).

De este modo sus misterios son nuestros porque el Padre Eterno **nos vio con su Hijo en cada uno de los misterios vividos por Jesús**, ya que los realizó siendo Cabeza de la Iglesia, nuestra Cabeza. Es más, como se anima a decir Dom Columba Marmion de quien he tomado todas estas ideas, sus misterios **son más nuestros que suyos** pues Cristo, como Hijo de Dios no habría padecido las humillaciones y abatimientos de la Encarnación ni los dolores de la Pasión, ni hubiera necesitado del triunfo de la Resurrección que venía tras las

---

<sup>41</sup> Santo Tomás, *Ad Eph.*, III, I, n° 178.

ignominias del Calvario. Pasó todo esto porque **asumía nuestras miserias y flaquezas: soportó *nuestros* sufrimientos y cargó con *nuestros* dolores**, dice Isaías (53,4).

#### **4. Así...**

Nada hay superior al conocimiento del misterio de Cristo: “Beatus qui te novit, infelix qui te non novit”, dice San Agustín: feliz quien te conoce y desdichado quien te ignora.

O, como dice Santo Tomás: “sicut qui haberet librum ubi esset tota scientia, non quaereret nisi ut sciret illum librum, sic et nos non oportet amplius quaerere nisi Christum”<sup>42</sup>. Así como quien poseyese un libro en el que se contuviese toda la ciencia, no querría aprender otra cosa que ese libro, así es necesario que nosotros no busquemos otra cosa que a Cristo.

---

<sup>42</sup> Santo Tomás, *Ad Col.*, II,I, nº 82.

## II. EL PREDESTINADO

San Pedro, en el discurso de Pentecostés, al mismo tiempo que echa en cara a los judíos la muerte de Jesús, aclara que Él fue *entregado según el **designio determinado y la presciencia de Dios*** (Act 2, 23). Igualmente, en su primera epístola habla del Cordero sin mancha, *ya conocido antes de la creación del mundo y manifestado al fin de los tiempos*, o como dice otra traducción: **predestinado antes de la fundación del mundo** (1 Pe 1,20). También el mismo Cristo, después de su Resurrección hace exégesis a sus discípulos de todos los pasajes del Viejo Testamento que **se referían a él**.

De hecho, el aspecto principal de la centralidad de Jesucristo es su **predestinación eterna**.

### 1. Jesucristo es el primer predestinado

Enseña Santo Tomás que la predestinación propiamente dicha es cierta preordenación divina *ab aeterno* de aquellas cosas que por la gracia de Dios habrán de hacerse en el tiempo<sup>43</sup>; o también: el ser dirigido a la salvación; o también: el ser dirigido al bien de la bienaventuranza. Lo cual implica la elección eterna, o, como dice San Pablo: preconocimiento, predestinación (elección y amor), llamamiento, justificación y glorificación (cf. Rom 8, 30). Y esto cuadra perfectamente con la Encarnación pues: “en el tiempo (la historia) ha tenido lugar por obra de Dios por medio de la gracia de unión el que el hombre se hiciese Dios y Dios se hiciese hombre”, dice el mismo Aquinate.

Por tanto, la unión de ambas naturalezas –divina y humana– en la persona de Cristo es parte de la divina predestinación, pues aunque el ser Hijo –y la gloria que esto conlleva– le fuera natural a Cristo en cuanto Dios, no le es propio a la naturaleza humana sino en virtud de la gracia de unión. La predestinación de Cristo quiere decir la “elección de antemano” de la naturaleza humana singular de Cristo para ser humanidad de Cristo.

Esto es lo que San Pablo quiere dar a entender –según Santo Tomás y San Agustín– cuando dice hablando de Cristo: ... *Cristo Jesús... hecho de la simiente de David según la carne... predestinado Hijo de Dios* (Rom 1,3-4).

Es evidente, por tanto, que la predestinación sólo compete a Jesucristo en razón de su naturaleza humana: “esta naturaleza humana –dice san Agustín– ha sido predestinada a tan excelsa y suma elevación que no puede ser llevada más alto”.

Jesucristo es el **primer predestinado**, o, lo que es equivalente, el **primer amado**; porque predestinación es amor; y no cualquier amor sino el amor más grande, el Primer Amor, el que antecede todo otro don y el que es causa de todos los demás dones que Dios concede a sus elegidos. En Dios, el amor antecede los dones (como en los hombres, por el contrario, el don antecede al amor, porque nosotros amamos en cuanto encontramos en las creaturas bienes que cautivan nuestra voluntad, pero Dios ama “antes” que las creaturas tengan bienes pues Él es la causa de todo bien en ellas). Dios **da** porque ama; porque ama las cosas éstas tienen bienes (empezando por el ser). Y el don más grande es el mismo Dios (“que Dios se dé al hombre”). Por eso San Pablo llama a Cristo *el Hijo del Amor [del Padre]* (Col 1,13). O, como dice el mismo Padre en la Transfiguración y en Bautismo: *Éste es mi Hijo Amado* (Mt 3,17). Esto mismo quiere decir *Primogénito de toda la Creación* (Col 1,15). No fue –en su humanidad– el primer creado... pero fue el primer elegido y el primer intentado (querido): todo es *por Él y para Él* (Col 1,16).

### 2. Su predestinación es ejemplar de la nuestra

---

<sup>43</sup> Santo Tomás, *Suma Teológica*, III, 24,1.

No sólo fue predestinada la naturaleza humana de Cristo a unirse a la divina en la persona del Verbo, en lo que San Pablo llama *la plenitud de los tiempos* (Gál 4,4), sino que ése es el **modelo** de nuestra predestinación porque somos amados en el Hijo (asociados a Él). ¿En qué sentido?

Ante todo, en que nuestras naturalezas humanas individuales son predestinadas a un bien análogo al que fue predestinada la suya: la suya fue predestinada a ser Hijo natural de Dios, las nuestras a ser hijos por adopción; la suya a unirse por la gracia “de unión”, las nuestras por la gracia “de adopción”; y la filiación adoptiva es cierta semejanza participada de la filiación natural. Es por eso que San Pablo dice en la carta a los Romanos: *a los que de antemano conoció, los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo* (Rom 8,29).

Pero, en segundo lugar, también es modelo en el modo de alcanzar este bien, porque tanto nuestra filiación como la de Cristo son obra de la pura gracia de Dios; en ambos casos es fruto del infinito amor gratuito de Dios. Somos lo que somos porque Dios nos ama. Y se puede decir modelo de la nuestra porque nuestra gracia depende de la Suya: *De su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia* (Jn 1,16).

### 3. La predestinación de Cristo es causa de la nuestra

Finalmente, su predestinación no sólo es modelo de la nuestra sino causa. No en el sentido de que una cause la otra, porque nuestra predestinación se da en el mismo acto predestinante *ab aeterno*. ¿En qué sentido entonces? En el sentido de que Dios preordenó nuestra salvación, predestinando desde toda la eternidad que fuese alcanzada por medio de Jesucristo. “Cristo es camino del cielo –dice Fray Luis de León– porque, si no es poniendo las pisadas en Él y siguiendo sus huellas, nadie va al cielo”<sup>44</sup>.

Y esto porque bajo la predestinación eterna no sólo cae lo que ha de suceder en el tiempo sino también el modo y el orden según el cual habrá de suceder en la historia.

Por eso dice San Pablo: *Nos predestinó a la adopción de hijos por Jesucristo* (Ef 1,5). A que llegáramos a la adopción **por medio** de Él.

\* \* \* \* \*

Por tanto, aquella divina exégesis que hizo Jesucristo a los discípulos de Emaús (cf. Lc 24) sobre los planes divinos en torno a Jesucristo no sólo tenía como fin manifestar que todo, hasta el último detalle de la vida del Mesías, había sido profetizado antiguamente, sino –y principalmente– mostrar a los discípulos incrédulos y desesperanzados el lugar que el Mesías ocupa en el Plan eterno de Dios. Y consecuentemente, darles a entender que, pues ellos han sido asociados a los misterios del Salvador, también ocupan la misma centralidad –aunque subordinada al Hijo– en el Corazón del Padre.

¿Qué les decía Cristo? En definitiva: *todo es vuestro, vosotros sois de Cristo, Cristo es de Dios* (1 Cor 3,22-23). Sus corazones ardían cuando Él les hablaba, es decir, se henchían de caridad, porque el saberse amado es fuente del amor, y la predestinación es el acto supremo del amor de Dios.

---

<sup>44</sup> Fray Luis de León, *De los nombres de Cristo*, I, Camino.

### III. EL ESPERADO, EL ANUNCIADO

Es razonable pensar que Dios, al decidir encarnarse para redimir a los hombres, comenzase por preanunciar su venida. Parece lógico que antes de aparecer sobre la tierra Dios hiciera saber de antemano a los hombres cuándo vendría, cuándo nacería, dónde viviría, la doctrina que enseñaría, los enemigos que suscitaría, el programa que adoptaría para el futuro. De otro modo, ¿cómo podrían los hombres reconocerlo? Teniendo, en cambio, de antemano sus preanuncios, los hombres podrían juzgar si se trataba o no del Enviado de Dios, según se acomodara y ajustara a sus anuncios.

Dios preparó, anunciando, prediciendo y anticipando la venida de su Enviado. Por eso, cuando Jesucristo llegó a este mundo, no llegó como otro hombre cualquiera, sino como **el esperado**. Cristo no fue una casualidad en la historia. El mundo lo esperaba.

De algún modo los mismos **paganos** esperaron a Cristo, pues aun sin conocer la revelación divina, el mundo tenía cierta sed de que Dios se hiciera hombre.

El romano **Tácito** escribió: “La gente se hallaba generalmente persuadida, basándose en las antiguas profecías, de que el Oriente había de prevalecer, y que de Judea había de venir el Dueño y el Soberano del mundo”.

También en **Suetonio** puede leerse algo semejante: “Hubo en todo el oriente una antigua y constante creencia de que, con el apoyo de profecías indudablemente ciertas, los judíos habrían de alcanzar el sumo poder”.

San Agustín se hace eco de esto y en el libro XVIII del *De Civitate Dei* recuerda la común creencia de que en tiempos de la fundación de Roma, o tal vez durante la destrucción de Troya, algunas predicciones de las Sibilas, aquellas profetizas paganas, habían hecho referencia al Mesías que debía venir de Oriente. El mismo Agustín recuerda los versos atribuidos a Eritrea o Cumea, mal traducidos al latín, como reconoce nuestro autor, pero que él leyó en su versión original en un viejo códice. Se trata ésta de un vaticinio sobre los últimos tiempos en uno de cuyos pasajes “el encabezamiento de los versos componían por orden estas palabras: *Vlhsou/j Cristo.j qeou/ Ui`o,j Swth.r*, es decir, Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador”<sup>45</sup>. Leídos, por tanto, en el texto en griego, las letras con que se inicia cada verso forman la antedicha y sugestiva expresión. El mismo Obispo de Hipona cita los vaticinios sobre Cristo de otras sibilas paganas recogidos por Lactancio en sus *Institutionum*<sup>46</sup>.

En **China** se encuentran escritos en que se manifiesta el mismo estado de expectación, pero debido a que se encontraba en la otra parte del mundo, creía que el gran Sabio había de nacer en Occidente. Los anales del Celeste Imperio contienen el siguiente relato: “En el año 24 de Chao Wang, el día 8 de la cuarta luna, apareció una luz por el lado del sudoeste que iluminó el palacio del rey. El monarca sorprendido por el resplandor interrogó a los sabios. Ellos le mostraron libros en los que se indicaba que este prodigio significaba la aparición del gran Santo de Occidente, cuya religión había de introducirse en el país de ellos”.

Aún los griegos, sin ellos saberlo, esperaban a Cristo, puesto que **Esquilo** en su Prometeo, seis siglos antes de la era mesiánica escribió: “No esperes que llegue un fin para esta maldición, hasta que venga Dios para tomar sobre su cabeza los dolores de tus propios pecados, a modo de expiación”.

Ejemplo de esta expectación en Persia fue el caso de los **magos de oriente**, que vinieron a adorar al niño guiados por la estrella de Belén.

Y ¿qué dicen de la personalidad del que debía venir? Los magos-astrónomos de oriente esperaban un gran rey, un sabio y un salvador. Los filósofos paganos **Platón y Sócrates** hablaron del Verbo. En China **Confusio** hablaba **del Santo**. Entre los griegos **Esquilo** esperaba un **salvador y redentor** que liberara al hombre de la maldición originaria.

<sup>45</sup> San Agustín, *De Civitate Dei*, XVIII, 23.

<sup>46</sup> Cf. Lactancio, *Institutionum*, 4, c. 18-19.

Muchos dudarán del carácter y valor de estas aparentes profecías; lo cierto es que el mundo, hasta el tiempo de Cristo, ha vivido en una atroz e intranquila expectativa. Siempre han mirado hacia arriba esperando un Salvador. El hombre “necesita” de un Poder que venga de lo alto a salvarlo; clama y suspira por él, porque se siente impotente ante el mundo y su destino. Y el salvador que espera el mundo en el fondo de su corazón se parece en muchas cosas a Cristo.

**Pero de modo singularísimo lo han esperado los judíos.** Es cierto que las profecías del Antiguo Testamento pueden entenderse mejor a la luz de su cumplimiento (por eso dice Pascal: “las profecías eran equívocas; ya no lo son”), pero no es menos verdadero que basta leer a los profetas independientemente del Nuevo Testamento para no poder dudar que sus predicciones señalan a Cristo y al Reino por Él establecido. Dejando de lado los vaticinios que hacen referencia al Reino mesiánico, es interesante subrayar aquellas profecías del Viejo Testamento que hacen referencia al advenimiento del Mesías. Quiero recordar cuatro importantes elementos preanunciados desde antiguo.

**La estirpe del Mesías.** Los judíos estaban persuadidos de que sería un vástago de David y esta convicción seguía viva en tiempos de Cristo: *Estando reunidos los fariseos, les propuso Jesús esta cuestión: ¿Qué pensáis acerca del Cristo? ¿De quién es hijo? Dícenle: De David (Mt 22,41-42).* Su cumplimiento en Jesús está atestiguado: *Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham (Mt 1,1); Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, descendiente de David (2 Tim 2,8).*

**El nacimiento de una madre virgen** fue profetizado por Isaías: *el Señor mismo va a daros una señal: He aquí que una virgen está encinta y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel (Is 7,14).* Su cumplimiento es atestiguado por San Lucas (cf. 1,30ss) y San Mateo (cf. 1,22ss).

**El lugar del nacimiento** viene señalado por Miqueas como Belén, y a esta profecía hacen referencia los sabios de la corte de Herodes cuando son interrogados por éste a instancia de los Magos venidos de Oriente: *Mas tú, Belén Efratá, aunque eres la menor entre las familias de Judá, de ti me ha de salir aquel que ha de dominar en Israel, y cuyos orígenes son de antigüedad, desde los días de antaño (Mi 5,1).* Mateo reporta la respuesta que recibe Herodes: *Nacido Jesús en Belén de Judea, en tiempo del rey Herodes, unos magos que venían del Oriente se presentaron en Jerusalén, diciendo: ¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarle. En oyéndolo, el rey Herodes se sobresaltó y con él toda Jerusalén. Convocó a todos los sumos sacerdotes y escribas del pueblo, y por ellos se estuvo informando del lugar donde había de nacer el Cristo. Ellos le dijeron: En Belén de Judea, porque así está escrito por medio del profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres, no, la menor entre los principales clanes de Judá; porque de ti saldrá un caudillo que apacentará a mi pueblo Israel (Mt 2,1-6; cf. Lc 2,1-10).*

Interesantes son también los **oráculos sobre el tiempo de la venida del Mesías.** Cuatro profecías del Antiguo Testamento parecen hacer referencia explícita a este tema y todas señalan el tiempo de la vida de Cristo.

La primera es el **oráculo de Jacob:** *No se irá de Judá el báculo, el bastón de mando de entre tus piernas: hasta tanto que se le traiga el tributo a quien rindan homenaje las naciones; el que ata a la vid su borriquillo y a la cepa el pollino de su asna; lava en vino su vestimenta, y en sangre de uvas su sayo; el de los ojos encandilados de vino, el de los dientes blancos de leche (Gn 49,10-12).* El texto supone constituido el imperio de David procedente de la tribu de Judá; su dominio durará hasta que venga el Mesías. La partícula “hasta que” parece ser excluyente, o sea, la aparición del Mesías coincidirá con la desaparición del reino de Judá. Según algunos, como por ejemplo, Nacar, debe cotejarse esto con Ez 21,27. Al venir Herodes, rey idumeo con poder procedente de los romanos, pereció todo el poder de Judá,

cuya extinción definitiva tuvo lugar con la destrucción del Templo; después de este último acontecimiento no puede dudarse de que el tiempo señalado ya ha pasado.

Otros dos oráculos se refieren a la aparición del Mesías después de construido el segundo templo de Jerusalén y antes de su ruina. Precisamente las dos profecías afirman que este segundo será más glorioso que el primero (el de Salomón) porque Él recibirá al Mesías. Estas son la profecía de **Ageo**: *Yo llenaré de gloria esta Casa, dice Yahveh Sebaot. ¡Mía es la plata y mío el oro! oráculo de Yahveh Sebaot. Grande será la gloria de esta Casa, la de la segunda mayor que la de la primera, dice Yahveh Sebaot, y en este lugar daré yo paz, oráculo de Yahveh Sebaot (2,7-10) y la de Malaquías: He aquí que yo envío a mi mensajero a allanar el camino delante de mí, y enseguida vendrá a su Templo el Señor a quien vosotros buscáis (3,1). Este templo fue destruido definitivamente por Tito en el año 70.*

El más solemne y explícito de todos los oráculos es, sin embargo, el de **Daniel**: *...Daniel... Comprende la palabra, entiende la visión: Setenta semanas están fijadas sobre tu pueblo y tu ciudad santa para poner fin a la rebeldía, para sellar los pecados, para expiar la culpa, para instaurar justicia eterna, para sellar visión y profecía, para ungir el santo de los santos. Entiende y comprende: Desde el instante en que salió la orden de volver a construir Jerusalén, hasta un Príncipe Mesías, siete semanas y sesenta y dos semanas, plaza y foso serán reconstruidos, pero en la angustia de los tiempos. Y después de las sesenta y dos semanas un mesías será suprimido, sin que tenga culpa. Y destruirá la ciudad y el santuario el pueblo de un príncipe que vendrá. Su fin será en un cataclismo y, hasta el final, la guerra y los desastres decretados. El concertará con muchos una firme alianza una semana; y en media semana hará cesar el sacrificio y la oblación, y en el ala del Templo estará la abominación de la desolación, hasta que la ruina decretada se derrame sobre el desolador (Dan 9,22-27). Todos los escritores de la antigüedad entendieron el vaticinio como plenamente mesiánico en su sentido literal, incluidos los judíos, como aparece en el Talmud babilónico<sup>47</sup>, en Flavio Josefo<sup>48</sup>, y los testimonios de los contemporáneos de Cristo que esperaban al Mesías de un momento a otro (cf. Mt 2,2; 11,2; Lc 2,25; 2,38; 7,19; 19,11; 24,21; Jn 1,41; 6,14). Se trata de semanas sabáticas, o sea, semanas de años; la expresión *salida de la orden* muchas veces en la Sagrada Escritura hace referencia a un edicto regio; en este caso es el de Artajerjes I, en el año 458, a favor de Esdras (cf. Esd 7,1-7.11-26). La *unción del santo de los santos* debe entenderse en sentido personal, como en el versículo que dice *príncipe mesías (ungido) y muerto el mesías (ungido)*, que en la Sagrada Escritura, cuando no hay otra aclaración en el contexto, se aplica al Mesías (cf. Sal 44,8; Is 61,1; Lc 4,18; Act 18,38). Son, por tanto, 69 semanas de años (62 más 7), o sea 483 años; partiendo del año 458 a.C. esto nos lleva al 25 o 26 d.C., que es aproximadamente cuando Jesús comienza su vida pública. Durante una semana se confirmará la Nueva Alianza (del 26 al 33) que se extenderá a muchos pueblos (o sea, a todos, según el uso bíblico de “muchos”). A la mitad de esta última semana (en torno al año 30, pues) el Ungido será asesinado y cesarán los sacrificios sustituidos por el Nuevo (v. 27). Como consecuencia de esto vendrá como castigo la profanación del santuario, llevada a cabo por un pueblo que ha de venir.*

¿En quién sino en Cristo hallaron cumplimiento estas profecías? Una cosa parece indudable: si las profecías no se han cumplido en Cristo, entonces han pasado a la historia como vaticinios falsos y vanos... pero no puede esperarse de ellas un cumplimiento futuro. Los tiempos indicados ya han pasado.

Por todo esto en Cristo hay una singularidad que lo coloca fuera de todos los demás fundadores de religiones. Fue la única persona preanunciada.

\* \* \* \* \*

---

<sup>47</sup> Cf. Nazir, I,32.

<sup>48</sup> Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades de los judíos*, 10,11,7; *Guerra de los judíos*, 6,5,4.

Lo que separa a Cristo de todos los hombres, aquello que lo distingue, **es que, ante todo, fue esperado**. Un segundo hecho es que, una vez que hubo aparecido, **fue tal el impacto que sobre la historia produjo, que la partió, dividiéndola en dos**; de tal manera que desde su nacimiento se habla en todo el mundo del antes y el después de Cristo. Esto no lo logró ni lo logrará nadie en el mundo. No lo consiguió Buda, ni Hitler, ni Nerón, ni Alejandro Magno, ni Marx, ni los más sabios y más grandes de este mundo.

Nuestra vida cristiana es una esperanza cumplida y una esperanza por cumplirse. Cumplida hace dos mil años; y por cumplirse al final de la Historia. Ya vino; pero volverá a venir. Somos engendrados por la esperanza y vivimos de esperanza. En muchos lugares del mundo cristiano existe una hermosa devoción, ligada a ciertas imágenes que representan a la Virgen María durante el tiempo en que esperaba el nacimiento de su Hijo; se la conoce como la Virgen de la “O”; es la Virgen que espera el parto. Y se la representa en su estado de gravidez, profundamente reconcentrada, como si estuviese hablando con el niño que lleva en sus entrañas, y profundamente gozosa por el misterio que lleva encerrado y que pronto se hará luz. Ese es el modelo de todo cristiano.

## IV. LA ENCARNACION

Corría el siglo III cuando el Obispo de Antioquía de Pisidia, san Acacio, fue llevado a la presencia del cónsul Marciano. Le preguntó éste:

–Así, pues, según dices, ¿tiene Dios un hijo?

–Sí que lo tiene.

–Y ¿quién es ese hijo de Dios?

–El Verbo de verdad y gracia...

–Pues dime su nombre.

–Su nombre es Jesucristo.

–Y ¿qué diosa lo concibió?

–Dios no engendró a su Hijo uniéndose al modo humano con una mujer... sino que el Hijo de Dios y el Verbo de la verdad salió del corazón de Dios.

### 1. En la revelación

El Hijo de Dios hecho hombre es Jesucristo. Éste es el misterio de la Encarnación, misterio central de nuestra fe.

San Buenaventura lo expresaba con el rigor teológico endulzado por su lengua mística diciendo: “Llegada la plenitud de los tiempos, así como en el día sexto fue el hombre formado de la tierra por la virtud y sabiduría de Dios, así en el comienzo de la edad sexta, enviado el arcángel Gabriel a la Virgen y dado por la Virgen el consentimiento, descendió sobre ella el Espíritu Santo como fuego divino, que inflamó su mente y santificó su carne con perfectísima pureza. Cubrióla también con su sombra la virtud del altísimo, para que pudiese soportar tan grande ardor, y en un punto, por obra de aquella virtud, fue formado el cuerpo, creada el alma, y entrambos unidos a la Divinidad en la persona del Hijo, quedando así hecho Dios y hombre, salva la propiedad de las dos naturalezas. ¡Oh, si pudiese en alguna manera sentir la calidad y grandeza de aquel incendio, de aquella suavidad y deleite del cielo! ¡Cuán enaltecida fue la Virgen Madre, cuán ennoblecido el género humano, cuánta fue la condescendencia de la Majestad divina!”<sup>49</sup>.

Santo Tomás, más austero en su lenguaje, lo explica de este modo: “...La unión del Verbo y el hombre fue tal, que ni de dos naturalezas se hizo una sola ni dicha unión del Verbo con la naturaleza humana fue como la unión de una sustancia, por ejemplo, la humana, con las cosas exteriores, las cuales se relacionan accidentalmente con la misma, tal como la casa y el vestido; pero sí se ha de afirmar que el Verbo subsiste en la naturaleza humana como en una naturaleza hecha suya propia por la encarnación, de manera que aquel cuerpo sea el verdadero cuerpo del Verbo de Dios e igualmente lo sea el alma, y el Verbo de Dios sea verdadero hombre”<sup>50</sup>.

La divina revelación nos aproxima a este arcano desde tres ángulos diversos.

**San Lucas** (cf. 1,26-38) relata el suceso histórico de la encarnación tal como se desarrolló en la humilde casa de Nazaret. En este hermoso cuadro trazado por el Evangelista de la infancia de Cristo entra en escena toda la Trinidad Santísima y la Virgen Madre; Dios Padre que envía a su ángel Gabriel a hacer el anuncio; Dios Hijo que se encarna; Dios Espíritu Santo que cubre a la Virgen con su sombra. Se encarna la Segunda Persona de la Trinidad, es decir, el Verbo o Hijo; y encarnado recibe un nombre, puesto por José y María pero indicado por el mismo Padre celestial: “Jesús”, que quiere decir *Salud-dador*, “Salvador”. De él dice el

---

<sup>49</sup> San Buenaventura, *Lignum vitae*, I,2; en: *Obras de San Buenaventura*, B.A.C., Madrid 1946, t.II, p. 301.

<sup>50</sup> Santo Tomás, *Suma contra Gentiles*, IV, 41.

ángel que será llamado “Hijo del Altísimo”: porque es Dios e Hijo de Dios; y también “Hijo de David”: porque es hombre, hijo de María Santísima.

El Evangelista **San Juan** (cf. 1,1-5.14.18), en cambio, nos remonta al Verbo en las alturas intratrinitarias, antes de hacerse hombre: Dios, Verbo de Dios, por quien todo fue hecho; Palabra preexistente, Dios como el Padre y junto al Padre, Fuente de toda vida y de toda verdad. San Juan no dice que el Verbo de Dios se hizo “**hombre**” sino “**carne**”, para mostrar que asumió nuestra debilidad, aquello que en nosotros es débil, aquello que sufre, aquello que se duele, aquello que se enferma y aquello que tiene como meta terrena la muerte.

Finalmente, **San Pablo** (cf. Fil 2,5-8) nos proclama lo que ha significado la Encarnación: un “anonadamiento”. Jesucristo es Dios, “igual a Dios”; sólo anonadándose se hizo igual a los hombres; “tomó forma de siervo”.

San Juan de la Cruz nos enseña este Misterio con aquellos versos que dicen:

En el principio moraba el Verbo, y en Dios vivía, en quien su felicidad infinita poseía. El mismo Verbo Dios era, que el principio se decía; El moraba en el principio por eso de él carecía... Entonces llamó un arcángel que San Gabriel se decía, y enviólo a una doncella	que se llamaba María. De cuyo consentimiento el misterio se hacía; en el cual la Trinidad de carne al Verbo vestía... y quedó el Verbo encarnado en el vientre de María. Y el que tiene sólo Padre ya también Madre tenía... por lo cual Hijo de Dios y del hombre se decía.
---	--

*Fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de Santa María Virgen,* confesamos en el Credo. Así se trastoca el mundo: el que es grande se hace pequeño, el que el omnipotente se hace débil, el que es Dios de Dios, se hace Niño en el seno de una Virgen:

Es la riqueza y entre pajas nace;  
es la justicia y entre reos muere;  
es fuerza suma, y ruega a quien le hiere;  
es la vida eterna y sucumbir le place (Alejandro Nieto).

## 2. ¿Y por qué?

Dios ha tenido muchos motivos para encarnarse, pero los principales son aquellos que El mismo ha querido revelarnos.

### 1) El Verbo se ha hecho carne para salvarnos de nuestros pecados y para reconciliarnos con Dios.

Hace ya siglos, un legislador llamado Zaleuco estableció una severísima ley contra el adulterio: a todo el que cometiera dicha acción se le debían arrancar los ojos. El primero en quebrantar la ley fue su propio hijo. Indecible fue el dolor y el horror del rey; andaba por todas partes diciendo: “¡Ojalá no fuese yo su padre o no fuese yo su juez!”. ¿Qué hizo? Después de mucho deliberar sentenció lo siguiente: “Padre e Hijo son una misma carne y una misma sangre y una misma cosa. Por tanto, que me sea arrancado un ojo a mí por amor a mi hijo, un ojo a mi hijo por amor a la justicia”. Y así se hizo.

Infinitamente superior es lo que ha hecho Dios con nosotros los hombres: por nuestros pecados personales y por el pecado original, éramos reos de muerte. Para librarnos de

nuestros pecados y de la muerte, Él mismo se hizo hombre para morir por nosotros y rescatarnos: *Dios nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados* (1 Jn 4,10); *El Padre envió a su Hijo para ser salvador del mundo* (1 Jn 4,14).

Podemos decir así que **el motivo de la Encarnación es la infinita misericordia de Dios**: *Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él* (Jn 3,17); *Cierto es, y digno de ser por todos recibido, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero* (1 Tim 1,15).

*Propter nostram salutem descendit de coelis*. “La Encarnación no tiene otra causa que ésta, decía San Juan Crisóstomo: Dios nos vio caídos, en la abyección, oprimidos por la tiranía de muerte y tuvo misericordia”. “Nuestra naturaleza enferma exigía ser sanada, explicaba por su parte San Gregorio de Nyssa; desgarrada, ser restablecida; muerta ser resucitada. Habíamos perdido la posesión del bien, era necesario que se nos devolviera. Encerrados en las tinieblas, hacía falta que nos llegara la luz; estando cautivos, esperábamos un Salvador; prisioneros, un socorro; esclavos, un libertador...”.

## 2) El Verbo se encarnó para que nosotros conociésemos así el amor de Dios

Dios se encarnó para **redimirnos** de nuestros pecados. No es el único motivo. De hecho esto podía hacerlo sin encarnarse; hubiese bastado un solo gesto, un solo deseo. ¿Por qué no se contentó con esto? ¿Por qué hacerse hombre, compartir nuestras miserias, nuestra pobreza, nuestra hambre y nuestra sed? ¿Por qué caminar por nuestras áridas tierras burlado de unos, despreciado de otros, rechazado de muchos? ¿Por qué hacerse hombre como nosotros para conocer el dolor, el sufrimiento y la muerte? Responde San Juan: *En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él* (1 Jn 4,9); *Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único* (Jn 3,16).

## 3) Dios se encarnó para ser nuestro modelo de santidad

Si se medita el misterio de la Encarnación, sentiremos crecer en nuestro corazón el deseo de **llegar a ser como Cristo**, es decir, de imitar a Dios. Jesucristo se hizo Hombre para proponerse como Ideal para nosotros: *Aprended de mí* (Mt 11,29); *Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí* (Jn 14,6); *Amáos los unos a los otros como yo os he amado* (Jn 15,12).

Todo cristiano debería pasar por la tierra a imitación del Dios encarnado. Muy hermosamente dice la Beata Isabel de la Trinidad que debemos ser “como una nueva encarnación del Verbo”, “como otra humanidad suya”, de modo que el Padre no vea en nosotros “mas que el Hijo amado”.

## 4) El Verbo se encarnó para hacernos partícipes de la naturaleza divina (cf. 2 Pe 1,4).

Como dice san Agustín: “Deus factus est homo, ut homo fieret Deus”, Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciera Dios. Lo repiten muchos otros: “Tal es la razón por la que el Verbo se hizo hombre, y el Hijo de Dios, Hijo del Hombre: para que el hombre, al entrar en comunión con el Verbo y al recibir así la filiación divina, se convirtiera en hijo de Dios” (San Ireneo). “El Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos Dios” (San Atanasio). “El Hijo Unigénito de Dios, queriendo hacernos partícipes de su divinidad, asumió nuestra naturaleza para que, habiéndose hecho hombre, hiciera dioses a los hombres” (Santo Tomás de Aquino).

De este modo Dios elevó nuestra naturaleza a un estado superior: “Nada impide que la naturaleza humana haya sido elevada a algo mayor después del pecado. Pues Dios no permite el mal sino por un bien mayor. Por eso San Pablo escribe a los Romanos: *Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia* (Rom 5,20). Y la Iglesia canta en la bendición del cirio pascual: *O felix culpa, quae talem ac tantum meruit habere Redemptorem!* ¡Oh culpa feliz, que mereció tener tal y tan grande Redentor!”<sup>51</sup>.

Con la Encarnación, Dios ennobleció infinitamente nuestra naturaleza humana y nos dió motivo grande para respetar nuestra propia naturaleza. Santo Tomás ha dejado escrito: “fue necesario al género humano que Dios se hiciera hombre para demostrar al género humano la dignidad de la naturaleza humana”<sup>52</sup>. Por eso el ángel del Apocalipsis, después de la encarnación, no pudo sufrir que San Juan lo venerara postrándose ante él, cosa que anteriormente les había permitido incluso a los más grandes de los Patriarcas. Así, el hombre, recordando la exaltación de su naturaleza y meditando sobre ella, debe cuidar de no mancharse ni de manchar su naturaleza con el pecado. *Por Cristo* –nos dice San Pedro– *nos ha dado Dios las grandes y preciosas gracias que había prometido, para que por ellas nos hagamos consortes de la divina naturaleza, huyendo de la corrupción de la concupiscencia que hay en el mundo* (2 Pe 1,4).

---

<sup>51</sup> Santo Tomás, *Suma Teológica*, III,1,3 ad 3.

<sup>52</sup> Santo Tomás, *Compendio de teología*, n° 381.

## V. LA ENCARNACION COMO MISTERIO

“Grande e inescrutable y, por lo mismo, admirable es el misterio de la encarnación”, afirma San Buenaventura<sup>53</sup>. A los ojos de todos los santos y doctores viene a ser tan arcano, tan elevado y tan profundo, que supera la perspicacia comprensiva de todo ingenio, la vivacidad investigadora de toda mente y la facultad expresiva de toda elocuencia. San Luis María Grignon de Montfort dice de él que es el más oculto, el más elevado y el menos conocido de todos los misterios de Cristo.

### 1. El más oculto

Porque se realizó donde no llegan las miradas humanas. Los ojos de los hombres buscan el brillo de la gloria, el resplandor de la celebridad, el esplendor exterior, el lustre de la notoriedad. La humildad es un misterio para ellos, pero esconde el secreto de Dios. *Miró la humildad de su esclava*. La sencillez, la pobreza, el despojo de Nazaret constituyen el velo que esconde la obra por excelencia de Dios. *¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret?* He ahí la prueba de que los hombres permanecen exteriores al evento por excelencia de la historia de los hombres.

### 2. El más elevado

Este misterio señala el salto infinito de Dios hacia el corazón del hombre, hacia la historia del hombre. Todos los demás misterios de Cristo, en relación con éste señalan, podemos decir, una distancia menor. No es tan inconcebible que Dios una vez encarnado quiera nacer en un establo, que quiera ser tentado por Satanás en el desierto, morir en una cruz y resucitar de entre los muertos, cuanto que Dios quiera simplemente encarnarse. Al fin y al cabo, el niño Dios que nace en Belén ha asumido una naturaleza humana a la cual es propio nacer; Jesucristo que muere en la cruz ha asumido, de hecho, una naturaleza pasible, que puede dolerse y experimentar en su propia carne los odios de los hombres; Jesucristo que resucita experimenta la justicia divina que levanta al que se humilla. Pero todos estos misterios, de por sí inescrutables, emanan del hecho central, inexplicable por excelencia, de que Dios se hace hombre. Que Dios quiera tomar una naturaleza humana: he ahí el arcano principal de nuestra fe. El mismo San Luis María afirma por eso que este misterio realizó ya todos los demás misterios de la vida Cristo, por la aceptación que hizo de ellos: *Por eso, al entrar en el mundo, dice él: Aquí estoy yo para realizar tu designio* (Hb 10,5-9); este misterio es, por consiguiente, el compendio de todos los misterios de Cristo y encierra la voluntad y gracia de todos ellos.

### 3. El menos conocido

En todos los misterios de Cristo hay una pregunta que siempre permanece sin contestación, porque su respuesta sólo la conoce Dios: “¿por qué de este modo?”. Todo lo que Cristo hizo, podría haberlo hecho de otro modo. Podría no haberse encarnado, salvándonos, en cambio, por un simple acto de su infinita misericordia. Encarnándose, podría haber elegido un pueblo con más virtudes que el judío. Podría haber nacido en cuna de oro y entre las sedas de los palacios. Podría haber elegido su corte entre los sabios y los poetas del mundo. Podría haber reinado sobre los hombres, sin la necesidad de la Cruz, y avasallar todos los corazones con el brillo de sus milagros. No hizo nada de esto. Y la respuesta se pierde en las

---

<sup>53</sup> San Buenaventura, *Comment. In Lucae*, 1, nº 92.

profundidades del corazón de Dios. Solamente podemos apelar al Amor de Dios y la Sabiduría de Dios. Las razones del amor son las más difíciles de encuadrar en la lógica de los hombres (a toda madre su hijo le parece bello, aunque no lo sea). Por otro lado, la impenetrable Sabiduría de Dios, parece locura a las estrechas mentes de los hombres.

#### 4. Nuestra actitud

Se puede deducir de esto la triple actitud que corresponde adoptar ante este misterio. En cuanto **oculto**, sólo se lo puede experimentar ocultándose. Dios se revela en lo escondido y se manifiesta en la oscuridad de la humillación del corazón. En cuanto **alto** y en cuanto encierra en sí el misterio total de Cristo, se ha de ver compendiado en él todos los demás misterios del gozo, del dolor y de la gloria de Cristo. En cuanto **poco conocido**, Dios quiere que todos los hombres se animen a participar del secreto de María. De las confidencias de su amor y de su sabiduría. Y debe resonar constantemente en nuestros oídos aquellas palabras que San Luis ponía en boca de la Sabiduría Encarnada: “*Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y os abrirán*. Como si dijera: ¿Quieres hallarme? ¡Búscame! ¿Quieres entrar en mi palacio? ¡Llama a mi puerta! ¿Quieres poseerme? ¡Tienes que buscarme! Nadie me encuentra si no me busca. Nadie llega a poseerme si no me pide”<sup>54</sup>.

---

<sup>54</sup> San Luis María, *Amor a la Sabiduría Eterna*, 184.

## VI. ¿JESÚS O EMMANUEL?

*Le pondrás por nombre Jesús... Se le pondrá por nombre Emmanuel (Mt 1,21,23).* Con dos versículos de diferencia, San Mateo indica dos de los nombres que recibirá el Niño nacido de la Virgen.

### 1. Emmanuel

“Emmanuel” expresa la **naturaleza**, la personalidad del Hijo de María. El nombre se contiene en la profecía que Isaías proclama ante el desconfiado Acaz, cinco siglos antes del advenimiento del anunciado en ella: *He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarán su nombre Emmanuel, Dios con nosotros (Is 7,14)*. “Emmanuel”: Dios con nosotros. Jesús es Dios; el Dios adorable que hizo el cielo y la tierra, que gobierna los astros y a quien sirven los ángeles. Pero sin dejar de ser Dios ni perder su Gloria, se “hunde” en nuestra historia y en nuestro mundo para convivir con los hombres que Él ha creado, con la hechura de sus manos: *Se hizo ver en la tierra y conversó con los hombres (Ba 3,38)*.

Dios puede hacerse presente en medio de su pueblo con su poder, con su protección, con su asistencia. Pero el amor de Dios supera todos estos modos e inventa nuevos, inverosímiles para los hombres. Dios se hace presente entre los hombres como un hombre y gusta llamarse “el Hijo del Hombre”, para hacernos ver que ha asumido una verdadera naturaleza humana, y que no se avergüenza de ella; no la desprecia, no le horroriza, como se canta en el *Te Deum*: “non horruisti virginis uterum...”, “no tuviste repugnancia del seno de la virgen”... Porque el seno de la virgen es un seno humano.

Emmanuel expresa quién es el que nace: es Dios que se hace carne. Por eso el ángel dijo a María: *lo que nacerá de ti será santo, será llamado Hijo de Dios (Lc 1,35)*.

### 2. Jesús

*Le pondrás por nombre Jesús porque Él salvará a su pueblo de sus pecados (Mt 1,21)*. Tales las palabras del ángel a José. Este nombre expresa la **misión** del Hijo de Dios al encarnarse. Revela el motivo de la encarnación. Jesús en lengua hebrea se dice *Yehoshuah* y quiere decir *Yahvéh salva*, Dios salva; quiere decir, pues, *Salud-dador*. El que viene a dar la salud al alma, que es donde mora la enfermedad del pecado. *¿Quién puede perdonar los pecados sino Dios?*, se preguntan los enemigos de Cristo, escandalizados no sólo porque ha curado a un paralítico en Cafarnaúm sino, especialmente, porque se ha anunciado la remisión de sus pecados (cf. Mc 2,7). Han entendido que de esta manera se iguala a Dios, y no se equivocan: sólo Dios puede perdonar los pecados de los hombres. Por eso los perdonaba Cristo, porque era Dios, y para eso se había encarnado. Esto es lo que nos revela con su nombre.

Muchos hebreos se llamaron Jesús por casualidad, decía Maldonado en el siglo de oro español, “Cristo, en cambio, por determinado consejo, no humano sino divino. Aquellos que lo llevaron antes que Él no fueron verdaderos salvadores, y Cristo lo es más todavía de lo que el hombre acierta a significar. Para ellos era nombre común y vulgar; para Cristo fue peculiar y, según el profeta había predicho, propio y singular, porque de la manera que de Cristo se dijo, a nadie le conviene más que a Él, ya que no hay en otro alguno salud”<sup>55</sup>.

Fray Luis de León hacía notar que muchos son los nombres que la Escritura da a Cristo, pero sólo uno es el que el ángel indica a José. “Vienen a ser casi innumerables los nombres que la Escritura divina da a Cristo; porque le llama León y Cordero, y Puerta y

---

<sup>55</sup> Juan de Maldonado, *Comentarios a San Mateo*, B.A.C., Madrid 1950, p. 133.

Camino, y Pastor y Sacerdote, y Sacrificio y Esposo, y Vid y Pimpollo, y Rey de Dios y Cara suya, y Piedra y Lucero, y Oriente y Padre, y Príncipe de Paz y Salud, y Vida y Verdad, y así otros nombres sin cuento”<sup>56</sup>. Y esto es así porque todos los demás nombres convergen y se resumen en éste nombre maravilloso: “...El nombre de Jesús es el todo, según que todo lo que significan los otros nombres o es parte de esta salud, que es Cristo, y que Cristo hace en nosotros, o se ordena a ella o se sigue de ella por razón necesaria. Que si es llamado Pimpollo Cristo, y si es, como decíamos el parto común de las cosas, ellas sin duda le parieron para que fuese su Jesús y salud. Y así Isaías, cuando les pide que lo paran y que lo saquen a luz, y les dice: *Rociad, cielos dende lo alto, y vos, nubes, lloved al justo* (Is 45,8), luego dice el fin para qué le han de parir, porque dice: *Y tú, tierra, fructificarás la salud* (Is 45,8). Y si es Faces de Dios, eslo porque es nuestra salud, la cual consiste en que nos asemejemos a Dios y le veamos, como Cristo lo dice: *Esta es la vida eterna, conocerte a ti y a tu Hijo* (Jn 17,3). Y también, si le llamamos Camino y si le nombramos Monte, es Camino porque es guía, y es Monte porque es defensa; y cierto es que no nos fuera Jesús si no nos fuera guía y defensa; porque la salud, ni se viene a ella sin guía, ni se conserva sin defensa. Y de la misma manera es llamado Padre del siglo futuro, porque la salud que el hombre pretende no se puede alcanzar si no es engendrado otra vez; y así Cristo no fuera nuestro Jesús si primero no fuera nuestro engendrador y nuestro Padre. También es Brazo y Rey de Dios, y Príncipe de Paz: Brazo para nuestra libertad, Rey y Príncipe para nuestro gobierno; y lo uno y lo otro, como se ve, tienen orden a la salud; lo uno que se le presupone, y lo otro que la sustenta. Y así, porque Cristo es Jesús, por el mismo caso es Brazo y es Rey. Y lo mismo podemos decir del nombre de Esposo, porque no es perfecta la salud sola y desnuda, si no la acompaña el gusto y deleite. Y ésta es la causa por qué Cristo, que es perfecto Jesús nuestro, es también nuestro Esposo, conviene a saber; es el deleite del alma y su compañía dulce y será también su marido, que engendrará de ella y en ella generación casta y noble y eterna; que es cosa que nace de la salud entera, y que de ella se sigue. De arte que, diciendo que se llama Cristo Jesús, decimos que es Esposo y Rey y Príncipe de Paz y Brazo y Monte y Padre y Camino y Pimpollo; y es llamarle, como también la Escritura le llama, Pastor y Oveja, Hostia y Sacerdote, León y Cordero, Vid, Puerta, Médico, Luz, Verdad y Sol de justicia, y otros nombres así. Porque si es verdaderamente Jesús nuestro, como lo es, tiene todos estos oficios y títulos; y si le faltaran, no fuera Jesús entero ni salud cabal, así como nos es necesaria. Porque nuestra salud, presupuesta la condición de nuestro ingenio, y la cualidad y muchedumbre de nuestras enfermedades y daños, y la corrupción que había en nuestro cuerpo, y el poder que por ella tenía en nuestra alma el demonio, y las penas a que la condenaban sus culpas, y el enojo y la enemistad contra nosotros de Dios, no podía hacerse ni venir a colmo, si Cristo no fuera Pastor que nos apacentara y guiara, y Oveja que nos alimentara y vistiera, y Hostia que se ofreciera por nuestras culpas, y Sacerdote que interviniera por nosotros y nos desenojara a su Padre, y León que despedazara al león enemigo, y Cordero que llevara sobre sí los pecados del mundo, y Vid que nos comunicara su jugo, y Puerta que nos metiera en el cielo, y Médico que curara mil llagas, y Verdad que nos sacara de error, y Luz que nos alumbrara los pies en la noche de esta vida obscurísima, y, finalmente, Sol de justicia que en nuestras almas, ya libres por Él, naciendo en el centro de ellas, derramara por todas las partes de ellas sus lúcidos rayos para hacerlas claras y hermosas. Y así el nombre de Jesús está en todos los nombres que Cristo tiene, porque todo lo que en ellos hay se endereza y encamina a que Cristo sea perfectamente Jesús”<sup>57</sup>. Y por eso concluye admirablemente: “Jesús es su ser; Jesús son sus obras, y Jesús es su nombre esto es piedad y salud”.

---

<sup>56</sup> Fray Luis de León, *De los nombres de Cristo*, I.

<sup>57</sup> *Ibid.*, III.

En el libro de los Hechos de los Apóstoles, después que Pedro y Juan son hechos azotar por los príncipes de los judíos, añade San Lucas: *Ellos salieron de la presencia del Sanhedrín gozosos por haber sido hallados dignos de ser afrentados por causa de tal nombre* (Act 5,41). Poco antes había dicho que ese “tal nombre” era el de “Jesús” (5,40). Éste es uno de los primeros testimonios de la devoción que tuvieron los mismos Apóstoles por el nombre del Maestro. Diez siglos más tarde San Bernardo escribía:

Nihil canitur suavius,  
Nihil auditur iucundius,  
Nihil cogitatur dulcius  
Quam Iesum, Dei Filius.

“Nada más suave se canta; nada más alegre se oye; nada más dulce se piensa que Jesús, Hijo de Dios”. San Buenaventura explicando el porqué Jesucristo es llamado “Paz nuestra” dice hermosamente: “quia unitivus omnium et suavificativus et terminativus desideriorum”, porque es unitivo y terminativo y dulcificador de todos los deseos<sup>58</sup>; y en otro lugar: “sic Christus inventus dat nobis omnem requiem”, encontrado Cristo, nos da todo reposo<sup>59</sup>.

Porque, como dice Pedro fortalecido con las llamas del Espíritu Santo, delante del mismo Sanhedrín que decretó la muerte de Cristo: *No existe bajo el cielo otro nombre, dado a los hombres, en el cual hayamos de salvarnos* (Act 4,12). Porque no hay salvación en otro nombre que en el suyo, su misma pronunciación es esperanza para los pecadores. Manuel de Iribarne cuenta la muerte trágica de Francisco Pizarro diciendo: “Pizarro quedó solo en medio de sus enemigos, que arremetieron contra él sin compasión. Atacado por todas partes, el viejo soldado se mantuvo en pie defendiéndose durante algún tiempo, hasta que su nervudo brazo se rindió a la fatiga, incapaz de sostener la espada. Martín Bilbao le asestó entonces una furiosa cuchillada en el cuello, que dio con él de bruces sobre las losas. Un surtidor de sangre caliente brotó de su garganta. Al caer, el conquistador del Perú pidió confesión a voces. Dicese que antes de lanzar su postrer aliento, como español y como cristiano, trazó una cruz con su propia sangre en el suelo –única firma que usó en vida– y luego la besó devotamente. Un tenue y suspirado ‘¡Jesús!’ se escapó de sus labios...”<sup>60</sup>.

Un nombre, pues, que trae consuelo y confianza hasta en el mismo trance de la muerte trágica. El viejo poeta Fray Luis dejó testimoniado: “La propia y verdadera sabiduría del hombre es saber mucho de Cristo”<sup>61</sup>.

---

<sup>58</sup> San Buenaventura, *Sermón 10, Domin. III Adv.*

<sup>59</sup> San Buenaventura, *Vig. Nat., Sermo I.*

<sup>60</sup> Manuel de Iribarne, *Los grandes hombres ante la muerte*, Ed. Montaner y Simón, Barcelona 1935, p. 127.

<sup>61</sup> Fray de León, *De los nombres de Cristo*, I.

## VII. EL CORDERO DE DIOS

Este suceso nos transporta hacia las orillas del Jordán, tal vez en la región llamada Betaraba o Beth Abarah, el “lugar del pasaje”, en recuerdo del paso del Jordán por los hebreos. Hoy en día se lo localiza a unos trescientos metros del Jordán, sobre la orilla derecha del estuario del Wuadi Nimrín, de aguas abundantes en invierno, a unos 15 kilómetros al norte del Mar Muerto; o, según otros, en el Wadi el-Kharrar, a unos 7 kilómetros del Mar Muerto. Era un día en el que Juan el Bautista predicaba que el Mesías esperado estaba cercano, es más: que su llegada y manifestación entre los hombres era inminente. Y Jesús, desconocido de todos se acercó también a recibir el bautismo del Asceta Precursor. Así comienza la vida pública de Cristo. Bien podemos suponer el estupor de Juan al reconocer al Cristo esperado en aquél que se acercaba a él como un pecador más. “La misericordia de Dios es superior a toda expectativa”, decía san Leopoldo Mandic. Jesucristo comienza su ministerio mesiánico con una actitud de profunda humildad: confundiéndose entre los pecadores. Recibe el Bautismo de penitencia, Él que no tenía pecado alguno; pero del cual Juan dijo: *Éste es el Cordero de Dios que carga con los pecados del mundo* (Jn 1,29). Con cuánta razón, pues, san Hipólito exclamaba admirado: “¡Oh, hecho que llena de estupor! El río infinito, que alegra la ciudad de Dios, es bañado por unas pocas gotas de agua. El manantial incontenible y perenne del que brota la vida para todos los hombres, se sumerge en un hilo de agua escasa y fugaz. Aquél que está en todas partes y no falta en ningún lugar, aquél que los ángeles no pueden comprender y los hombres no pueden ver, se acerca voluntariamente a recibir el bautismo”.

El bautismo de Juan era un signo, una actitud externa mediante la cual quienes escuchaban al Bautista y se hacían bautizar reconocían que eran pecadores y que estaban dispuestos a cambiar sus vidas para prepararse mejor a la inminente venida del Mesías. ¿Por qué entonces, también Jesús acata la admonición de Juan, siendo Él el cordero inmaculado, en quien no hay sombra de pecado? Su actitud sólo puede ser comprendida a la luz de lo que enseña San Pablo: *Él se ha dado a sí mismo por nosotros para rescatarnos de toda iniquidad* (Tit 2,14). “Él se ha dado a sí mismo por nosotros”. En este abajamiento de Dios en el sublime momento de comenzar la predicación de la verdad y la proclamación del Misterio de Dios, se pone de manifiesto la magnitud, la generosidad de esta total donación de Dios en la Encarnación. ¿Por qué el Inmaculado se acerca humildemente a recibir el signo de los que se confiesan pecadores? Es mucho más fácil responder a esta pregunta que responder a la pregunta infinitamente más radical que ésta: ¿Por qué Dios se ha hecho hombre y se ha dado a los hombres que contra él pecaron? Ninguna de las cosas que hace Cristo las hace porque Él las necesita, sino porque las necesitamos nosotros. Todos los actos de Cristo son don a los hombres: Dios no tenía necesidad de hacerse cercano a nosotros en la Encarnación, pero nosotros sí teníamos necesidad de su cercanía, porque la lejanía de Dios es la muerte del alma; Jesucristo no tenía necesidad de purificarse en las aguas del Jordán, pero nosotros necesitábamos contemplar la humildad de Dios encarnado que se abaja hasta nosotros, pecadores; nosotros teníamos la necesidad de escuchar, en este ejemplo de Cristo, la invitación a expresar exteriormente nuestra penitencia.

Cristo no se acerca al Jordán buscando la purificación de sus pecados (Él es el cordero sin mancha) sino concediéndonos en este acto una gracia singular. No venía Él a purificarse sino a purificarnos. Es el trasfondo de la maravillosa expresión que acuña Juan para referirse a Jesús: *Ese es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo* (Jn 1,36). ¿Qué quería decir al llamarlo “cordero”? Tal vez estaba indicándolo como el verdadero Cordero Pascual (cf. Ex 12,6), o tenía en mente el cordero del sacrificio cotidiano en el templo (cf. Ex 29,38); o tal vez al Siervo de Yahvéh, de Isaías, llevado al matadero como corderito mudo (cf. Is 53,6.7); podía también querer resaltar su cualidad de inocencia o su disposición al sufrimiento. En el fondo Juan cifra todas estas cosas en ese solo nombre. De Cristo dice que “quita” el pecado del

mundo; *ai;rw* (*hairo*) no quiere decir “llevar” sino propiamente quitar, hacer desaparecer. En la primera de sus cartas San Juan Evangelista retoma la idea para afirmar: *Sabéis que (Cristo) apareció para quitar (a;rh|) los pecados* (1 Jn 3,5). Juan de Maldonado hace una interesante reflexión sobre el texto evangélico: “Algunos siguiendo al Crisóstomo notan que Juan no dice ‘que quitará’, sino ‘que quita’ los pecados del mundo, usando el presente para significar, más que el hecho, la virtud natural de Cristo de quitar los pecados. A la manera que no decimos ‘el fuego calentará’, sino ‘el fuego calienta’, para expresar que el fuego, de su natural, como no halle impedimento, calienta cualquier cosa en todo tiempo y lugar”<sup>62</sup>.

Muchos Santos Padres de la Iglesia enseñaron que Nuestro Señor, sumergiéndose en las aguas del Jordán, las **santificó**, las **purificó** y las hizo **fecundas** para que ellas pudieran luego, con la fuerza del Espíritu Santo, santificarnos, purificarnos y darnos a la luz de la vida sobrenatural en el Bautismo cristiano. Así, por ejemplo, San Hipólito, comentando las palabras de Dios Padre que se escucharon en el Bautismo de Cristo, *Este es mi Hijo amado*, decía: “*Este es mi Hijo amado: el que pasa hambre y alimenta a muchedumbres innumerables, el que se fatiga y rehace las fuerzas de los fatigados, el que no tiene dónde reclinar su cabeza y lo gobierna todo con su mano, el que sufre y remedia todos los sufrimientos, el que es abofeteado y da la libertad al mundo, el que es traspasado en su costado y arregla el costado de Adán*”.

La escena evangélica parece desenvolverse en la soledad del desierto y sólo en torno a dos hombres: uno muy grande –*el más grande de los nacidos de mujer*, lo llama el Señor en el Evangelio (Mt 11,11)–; el otro infinitamente grande. Uno, Juan, tan grande y atrayente que sus seguidores y los curiosos que iban a escucharlo al Jordán pensaban que era el Mesías esperado. El otro, todavía más grande, hasta el punto que Juan mismo confiesa que es más fuerte que él y ante el cual se reconoce totalmente indigno de desatar siquiera la correa de sus sandalias.

Pero lo más importante, la diferencia más grande entre San Juan Bautista y Cristo, se manifiesta en la diferencia de la obra de cada uno.

San Juan Bautista *bautiza con agua*. Lo que hacía Juan era solamente preparar al pueblo de Israel para recibir al Mesías. Juan predicaba el “cambio del corazón”. Su enseñanza, que nosotros traducimos por un “arrepentíos”, en el Evangelio griego significa más propiamente “cambiar la mente” (*metánoia*). Cambiar la manera de pensar, cambiar el corazón mundano, alejado de Dios. Juan, como los antiguos profetas de Israel, predica la *tešûbah*, la vuelta del destierro a la casa paterna abandonada por el pecado. En sus labios resuena el *Buscad a Yahvéh* de Sofonías (2,3), aquel *Enderezad vuestro corazón a Yahvéh* que predicaba Samuel (1 Sam 7,3), el *Revuelve en tu corazón que Yahvéh es Dios*, que dice Moisés a su pueblo (Dt 4,39). Al mismo tiempo su amonestación es el reclamo a desandar los pasos errados; repite el clamor de Jeremías: *Volveos cada cual de su mal camino* (Jr 18,11), o el *Convertíos, convertíos de vuestra mala conducta*, como dice Ezequiel (33,11); es el llamado que Zacarías resume diciendo: *No seáis como vuestros padres, a quienes los antiguos profetas gritaban así: ¡Volveos de vuestros malos caminos y de vuestras malas obras!* (Zac 1,4). Precisamente para demostrar públicamente que uno estaba dispuesto a cambiar el corazón oculto, que no se ve, se dejaba sumergir por Juan en las aguas del Jordán. Pero esto sólo manifestaba una decisión interior, una buena disposición, una apertura del corazón a Dios. El bautismo de Juan no lavaba interiormente los pecados del pueblo de Israel, simplemente ayudaba a que los judíos los lloraran.

Hablando, en cambio, de la misión de Cristo Juan dice: *Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego*. La obra de Jesucristo, a diferencia de la de Juan, llega hasta el corazón, lo penetra y lo cambia. Por eso es comparada con el **fuego**: el fuego quema y purifica la escoria,

---

<sup>62</sup> Juan de Maldonado, *Comentarios a San Juan*, B.A.C., Madrid 1954, p. 122.

la destruye; limpia, transforma. Cristo bautiza en el Espíritu Santo porque con su predicación no se limita a decir a los hombres que no pueden seguir viviendo como lo hacían hasta ese momento, sino que Él mismo los cambiará. Hará penetrar en los corazones el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo, penetra, transforma y santifica.

Juan prepara y Cristo lleva a plenitud la obra de la santificación de las almas cuando las sumerge con Él en las aguas fecundantes del Jordán espiritual: *con Él hemos sido sepultados en el bautismo* (Rom 6,4).

## VIII. EL TENTADO

La preparación inmediata de Jesús ante su Misión tuvo lugar en la soledad del desierto y revistió la forma de una vida penitencial. ¿Qué necesidad de preparación tiene quien es el mismo Dios y qué necesidad tiene de hacer penitencia Aquél a quien nadie puede argüir de pecado? Para entenderlo no debemos perder de vista que Jesucristo es la encarnación del verdadero pueblo de Dios, del verdadero Israel, y el prototipo del perfecto cristiano. Sus hechos tienen como una doble vertiente: por un lado, reparan o rehacen todo lo que Israel hizo mal en el Antiguo Testamento; por otro, se nos presentan como modelo de lo que debemos hacer nosotros en nuestras vidas. ¿Por qué quiso ser tentado? Para decirlos luego: *confiad, que yo he vencido al mundo* (Jn 16,33). “Conoce que fuiste tentado (en Él), dice Agustín, y reconoce que en Él fuiste vencedor”.

También Israel había estado en el desierto: peregrinó por él durante cuarenta años guiado por Moisés, desde su salida de Egipto hasta su entrada en la tierra prometida. Durante ese largo tiempo fue tentado repetidamente por el diablo, y Dios puso a prueba su corazón. Pero Israel fue infiel a Dios y sucumbió ante la tentación: pecó de gula; pecó de desconfianza; pecó de idolatría. Jesús sale al desierto llevado por el Espíritu Santo; el Espíritu “lo empuja”, “lo impulsa” (*ekbállei*), dice San Marcos, “lo llevaba” (*égeto*) vierte en cambio San Lucas. Una tradición coloca estos hechos –con los que se abre el enfrentamiento entre Jesús y el Príncipe de este mundo– en Djebel-Qarantal, a cuatro kilómetros al noroeste de la actual Jericó. En el siglo IV, San Carilón fundó allí una laura para conmemorar el misterio de las tentaciones.

De este modo tan singular Jesús repara las caídas de su pueblo y nos enseña a enfrentar nuestras propias tentaciones. Después de cuarenta días de ayuno, el demonio se presentó ante Jesús y lo puso a prueba con tres tentaciones.

### 1. La tentación primera

El diablo le dijo: *Si Tú eres el Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en pan* (Lc 4,3). O` día,boloj, el “diablo”, dice el Evangelio de San Mateo (4,1). *Diábolos* significa etimológicamente “arrojador”, en el sentido de acusador, calumniador o tentador. San Marcos en lugar de diablo pone *Satana/j*, “Satanás” (Mc 1,13), que significa lo mismo. El demonio lo invita a que se valga de su condición y de su poder divino para satisfacer el hambre. Es semejante a la tentación de gula de Israel en el desierto cuando murmuró contra Moisés y añoró las ollas de carne de Egipto y los hartazgos de la esclavitud (cf. Ex 16,13). Todo hombre está sometido a la misma insidia; a la tentación de identificar la bendición y la protección de Dios con el éxito material. ¡Cuántos piensan que Dios los abandona porque las cosas no salen como quisieran; o se quejan de que Dios ayuda a los malos cuando a estos les va mejor que a ellos! Estas personas, si Dios pusiese su divino poder a su disposición, lo usarían para solucionar sólo sus problemas terrenales: sus cosechas, su trabajo, su economía, sus riquezas, su hambre. ¿No es una forma de carnalizar la religión?

Jesucristo comprende muy bien la insidia que se oculta en las palabras del diablo: usar a Dios sólo para tapar nuestros agujeros terrenos, poner nuestro fin en las cosas materiales, y dejar en segundo lugar a Dios. A Dios lo usamos cuando lo invocamos sólo en la necesidad; sin acordarnos de Él en la hartura; cuando le presentamos el catálogo de nuestros apremios pero sin darle el corazón, la vida, nuestro tiempo, nuestra oración. Esta forma de pensar está detrás de aquel que –como diría san Ignacio– quiere “que allí venga Dios donde él quiere” en vez de ir él donde quiere Dios<sup>63</sup>.

---

<sup>63</sup> San Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, n° 154.

Por eso responde: *Está escrito: no sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios* (Mt 4,4). El pan es importante, pero no lo más importante. “Dios, primer servido”, decía Juana de Arco.

## 2. La segunda tentación

*Te daré todo este poder y la gloria de estos reinos, porque ha sido puesta en mis manos y yo lo doy a quien quiero. Si tú te postras ante mí, todo será tuyo* (Lc 4,6-7). El demonio ofrece el poder y la gloria a cambio de adoración; y dice que todo ello ha sido puesto en sus manos. En el desierto Israel pecó de idolatría haciéndose un becerro de oro y postrándose ante la hechura de sus manos. La indignación de Moisés, al bajar del Sinaí y ver la aberración de su pueblo, fue terrible (cf. Ex 32,19-20). La idolatría es también uno de los grandes pecados de nuestro tiempo. Los hombres piden lo que sólo Dios puede dar a seres que no son Dios: piden la felicidad, la gloria o el poder a las riquezas, a la fama, al aplauso de los hombres. *La codicia es una idolatría*, dice San Pablo (Col 3,5). Incluso lo piden al mismo diablo cuando sucumben ante la superstición, o se doblegan ante la morbosa atracción de la magia y del mismo culto a los demonios. Quien se inclina ante tales cosas, consciente o inconscientemente las diviniza en su corazón, porque sólo Dios puede hacer feliz el corazón del hombre.

Por eso, Jesús contesta: *Está escrito: sólo al Señor tu Dios adorarás, y sólo ante Él te postrarás* (Lc 4,8).

## 3. La tercera tentación

*Si tú eres el Hijo de Dios, tírate, pues está escrito: a sus ángeles dará órdenes para que te custodien, y ellos te sostendrán con su mano para que tu pie no tropiece en una piedra* (Lc 4,9-11). Es la tentación de la falsa confianza en Dios. El demonio le propone que confíe en que Dios lo va a proteger si hace una locura. Esto no es confianza sino **presunción**. Es tentar a Dios. Hace suponer a quien lo comete que Dios está pendiente de sus locuras; que puede hacer cualquier estupidez porque Dios va a ir corriendo detrás suyo para protegerlo. Es el pecado de los que pecan y viven en pecado pensando que Dios les dará siempre la oportunidad de convertirse antes de morir. Esta falsa confianza tiene, sin embargo, una faceta de auténtica desconfianza. El que pone a prueba a Dios lo hace para **ver** si Dios realmente es capaz de venir en su auxilio. No implica seguridad de la protección divina, sino duda sobre ella.

*No tentarás al Señor tu Dios*, le responde el Señor (Lc 4,12). Jesucristo con su respuesta y su actitud nos enseña el verdadero abandono en las manos de Dios Padre. Vivir en los caminos de Dios, según sus mandamientos, con la seguridad de su protección constante.

Cada paso de la vida de Nuestro Señor es un camino abierto para que sigamos sus huellas. El ejemplo dado por Él en sus tentaciones nos recuerda que nuestra vida es lucha y combate. No se puede dejar de luchar: el que lo hace ha sido vencido. Debemos tomar conciencia de esta necesidad de vivir en guardia, pues *el diablo, como león rugiente anda rondando buscando a quien devorar*, dice san Pedro (1 Pe 5,8). Toda la vida del cristiano es lucha, aunque todavía no haya caído en la cuenta de ello: “Espadas angélicas y tridentes demoníacos chocan sin ruido en la calle Gurruchaga: se disputan el alma de Adán Buenosayres, un literato; porque, según la economía suprema, vale más el alma de un hombre que todo el universo visible. Pero Adán no lo sabe, y es bueno que no lo sepa todavía... ¡Ignora él que a su alrededor mil ojos atentos lo siguen, y que la batalla recrudece ahora en torno suyo, porque se acercan ya instantes definitivos! Adán no lo sabe, y es bueno que lo ignore todavía... Adán ignora que mil ojos invisibles están llorando por él en las alturas, y que

los de la espada, en torno suyo, han comenzado a mirarse y sonreírse, como si desde la eternidad poseyeran un secreto inviolable...”<sup>64</sup>.

---

<sup>64</sup> Leopoldo Marechal, *Adán Buenosayres*.

## IX. EL PREDICADOR

*Nunca hombre alguno habló así (Jn 7,46)*

Desde el principio de su ministerio Jesús se presenta como “el Predicador”. Él mismo dice que “ha sido enviado” para *anunciar la Buena Nueva del reino de Dios* (cf. Lc 4,43). A diferencia de Juan el Bautista, que enseñaba a orillas del Jordán, en lugares desiertos y esperando a quienes buscaban su palabra, Jesús sale al encuentro de aquellos a quienes Él debe anunciar la Buena Nueva. Es la continuación del dinamismo de la Encarnación por la cual Dios va hacia los hombres. *Recorría toda la Galilea enseñando en las sinagogas*, dice Mateo (4,23); y san Lucas añade que *iba por ciudades y pueblos* (8,1). No se restringió al pueblo de Israel; el Evangelio también menciona la *región de Tiro y Sidón*, o sea, Fenicia (cf. Mc 7,31), y también la Decápolis denominada como *la región de los gerasenos* (cf. Mc 5,1).

El contenido de su enseñanza se sintetiza en una expresión: el Evangelio o Buena Nueva. Es el anuncio del cumplimiento del tiempo mesiánico, de las promesas antiguas y de la llegada del reino de Dios (cf. Mc 1,15). Es un anuncio que plantea a quien lo oye exigencias esenciales de naturaleza moral; indica la necesidad de renunciaciones y sacrificios, relacionándose así con el misterio de la cruz. El centro de su mensaje se resume en las Bienaventuranzas (cf. Mt 5,3-11), que precisa de la manera más completa la clase de felicidad que Cristo ha venido a anunciar y revelar. De éstas ha dicho Fray Luis de Granada: “...El que desea y suspira por la perfección de la vida cristiana, el que quiere ser grande en el reino de los cielos, el que desea ser verdadero discípulo de Cristo y que quiere ser perfecto como su Padre, que está en los cielos, lo es, ponga los ojos en este espejo del Evangelio y en todos los consejos y palabras de Cristo... Y no es menester para esto gastar mucho tiempo ni revolver mucho los libros, porque en solas ocho palabras de San Mateo está sumada muy gran parte de esta perfección”<sup>65</sup>.

En la predicación de Cristo resalta también el hecho de que Él intenta transmitir su mensaje sobrenatural adecuándose a la mentalidad y cultura de sus oyentes. Jesús conocía la cultura y la tradición de su pueblo, sus modos de pensar y expresarse, sus cualidades y sus límites. Por eso, a menudo da a las verdades que anuncia, la forma de parábolas: *Todo esto dijo Jesús en parábolas a la gente, y nada les hablaba sin parábolas, para que se cumpliese el oráculo del profeta: ‘Abriré en parábolas mi boca, publicaré lo que estaba oculto desde la creación del mundo’* (Mt 13,34-35).

También hay que destacar en la misión de Cristo Predicador que Jesús no sólo anunciaba el Evangelio, sino que Él mismo se hacía Evangelio. No es sólo una palabra pronunciada la que escuchaban sus seguidores sino una Palabra Encarnada. Jesús se identificaba con lo que decía, lo practicaba y lo vivía. Por eso sus palabras eran palabras de vida: *Tú tienes palabras de vida eterna*, confiesa Pedro (Jn 6,68).

*Nunca un hombre ha hablado como Él*, confiesan los espías enviados por sus enemigos (Jn 7,46). Tanta es su fuerza que aquellos que son enviados “para apresarlos” son convertidos si no en seguidores, al menos en admiradores. No a causa de sus milagros sino por su doctrina; no por muchas palabras sino por pocas (su elocuencia no se basaba en los largos discursos que terminan agotando la resistencia del oyente sino en breves y concisas expresiones llenas de vida). Como se expresaba San Agustín: “Tanto es el atractivo de Cristo, que muchos que no creen en Él lo alaban... Es amado por todos, celebrado por todos, por la unción excelente que tiene; por eso es Cristo”<sup>66</sup>.

---

<sup>65</sup> Fray Luis de Granada, *De la Vida Pública de Nuestro Señor*, Libro III; en: *Obra Selecta*, B.A.C., Madrid 1947, p. 784.

<sup>66</sup> San Agustín, *Enarraciones in Psalmo 103*.

De aquí deducía Santo Tomás algunas de las características de la palabra de Cristo, que tiene por ser, Él mismo, el *Verbum Dei*, la Palabra de Dios.

Primero, es poderosa para conmover. *¿No es mi palabra como el fuego –oráculo de Yahvéh– y cual martillo que tritura la roca?*, dice Dios por boca de Jeremías (23,29). Y de Jesús se dice en cumplimiento de esta profecía: *Enseñaba como quien tiene poder y no como los doctores [de los fariseos]* (Mt 7,29).

Segundo, es sabrosa para producir consolación. Como dice el Esposo del Cantar: *Dame a ver tu rostro y hazme oír tu voz. Que tu voz es dulce y encantador tu rostro* (Ct 2,14). Y del Salmo podemos tomar aquellas frases: *¡Cuán dulces son al paladar tus palabras, más que miel en la boca!* (Sal 118,103).

Finalmente, son útiles para atrapar y no dejar ir al que las escucha, porque promete los bienes eternos. *Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna* (Jn 6,69). O como dice Isaías: *Yo soy Yahvéh, tu Dios, que para utilidad tuya te enseña* (Is 48,17).

Como escribió Chesterton hablando de ese “estilo... lleno de camellos que pasan por el ojo de una aguja y de montañas que se precipitan en el mar”: “las cosas que Cristo ha dicho son siempre gigantescas”<sup>67</sup>.

---

<sup>67</sup> G.K. Chesterton, *Ortodoxia*, en: Obras Completas, Plaza y Janés 1967, T. 1, p. 659.

## X. EL RECHAZADO

*Y se llenaron de cólera todos en la sinagoga al oír estas cosas. Y levantándose le arrojaron fuera de la ciudad y le llevaron hasta la cima del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad con el intento de despeñarle (Lc 4,28-29).* En la sinagoga de Nazaret, ciudad de su infancia y la aldea de sus padres, Jesucristo revela el Misterio de su mesianidad y el cumplimiento en Él de las promesas antiguas. La reacción de sus coetáneos y paisanos fue contrastante y mudable: comienzan de un modo favorable: *todos daban testimonio a su favor y se maravillaban de las palabras de gracia que salían de sus labios*; pero pronto la admiración cede al escándalo ni bien reflexionan sobre el origen terreno de Jesús que todos ellos creían conocer, y terminan en un intento de homicidio (deicidio).

El primer movimiento fue de admiración y favor. Sin embargo, éste estaba guiado por la superficialidad de su espíritu: se admiran del “buen decir” de Cristo, de su hermosa elocuencia, de la belleza de sus palabras. Antiguos documentos (los Evangelios, los Hechos apostólicos, Filón, Flavio Josefo) testimonian que los paisanos del Señor sabían admirar la oratoria, y entre ellos mismos no faltaban predicadores bien dotados. Pero no trascendían el vehículo de la verdad para admirar la verdad misma. Preferían el modo bello de decir la verdad a la belleza misma de la verdad.

A esta admiración se une, en sus corazones, otro sentimiento que el Señor pone de manifiesto con el viejo adagio: *Indudablemente me aplicaréis el proverbio: Médico, cúrate a ti mismo (Lc 4,23)*. Esto significaba sencillamente: tú hablas del año de gracia mesiánico, del tiempo de las bendiciones de Dios, en el cual los ciegos ven, los sordos oyen, caminan los paralíticos, hablan los mudos, son sanados los enfermos; es más, sabemos que has hecho milagros de éste género en Cafarnaúm; pues bien, hazlos también aquí.

El Señor se responde a sí mismo con otro proverbio que sus oyentes comprendían bien: *Nadie es profeta en su propia tierra (Lc 4,24)*. Les decía que **no habían comprendido** lo que acababa de revelar. Los nazarenos se creen con el derecho de ver las obras de Jesús; exigen ver para creer. El Señor, que tantas veces hizo milagros para suscitar la fe, aquí se niega a realizarlos, del mismo modo como más adelante se rehusará a obrar el milagro que exigían los fariseos como condición para creer en Él (cf. Mt 12,38-39). Podemos fácilmente entender el motivo: un milagro obrado en estas condiciones podía suscitar entre sus oyentes dos errores igualmente graves.

El primero de estos sería el oscurecer la verdad de la soberana libertad de Dios en el misterio de la salvación. Los nazarenos parecen **condicionar** su adhesión a Dios a un milagro divino. Olvidan, pues, que aceptar el testimonio de Dios no es un favor que el hombre concede a Dios sino una gracia que Dios hace al hombre movido sólo por su infinita misericordia. Los hombres sufrimos la constante tentación de imponer a Dios condiciones para aceptarlo, de querer controlarlo para creerle; no hay disposición peor que ésta para cerrarse al conocimiento y al amor de Dios, el cual, como dice la Virgen al entonar su Magnificat, se abandona a los humildes que, vaciándose de sí, se dejan llenar de Él.

Otro error, el segundo, habría sido permitir que sus paisanos pensasen que la vía ordinaria de la salvación es la senda de lo extraordinario, del milagro, de las revelaciones particulares. En realidad, el sendero que signa nuestro itinerario hacia Dios es el de la fe, el de la humilde sumisión de nuestra inteligencia a la autoridad divina que nos hace la gracia de revelarnos sus misterios.

No deja de maravillarnos la violenta reacción de los nazarenos frente a la negativa de Jesús. Estos pasan súbitamente de la desilusión al odio y del odio al homicidio. Es éste el momento en que Nuestro Señor estuvo más cerca de la muerte durante su vida pública, cuando sus coterráneos sin dudarle intentaron arrojarlo por el precipicio sobre el que Nazaret está edificada. Y allí, precisamente al borde de la catástrofe, Jesús les dió el signo que

esperaban: con la sola fuerza de su autoridad, pasando en medio de ellos, se marchó. No hay una palabra, ni un reproche, ni un gesto de fuerza. Basta la sola voluntad de Jesucristo para que la decisión de sus paisanos quede en el aire y sin efecto. Y sin embargo, este milagro moral no fue percibido por aquellos que pedían precisamente un milagro. Tal es el misterio de la ceguera espiritual.

Se señala como lugar del suceso un pico, llamado Gebel el-Qafse, que domina desde una altura de trescientos metros el valle de Esdrelón y que en el Medioevo recibió el nombre de *Saltus Domini* (el Salto del Señor). La tradición dirigió inmediatamente sus pensamientos a un testigo, mudo y horrorizado, de este suceso, y reflexionando sobre los sentimientos que debió experimentar María en aquella hora, erigió en las cercanías una capilla bajo la advocación de *Santa María del Temblor*.

## XI. JESUCRISTO Y LOS ESPÍRITUS

Tanto los ángeles buenos como los demonios rindieron testimonio de la divinidad de Cristo.

### 1. Los ángeles buenos

Los santos ángeles lo hicieron de dos modos: mostrándose ante los hombres al servicio de Cristo y asistiéndolo en sus necesidades. Ante los hombres se presentan repetidamente al servicio de Cristo, anunciándolo, preparando su venida, protegiéndolo, rodeando sus misterios.

Los ángeles están presentes en los grandes gozos de Jesús. Gabriel anuncia su encarnación: *Fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea... Y dijo a María:... concebirás en tu seno y darás a luz un hijo* (Lc 1,26-30). Él le indica el nombre: *Le pondrás por nombre Jesús* (Lc 1,31). Son ángeles los que anuncian su nacimiento: *Había en la región unos pastores que pernoctaban al raso, y de noche se turnaban velando sobre su rebaño. Se les apareció un ángel del Señor... Les dijo el ángel: No temáis, os traigo una buena nueva, una gran alegría... os ha nacido hoy un Salvador, que es el Mesías Señor* (Lc 2,8-11). Es un coro angélico el primero en cantar la dicha del Redentor: *Se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: 'Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad'* (Lc 2,13-14).

Los ángeles se hacen presentes de modo especial en el misterio de la Resurrección: ellos remueven la piedra del sepulcro (cf. Mt 28,2), anuncian el suceso a las mujeres que habían ido a terminar los oficios funerarios con el cuerpo del Señor (cf. Mt 28,5), dejan paralizados de espanto a los guardias (cf. Mt 28,4), los encuentran sentados sobre la piedra del sepulcro (cf. Mc 16,5), consuelan a María Magdalena (cf. Jn 20,13). Como canta la Secuencia de Pascua:

*Dic nobis, Maria, quid vidisti in via?  
Angelicos testes, sudarium et vestes...  
Dinos, María, ¿qué viste en el camino?  
Testigos angélicos, el sudario y los lienzos.*

También los encontramos en la Ascensión del Señor: *Mientras estaban mirando al cielo, fija la vista en Él, que se iba, dos varones con hábitos blancos se les pusieron delante y les dijeron: Hombres de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús que ha sido arrebatado de entre vosotros al cielo, vendrá como le habéis visto ir al cielo* (Act 1,10-11).

Los santos ángeles también asisten y protegen a Jesús en sus necesidades y peligros. Así avisan a José que salve al niño de las manos de Herodes: *El ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: 'Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto, y estáte allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo'* (Mt 2,13). Y volverá a advertirle en sueños después de la muerte del perseguidor: *toma al niño y a su madre y vuelve a la tierra de Israel, porque son muertos los que atentaban contra la vida del niño* (Mt 2,20).

Asisten a Jesús después de las tentaciones en el desierto: *llegaron ángeles y le servían* (Mt 4,11). Y lo confortan en su agonía en el Getsemaní: *Lleno de angustia oraba... y sudó como gruesas gotas de sangre, que corrían hasta la tierra. Se le apareció un ángel que lo confortaba* (Lc 22,44.43). Cantó Lope de Vega:

... Fue menester que luego,  
rompiendo un ángel los aires,  
bajase a darle consuelo...

Por eso el mismo diablo, tentando a Cristo de usar de su poder, le recordará esta característica del Mesías: *Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo, pues escrito está: 'A sus ángeles encargará que te tomen en sus manos para que no tropiece tu pie contra una piedra'* (Mt 4,6; cf. Sal 90,11).

## 2. Los demonios y el Exorcista

La lucha con Satanás ocupa un importante lugar en la vida de Cristo: “una de sus actividades típicas, ha dicho Juan Pablo II, es precisamente la de exorcista”<sup>68</sup>.

*Si yo lanzo los demonios en virtud y por poder divino, entonces es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios* (Lc 11,20). El poder de Cristo sobre los demonios es argumento de su divinidad. Por eso ellos reconocen la supremacía y mesianidad de Cristo.

Algunos lo confiesan a pesar suyo, pues, como dice San Basilio de Cesarea, con Jesús “el diablo perdió su poder en presencia del Espíritu Santo”<sup>69</sup>.

En la sinagoga de Cafarnaúm, el “hombre en poder del espíritu impuro” toma la ofensiva y siente como una quemadura al acercarse el Maestro y manifiesta su miedo con gritos espantosos, pero también su potencia adivinatoria, como ángel que es: *¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres tú: el Santo de Dios. Jesús, entonces, le conminó diciendo: 'Cállate y sal de él'* (Mc 1,24; cf. Lc 4,34).

Igualmente los demonios que habitan en el energúmeno de Gerasa lo confiesan: *Y se pusieron a gritar: '¿Qué tenemos nosotros contigo, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí para atormentarnos antes de tiempo?'. Había allí a cierta distancia una gran piara de puercos paciendo. Y le suplicaban los demonios: 'Si nos echas, mándanos a esa piara de puercos'* (Mt 8,29-31).

De modo más genérico dice San Lucas al referirse a las jornadas de curaciones en Galilea: *Salían también demonios de muchos, gritando y diciendo: 'Tú eres el Hijo de Dios'. Pero él, conminaba y no les permitía hablar, porque sabían que él era el Cristo* (Lc 4,41).

Los demonios también manifestaban el poder de Cristo obedeciéndole cuando les mandaba con imperio salir de los hombres.

En la sinagoga de Cafarnaúm: *Jesús, entonces, le conminó diciendo: 'Cállate y sal de él'. Y agitándole violentamente el espíritu inmundo, dio un fuerte grito y salió de él. Todos quedaron pasmados de tal manera que se preguntaban unos a otros: '¿Qué es esto? ¡Una doctrina nueva, expuesta con autoridad! Manda hasta a los espíritus inmundos y le obedecen'* (Mc 1,25-27; cf. Lc 4,35). A los demonios que le pedían entrar en los puercos antes que volver al abismo: *El les dijo: 'Id'. Saliendo ellos, se fueron a los puercos, y de pronto toda la piara se arrojó al mar precipicio abajo, y perecieron en las aguas* (Mt 8,32). Al demonio que dominaba al niño que le traen al pie del Tabor: *Jesús le increpó y el demonio salió de él; y quedó sano el niño desde aquel momento* (Mt 17,18). Y de modo más genérico: *Al atardecer, le trajeron muchos endemoniados; él expulsó a los espíritus con una palabra* (Mt 8,16).

Tanto los ángeles como los demonios –unos por amor, otros a su pesar– se inclinan ante Cristo, pues como dice San Pablo: *para que al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos* (Fil 2,10).

Y la carta a los Hebreos lo ha dicho: *El cual [el Hijo], siendo resplandor de su gloria e impronta de su sustancia, y el que sostiene todo con su palabra poderosa, después de llevar a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, con una superioridad sobre los ángeles tanto mayor cuanto más les supera en el nombre que ha heredado. En efecto, ¿a qué ángel dijo alguna vez: Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy; y también: Yo seré para él Padre, y él será para mi Hijo? Y nuevamente al introducir a*

<sup>68</sup> Juan Pablo II, *Catequesis semanal*, 3 de junio de 1998.

<sup>69</sup> San Basilio, *De Spiritu Sancto*, 19.

*su Primogénito en el mundo dice: Y adórenle todos los ángeles de Dios. Y de los ángeles dice: El que hace a sus ángeles vientos, y a sus servidores llamas de fuego. Pero del Hijo: Tu trono, ¡oh Dios!, por los siglos de los siglos; y: El cetro de tu realeza, cetro de equidad (Hb 1,3-8).*

## XII. EL ANTIFARISEO

Sin el fariseísmo la vida de Cristo deja de ser un drama para ser simplemente una “vida” más. El fariseísmo le da el carácter de lucha, de agonía, y explica, humanamente al menos, el desenlace que tuvo en la cima del Calvario.

En todo el Evangelio Jesús de Nazaret combate, directa y positivamente, el fariseísmo, o mejor dicho, la caricatura de la religión que encarnaban, al comienzo de la era cristiana, un amplio sector del judaísmo “docto”: escribas, maestros de la Ley, saduceos y fariseos. Estos últimos dieron el nombre a este fenómeno que consistió en el pecado propio de la “corrupción religiosa”.

Sin el fariseísmo no se explica la lucha de Cristo. Los fariseos cumplen una función “providencial” en la vida de Cristo: ellos son el “negativo fotográfico” de Cristo; lo contrario de Cristo. De alguna manera son el “anticristo”, sin dar a este término ninguna connotación apocalíptica. Por eso, el fariseísmo mató a Cristo. No tenía otra alternativa: o lo aceptaba y se convertía a Cristo, o lo perseguía y asesinaba.

Nuestro Señor desafió públicamente la corrupción farisaica. Los llamó *víboras* (cf. Mt 12,34), *ladrones* (cf. Jn 10,10), *homicidas* (cf. Jn 8,40), *hijos e imitadores del diablo* (cf. Jn 8,44).

Muchas veces puso de manifiesto sus principales pecados: la **avaricia** (Lc 16,14: *amigos del dinero*), la **hipocresía** y, por tanto, la **mentira** y la **falsedad** (cf. Mt 23,13), la **presunción** y el **orgullo** (cf. Lc 18,9), la **vanidad y la ostentación** (Mt 6,2: *van tocando trompetas*; Mt 23,5: *hacen sus obras para ser vistos de los hombres*; Mt 23,6-7: *gustan de los primeros puestos*).

Incisivamente Jesús evidenció la deformación del juicio de conciencia de los fariseos que lo perseguían. Estos alternaban cierta tendencia escrupulosa con concepciones francamente laxistas. La conciencia escrupulosa ve pecado donde no lo hay y considera graves acciones de poca monta. La laxa juzga lícito lo que es ilícito, pequeño lo grave, accidentales las acciones fundamentales. La **conciencia farisaica** –que así dio en llamarse– es **escrupulosa con las acciones ajenas**, escandalizándose y alzando los gritos al cielo por pequeñas transgresiones del prójimo; pero es **laxa con sus propios pecados**, aun cuando lleguen a la mentira, la calumnia y al homicidio... o deicidio, como en el caso de Cristo.

Por encima de todos estos aspectos, Jesús, desnudando sus almas, los acusó de un **pecado fundamental**: la falta de verdad en sus vidas, de desamor a la verdad e incluso de odio a la verdad. En definitiva, esto fue lo que los llevó a encarnizarse contra Cristo. Él dijo: *Yo soy la Verdad* (Jn 14,6). Eso era lo que ellos no podían soportar. El rechazo de Jesucristo por parte de los fariseos no se fundamentó en razones de honestidad ni de rigor científico; no objetaban que no probaba suficientemente su pretendida misión mesiánica ni su proclamada filiación divina. Lo rechazaron por ser precisamente **Él** (o sea ese Jesús de Nazaret, con sus rasgos particulares, con su modo de vida singular, con su doctrina específica, con sus enseñanzas particulares) quien se proclamaba Mesías. Por eso Jesús les echó en cara: *Yo he venido en nombre de mi Padre y vosotros no me recibís; si otro viniera usurpando mi nombre, lo recibiríais* (Jn 5,41-44).

Para probar este odio está el testimonio de la Cruz y los relatos de la Pasión.

Lo que los fariseos no sabían ni podían suponer era que siendo fieles a sí mismos (es decir, rechazando hasta las últimas consecuencias la conversión predicada por Cristo) se constituirían en el más vivo retrato –por antítesis– del mismo Cristo. En efecto, el justo siempre es un problema para el pecador, por eso el libro de la Sabiduría pone en su boca aquellas palabras proféticas: *Tendamos lazos al justo, que nos fastidia, se enfrenta a nuestro modo de obrar, nos echa en cara faltas contra la Ley y nos culpa de faltas contra nuestra educación. Se gloria de tener el conocimiento de Dios y se llama a sí mismo hijo del Señor.*

*Es un reproche de nuestros criterios, su sola presencia nos es insufrible, lleva una vida distinta de todas y sus caminos son extraños. Nos tiene por bastardos, se aparta de nuestros caminos como de impurezas; proclama dichosa la suerte final de los justos y se ufana de tener a Dios por padre. Veamos si sus palabras son verdaderas, examinemos lo que pasará en su tránsito. Pues si el justo es hijo de Dios, él le asistirá y le librá de las manos de sus enemigos. Sometámosle al ultraje y al tormento para conocer su temple y probar su entereza. Condenémosle a una muerte afrentosa, pues, según él, Dios le visitará (Sb 2,12-20).*

Si su **presunción** se sentía hostigada en carne viva por Cristo es porque Cristo debía trasuntar una **confianza sin límites** en la acción de Dios. Si su **doblez** se sentía acusada por la figura y la predicación de Jesús, ciertamente era porque en el Hijo del hombre brillaría una deslumbrante **unidad de vida y predicación**. Si la **avaricia** y la **soberbia** llenaba sus corazones de rencor, sería porque no podían quitar de sus ojos el ejemplo de **humildad** y **pobreza** de Nuestro Señor. Si su **cobardía** les hacía revolotear en conventillos nocturnos tramando asechanzas doctrinales contra el Rabí galileo, sería seguramente porque la **virilidad** de Jesús hacía desfallecer de temor sus corazones al encontrarse en su presencia.

Por eso pocas veces replicaban a sus enseñanzas públicas. Y cuando lo hacían temían sus preguntas porque ante éstas, como dicen los Evangelios, no sabían qué responder (cf. Lc 14,6), o se retiraban en silencio (cf. Jn 8,9) o, directamente, mandaban a otros a interrogar a Jesús.

Una vez más en la historia, las cavilaciones de los cobardes terminaron quitando del medio la figura del Justo. Sin embargo, antes de dejarse elevar en la Cruz, el Justo les dijo: *Veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo* (Mt 24,64). Desde entonces el fariseísmo teme más que antes; porque los fariseos, en el fondo, creen (aunque no la amen ni la deseen) en la Resurrección y en la Parusía de su Víctima.

### XIII. CRISTO, VARÓN DE DOLORES

*Varón de dolores, familiarizado con el sufrimiento  
(Is 53,3)*

La gran obra de Cristo por los pecadores fue su Pasión. Allí el no sólo buscó, llamó, invitó a los pecadores, sino que por ellos padeció, sufrió, se humilló y murió. La Pasión es la gran obra del Amor de Dios por nosotros, los hombres.

#### 1. *Opus Passionis*

*Fue él quien soportó nuestros sufrimientos –dice el profeta– y cargó con nuestros dolores... fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados. El castigo de nuestra paz cayó sobre él, y en sus llagas hemos sido curados... Dios cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros (Is 53,46). Por eso se le aplican con justicia las quejas de Jeremías: ¡Oh vosotros que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor semejante al dolor mío! (Lam 1,2).*

¿Qué sabemos de las aflicciones de Cristo en su Pasión?

#### 1) **Ante todo, que padeció todo género de dolores**<sup>70</sup>

##### a) **Padeció de parte de todas las clases de hombres**

Padeció de parte de hombres paganos, como Pilatos y los soldados del Pretorio.

De parte de los judíos enemigos: príncipes como Herodes (Sal 2,1: *Los reyes de la tierra se amotinan y los príncipes conspiran a una contra Dios y contra su Cristo*); sacerdotes, como Anás, Caifás; el populacho compuesto por hombres y mujeres, nobles y pobres, jóvenes y ancianos (Jn 19,15; 18,40: *Todos comenzaron a decir: ¡Quítale! ¡Quítale! ¡Crucifícalo! ¡Suéltanos a Barrabás! ¡Crucifícalo!*; Mt 27,39: *Los que pasaban ante la cruz se burlaban*).

De parte de los judíos amigos, como sus discípulos (Judas entregándolo, Pedro negándolo, Juan y Santiago no siendo capaces de velar con él en Getsemaní, los demás abandonándolo a sus enemigos); y en general, todos los que habían recibido sus beneficios: los ciegos, tullidos, y enfermos que curó: ¿dónde estaban en aquellos momentos?; ¿no hay nadie que lo defienda aunque sea para demostrar su gratitud para con Él?

##### b) **Fue despojado en todos los bienes de los que un hombre puede ser privado**

De sus amigos, pues lo abandonaron.

De su fama ya que blasfemaron de él.

De su honra, pues se burlaron y fue afrentado como un loco (Lc 23,11: *Herodes lo despreció... haciendo burla de él*), como un blasfemo (Mc 14,64: *Oísteis la blasfemia... Todos ellos le condenaron*), y como un instigador (Lc 23,2: *A éste lo hemos hallado amotinando nuestra gente*).

De todas sus cosas porque fue despojado hasta de sus vestidos y clavado desnudo en la cruz (Jn 19,24: *Se repartieron sus vestidos y sortearon su túnica*).

De la serenidad del alma al sentir tristeza, tedio y temor (Mt 26,37-38: *comenzó a ponerse triste y a sentir abatimiento. Y les dijo: triste está mi alma hasta morir*).

##### c) **Padeció corporalmente en todos sus miembros**

---

<sup>70</sup> Cf. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, III, 46,5.

En su cabeza, coronado de espinas. En sus pies y manos, atravesados por clavos. En su rostro, escupido y abofeteado. En todos sus sentidos: en el **tacto**, azotado y herido (el Salmista lo describía llagado como un campo arado, como se da vuelta la tierra, así su carne, Sal 129,3: *Sobre mi espalda araron aradores, alargaron sus surcos*); en el **gusto**, obligado a probar hiel y vinagre; en el **olfato**, sentenciado a morir en lugar de ejecuciones, sahumado por la fetidez de los cadáveres; en el **oído**, condenado a morir escuchando las burlas y blasfemias de la plebe; en la **vista** viendo llorar a su Madre y al discípulo que amaba.

Verdaderamente Él es, como dice Isaías: *Varón de dolores, familiarizado con el sufrimiento* (Is 53,3). Y a pesar de ello sigue siendo exacta la descripción de Agustín: “Hermoso siendo Dios, Verbo en Dios... Es hermoso en el cielo y es hermoso en la tierra; hermoso en el seno, hermoso en los brazos de sus padres, hermoso en sus milagros, hermoso en los azotes; hermoso invitado a la vida, hermoso no preocupándose de la muerte, hermoso dando la vida, hermoso tomándola; hermoso en la cruz, hermoso en el sepulcro y hermoso en el cielo. Oíd entendiendo el cántico, y la flaqueza de su carne no aparte de vuestros ojos el esplendor de su hermosura”<sup>71</sup>.

## **2) La intensidad de sus dolores fue la más grande que puede alcanzar el tormento de un hombre<sup>72</sup>**

Esto por todas las circunstancias que se suman en su dolor.

### **a) Por un lado, la enormidad de las causas que lo producían:**

El **dolor sensible** por ser causado por la multitud de heridas, en todo el cuerpo; y de modo singular el dolor atroz y supremo que significaba la muerte por crucifixión.

Pero las causas más grandes fueron las del dolor interno y espiritual. En primer lugar, **el conocimiento de los pecados de todos los hombres** que Él cargaba sobre sus espaldas; hasta el punto que San Pablo llega a afirmar: *Al que no conoció el pecado, Dios lo hizo pecado* (2 Cor 5,21), y añade también: *Lo hizo maldición* (Gál 3,13). En segundo lugar, **el conocimiento de la caída de los que pecaban con su muerte**: el pecado de sus acusadores, de sus jueces, de sus verdugos y de sus discípulos que se escandalizaron ante la cruz. En tercer lugar, **el conocer proféticamente todos los pecados por los que rechazarían su sangre y su perdón** a lo largo de los siglos. En cuarto lugar, **el conocer la dispersión de los suyos**: *Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas* (Mt 26,31). Y finalmente, **la misma consideración de la muerte corporal**, que la naturaleza de cualquier hombre rechaza con horror.

**b) Se sumaba también la perfecta sensibilidad de Jesús.** Cuanto más perfecta es una naturaleza, tanta mayor capacidad posee para percibir el gozo y el dolor. La perfecta humanidad de Nuestro Señor, le hacía percibir con pureza única la intensidad y especificidad de cada dolor.

**c) A todo esto hay que añadir, por un lado, la pureza de sus dolores** que el mismo Jesús no quiso que fuesen mitigados en nada, razón por la cual rechazó el vinagre que para insensibilizarlo le ofrecieron los soldados. **Por otro lado, el hecho de hacerlo todo voluntariamente**: toda su pasión era un acto pleno de su libertad que se entregaba de lleno al dolor por los pecados de los hombres.

Bien pudo escribir Péguy del grito doloroso del Crucificado –aquel grito con el que entregó su alma al Padre– con palabras crudas y realistas:

“Clamor que resuena aún en toda la humanidad;

---

<sup>71</sup> San Agustín, *Enarr. in Psal.*, 44,3.

<sup>72</sup> Cf. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, III, 46,6.

Clamor que hizo tambalearse a la Iglesia militante...  
 Clamor que resuena en el corazón de toda humanidad;  
 Clamor que resuena en el corazón de toda cristiandad;  
 Oh clamor cumbre, eterno y válido...  
 Pero ¿por qué? ¿Qué tenía?...  
 Sólo él podía lanzar un grito sobrehumano;  
 Sólo él experimentó entonces la sobrehumana angustia...  
 El boquete de la lanza, herida de los clavos;  
 El que le hacían los clavos en el hueco de la mano;  
 El boquete de los clavos en el hueco de sus manos.  
 Su garganta que le dolía.  
 Que le escocía.  
 Que le quemaba.  
 Que le desgarraba.  
 Su seca garganta que tenía sed.  
 Su gárgamo seco.  
 Que tenía sed.  
 Su mano izquierda que le quemaba.  
 Y su mano derecha.  
 Su pie izquierdo que le abrasaba.  
 Y su pie derecho.  
 Porque su mano izquierda estaba horadada.  
 Y su mano derecha.  
 Su pie izquierdo estaba traspasado.  
 Y su pie derecho.  
 Sus cuatro miembros todos.  
 Sus cuatro pobres miembros.  
 Y su costado que le abrasaba.  
 Su costado hendido.  
 Su corazón perforado.  
 Y su corazón que le abrasaba.  
 Su corazón consumido de amor.  
 Su corazón devorado de amor...  
 Él no había gritado ante la lanza romana;  
 No había gritado ante el beso perjuro;  
 No había gritado bajo el huracán de injurias.  
 No había gritado ante los verdugos romanos.  
 No había gritado bajo la amargura de la ingratitud...  
 No había gritado ante la faz perjura;  
 No había gritado ante los rostros injuriantes.  
 No había gritado ante los rostros de los verdugos romanos.  
 Entonces, ¿por qué gritaba?, ¿ante qué cosa gritaba?  
*Tristis, tristis usque ad mortem;*  
 Triste hasta la muerte; más hasta qué muerte;  
 Hasta producir la muerte; o hasta ese momento  
 De la muerte<sup>73</sup>.

## 2. Sus dolores nos gritan...

---

<sup>73</sup> Charles Péguy, *El misterio de la caridad de Juana de Arco*, Ed. Encuentro, Madrid 1978, pp. 80-83.

Cristo predicó y enseñó con su palabra y con sus hechos; con su Pasión nos demuestra y nos declara su Amor; su “pasión” en el sentido de “apasionamiento”, de “amor ardiente”. “Precisamente en la cruz manifiesta en plenitud la belleza y el poder del amor de Dios”<sup>74</sup>. Como decía San Bernardo: “Clama la cruz, claman los clavos, claman las heridas, que verdaderamente nos amó Dios”. Y también: “Esto quiso padecerlo para que a través de las heridas de su carne se dejasen ver las entrañas de su caridad”. Santo Tomás de Villanueva se animaba a decir: “Todo hiciste con número, peso y medida, Señor, pero no me amaste ni con número, ni con peso, ni con medida”.

**Y todo... por mí y por ti...** Una antiquísima homilía anónima del siglo IV, ponía en boca de Cristo estas palabras dirigidas a Adán, y en él a todos los hombres: “Por ti hombre vine a ser como hombre sin fuerzas, abandonado entre los muertos... Mira los salivazos de mi Rostro, que recibí por ti, para restituirte el primitivo aliento de vida... Mira las bofetadas de mis mejillas, que soporté para reformar a imagen mía tu aspecto deteriorado. Mira los azotes de mi espalda, que recibí para quitarte de la espalda el peso de tus pecados. Mira mis manos, fuertemente sujetas con clavos al árbol de la cruz, por ti... Me dormí en la cruz y la lanza penetró en mi costado, por ti... Mi costado ha curado el dolor del tuyo”<sup>75</sup>.

Amor con amor se paga; un buen pecho lo entiende. “Mira a Jesucristo en el monte Calvario clavado en cruz, decía por eso el gran Claret, y cópialo en ti mismo hasta que puedas decir: *Vivo yo, mas no yo, sino que vive en mí Cristo*”<sup>76</sup>.

En una capilla vecina a la catedral de Perpignan, en el sur de Francia, desde hace siglos se venera la figura de un Crucificado. Nadie sabe quién talló esa obra maestra, ni su procedencia. Pero durante siglos ha atraído a muchos peregrinos que ven en esa tremenda imagen de dolor, el Siervo Sufriente de Isaías, el Mesías Destrozado del Salmo 21. Tiene la cabeza profundamente inclinada y una leyenda sobre él dice que cada año su cabeza cae una fracción de centímetro hacia el pecho. Los catalanes dicen que, cuando el mentón descansa finalmente sobre el pecho, será el fin de nuestro mundo... Pero para ese momento el último de los elegidos habrá sido lavado por su Sangre.

---

<sup>74</sup> Juan Pablo II, *Exhortación Vita consecrata*, 24.

<sup>75</sup> Del Oficio de Lecturas del Sábado Santo; Breviario Romano.

<sup>76</sup> San Antonio María Claret, *Imitación evangélica de Cristo*, c.1, Biografías y Escritos, B.A.C., Madrid 1959, p. 660.

## XIV. LA PASIÓN PREANUNCIADA

Todo cuanto sucedió a Jesús en el transcurso del día de Pasión había sido anunciado muchos siglos antes, particularmente por el Salmista y por el profeta Isaías en sus cánticos del Siervo Sufriente.

Camino a Emaús, oculto tras los velos de su cuerpo glorioso y resucitado, Jesús hecho acompañante de sus desconsolados discípulos les explicó los misterios de la Pasión apelando a las Escrituras que ellos conocían: *El les dijo: '¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?'. Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras (Lc 24,25-27). Ya durante la Cena había hecho semejantes referencias: El Hijo del hombre se va como está escrito de Él (Mt 26,24); Todos vosotros os escandalizaréis por mi causa esta noche. Pues está escrito: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas (Mt 26,30).*

El mismo tenor tendrán las primeras predicaciones de sus discípulos, como Pedro al decir: ... *Jesús... de quien Dios habló por boca de sus santos profetas. Moisés efectivamente dijo: El Señor Dios os suscitará un profeta como yo de entre vuestros hermanos; escuchadle todo cuanto os diga. Todo el que no escuche a ese profeta, sea exterminado del pueblo. Y todos los profetas que desde Samuel y sus sucesores han hablado, anunciaron también estos días (Act 3,20-24).*

Esta misma convicción, aplicada en general al Antiguo Testamento como prefiguración del Nuevo y en particular a Cristo, es expresada en muchos otros lugares, como, por ejemplo: *Todo esto les acontecía en figura, y fue escrito para aviso de los que hemos llegado a la plenitud de los tiempos (1 Cor 10,11); Todo ello es una figura del tiempo presente (Hb 9,9).*

La Pasión, siendo el misterio central de nuestra redención, fue profetizada hasta los últimos detalles al punto que podemos reconstruirla con textos del Antiguo Testamento.

### 1. Los dolores de Cristo

Tales y tantos fueron los tormentos de Cristo vistos por los Profetas que se le aplican las palabras del Exodo: *Ciertamente esposo de sangre eres para mí (Ex 4,25); y lo que dice Isaías: ¿Quién es ése que avanza de Edom, rojos sus vestidos, de Bosra?... ¿Cómo está, pues, rojo tu vestido, y tus ropas como las del que pisa en el lagar? He pisado el lagar yo solo, y no había nadie conmigo... (Is 63,1-3).*

#### a) Los dolores físicos

*No tiene apariencia ni belleza para atraer nuestras miradas, ni esplendor para que nos podamos complacer en él (Is 53,2).*

*Soy un gusano y no un hombre, infamia de los hombres, rechazado por mi pueblo (Sal 22,7).*

*Despreciado y rechazado de los hombres, hombre de dolores, familiarizado con el dolor (Is 53,3).*

*Él fue traspasado por nuestros delitos y molido por nuestros pecados. Por sus llagas hemos sido curados (Is 53,5).*

*Con opresión e injusta sentencia fue quitado del medio; ¿quién se aflige por su suerte? Sí, fue eliminado de la tierra de los vivientes, por las iniquidades de mi pueblo fue herido de muerte (Is 53,8).*

*He presentado mis espaldas a los flageladores, el rostro a los que arrancaban mi barba; no he quitado la cara a los insultos y salivazos (Is 50,6).*

*He sido derramado como agua, han sido descoyuntados todos mis huesos. Mi corazón es como cera, se funde en medio de mis entrañas (Sal 22,15).*

*Está seco mi paladar como una teja y mi lengua pegada a mi garganta; tú me sumes en el polvo de la muerte (Sal 22,16).*

*Han perforado mis manos y mis pies (Sal 22,17).*

*Se asombraron de él muchos pues tan desfigurado tenía el aspecto que no parecía hombre, ni su apariencia era humana (Is 52,14).*

#### **b) Los sufrimientos morales**

*Estoy en angustia (Sal 69,18).*

*El oprobio me destroza el corazón y desfallezco; esperé que alguien se compadeciese, y no hubo nadie; alguien que me consolase, y no lo hallé (Sal 69,21).*

*En verdad que estoy afligido y dolorido (Sal 69,30).*

### **2. El odio de sus enemigos**

*Me odiaron sin motivo (Sal 69,5). Esta expresión Jesús se la aplicó a sí mismo durante la Última Cena: *Es para que se cumpla la palabra que está escrita en la Ley de ellos: 'Me aborrecieron sin motivo'* (Jn 15,25).*

*Una jauría de mastines me circunda, me asedia una banda de malvados (Sal 22,17).*

*Se burlan los que me ven, tuercen los labios y mueven la cabeza (Sal 22,8).*

*Con opresión e injusta sentencia fue quitado del medio (Is 53,8).*

### **3. El abandono y la traición de sus amigos**

*Si todavía un enemigo me ultrajara, podría soportarlo; si el que me odia se alzara contra mí, me escondería de él. ¡Pero tú, un hombre de mi rango, mi compañero, mi íntimo, con quien me unía una dulce intimidad, en la Casa de Dios! (Sal 55,13-15).*

*Aun el que tenía paz conmigo, aquel en quien me confiaba y comía mi pan, alzó contra mí su calcañal (Sal 41,10). Jesús dice que esta palabra se cumple en la traición de Judas: *lo digo para que se cumpla la Escritura: El que come mi pan levantó contra mí su calcañal* (Jn 13,18).*

### **4. Los motivos de su Pasión: liberarnos de nuestros pecados y sufrimientos**

*Tengo que pagar lo que nunca robé (Sal 69,5).*

*Cargó sobre Sí nuestros sufrimientos (Is 53,4).*

*Por la iniquidad de mi pueblo fue herido de muerte (Is 53,8).*

*Quiso el Señor quebrantarle con padecimientos. Ofreciendo su vida en sacrificio por el pecado... (Is 53,10).*

*Ha sido traspasado por nuestras iniquidades (Is 53,5).*

*El Señor hizo caer sobre él las iniquidades de todos nosotros (Is 53,6).*

*Se entregó a sí mismo a la muerte y ha sido contado entre los impíos, mientras él lleva el pecado de muchos e intercedía por los pecadores (Is 53,12).*

### **5. Las disposiciones del alma de Jesús**

#### **a) Su ofrecimiento voluntario**

*Maltratado, se dejó humillar (Is 53,7).*

*Y yo no me resistí, ni me hice atrás. Ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba. Mi rostro no hurté a los insultos y salvazos (Is 50,5-6).*

### **b) Su confianza en Dios Padre y su celo por Él**

*Por ti sufro afrentas... Porque me consume el celo de tu casa; los denuestos de los que te vituperan caen sobre mí (Sal 69,10).*

*Yahvéh habría de ayudarme para que no fuese insultado, por eso puse mi cara como el pedernal, a sabiendas de que no quedaría avergonzado. Cerca está el que me justifica: ¿quién disputará conmigo?... He aquí que el Señor Yahvéh me ayuda: ¿quién me condenará? (Is 50,7-9).*

*Dios mío, Dios mío, te llamo de día y no respondes, grito de noche y no encuentro reposo... Con todo tú eres santo... En ti esperaron nuestros padres; confiaron y tú los libraste. A ti clamaron, y fueron liberados; en ti confiaron y no fueron confundidos (Sal 22,3-6).*

*Por eso a ti oro, oh Yahvéh... mírame según la muchedumbre de tus misericordias (Sal 69,14.17).*

### **c) No hacía resistencia a sus verdugos**

*No abrió la boca, como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante el esquilador (Is 53,7).*

Cada año, el Viernes de Pasión, la Iglesia entona uno de sus cantos más tristes, poniendo en boca de Cristo las quejas amargas de un amor que no ha encontrado correspondencia entre los hombres; y llama a este canto, los “improperios”, es decir, las injurias que Cristo recibió de su Pueblo:

- ¡Pueblo mío! ¿Qué te he hecho? O ¿en qué te he entristecido? ¡Respóndeme!
- Yo te saqué de la tierra de Egipto: y tú, a cambio, preparaste una Cruz a tu Salvador.
- ¿Qué más debí yo hacer por ti que no haya hecho? Yo te planté como viña mía predilecta; pero tú te hiciste para mí amarga por demás, pues en mi sed me diste vinagre, y con una lanzada perforaste el costado de tu Salvador.
- Yo por ti azoté el Egipto en sus primogénitos; pero tú, después de azotado me entregaste.
- Yo te saqué de Egipto sumergiendo al Faraón en el Mar Rojo; pero tú me entregaste a los príncipes de los sacerdotes.
- Yo ante ti abrí el Mar; y tú, a cambio, me abriste el costado con una lanza.
- Yo, con el maná, te alimenté en el desierto; y tú descargaste sobre mí azotes y bofetadas.
- Yo te di a beber agua de salvación, sacándola de la roca; tú calmaste mi sed con hiel y vinagre.
- Yo por ti herí a los reyes cananeos; pero tú golpeaste mi cabeza con una caña.
- Yo te di un cetro real; tú, en cambio, pusiste en mi cabeza una corona de espinas.
- Yo te exalté con gran poder; y tú me colgaste en el patíbulo de la cruz.
- ¡Pueblo mío! ¿Qué te he hecho? O ¿en qué te he entristecido? ¡Respóndeme!

Israel Zolli era un judío polaco, culto, nacido en Brodj, de familia de rabinos, el 17 de septiembre de 1881. Fue Rabino de Trieste y apreciado como gran exégeta, catedrático de lengua y literatura hebraicas en la Universidad estatal de Pavía. Hombre fiel a sus tradiciones culturales y religiosas. Sin embargo, había una convergencia que insistentemente turbaba su conciencia: la figura del Siervo de Yahvéh en Isaías y la figura de aquel Cristo crucificado que tanto le había impresionado durante sus visitas a la casa de un compañero cristiano, un tal

Estanislao. “¿Quién es este hombre crucificado como un criminal?”, había preguntado un día. “Jesucristo”, le contestó el compañero. Desde entonces –como escribiría mucho más tarde el mismo Zolli– la hipótesis de que Jesús pudiera ser el Siervo de Yahvéh, hombre inocente y puro, pero humillado y golpeado hasta la muerte por nuestros pecados, no le había abandonado nunca, ni siquiera cuando, durante la segunda Guerra Mundial fue llamado a desempeñar la función de Gran Rabino de Roma, es decir, cuando pasó a ser uno de los hombres más importantes del judaísmo occidental. Por eso no se sorprendió aquel setiembre de 1944, cuando durante la ceremonia litúrgica del Yom Kippur, la Fiesta de la Expiación, le pareció ver (al igual que su esposa y su hija) la figura de Jesús que le decía: “Tú estás aquí por última vez”. El 13 de febrero de 1945 recibió el bautismo en una pequeña capilla de la iglesia de Santa María degli Angeli, tomando el nombre cristiano de Eugenio, en honor del Papa Eugenio Pacelli, Pío XII, a quien amaba entrañablemente. El Antiguo Testamento lo había llevado gradualmente al Nuevo. Por eso, resumiendo su itinerario espiritual, se atrevía decir: “Yo no soy un converso, ¡soy alguien que ha llegado!”.

## XV. ASPECTOS HISTÓRICOS Y BÍBLICOS DE LA CRUZ

La sentencia de Poncio Pilatos (“ibis ad crucem”) comenzó a cumplirse al cargar sobre los hombros de Jesús el travesaño de la cruz, es decir, el *patibulum* (en cambio, el madero vertical, llamado *stipes* solía estar ya clavado en el lugar del suplicio). El condenado era cargado con la áspera viga, de aproximadamente un 1,65 metros de largo y 65 kilogramos de peso, y era obligado a llevarla hasta el lugar de la ejecución ante la vigilante mirada del *Exactor mortis*, como denominaba Tácito al centurión que tenía a cargo la dirección del suplicio. Desde aquél 14 de Nisan, la cruz se convirtió en la más ilustre y la más amada de las reliquias, ya que, como enseñó San Pablo, Dios nos reconcilió consigo clavando en ella el decreto de nuestra antigua condenación y concediendo la paz a todo el mundo por la sangre derramada en ella.

El suplicio de la cruz, que se ejecutó en la persona de Cristo a la manera romana, es extraño en su origen a las costumbres de Israel. La ley judaica y los escritores rabínicos mencionan sólo, como penas capitales, la lapidación, la hoguera, la decapitación, y el ahogo. La más común fue la lapidación. Se lapidaba al blasfemo, al idólatra, al adivinador, al adúltero, a la prometida infiel, y al violador del sábado. Si bien, los judíos acusaron de muchas de estas cosas a Nuestro Señor, no quisieron aplicarle esta pena. Sólo a título de agravante de castigo, surge en la Biblia la suspensión de los cadáveres de los delincuentes, que se colgaban sobre un poste o madero. No era propiamente una pena de muerte, sino una sanción añadida después de la muerte. Por tanto, no hay en el Antiguo Testamento una crucifixión propiamente dicha, ni siquiera en el sentido primario de poste u horca, donde se erige a un criminal hasta que muera, ya que sólo se colgaban cadáveres.

El castigo de la crucifixión fue un invento de Oriente; no se sabe quiénes fueron los primeros en utilizarla; algunos afirman que los asirios, recordando la leyenda que dice que la inventó la terrible reina Semíramis. Con certeza la usaron los persas, y de ellos la aprendió Alejandro Magno. Él, al conquistar la ciudad de Tiro, mandó crucificar dos mil ciudadanos. Luego la pusieron en boga los Diádocos, la practicaron en Egipto los Ptolomeos, en Siria los Seléucidas, y en Siracusa el célebre Dionisio el tirano. Propagada por los fenicios, penetró en Roma, en época de Tarquino el Soberbio. Fue entonces que comenzó a difundirse con tal abundancia que casi puede considerarse como suplicio romano.

La cruz fue usada penalmente y de modo especial se aplicaba durante las campañas militares a los prófugos y ladrones, y muy principalmente a los rebeldes vencidos. Augusto, después de la guerra de Sicilia, castigó de esta manera a seis mil siervos. Alejandro Janeo la usó en Palestina, tras vencer una rebelión, erigiendo en un sólo día ochocientas cruces, contemplando a sus víctimas desde una terraza mientras banqueteara con mujerzuelas. El mismo espectáculo no se repitió sino tras la muerte de Herodes el Grande, el cual, a pesar de su conocida crueldad, no se atrevió a emplear el terrible suplicio. Quintilio Varo, legado de Siria, crucificó dos mil judíos. La mayor carnicería de israelitas crucificados se produjo en el año 70 durante el asedio de Jerusalén, cuando los romanos condenaron a morir en este tormento a más de quinientos judíos por día. Dice Flavio Josefo que llegó a escasear madera para hacer cruces y sitio donde colocarlas.

En tiempos de la paz y en la vida ordinaria de Roma, la cruz fue suplicio propio de esclavos. Livio y Tácito la denominan “tormento vil”. La cruz infundía pavor en todo el enjambre de la gleba, hasta el punto que no sólo representaba el normal castigo de los esclavos, sino su modo común de morir. Es bien elocuente la frase que Plauto pone en boca de un siervo con amarga comicidad: “Sé que la cruz será mi sepulcro. Allí están colocados mis ascendientes, padre, abuelo, bisabuelo, tatarabuelo...”.

Séneca execraba la cruz porque en ella se perdía la vida “gota a gota” y la llamaba: *infelix lignum* (madero infeliz). Cicerón habla del *crudelissimum teterrimumque supplicium*

(crudelísimo y horrible suplicio). Ausonio la denomina *pena extrema*. Flavio Josefo, “la más miserable de todas las muertes”. San Agustín dice que “no hubo peor género de muerte”. Lactancio juzgaba que aún para los malhechores constituía un castigo demasiado grande. La misma legislación romana la denominaba “la pena más terrible”, pues el condenado perdía su libertad y descendía a la condición servil. Los judíos aplicaron a los crucificados la frase del Deuteronomio: “malditos de Dios”.

Conociendo todo esto los sanhedritas exigieron para Cristo precisamente la muerte de Cruz, para humillarlo en ella y para vengarse de él cuanto les era posible. Allí, con un solo gesto, aplicaban a Nuestro Señor el castigo más atroz, y lo sometían a la humillación más execrable, y lo convertían en maldición para su pueblo.

Lo que ignoraban los judíos es que el mismo al que ellos –con odio y encono satánico– colgaron del Madero trastrocaría sus planes para convertir la cruz en símbolo de bendición y salvación. Eso sólo podía pasar por la mente de Dios, y sólo Dios podía hacerlo. El Libro de los Hechos (2,23) nos recuerda las palabras de Pedro: *A éste, que fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios, vosotros le matasteis clavándole en la cruz por mano de los impíos*. La cruz es parte de ese “determinado designio” de Dios. Los adversarios de Dios caen en las trampas de Dios cada vez que levantan sus puños contra Dios.

Ya el Espíritu Santo, por boca del profeta Ezequiel había profetizado misteriosamente el valor salvífico de la cruz: *Y Yahvéh le dijo: ‘Pasa por la ciudad, por Jerusalén, y marca una cruz en la frente de los hombres que gimen y lloran por todas las abominaciones que se cometen en medio de ella... A viejos, jóvenes, doncellas, niños y mujeres matadlos hasta que no quede uno. Pero al que lleve la cruz en la frente, no le toquéis. Empezad a partir de mi santuario’*. Empezaron, pues, por los ancianos que estaban delante de la Casa (Ez 9,4.6).

Repetidamente Nuestro Señor identificó el seguirlo a Él con el tomar la cruz y unirla a su propia cruz: *El que no toma su cruz y me sigue detrás no es digno de mí* (Mt 10,38); *Entonces dijo Jesús a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* (Mt 16,24; cf. Mc 8,34; Lc 9,23; 14,27).

Esa Cruz fue tomada verdaderamente por Cristo, cargándola sobre sus espaldas: *Y él cargando con su cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario, que en hebreo se llama Gólgota* (Jn 19,17).

Él permitió –en su misericordia y condescendencia– que los hombres tomen parte, incluso física, en su cruz; que seamos sus consoladores, sus aliviadores, sus cireneos: *Al salir, encontraron a un hombre de Cirene llamado Simón, y le obligaron a llevar su cruz* (Mt 27,32); *Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Clopás, y María Magdalena* (Jn 19,25).

Sobre esa cruz permitió por única vez en su vida terrena que escribiesen públicamente su título de Rey: *Pilato redactó también una inscripción y la puso sobre la cruz. Lo escrito era: ‘Jesús el Nazareno, el Rey de los judíos’* (Jn 19,19).

De esa cruz no quiso bajarse a pesar de las blasfemas e injuriosas insinuaciones de los que pasaban: *Tú que destruyes el Santuario y en tres días lo levantas, ¡sálvate a ti mismo, si eres Hijo de Dios, y baja de la cruz!* (Mt 27,40); *A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse. Rey de Israel es: que baje ahora de la cruz, y crearemos en él* (Mt 27,42; cf. Mc 15,30; 15,32).

En esa Cruz Nuestro Señor nos redimió de nuestros pecados y de la esclavitud del diablo: *Reconcilió con Dios a ambos pueblos en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la Enemistad* (Ef 2,16; cf. Col 1,20; 2,14).

Esa cruz, en definitiva es la fuerza de los cristianos, escándalo para los paganos, vergüenza para los judíos; ante ella se manifiestan los amigos y los enemigos de Cristo: *La predicación de la cruz es una necedad para los que se pierden; mas para los que se salvan – para nosotros– es fuerza de Dios* (1 Cor 1,18); *Los que quieren ser bien vistos en lo humano,*

*ésos os fuerzan a circuncidaros, con el único fin de evitar la persecución por la cruz de Cristo (Gál 6,12); Porque muchos viven según os dije tantas veces, y ahora os lo repito con lágrimas, como enemigos de la cruz de Cristo (Fil 3,18).*

En ella hemos de poner los ojos y los corazones, como nos dice la Carta a los Hebreos: *Fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consume la fe, el cual, en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia y está sentado a la diestra del trono de Dios (Hb 12,2).*

Su destello aterra al Demonio. José María Pemán pone en boca del Diablo estas palabras que son una confesión obligada del enemigo de la cruz:

“Maldita tú la Cruz porque tienes  
la esbeltez de los álamos junto a la paz del río  
en el amanecer.  
Maldita tú porque eres  
recta y sin curvas como la Verdad.  
Maldita tú en tu trazo de Norte a Sur: hermano  
de la lluvia, el ciprés, la lanza y la oración.  
Maldita tú en tu brazo de Levante a Poniente:  
hermano de la tierra y del mar...  
Maldita porque el cruce de tus rayas  
es el punto sin forma: pura idea  
sin carne, ni materia, ni medida;  
centella del espíritu  
que se escurre, como un pez, por entre  
mis dedos temblorosos de poder”<sup>77</sup>.

...Y por los mismos motivos los cristianos la bendicen sin cesar.

---

<sup>77</sup> José María Pemán, *Poema del Ángel y la Bestia*.

## XVI. LA CRUZ COMO MISTERIO

“Cuando se predica a Cristo, decía Orígenes, es preciso predicarlo como crucificado. No tiene sentido predicarle a Él, y pasar en silencio su Cruz. El que afirma que Jesús es Cristo, pero al mismo tiempo pasa por alto su nacimiento de la Virgen, o la estrella que señaló su nacimiento, o los ángeles que se regocijaron y cantaron en su nacimiento..., o los demás peligros y signos que Él hizo, **ese tal no está tan lejos de la verdad como aquél que oculta su cruz**”<sup>78</sup>.

¡Fulget crucis mysterium! (¡Refulge el misterio de la cruz), canta la Iglesia en el tiempo de la Pasión. En efecto, Cruz y Misterio van juntos por muchos motivos.

Ante todo, la Cruz es Misterio porque en Ella el “dolor” se convierte paradójicamente en revelación de Dios, en el sentido de que nos descubre al Dios escondido. Los pensamientos de Dios están por encima de los pensamientos de los hombres –tanto como el cielo está por encima de la tierra–. ¡Qué hombre hubiera pensado jamás que Dios se había de manifestar en la Cruz! Dos maneras de revelarse esperaba el hombre de Dios: o en poder o en sabiduría. San Pablo escribe a los Corintios: *Los judíos piden señales, los griegos buscan sabiduría, mientras que nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles, mas poder y sabiduría de Dios para los llamados, ya judíos, ya griegos. Porque la locura de Dios es más sabia que los hombres y la debilidad de Dios, más poderosa que los hombres* (1 Cor 1,22s). Dios es Incompresible, de grandeza y profundidad infinitas; escondido en el Misterio. Cuando se revela, aparece algo que el hombre no espera, algo que parece locura. Sólo Él y su abismo insondable de sabiduría podía hacer que la muerte, el dolor y la indigencia revelasen a Dios.

La Cruz es Misterio, en segundo lugar, porque Ella, siendo elemento de muerte, se convirtió en Fuente de Vida. Ella, siendo patíbulo de condenados, se convirtió en lecho nupcial. El Verbo se hizo carne por su Esposa la Iglesia, por cada alma, su templo. Todo cuanto hizo, por su Esposa lo hizo: *Cristo amó a la Iglesia y se entregó por Ella* (Ef 5,25). La Cruz llevó así el “**talentum mundi**”, el precio del rescate del mundo<sup>79</sup>; el dinero con que compró a su Esposa encarcelada. De su Sangre formó el Señor en la Cruz a su Esposa. La Cruz fue el lecho sangriento donde se unió a ella. La corona de espinas fue la corona nupcial: *Salid, hijas de Sión, a ver al rey Salomón con la corona con que le coronó su madre el día de sus bodas* (Cant 3,11). La Sangre que brota de sus manos y pies y de su costado es la púrpura del vestido nupcial. Porque con esa sangre la compró. Con esa Sangre la lavó, vivificó y alimentó, para presentársela limpia e inmaculada, como dice la Carta a los Efesios.

También es la Cruz Misterio porque en Ella el Sufrimiento se hace Redención. Esto no pueden comprenderlo los profanos, como enseña, por ejemplo, San Luis María Grignon de Montfort: “La Cruz, aquí abajo, es un Misterio muy grande; tanto que sin mucha iluminación no puede ser conocido. Para comprenderlo hace falta un espíritu revelado”<sup>80</sup>. O también: “Non omnibus datum est nosse mysterium. El conocimiento práctico del misterio de la cruz es dado a conocer a muy pocos”<sup>81</sup>; “El conocimiento del misterio de la cruz es gracia singular”<sup>82</sup>.

En cuarto lugar, la Cruz es Misterio, porque ella es la fuente de todos los misterios de la Iglesia. Del corazón del Hombre-Dios brotaron en la Cruz sangre y agua. Y de esa fuente manaron los Misterios sacramentales: el agua del bautismo y la sangre eucarística. Por eso la Iglesia canta que por Ella nos ha venido toda la alegría: “Crucem tuam adoramus, Domine,

---

<sup>78</sup> Orígenes, *In Mt. XII, 19*.

<sup>79</sup> Antífona del Magnificat, primeras vísperas de la fiesta de la Cruz.

<sup>80</sup> Cántico 19.

<sup>81</sup> San Luis María, *Carta a los amigos de la cruz*, 15.

<sup>82</sup> San Luis María, *Amor a la Sabiduría Eterna*, 175.

ecce enim propter lignum venit gaudium in universo mundo” (Adoramos tu cruz, Señor, he aquí que por el madero viene el gozo al mundo entero)<sup>83</sup>. De la Cruz viene toda alegría, toda vida, alegría eterna, vida eterna y felicidad eterna.

La Cruz es Misterio, en quinto lugar, porque es contradicción y paradoja. Es contradicción porque siendo árbol de muerte da la vida a los que de él comen. Es árbol de muerte; pero en él la muerte ha sido vencida por la Muerte (de Cristo). Y en él la ley de muerte se ha convertido en ley de vida. “O magnum pietatis opus: mors mortua tunc est, in ligno quando mortua vita fuit” (¡Oh magnífica obra del amor: murió la muerte, cuando en el madero murió la vida!)<sup>84</sup>.

Los Santos Padres siempre vieron unidos el árbol de la muerte de la Cruz y el árbol de la vida del Paraíso eterno. **San Justino Mártir** escribía: “Cristo, Primogénito que es de toda la creación, vino también a ser principio de un nuevo linaje, por Él regenerado con el agua, la fe y el madero, que contenía el Misterio de la Cruz”. Y **Atanasio Sinaíta**: “La Cruz de Cristo es el árbol de la vida” (Christi est lignum vitae). Dice **Comodiano**: “En el madero de la muerte busquemos el árbol de la vida”. **San Ireneo**: “Así como nos hicimos deudores de Dios por el madero, así ahora alcancemos por el madero el perdón de nuestra deuda”. **San Ambrosio** llega a decir: “Cristo es, en todo, nuestra vida. Su divinidad es vida, su eternidad es vida, su carne es vida, su Pasión es vida. Así lo dijo Jeremías: *Viviremos a su sombra* (Lam 4,20). La sombra de sus alas es la sombra de su Cruz, la sombra de su Pasión. Su muerte es vida, su herida es vida, su sangre es vida, su sepultura es vida, su resurrección es vida... Él es trigo y fue molido en su cuerpo, y murió para dar mucho fruto en nosotros. Su muerte es el fruto de la vida. Así, pues, *cuanto ha sido hecho en Él, es vida* (Jn 1,3)”<sup>85</sup>.

Esta idea es la que expresa **San Juan de la Cruz** al escribir aquellos versos:

“Debajo del manzano,  
allí conmigo fuiste desposada;  
allí te di la mano,  
y fuiste reparada  
donde tu madre fuera violada”.

Y él mismo comenta a continuación: “Esto es, debajo del favor de el árbol de la cruz... donde el Hijo de Dios redimió, y por consiguiente desposó consigo la naturaleza humana, y consiguientemente a cada alma... Porque tu madre, la naturaleza humana, fue violada en tus primeros padres debajo del árbol, y tú también debajo del árbol de la cruz fuiste reparada”<sup>86</sup>.

Finalmente, la Cruz es Misterio, porque no hay misterio más grande que éste: el mismo Dios está suspendido de la Cruz: “Santo, inmortal es el Dios que fue crucificado por nosotros” (decía el trisagio antes del siglo V). El que pende de la Cruz según su naturaleza humana es, al mismo tiempo, Hijo de Dios. ¡Precisamente por eso es la Cruz un Misterio! Porque sólo un Hombre-Dios podía borrar el pecado del mundo e introducir la vida divina en el mundo de la muerte. Solamente como hombre podía dar satisfacción vicaria por el pecado de los hombres y sólo como Dios podía dar valor infinito a su acto santísimo. Por eso, de la Cruz donde este Hombre-Dios se está desangrando emana una *virtus divina*, una fuerza divina, que es capaz de redimir al mundo, convertir los corazones, volvernos de enemigos en hijos de Dios. La Cruz es el Sacramento de los sacramentos.

*Arbor decora et fulgida,  
ornata regis purpura,  
eiecta digno stipite*

¡Árbol hermoso y fulgido  
adornado con regia púrpura,  
destinado en su digno tronco

<sup>83</sup> Antífona de la Fiesta de la Exaltación de la Cruz.

<sup>84</sup> Antífona de Vísperas y Laudes en la Fiesta de la Santa Cruz.

<sup>85</sup> In Ps 36,36s.

<sup>86</sup> San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*, 23.

*tam sancta membra tângere!*  
*Beata, cuius brachiis*  
*saecli pependit pretium;*  
*statera facta est córporis*  
*praedam tulitque tártari.*  
*Salva ara, salve, víctima,*  
*de passionis gloria,*  
*qua Vita mortem pertulit*  
*et morte vitam reddidit!*  
*O crux, ave, spes unica!,*  
*in hac triumphhi gloria.*  
*Piis adauge gratiam*  
*reisque dele crímina.*

a rozar tan santos miembros!  
¡Dichosa, aquella de cuyos brazos  
pendió el precio del mundo;  
balanza fue del cuerpo  
y arrancó su presa al averno!  
¡Salve ara, salve, víctima,  
por la gloria de la Pasión,  
en la cual la Vida sufrió muerte  
dándonos, por su muerte, vida!  
¡Oh cruz, salve, única esperanza!,  
en la gloria de este triunfo  
acrecienta la gracia de los justos  
y borra los pecados de los reos.

En los Evangelios se habla de la muerte de Cristo como “algo necesario”. La frase se repite hasta el cansancio: Jesús *había de ser entregado... y ser crucificado* (Lc 24,7), *era preciso que el Mesías padeciese* (Lc 24,25).

La misma expresión acompaña todas las profecías y anuncios de su muerte: *Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén para sufrir mucho... y ser muerto* (Mt 16,21; cf. Mc 8,31); *¿Cómo van a cumplirse las Escrituras de que así conviene que sea?* (Mt 26,54); *Antes ha de padecer mucho y ser reprobado* (Lc 17,25); *Tiene que cumplirse la Escritura que dice: ‘Fue contado entre los malhechores’* (Lc 22,37); *A la manera que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado el Hijo del hombre* (Jn 3,14).

Todos los textos apostólicos hablan de esa extraña necesidad de la muerte cruenta como condición de la Redención humana: *No hay remisión sin efusión de sangre* (Hb 9,22).

¿Por qué era necesario morir? La respuesta que parece más obvia es la que da la carta a los Hebreos, es decir, la comunidad de sangre entre Cristo y los hombres: *Todos, así el que santifica como los santificados, vienen de uno solo [Adán], y, por tanto, no se avergüenza de llamarlos hermanos... Pues como los hijos participan en la sangre y en la carne, de igual manera Él participa de las mismas para destruir por la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a aquellos que por el temor de la muerte estaban toda la vida sujetos a servidumbre* (Hb 2,11.14-15).

La muerte es requerida por la comunidad en la naturaleza humana, tomada de Adán (señalada con fuerza en Lc 3,23-38). Toda la naturaleza después del pecado, al huir de Dios, ha asumido la muerte como salario. Cristo, al hacerse parte de esta familia de pecadores (sin ser pecador), sometida a la esclavitud por el miedo a la muerte (sin ser Él mismo esclavo), no podía escapar al destino común de sus hermanos.

Jesucristo se declara libre de la muerte en el sentido de que tiene el poder de darla y volverla a toma (cf. Jn 10,17), es decir, en cuanto al determinar el cómo y el cuándo y el durante cuánto tiempo; pero no en el sentido de estar libre del acontecimiento del morir humano. Si fuera de otro modo no habría entrado verdaderamente en la historia humana. No se puede entrar en la historia sin padecer la historia; y la historia del hombre pecador tiene como término la muerte con todo su peso de miedo, castigo y fruto de una culpa libre. La muerte es parte de la Encarnación. Asumió una naturaleza no sólo capaz de morir sino destinada a morir. Por eso “tenía” que morir.

Pero ¿por qué *esa* muerte? Al considerar el género de muerte al que Cristo aplica su “debía, era preciso, tenía que...”, las perspectivas cambian. El “era necesario” está ligado sólo a la muerte como fenómeno humano; pero el “era necesario” se relaciona con la muerte cruenta y con la cruz no por ser hombre sino por ser “Rescatador del hombre”.

Jesucristo podía “elegir” la propia muerte (eso quiere decir también su afirmación de Jn 10,17). Pero no quiso morir en la vejez sino asumir –cargar– sobre sí todas las consecuencias del pecado: el dolor, la humillación, la soledad, el miedo a morir y la violencia como sello específico de una humanidad pecadora y violenta.

En su Pasión se encuentran desencadenados todos los demonios del pecado (Lc 22,53: *Ésta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas*):

- La compra-venta de sangre inocente (Mt 26,15).
- La traición del amigo (Lc 22,49).
- La negación del maestro (Lc 22,54).
- El abandono de los suyos (Mt 26,56).

<sup>87</sup> Cf. Serafino Zardoni, *Conformi all'immagine del Figlio suo*, Rev. Sacra Doctrina 5 (1997), especialmente pp. 17-26.

- El cálculo político que sacrifica al inocente (Jn 11,48).
- La envidia ante la popularidad (Mt 27,18).
- El miedo de perder el puesto (Jn 19,8).
- Las motivaciones falsamente religiosas (Mc 14,63-64).
- Las motivaciones político-dinásticas (Mt 27,37).
- La humillación y burla de la víctima (Mt 27,27).
- Las crueldades que terminan en la cruz (Jn 19,16).
- El odio gratuito (Jn 15,18 y 25: *El mundo me odia sin motivo*).

Son todas las cruces que los hombres padecen (unos unas, otros otras); las infinitas cruces que los hombres se han construido y sobre las cuales mueren, unificadas, sumadas y puestas sobre las espaldas de Uno Solo: *cargó con nuestros sufrimientos; puso sobre sus espaldas nuestros pecados* (Is 53,4).

La Pasión de Cristo es el resumen de todos los pecados de los hombres, y de todos los sufrimientos que estos merecen; pero padecidos por Uno Solo y pagados por Uno Solo. ¿Por qué este género de muerte? Porque ella era **signo real** –adecuado– para manifestar *qué* se estaba realizando sacramentalmente con esa muerte: la redención de todos los pecados de los hombres, es decir, de todos los odios y rebeldías contra Dios. Es sobre *eso* que triunfa Dios en la Pasión. Por esta razón, *eso* (el odio, la rebelión humano-diabólica contra Dios) “debía”, “era preciso”, que quedase expresado en el género de muerte. La “verdad” del pecado quedó manifestada en la muerte de Jesús.

## XVIII. RESUCITÓ VERDADERAMENTE

La Resurrección fue un hecho histórico. No se cansan de repetirlo los Evangelios: tres días después de la muerte de Cristo las mujeres van al sepulcro y lo encuentran vacío. Hecho singular y único, pero al fin y al cabo “hecho”, “acontecimiento”. Aquél que pusieron en el Sepulcro se aparece repetidamente a los apóstoles, come con ellos, se deja ver de ellos, se deja tocar de ellos, hasta el punto de que los apóstoles expresarán su experiencia histórica de Jesús resucitado diciendo, como Pedro: *Nosotros, que hemos comido y bebido con él después de su resurrección de entre los muertos* (Act 10,41); o San Juan en su primera epístola: *Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos* (1 Jn 1,1-3).

No han faltado en la historia negadores del hecho histórico de la resurrección, ni faltarán en el futuro. Ya lo hicieron los mismos judíos, como atestigua San Mateo al final de su Evangelio, difundiendo la fábula del cuerpo robado: *Dándoles dinero dijeron a los soldados: Decid que, viniendo los discípulos de noche, le robaron mientras dormíamos. Y si llegase la noticia a oídos del gobernador nosotros le convenceremos para que no os inquieten. Ellos, tomando el dinero, hicieron como se les había dicho. Esta noticia se divulgó entre los judíos hasta el día de hoy* (Mt 28,12-15). Algunos, continuando la labor de los príncipes judíos, afirmaron que los apóstoles robaron el cuerpo y sencillamente nos engañaron con el cuento de la resurrección; otros dijeron que no lo hicieron por mala voluntad, sino que ellos mismos se engañaron víctimas de sus tendencias visionarias y de un estado de alucinación colectiva. Para todos éstos, la fe en la Resurrección no es otra cosa que una colosal ilusión. Contra ellos brillan, sin embargo, los hechos.

Ante todo, está el escollo de la honestidad de los apóstoles. Honestidad que se pone de manifiesto en el hecho de haber dado la vida para testimoniar esa fe. Es fácil defender algo cuando no se pone en juego ni la posición, ni la comodidad, ni los bienes y menos la vida. Pero cuando una proclamación pone en peligro nuestra persona o algo que nos atañe (fama, riqueza, familia), nadie sigue porfiando en algo que realmente no cree o de lo que no está seguro. Sin embargo, los apóstoles se mantuvieron firmes ante los tormentos y ante la misma muerte, por no renegar de esta afirmación: “Cristo ha resucitado y nosotros lo hemos visto, y Él es Dios”. Dar la vida por esto, sabiendo que es falso, no es testarudez sino locura, delirio, demencia.

En segundo lugar, eran simples y rudos pescadores, mil leguas lejanos de seguir exaltaciones, espejismos, arrebatos “místicos” y visiones. Basta el elocuente gesto de los desencantados discípulos de Emaús: *Nos dejaron estupefactos ciertas mujeres de las nuestras que, yendo de madrugada al sepulcro, no encontraron su cuerpo, y vinieron diciendo que habían tenido una visión de ángeles que les dijeron que vivía. Algunos de los nuestros fueron al monumento y hallaron las cosas como las mujeres decían, pero a Él no lo vieron* (Lc 24,22-24). ¡Ni siquiera se tomaron el trabajo de comprobarlo porque lo consideraron “ilusiones femeninas”! Por otra parte, si se encontraban en algún estado, éste era el de postración, amargura, desconsuelo; su estado psicológico era el menos dispuesto a creer en semejante cosa: *nosotros esperábamos...* dicen los de Emaús (Lc 24,21); *si no meto mis dedos... no creeré...*, afirma Tomás (Jn 20,25). Los más duros para creer son los mismos apóstoles como lo testimonia la tozudez de Tomás. Podemos ciertamente desafiar a todos los psiquiatras y psicólogos de la historia y del mundo a que nos den una respuesta psicológica para explicar el asombroso cambio que sucede en unas horas: los temerosos y desesperanzados se alzan de su postración, adquieren una esperanza y se convierten en predicadores, testigos y mártires de una verdad en la cual no creían unas horas antes. ¿Qué los ha hecho pasar de la incredulidad a la fe, de la tristeza al gozo, del pánico al coraje? Ellos mismos lo dicen: *Él ha resucitado y nosotros somos testigos* (Act 2,32); quien proclama esto ante cientos de judíos, poco más de un mes antes había negado tres veces conocer al Nazareno.

Por eso se entiende lo que predicaba San Juan Crisóstomo: “¿Cómo se explica, pues, que aquellos que, mientras Cristo vivía, sucumbieron al ataque de los judíos, después, una vez muerto y sepultado, se enfrentaran contra el mundo entero, si no es por el hecho de su resurrección, que algunos niegan, y porque les habló y les infundió ánimos? De lo contrario hubieran dicho: ‘¿Qué es esto? No pudo salvarse a sí mismo, y ¿nos va a proteger a nosotros? Cuando estaba vivo no se ayudó a sí mismo, y ¿ahora, que está muerto, nos tenderá una mano? Él, mientras vivía, no convenció a nadie, y ¿nosotros, con sólo pronunciar su nombre, persuadiremos a todo el mundo?’. No sólo hacer, sino pensar algo semejante sería una cosa irracional”<sup>88</sup>.

Por último, ¿qué puede explicar humanamente el nacimiento y la difusión del cristianismo después del fracaso de la cruz? ¿Cómo descifrar el misterio de que todo un mundo hiciera caso a una docena de judíos, la mayoría casi iletrados, que venían a hablar de un hombre muerto y resucitado? ¿Le creyeron por la fuerza de los milagros que realizaban en nombre del Jesús Nazareno y proclamando su Resurrección? Entonces los milagros, como sello divino, demuestran la veracidad de su testimonio sobre la Resurrección. ¿Lo hicieron sin milagros? ¿No es esto mismo un milagro? Lo decía Dante:

*Se il mondo si rivolse al cristianesimo,  
diss'io, senza miracoli, quest'uno  
è tal che gli altri non sono il centesimo.*  
“Si el mundo se convirtió al cristianismo  
sin milagro alguno, esto sería un milagro  
más grande que todos los milagros juntos”.

Nadie más humillado con este hecho que quien no acepta la veracidad de los milagros. También San Agustín, el gran apologista de “La Ciudad de Dios”, retoma el argumento: “He aquí tres cosas increíbles que ya han sido cumplidas. Es increíble que Cristo haya resucitado en carne y haya subido con ella al cielo. Es increíble que el mundo haya creído una cosa tan increíble. Y, por fin, es increíble que hombres de condición humilde e ínfima, pocos e ignorantes, hayan podido persuadir al mundo y a los sabios del mundo con tanta eficacia de una cosa tan increíble. De estas tres cosas increíbles, nuestros adversarios se niegan a creer la primera, y la segunda se ven obligados a contemplarla. Y ésta no la comprenden si no creen la tercera. En efecto, la resurrección de Cristo y su ascensión al cielo en la carne en que resucitó es celebrada y creía ya por todo el mundo. Si no es creíble, ¿de dónde o por qué la cree todo el mundo? Si un gran número de nobles, de poderosos y de sabios dijeran que lo vieron, no es maravilla que el mundo los creyera. Rehusar creer a éstos es cosa muy dura. Pero sí, como es la verdad, el mundo creyó a unos hombres, pocos en número, desconocidos, de condición humilde e ignorantes que decían y escribían que lo vieron, ¿por qué los pocos que quedaron enviscados en su obstinación no creen hoy al mundo que ya cree? El mundo ha creído a ese reducido número de hombres viles, débiles e ignorantes, porque la divinidad se mostró mucho más admirablemente en testigos tan despreciables... Si no creen que los apóstoles de Cristo hicieron milagros para inculcar la creencia en la resurrección y en la ascensión de Cristo, nos basta este solo y estupendo milagro: que el orbe de la tierra ha creído en ella sin milagros”<sup>89</sup>.

La difusión del cristianismo sólo se explica adecuadamente porque Cristo resucitó de veras.

---

<sup>88</sup> San Juan Crisóstomo, *Homilías sobre la Primera carta a los Corintios*, PG 61,34-36.

<sup>89</sup> San Agustín, *De Civitate Dei*, XXII,5.

## XIX. LO HEMOS TOCADO

*Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida, –pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la Vida eterna, que estaba vuelta hacia el Padre y que se nos manifestó– lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestro gozo sea completo (1 Jn 1,1-4).*

Lo que palparon nuestras manos del Verbo de Vida. ¡Cuántas veces resuenan expresiones semejantes!

*Hemos visto al Señor (Jn 20,24).*

*Tomás, alarga acá tu dedo y mira mis manos, y tiende tu mano y métela en mi costado... (Jn 20,27).*

*Se ha aparecido a Simón (Lc 24,34).*

*Suéltame, que aún no he subido al Padre (Jn 20,17).*

Jesús se deja ver, tocar, abrazar, besar. Para que los suyos luego puedan predicar: lo vimos, lo palpamos, lo abrazamos... y de eso os predicamos y os hablamos... Predicamos nuestra experiencia; experiencia espiritual y experiencia sensible. Tocarón nuestras manos, vieron nuestros ojos, oyeron nuestros oídos... Pero al mismo tiempo lo penetró nuestra fe, se inflamó nuestro corazón de carne –el de la Ley Nueva–, la caridad; se elevó con Él nuestra esperanza.

“No hablamos de cuanto escuchamos decir a otros”, podrían decir sus discípulos. Es más, irracionalmente incrédulos fueron a los dichos ajenos: *Nos dejaron estupefactos ciertas mujeres de las nuestras –dicen los de Emaús– quienes yendo de madrugada al sepulcro, no encontraron su cuerpo, y vinieron diciendo que habían tenido una visión de ángeles que les dijeron que vivía (Lc 24,22-23).* Pero *no lo creyeron*, añade San Marcos (Mc 16,11). Tampoco los otros les creyeron inicialmente a los de Emaús (cf. Mc 16,13), tal vez hasta que alguno llegó –mientras estos se desgañitaban asegurando la veracidad de su testimonio– con la noticia de que se había aparecido a Pedro... Pedro ya era palabra mayor. Y todo porque *a Él no lo vieron (Lc 24,24).*

Querían ver. Ellos lo habían visto derrotado y muerto; algunos –como Juan, José de Arimatea, Nicodemo y tal vez algún otro– lo tocaron para envolverlo en la sábana limpia que cubrió su desnudez de muerte. Estaba ya frío y rígido cuando lo pusieron en el sepulcro nuevo; eso fue muy duro. Para aceptar que ha vuelto a la vida querrán, pues, verlo vivo, escuchar una vez más las palpitations de su corazón, oír aquellas palabras que tenían *verdad y vida*, ver el fulgor que despedían sus ojos cuando hablaba de las cosas de su Padre, recostarse sobre su pecho compasivo como en la última cena...

Jesús es condescendiente porque Él es la Condescendencia Divina; es *Dios-con-nosotros*. Por eso *les reprocha su incredulidad y dureza de corazón por no haber creído a quienes le habían visto resucitado de entre los muertos (Mc 16,14)*... pero les dejará que lo toquen como ellos querían: *Ved mis manos y mis pies; soy yo. Palpadme y ved, que un fantasma no tiene carne ni huesos como veis, en cambio, que tengo Yo (Lc 24,39).*

Santo Tomás de Aquino, siempre tan exhaustivo en sus análisis, se pregunta, al hablar de las apariciones del Señor, si los argumentos que Cristo adujo fueron suficientes para manifestar la verdad de su resurrección<sup>90</sup>; responde, evidentemente, que sí pues “Cristo, que es *Sabiduría de Dios (1 Cor 1,24)*, suave y convenientemente dispone todas las cosas (cf. Sap

---

<sup>90</sup> Cf. Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, III,55,6.

8,1)”. Por tal razón, el Aquinate pasa revista a los argumentos con los que Jesús convenció a los suyos de la verdad de su carne gloriosa.

Algunas pruebas, dice, fueron propiamente hablando “testimonios” sobre su Resurrección: así, por ejemplo, el testimonio de los ángeles que comunicaron el portento a las mujeres (cf. Lc 24,4-7; Mc 16,5-7; etc.) y el testimonio de las Escrituras que habían anticipado proféticamente el hecho (cf. Lc 24,25-27.44-45).

Pero además de estos testimonios la sabiduría divina del Verbo previó otros signos tangibles para que a sus discípulos no les quedase duda sobre ningún aspecto de su Realidad nueva; por eso:

–Probó que su cuerpo era verdadero y sólido, no fantasmagórico o imaginario, dejándose palpar (cf. Lc 24,39).

–Probó que era un cuerpo “humano”, mostrándose en su figura propia.

–Probó que era el “mismo” cuerpo que antes había tenido, descubriéndoles las cicatrices de sus heridas, las que había recibido en su Pasión (cf. Lc 24,39).

–Probó que era un cuerpo “viviente”: con vida “vegetativa”, comiendo y bebiendo delante de ellos (cf. Lc 24,41-43); con vida “sensitiva” hablando y respondiendo las preguntas de sus discípulos, mostrando así que oía, veía y hablaba.

–Probó que tenía vida intelectual disertando ante ellos sobre las profecías de los Salmos y de los Profetas.

–Probó su divinidad obrando milagros durante el tiempo que estuvo con ellos antes de su Ascensión, como, por ejemplo, la pesca milagrosa (cf. Jn 21,5-14).

–Probó, finalmente, la “novedad” de su cuerpo ya resucitado entrando en el cenáculo estando cerradas las puertas, dejándose reconocer de los suyos sólo cuando Él quería (cf. Lc 24,15-16; Jn 21,4), desvaneciéndose súbitamente ante los ojos de los suyos (cf. Lc 24,31), etc.

De todas estas cosas los suyos fueron testigos convencidos, y llevaron su testimonio hasta los confines del mundo.

Las palabras con que Juan quiere mostrar el valor de su proclamación sobre el agua y la sangre que vio manar del costado herido en la Cruz, palpitan también debajo de todos los testimonios de Cristo Resucitado: *El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero. Él sabe que dice la verdad para que vosotros creáis* (Jn 19,35).

## XX. JESÚS, NUESTRA VÍCTIMA PASCUAL

Desde muy antiguo, la Iglesia canta una bellísima secuencia durante toda la octava de Pascua. Toma su nombre de las palabras con que comienza, *Victimae paschali*; la compuso un capellán de la corte alemana, antes del 1050 y relata dramáticamente el misterio de la resurrección de Cristo.

### 1.

***Victimae paschali laudes immolent christiani.***

***Agnus redemit oves, Christus innocens***

***Patri reconciliavit peccatores.***

*A la Víctima Pascual inmolen alabanzas los cristianos. El cordero redimió a las ovejas, Cristo inocente reconcilió a los pecadores con el Padre.*

Cristo es la verdadera Víctima Pascual. *Pascha nostrum immolatus est Christus*, Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado, dice san Pablo (1 Cor 5,7). El cordero que los judíos inmolaron en la primera pascua en Egipto, sólo era un símbolo de aquél que debía ser nuestro Cordero Degollado. Una figura de Aquél que debía morir por nuestros pecados. A Él nuestras alabanzas y nuestros gritos de júbilo.

¿Por qué? *Agnus redemit oves*. El Cordero redimió a las ovejas, Cristo inocente ha reconciliado a los pecadores con su Padre.

*Eramos hijos de ira*, nos dirá san Pablo en la carta a los Efesios (2,3). El pecado sólo atraía las miradas airadas de Dios sobre nosotros, y el ángel con la espada de fuego que puso en la entrada del Paraíso, nos recuerda constantemente el abismo de odio que ha abierto el pecado entre Dios y el hombre. Pero el Corderito inocente que ayer veíamos mudo ante sus verdugos nos ha reconciliado, nos ha redimido. Nos ha vuelto a unir con nuestro Padre, nos ha vuelto a comprar para Él. Su sangre ha formado un río que podemos atravesar montados en la barca de su cruz.

Melitón, obispo en el siglo II de la Iglesia de Sardes, escribía: “Sufrió por nosotros, que estábamos sujetos al dolor, fue atado por nosotros, que estábamos cautivos, fue condenado por nosotros, que éramos culpables, fue sepultado por nosotros que estábamos bajo el poder del sepulcro, resucitó de entre los muertos y clamó con voz potente: ‘¿Quién me condenará? Que se me acerque. Yo he librado a los que estaban condenados, he dado la vida a los que estaban muertos, he resucitado a los que estaban en el sepulcro. ¿Quién pleiteará contra mí? Yo soy Cristo –dice–, el que he destruido la muerte, el que he triunfado del enemigo, el que he pisoteado el infierno, el que he atado al fuerte y he arrebatado al hombre hasta lo más alto de los cielos: yo, que soy el mismo Cristo. Venid, pues, los hombres de todas las naciones, que os habéis hecho iguales en el pecado, y recibid el perdón de los pecados. Yo soy vuestro perdón, yo la Pascua de salvación, yo el cordero inmolado por vosotros, yo vuestra purificación, yo vuestra vida, yo vuestra resurrección, yo vuestra luz, yo vuestra salvación, yo vuestro rey. Yo soy quien os hago subir hasta lo alto de los cielos, yo soy quien os resucitaré y os mostraré el Padre que está en los cielos, yo soy quien os resucitaré con el poder de mi diestra”<sup>91</sup>.

### 2.

***Mors et vita duello confluxere mirando,***

***Dux vitae mortuus regnat vivus.***

*La muerte y la vida se trabaron en imponente duelo, y el Príncipe de la vida que estaba muerto reina vivo.* Es el combate en que se dirimía el destino de la historia y de la humanidad. El

---

<sup>91</sup> Melitón de Sardes, *Homilía sobre la Pascua*, SC 123, 120-122.

averno y el cielo disputándose el reinado de las almas. Uno para nuestro bien, otro para nuestro mal.

Cristo se ha encarnado para este combate final. La primera batalla la libró Miguel y los ángeles fieles, y tuvo por campo las celestes alturas. La santidad de los patriarcas y las oraciones y persecuciones de los justos del Antiguo Testamento fueron las sucesivas escaramuzas de Dios contra Satán. Pero el duelo final, lo reservaba para un solo hombre. Un hombre más que hombre; el Hijo del hombre; el Hombre-Dios.

La primera parte de la lucha pareció ganarla el diablo: *Esta es vuestra hora y del poder de las tinieblas*, dijo el mismo Señor. Cristo es sometido a la libre injuria de los demonios; a la tortura y la blasfemia; a la cruz y la traición; a la burla y al escarnio; y finalmente, a la agonía y a la muerte. Cristo muerto y sepultado, parecía la victoria de Satán. Pero el Señor sufrió la muerte para bajar al Reino de los muertos, para asestar allí el último golpe al *Emperador del doloroso reino*, como lo llamó Dante.

Y aquél que Satanás vio desnudo y escupido, aquél sobre el que cantó victoria cuando lo contempló ultrajado y destrozado; aquél sobre el que gozó viéndolo presa de la muerte, a Ése, pocas horas más tarde, lo vio como lo veía San Juan en Patmos: *Y vi en medio de los siete candelabros de oro, uno como hijo de hombre, vestido de túnica, ceñido a los pechos con cinto de oro; la cabeza y los cabellos blancos; como lana blanca igual que la nieve; y los ojos de Él como llama de fuego; los pies eran semejantes a azófar fundido en el crisol, y una voz como ruido de riada. Y lleva en la diestra mano siete estrellas, y de su boca irrumpía una espada bifilada, y el rostro como el sol en su cenit. Y en cuanto lo hube visto caí a sus pies como muerto* (Ap 1,9 ss).

También el demonio cae hoy muerto a los pies del esplendor de Cristo. Muerto de terror y espanto. Jerónimo escribía hace ya muchos siglos, desde su gruta de Belén: “Cristo marchando contra los crueles ministros del castigo, castiga con fuerza divina sus escuadrones implacables. Rugen los verdugos sin entrañas, rechinando rabiosos sus dientes, y, al entrar el Fortísimo en los fuertes calabozos, son cerrados con cadenas férreas por el que es más fuerte que todos ellos”.

*Dux vitae mortuus regnat vivus*. El caudillo de la vida, que había muerto reina vivo. *No temas*—dice Cristo a Juan en el Apocalipsis— *Yo soy el primero y el último, y muerto fui, y heme aquí viviente por los siglos de los siglos* (Ap 1,18) Alfa y Omega, Principio y Fin.

Había muerto, pero reina vivo. ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? *La muerte ha sido sumida en la victoria* (1 Cor 15,55).

### 3.

***Dic nobis Maria, quid vidisti in via?***

***Sepulcrum Christi viventis***

***et gloriam vidi resurgentis,***

***angelicos testes, sudarium et vestes.***

*Dinos, María, ¿qué viste en el camino? Vi el sepulcro de Cristo viviente y la gloria del resucitado, vi los testigos angélicos, el sudario y las vendas. ¿Qué has visto María, la Magdalena? ¿Qué has encontrado junto al sepulcro? ¿Qué fuiste a buscar? Fui a buscar un muerto, para ungir su cuerpo lastimado. ¿Qué has encontrado? Un ángel que me decía: No busquéis entre los muertos al que vive. No está aquí, ha resucitado, según lo había dicho* (Lc 24,6).

Todo grita y testifica la resurrección de Cristo: angélicos testigos que hablan a las mujeres; el sudario y los lienzos que muestran que no está aquél a quien envolvían; el sepulcro vacío; y la gloria que emana del cuerpo de Cristo. Sus heridas de gloria, que hablan de su victoria.

Lo que no quieren decir los hombres, lo dicen los ángeles.

Lo que no quieren creer los judíos, lo gritan las piedras del sepulcro.

Lo que no entienden los apóstoles lo explican los lienzos.  
Está vivo, y glorioso.

4.

***Surrexit Christus, spes mea,  
praecedet suos in Galileam.***

*Resucitó Cristo, mi esperanza, y precede a los suyos a Galilea.* No ponemos nuestro corazón en los bienes de este mundo. No fundamos nuestras esperanzas en las promesas de los hombres. No está nuestra confianza en la fuerza o la sabiduría, sino que nuestra esperanza es sólo Cristo. El que ha resucitado la carne que de nosotros tomó para su cuerpo, Él mismo nos resucitará a nosotros. Su Fuerza es mi fuerza. Su Triunfo es mi triunfo. Su Victoria es mi victoria. Su Gloria será nuestra gloria. *Surrexit Christus, spes mea.*

5.

***Scimus Christum surrexisse a mortuis vere.***

*Sabemos que ha resucitado verdaderamente de entre los muertos.* Nos lo dice nuestra Fe. *Si Cristo no resucitó, vana es nuestra Fe, aún estáis en vuestros pecados* (1 Cor 15,17). Pero *sabemos*, dice en la carta a los Romanos, *que Cristo resucitado de entre los muertos, ya no muere; la muerte no tiene dominio ya sobre Él* (Rom 6,9).

Lo creemos y lo confesamos. Lo confiesa toda la Iglesia. Lo cantan los ángeles. El coro de los Apóstoles da fe de ello. La sangre de los mártires que entregaron sus vidas por esta verdad, nos lo grita desde la tierra mojada.

*Yo lo sé* –decía Job– *mi Redentor vive, y al final se erguirá como fiador sobre el polvo* (Job 19,25).

6.

***Tu nobis victor Rex. Miserere. Amen. Alleluia.***

*Tú, rey victorioso, ten piedad de nosotros.* “Creyeron los judíos que le habían vencido – dice san Gregorio– y hoy todo el mundo le adora”. Y san Bernardo escribió estas magníficas palabras; “Venció, pues, el León de la tribu de Judá (Ap 5,5). Fue muerto como cordero, pero resucitó como león...; el león, el más fuerte de los animales que no siente pavor por ningún otro... Fuerte es el león, no cruel, pero su indignación es terrible... Mas el león rugirá por los suyos, no contra los suyos. Asústense los extraños, pero la tribu de Judá llénese de alegría. Ha vencido el león. *Vi, dice san Juan, en la diestra del que estaba sentado en el trono, un libro cerrado con siete sellos, y no había quien lo abriese, y yo lloraba mucho, porque ninguno se hallaba digno de abrir el libro. Y uno de los ancianos me dijo: no llores; mira que venció el León de la tribu de Judá, raíz de David. Y miré, y he ahí que en medio del trono estaba un cordero como muerto... y viniendo, tomó el libro y hubo gran alegría.* Había Juan oído hablar de un león, y lo que vio fue un cordero. El cordero fue muerto. El cordero tomó el libro, el cordero lo abrió y pareció león”.

El cordero se ha convertido hoy en león. El león de Judá. Rey glorioso y vencedor. A Él nuestro honor, nuestra gloria y alabanza. Él nos una a su triunfo. A Él todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. Amén. Aleluia.

## XXI. ITINERARIUM LUCIS

*Porque siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria*  
(San Ignacio de Loyola)

Así como hay “Via crucis”, un camino de la cruz, también hay un “Via lucis”, un camino de la luz y de la resurrección. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos, que por tu Santa Resurrección triunfaste de la muerte y diste la luz al mundo.

### 1ª Estación: Jesús resucita de entre los muertos

El hecho de la Resurrección no tuvo testigos humanos. Ocurrió en el silencio de la noche. El alma de Cristo *soltando las ataduras de la muerte* (Act 2,24) en virtud de la divinidad que nunca abandonó ni su cuerpo ni su alma, volvió a unirse al cuerpo que la sombra del Espíritu Santo forjó en el seno de la Virgen. *No era posible que fuese dominado por la muerte*, predicó más tarde Pedro (Act 2,24).

Jesucristo resucita por su propio poder: *Yo mismo doy mi vida y la vuelvo a tomar* (Jn 10,17-18). Se transforma así en *el primogénito de los resucitados y primicia de los que duermen* (1 Cor 15,20), el primero de aquellos que *ya no mueren, la muerte no tiene dominio sobre Él* (Rom 6,9).

Pero si el milagro de los milagros, la prueba suprema del divino poder en Cristo, se realizó en el silencio de aquella *noche tan clara como el día* (como dice el Exultet), Dios quiso, en cambio, que fuese manifestado de inmediato. Y fueron las creaturas que gimieron hendiéndose a su muerte, las que rugieron de júbilo en su exaltación: *y sobrevino un gran terremoto, pues un ángel del Señor bajó del Cielo y acercándose removió la piedra* (Mt 28,2). Los ángeles que consolaron al Abatido en Getsemaní, y las piedras que hicieron duelo en su muerte, ahora anuncian que *la tierra ha germinado al Salvador y ha fructificado la justicia* (cf. Is 45,8).

### 2ª Estación: Jesús se manifiesta a su Madre Santísima

*Nos autem sperabamus*, dicen algunos de sus discípulos: nosotros esperábamos... Ella, en cambio, en un presente continuo, espera pacientemente. Sabe cuál es la obra de Dios; ha guardado, meditándolas en su Corazón, las palabras tantas veces repetidas por el Hijo: *...y al tercer día resucitar...* (Mt 16,21), *...hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos* (Mt 17,9). Su entendimiento no es duro sino dócil, como las algas marinas ante las corrientes subterráneas, a los surcos misteriosos que el Espíritu Santo va abriendo con su proa. Ella entiende lo que dicen y claman *las Escrituras*.

Y por eso espera, silenciosa y ansiosa al mismo tiempo, que el Justo que no debía experimentar la corrupción (cf. Sal 16) venga a consolarla.

Noche en vela aquélla en la que el verdadero Moisés atraviesa las aguas densas del Mar Rojo. La primera claridad con que empieza a quebrarse la lobreguez nocturna ya se distingue en el horizonte. ¿Es la columna de fuego que guía a los que estaban prisioneros de las tinieblas de muerte hacia la nueva creación?

El Espíritu Santo ha querido guardar en el sigilo intratrinitario esta primera aparición. No sabemos nada de ella sino lo que nos sugiere tímidamente nuestro corazón filial; como reflexiona Ignacio: “Apareció a la Virgen María; lo cual, aunque no se diga en la Escritura, se tiene por dicho en decir que apareció a tantos otros; porque la Escritura supone que tenemos entendimiento”<sup>92</sup>. ¿Fue precedida también por un anuncio de ángeles? Es, de hecho, digna de

---

<sup>92</sup> San Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, n° 299.

una Segunda Anunciación. Tal vez en ese instante se oyó por vez primera una voz cristalina que cantaba:

*Regina coeli, laetare,  
quia quem meruiste portare  
resurrexit sicut dixit. Alleluya.*

### **3ª Estación: Los soldados anuncian el hecho a los príncipes de los sacerdotes**

Mientras el Señor ejercía con su Madre el oficio de Consolador, sobre la piedra del sepulcro un ángel cuyo *aspecto era como el relámpago y su vestidura blanca como la nieve* (Mt 28,3) se posaba desafiando el orgullo romano de los “custodios de la muerte”. Los curtidos soldados, expertos en el desprecio del peligro, *de miedo de él temblaron... y se quedaron como muertos* (Mt 28,4). ¿Cuánto tiempo? No lo sabemos. Si el relato de Mateo ha de leerse y entenderse de corrido, estando en esta parálisis del valor llegaron las primeras mujeres y el ángel les anunció la resurrección del Señor enviándolas a dar la noticia a los demás discípulos. Mientras ellas desandaban su camino, también ellos corren a dar anuncio a los verdugos del resucitado, y les cuentan, dice Mateo, *todo lo sucedido* (Mt 28,11).

Éstos conocían las insinuaciones de Cristo sobre su futura resurrección, y ya se habían encargado de recordárselas a Pilatos (cf. Mt 27,63). Ahora están frente al hecho. Su actitud es admirablemente serena: no dudan, no ponen reparos, no hacen muchas preguntas a los frustrados guardianes. Son hombres prácticos; deliberan, pues, sobre el modo de tapar la cosa. Es la serenidad ambigua de la muerte. Han perpetrado ese pecado contra el Espíritu Santo que no tendrá perdón jamás (cf. Mc 3,29): el petrificar sus corazones contra la verdad de la Encarnación. Fuera del Templo el sol levanta sus primeros rayos; dentro de sus salas y en las almas de sus cuidadores la noche se va cerrando más y más: *y las tinieblas no lo recibieron* (Jn 1,5).

En la Resurrección, más que nunca, Cristo es *signo de contradicción y piedra de escándalo* que descubre y pone de manifiesto los pensamientos de los hombres (cf. Lc 2,34-35).

### **4ª Estación: Jesús aparece a las santas mujeres**

Entrando las mujeres en el sepulcro no hallaron el cuerpo del Señor Jesús (cf. Lc 24,3). Ellas, las mujeres. Las que lo habían seguido de Galilea asistiéndolo en su ministerio (Lc 8,2), las que lo seguían llorosas en su camino de dolor hacia el Gólgota y las que –tal vez– recibieron la amarga consolación del Señor (cf. Lc 23,27-31); las que, aunque a la distancia, no se separaron de la cruz en el momento de la ignominia (cf. Mc 15,40).

Todas ellas merecen aquel elogio de la mujer fuerte: *La mujer fuerte, ¿quién la hallará? Vale mucho más que las perlas... Tiende sus palmas al desvalido y alarga la mano al menesteroso... Se viste de fortaleza y dignidad* (Pro 31,10.20.25).

También estas se visten de fortaleza y van a llevar su unguento al más menesteroso, al que la premura del escurridizo viernes no permitió los oficios de la piedad. *¿Quién nos removerá la piedra?*, decían entre sí (Mc 16,3); *Dios proveerá* (Gn 22,8), respondían los ángeles. Y Dios proveyó mostrándoles la piedra ya corrida y los sellos judíos rotos y por tierra.

Pero tampoco estaba Jesús. *Dos hombres se les presentaron con vestiduras deslumbrantes... y les dijeron: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí; ha resucitado* (Lc 24,4-6). Jesús ya no es el Muerto, sino *el Príncipe de la vida*, como lo llamará hermosamente Pedro (Act 3,15). Es, en adelante, *el primogénito de los muertos* (Ap

1,5), *el viviente, el que fui muerto y ahora vivo por los siglos de los siglos y tengo las llaves de la muerte y del infierno*, como le revelará a Juan en la rocosa Patmos (Ap 1,18).

No busquéis entre los muertos al que vive: *¡Sursum corda! ¡Habemus ad Dominum!*

### 5ª Estación: Jesús se aparece a la Magdalena

En esta misteriosa pieza teatral que se desarrolla entre las primeras luces de un largo amanecer, como en el escenario más natural del mundo, unos personajes entran desde el foro por la izquierda mientras otros hacen mutis por la derecha, sin verse ni cruzarse. Corren los centinelas callejuelas arriba hacia el Templo, mientras por otras calzadas desfilan a toda prisa las mensajeras del Cenáculo. Y entretanto, por un tortuoso sendero baja sola y triste la Magdalena; su dolor es solitario; un dolor que no sabe compartirse.

También ella encuentra la piedra del monumento corrida. Pero no entra. Es impulsiva y sigue los dictados intuitivos de su corazón; su corazón le insinúa que allí no puede estar Jesús, y supone que lo han robado y que debe avisar a Pedro... y corre... y trae a Simón que viene junto a Juan. Cuando ellos se vuelven cavilando, ella queda fuera del sepulcro, llorando sus penas (cf. Jn 20,11). Aquí tiene lugar una de las más conmovedoras escenas pascuales. Inclínandose –sin dejar de llorar– ve dos ángeles dentro del sepulcro. *¿Por qué lloras, mujer? Ella les dijo: porque han tomado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto* (Jn 20,12-13). Si esto no fuese verdad habría que alterar el adagio diciendo: “non è vero, neppure ben trovato” (no es verdad y ni siquiera bien inventado). Esta escena y este diálogo son ilógicos. Si Juan consigna todo esto –desafiando la lógica de sus exégetas– es porque se trata de sucesos “insidiosamente” históricos. Sin embargo, no hay que exagerar; tienen una lógica: la de la psicología de María. ¡Hay dos ángeles en el sepulcro! ¡¿Y quién busca ángeles?! ¡María busca al Señor! Ni todas las milicias angélicas podrían reemplazar lo que ella cree perdido; si no tiene a su Señor, ¿qué pueden importarle los nueve coros celestiales? Por eso, a diferencia de las otras santas mujeres, no recibe consuelo de ellos ni aun escucha la Buena Nueva. Sólo puede hablarle el mismo Señor.

*Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?* (Jn 20,15). Ahora es Él, pero ¿por qué sigue sin verlo? Porque aún lo busca entre los muertos. El Señor, una vez más, vuelve a hacer con ella lo que hizo cuando la llamó del pecado: *Me dejé hallar de los que no me buscaban* (Is 65,1); en este caso se dejó hallar “donde” no era buscado: entre los que viven.

*¡María!*, le dice el Señor en un tono que ella no podía confundir. Ahora sí; lo reconoce como quien es. *¡Rabboní!*, le dice en hebreo. Lo ha conocido: *mis ovejas conocen mi voz* (cf. Jn 10,4); la voz que pronuncia ese nombre misterioso, grabado en una piedrecita blanca que nadie conoce sino el que lo recibe (cf. Ap 2,17) y el que lo da y pronuncia.

No hay dos personas iguales, así como tampoco una persona que no permanezca siempre igual a sí misma en un fondo remoto de su ser. Por eso María, dejada al impulso de su corazón, actúa como siempre lo ha hecho: arrojándose a los pies de Cristo y abrazándolo con todas sus fuerzas (cf. Jn 20,17); como había hecho en casa del fariseo (cf. Lc 7,38), como en Betania, si de la misma María, hermana de Lázaro, se trata (cf. Jn 12,3), como cuando intercede por su hermano muerto arrancando lágrimas al mismo Dios (cf. Jn 11,32-33), como en su propia casa mientras escuchaba arrobada al Maestro (cf. Lc 10,39).

No lava sus pies con lágrimas, no los seca con sus cabellos, no derrama sobre su cabeza el precioso unguento, pero sigue siendo la misma: la que *mucho ha amado* (Lc 7,47), la que eligió la mejor parte (Lc 10,42).

*Dic nobis, Maria,  
quid vidisti in via?  
Sepulcrum Christi viventis  
et gloriam vidi Resurgentis...*

## **6ª Estación: Pedro y Juan corren al sepulcro**

Avisados por María, Pedro y *el otro discípulo*, es decir, Juan, corrieron al sepulcro. Ambos corrían, pero Juan era más joven y llegó primero. Agachándose vislumbró algo, pero espero al que –aún caído– era la Roca sobre la que el Señor los fundamentaba a todos (cf. Mt 16,18). Bajó primero Simón y luego Juan. De cuanto allí vieron, cada intérprete nos da una traducción diversa: las bandas en su lugar y el sudario que envolvía su cabeza en un lugar aparte; las fajas allí colocadas..., etc. Es difícil imaginar y más aún comprender el porqué las cosas podrían estar dispuestas así; menos fácil es entender la conclusión que de todo ello sacó Juan, pues según su propio testimonio, *vio y creyó* (Jn 20,8).

¿Creyó porque Jesús no estaba? Su conclusión excedería las premisas. ¿Creyó porque sólo un divino resucitado podía ser tan cortés a la hora de dejar sus atuendos mortuorios ordenados? Sería una conclusión pueril. ¿Entonces?

Lo que Juan vio fue más sencillo que todo eso: vio “todo” en “su” lugar, menos Jesús. Él estuvo allí cuando lo sepultaron; estuvo mientras cerraban la entrada con la piedra giratoria. Y ahora nada había cambiado en lo exterior: la sábana donada por José de Arimatea estaba como cuando él la dejó envolviendo el cuerpo de Jesús, es decir, doblada en dos partes casi iguales por el lado de la cabeza; debajo de ella se notaba el bulto del sudario, aquel pañolón que, puesto alrededor del rostro, servía para mantener cerrada la mandíbula del cadáver; las vendas y fajas estaban todavía anudadas en su sitio: rodeando la sábana a la altura de los hombros y más abajo, cerca de los tobillos... Todo, pues, estaba allí igual al viernes por la tarde... pero dentro de este sagrado envoltorio no estaba el cuerpo de Jesús. Los hombres podían hacer girar la entrada del sepulcro, pero no podían sacar, como evaporándolo, el cuerpo del Señor. Por eso, al ver creyó. Creyó que había resucitado de entre los muertos...

Para Juan, como para todos los siglos posteriores, el sepulcro vacío fue y es un mudo testimonio de un Hecho que sólo puede ser explicado por el Poder de Dios. Él no estaba allí; sin embargo, esa ausencia –ese “modo” de ausencia– hablaba de su Realidad y de su Vida.

Por eso, un sepulcro vacío es una piedra incómoda. Una piedra de escándalo.

## **7ª Estación: Jesús aparece a los discípulos de Emaús**

El mismo día, dice san Lucas (cf. Lc 24), dos de los discípulos iban camino a Emaús, hablando de *todos estos acontecimientos*. Y Jesús les sale al encuentro, sin que lo reconociesen, acompañándolos a lo largo del camino. El Verbo *puso su tienda entre nosotros*, dice Juan en su Prólogo (Jn 1,14); pero era la tienda de un Nómada, de un Viador junto a los viadores. Cristo nos sale al encuentro y nos acompaña en nuestro exilio con su bastón de Peregrino.

Él les saca el tema –*¿De qué hablabais en el camino?*– y los hace relatar los acontecimientos pascales desde su desilusionado punto de vista. *Nosotros esperábamos..., nos dejaron estupefactos ciertas mujeres... que... no encontraron su cuerpo y vinieron diciendo... que vivía...* Pero ellos no se tomaron siquiera la molestia de ir a ver... ¡Esa es la realidad!

Este es el más inequívoco síntoma de la profunda depresión moral en que sumió a todos los discípulos del Nazareno el escándalo de la cruz. Ya no creen en nada, ni quieren creer, ni quieren ilusionarse. No. Otra desilusión sería ya aplastante. “Mejor volver a nuestras casas”.

No era, pues, sólo cuestión de revelarles el misterio. Era necesario que quisieran seguir esperando para que volviesen a creer. Y allí el Señor se hizo maestro para abrirles las

Escrituras: *¡Oh, hombres sin inteligencia y tardos de corazón para creer todo lo que vaticinaron los profetas! Y allí, el Exégeta de Sí mismo les fue declarando todo cuanto a Él se refería comenzando por Moisés y los Profetas (Lc 24,27).*

Lo reconocieron al partir el pan, cuando Él dejó que se abrieran sus ojos apesadumbrados por la tristeza... para que se diesen cuenta que habían estado tanteándolo oscuramente a lo largo del camino, cuando les hacía *arder el corazón*, cuando habían empezado a amarlo conociéndolo sólo a tientas, cuando habían sentido necesidad de Él: *Quédate con nosotros, Señor, porque ya es tarde y el día declina (Lc 24,29).*

Es el mismo Señor que camina siempre a nuestro lado en las noches oscuras del alma, sin que lo veamos, pero dejando que el corazón lo adivine a cada paso.

*En el mismo instante, se levantaron y volvieron a Jerusalén (Lc 24,33).*

## **8ª Estación: Jesús encuentra a Pedro**

*El Señor, en verdad, se ha aparecido a Simón (Lc 24,34), dicen los Once a los recién llegados de Emaús jadeantes y atragantados por la emoción. Años más tarde lo seguiría repitiendo Pablo: Se apareció a Cefas (1 Cor 15,5). Por humildad, Marcos, el amanuense de Pedro, lo silencia. Cefas, al predicar la Resurrección de Cristo no hablaba de este privilegio imborrable de su memoria.*

*¿Cuándo fue? ¿Dónde? ¿Qué le dijo? No lo sabemos. No tiene importancia.*

Todos lo abandonaron, pero sólo uno lo negó. Ni siquiera Judas lo había negado; por el contrario, siempre dio testimonio de Él: *Al que yo bese, ése es (Mt 26,48), ¡Maestro! (Mt 26,49), He entregado sangre inocente (Mt 27,4).* Pedro, en cambio, juró (¡perjuró!) no conocerlo. *No conozco a ese Hombre (Mc 14,71).* ¡A ese Hombre que, sin embargo, tanto amaba! ¿Tanto puede el miedo? ¿Tanto el no velar junto al Señor para no caer en la tentación? Sin embargo, nunca hubo Pedro sobre la tierra que llorara más que Simón el triste juramento que le arrancaron entre una portera y un esclavo.

Ese Hombre Negado viene ahora a decirle a Pedro que la salazón de sus lágrimas no ha sido vana. *Sin duda... grande es el misterio de la piedad (1 Tim 3,16). Los amaré generosamente (Os 14,5).*

*¿Quién puede entender a Dios? Nadie. “Si yo comprendiese plenamente a Dios – escribe Pascal–, o yo sería Dios o Dios no sería Dios”. Por esa misericordia inexplicable, y tan distinta de la humana, Dios consuela a quien lo ha abandonado. ¡Pedro es un pecador! Sí... judíos y gentiles, nos hallamos todos bajo el pecado (Rom 3,9).*

Pedro traicionó al que poco antes había dado el nombre admirable de Amigo (cf. Jn 15,15), pero al ser mirado por el Amigo Negado un dolor tan hondo desgarró el alma de Pedro arrancando lágrimas y orgullo que arrastró tras de sí, como una impetuosa crecida, todo el lodo de vanidades y bravuconadas que estancaban su corazón, dejándolo desnudo delante de sí mismo: pecador, vacío, cobarde, miserable. Jesús miró a Pedro y su mirada hizo que Pedro se viese a sí mismo. No tuvo que hablarle; bastaron sus ojos tristes.

Ahora sí viene a hablarle, porque si Pedro abandonó un momento a Cristo, Jesús jamás abandonó a Simón. *Se llama Fiel (Ap 19,11).* Probablemente Pedro sólo atinaría a llorar –una vez más, como venía haciéndolo de modo casi continuo, desde la noche del Jueves– y a decirle como antaño entre las ondas del mar: *¡Señor, sálvame! (Mt 14,30).* Desde entonces, el amor de Pedro quedó sellado como un amor penitente. *¡Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado? (Mt 14,31).*

*Si algunos de ellos fueron infieles, ¿frustrará... su infidelidad la fidelidad de Dios? (Rom 3,3).* No. Lo hemos visto en nuestras vidas. Pedro lo apreció en la suya. Debía experimentarlo pues él, luego, ante nosotros, saldría garante de la fidelidad divina.

*Verdaderamente, tú eres el Hijo de Dios (Mt 14,33).*

## 9ª Estación: Jesús aparece en el Cenáculo

Ya conocían la noticia. Juan ya *había visto y creído*; Simón ya había sido consolado... pero aún tenían miedo; y por eso aquella tarde tenían las puertas del Cenáculo cerradas *por temor a los judíos*, como confiesa Juan (Jn 20,19).

Haciendo gala de las nuevas cualidades de su cuerpo resucitado, el Señor se presenta ante ellos. Les da la paz, adelanta el envío misionero, incoa el poder de las llaves, les prueba ser Él mismo, el que los eligió *para que estuviesen con Él* (Mc 3,14), el que murió en la cruz: *les mostró las manos y el costado* (Jn 20,20).

Serán dos las apariciones relatadas por Juan, porque en la primera faltaba Tomás y éste nos les creyó cuando le relataron la visita del Resucitado. El Dídimos, como lo llama también la Escritura, era pesimista y duro para creer; *vayamos y muramos con Él*, había exclamado antes de marchar a Betania, consternado por la decisión del Maestro (cf. Jn 11). Ahora no cree a sus diez mejores amigos, a menos de tres días de la más grande amargura que todos ellos pasaron en sus vidas; ¡como si estuviesen para hacer bromas al bueno de Tomás! ¿Por qué habrían ellos de inventar tamaña broma –tan descomunal y de pésimo gusto– mientras debían guardar el mayor duelo?

El Mellizo, sin embargo, no les concede ni siquiera el privilegio de la duda. Y exige para creer la prueba que no es prueba, es experiencia dada por el Resucitado mismo: *si no meto mis dedos en los agujeros de sus clavos... si no meto mi puño en su costado...* (Jn 20,25).

Cristo le dio el gusto y el susto. Tomás el hablador, el exigente... quedó mudo ante ese Señor que una semana después reaparecería para decirle: *trae tu dedo, aquí están mis manos, aquí mi costado* (Jn 20,27). Mudo. Su lengua sólo se movió para pronunciar un acto de fe y adoración: *¡Señor mío y Dios mío!* (Jn 20,28).

En adelante *no seas incrédulo sino fiel*. Toda la tradición viene repitiendo de siglo en siglo que Tomás dudó para que nosotros creyéramos. *Bienaventurados los que crean sin haber visto* (Jn 20,29).

## 10ª Estación: Jesús aparece a orillas del Mar de Galilea

*Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael, el de Caná de Galilea, los de Zebedeo y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dice: Voy a pescar. Le contestan ellos: También nosotros vamos contigo. Fueron y subieron a la barca, pero aquella noche no pescaron nada* (Jn 21,2-3). No era la primera vez que Pedro no pescaba nada, ni la primera que pescaría abundantemente confiado en la palabra poderosa del Señor. De ahí en adelante siempre sería así.

Jesús estaba en la orilla observándolo todo, guiando todo con su providencia, *pero los discípulos no se dieron cuenta*. Luego tuvo lugar el milagro: *Díceles Jesús: Muchachos, ¿no tenéis pescado? Le contestaron: No. El les dijo: Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis. La echaron, pues, y ya no podían arrastrarla por la abundancia de peces* (Jn 21,5-6).

El primero en reconocer a Jesús es Juan, el que cambió su nombre por un circunloquio: *El-que-Jesús-amaba*. Pero el que se arroja impetuosamente a las aguas es, como siempre, Pedro. Haciendo lo que su corazón le dictaba, aun contra la lógica: vestirse para tirarse al mar. Pedro es *La-impaciencia-por-Jesús*; la barca para él es lenta; se confía más a sus brazos rudos y a su caridad por el Señor; estos son medios más rápidos que los pesados remos de sus compañeros.

Al llegar a la orilla el Divino Pescador los esperaba ya asando para ellos unos peces y tostándoles unos panes al rescoldo. Juan recuerda de aquellos instantes inolvidables hasta el número de peces que sacaron: *eran ciento cincuenta y tres, y grandes* (Jn 21,11).

Muchas preguntas se agolpaban en sus almas, pero cierto pudor reverencial los dejaba mudos ante el Señor Resucitado. También se agolpaba en sus corazones el gozo y el consuelo. Estaban ante *la Consolación de Israel* (Lc 2,25), el *Dios... del consuelo* (Rom 15,5).

En efecto, *abunda por Cristo nuestra consolación* (2 Cor 1,6).

### **11ª Estación: La triple confesión de Pedro**

Sobre la herida abierta por las tres negaciones, el Señor derrama el óleo de la triple confesión de amor de Pedro.

*Después de haber comido, dice Jesús a Simón Pedro: Simón de Juan, ¿me amas más que éstos? Le dice él: Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Le dice Jesús: Apacienta mis corderos* (Jn 21,15). ¿Me amas “más” que estos? Sólo un amor más grande podía dar a Simón un corazón de pastor. *Os daré pastores según mi corazón* (Jr 3,15). Pero el corazón de Cristo es un corazón infinito; Juan lo llama en el Apocalipsis simplemente *El-que-nos-ama* (Ap 1,5). Hay que ensanchar, pues, el corazón de Pedro todavía acongojado por el abandono del Amigo.

*Vuelve a decirle por segunda vez: Simón de Juan, ¿me amas? Le dice él: Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Le dice Jesús: Apacienta mis ovejas* (Jn 21,16). Van dos veces que pregunta lo mismo. ¿Duda el Señor de la sinceridad de Pedro? Por el contrario, va labrando ese corazón para que ame más, pero también para que sepa más profundamente lo que está profesando.

*Le dice por tercera vez: Simón de Juan, ¿me quieres? Se entristeció Pedro de que le preguntase por tercera vez: ¿Me quieres?, y le dijo: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero. Le dice Jesús: Apacienta mis ovejas* (Jn 21,17). La tercera acometida de Jesús lo entristece porque le recuerda su debilidad. Pedro no puede decir ya: *aunque todos te abandonen, yo no* (Mc 14,29). Se conoce a sí mismo. Por eso apela al conocimiento del Maestro: *Señor, tú lo sabes todo*.

El amor de Pedro, purificado por el llanto amargo, es ya un amor humilde. Ahora es un amor verdadero. Ahora es un amor que *no pueden apagar las aguas torrenciales, ni anegarlos los ríos, ni comprarlo todas las riquezas de la tierra* (cf. Cant 8,7).

Ahora su amor es tan grande que también él, Simón el Débil, el que lloró amargamente, podrá *amar a los suyos hasta el extremo* (cf. Jn 13,1). Y el Señor le profetiza que en una muerte en Cruz, como la suya, dará su testimonio de amor definitivo: *En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras. Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios. Dicho esto, añadió: Sígueme* (Jn 21,18-19).

*Ave, crux, spes mea!*

### **12ª Estación: Jesús aparece en el monte**

Sobre uno de los montes de Galilea el Señor había dado cita a sus discípulos (cf. Mt 28,16). Estando ellos allí apareció Jesús y *viéndole se postraron* (Mt 28,17). Entonces Jesús les dijo: *Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra* (Mt 28,18).

Parco en noticias accidentales, Mateo no señala con precisión dónde ocurrió esta aparición. ¿Sería la colina de las Bienaventuranzas, como alguno ha creído? ¿O el Tabor nuevamente? ¿Tal vez aquel monte sobre el cual el diablo se atrevió a llevar al mismo Señor

ofreciéndole todos los reinos de la tierra a cambio de una indebida postración (cf. Mt 4,8-10)? No puede negarse un cierto paralelismo entre este último episodio y la presente aparición de Jesús Resucitado. Entonces el demonio había dicho que *todo este poder y su gloria... me ha sido entregado y a quien quiero se lo doy* (Lc 4,6); y algo de verdad mezclaba en sus afirmaciones el Padre de la Mentira, pues el pecado no reparado le daba sobre el mundo cierto dominio; san Juan lo llama, no lo olvidemos, *Príncipe de este Mundo* (cf. Jn 12,31).

La situación ha cambiado. Por las humillaciones de su pasión, Jesucristo ha recibido del Padre la plenitud del poder soberano en el cielo, en la tierra y hasta en los abismos. Ya lo tenía, pero al derecho divino y al derecho de excelencia, Jesús ha añadido el derecho de conquista; San Pablo lo dice: *Se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre* (Fil 2,8-11).

Por eso, iniciándose su pasión, Jesús exclamaba: *Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado abajo* (Jn 12,31). Y antes lo había vislumbrado: *Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo* (Lc 10,18).

El poder es de Cristo; la plenitud del poder. Y con ese poder, lo ancho y lo largo del mundo son surcados por sus manos que, señalando los cuatro rumbos del espacio, envían a sus apóstoles a conquistar discípulos e hijos para Dios.

Comienza el tiempo de la Iglesia como tiempo de Conquista.

### **13ª Estación: Jesús asciende a los Cielos**

Nuevamente convoca el Señor a sus discípulos en Jerusalén, porque Él va a alejarse, pero ellos no deberán apartarse de la Ciudad Esposa hasta que se cumpla la promesa del bautismo del Fuego. Luego sí; habrán de abrirse camino a los cuatro vientos para dar testimonio del Señor no sólo en Jerusalén, ni sólo en Judea, sino comenzando por Jerusalén y Judea, hasta los confines de la tierra (cf. Act 1,4-8).

Tras las últimas instrucciones en una comida de despedida (cf. Act 1,4) lleva a los suyos cerca de Betania (cf. Lc 24,50) y desde la cima del Monte Olivete (cf. Act 1,12), alzando las manos para bendecirlos, se alejó de ellos, llevado al cielo para sentarse a la diestra de Dios (cf. Mc 16,19).

*Fija la vista en Él, que se iba, describe san Lucas a los discípulos* (Act 1,10).

*Alzad, ¡oh puertas! vuestros dinteles;*

*levantaos, ¡eternos portales!,*

*para que entre el Rey de Gloria.*

*¿Quién es ese Rey de Gloria?*

*Es [Jesús], el Fuerte, el Héroe; [Jesús] el Héroe*

*del combate... ¡Ese es el Rey de la Gloria!* (Sal 24,7-10).

*Subió sobre todos los cielos para llenarlo todo, escribirá luego San Pablo* (Ef 4,10). Su presencia todo lo penetra, todo lo domina, todo lo rige, todo lo plenifica. *Para sentarse a la Diestra de Dios* (Mc 16,19). La Diestra es la mano del Poder de Dios: Él no es ya sólo *el Primogénito de los muertos* sino también *el Príncipe de los reyes de la tierra* (Ap 1,5).

*Hombres de Galilea –repiten hogaño como antaño los ángeles– ¿qué estáis mirando el cielo? Ese Jesús que ha sido arrebatado de entre vosotros al cielo, vendrá como le habéis visto ir al cielo* (Act 1,11). Volverá. Ahora es el *Venturus*, El-que-ha-de-volver.

*Entonces tornaron del monte* (Act 1,12), *con grande gozo* (Lc 24,52).

*El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven... Señor Jesús!* (Ap 22,17.20).

Él responde: *Sí, vengo pronto. Amén* (Ap 22,20).

## 14ª Estación: Jesús envía el Espíritu Santo sobre los discípulos

*Perseveraban unánimes en la oración... con María, la Madre del Señor* (Act 1,14). Y así pasaron los días hasta la Fiesta de Pentecostés. Ese día comienza la historia nueva de aquel puñado de hombres; la Iglesia comienza a manifestarse. El grano de trigo ha muerto y ha sido sepultado en el surco fértil. Floreció al tercer día; ahora echa yemas y luego dará frutos sabrosos.

Fiel es Dios a sus promesas. Y la Promesa desciende sobre ellos en forma de lenguas de fuego, llenándolos del Espíritu Santo.

*Todos los que hablan, ¿no son galileos? Pues, ¿cómo es que nosotros los oímos cada uno en nuestra propia lengua, en la que hemos nacido?* (Act 2,7-8). Es original el milagro de las “lenguas”, y a los que se dieron cita ante la ruidosa casa del Cenáculo les llamó poderosamente la atención. Pero el verdadero milagro está en las palabras de Pedro; palabras que sólo el Espíritu Santo podía colocar en boca de un hombre. *Seréis mis testigos en Jerusalén*, había predicho el Señor. Allí está Pedro para demostrarlo, el que había dicho tres veces *No conozco a ese hombre*, diciendo ahora, en las mismas narices de los verdugos del “Hombre”: *Jesús de Nazaret, varón probado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales... A éste... dísteis muerte... Al que Dios resucitó... porque no era posible que fuera dominado por la [muerte]* (Act 2,22-24). *Dísteis muerte al Príncipe de la Vida* (Act 3,15). *Jesús, el Mesías que ha sido predestinado* (Act 3,30). *Ningún otro Nombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvados* (Act 4,12).

A tales palabras, tales palos: *Después de azotados les conminaron que no hablasen en el nombre de Jesús... Ellos se fueron contentos... porque habían sido dignos de padecer ultrajes por el nombre de Jesús* (Act 5,40-41).

¿Son estos los mismos que cerraban sus puertas por temor de los judíos? Son los mismos, con sus debilidades y flaquezas, pero confortados por Aquel que obra interiormente toda fortaleza y todo poder.

*Veni, Sancte Spiritus...  
Consolator optime,  
dulcis hospes animae,  
dulce refrigerium...  
Da virtutis meritum,  
da salutis exitum,  
da perenne gaudium.*

## XXII. SUBIÓ A LOS CIELOS

Relata San Ignacio de Loyola que en su peregrinación por los Lugares Santos veneró entre tantas otras “reliquias” del Señor, la piedra sobre la que dejó sus huellas sagradas en el momento de ascender a los cielos, desde el Monte de los Olivos. Hablaba de ellas Eusebio de Cesarea y se sabe que San Jerónimo y Santa Paula las besaron. Muchos otros se hacen eco de esta tradición, como San Paulino de Nola, San Agustín y Sulpicio Severo a inicios del siglo V. De las palabras que los ángeles dirigen a los discípulos tomó título la más alta de las tres cumbrecitas que coronan el Monte de los Olivos: se la conoce como “Viri Galilei” desde el siglo XIV. *Hombres de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús que ha sido arrebatado al cielo, vendrá como le habéis visto ir al cielo* (Act 1,11). Según refiere Eusebio en su “Vita Constantini”, Santa Elena edificó una iglesia en ese lugar; “a cielo descubierto, dice San Jerónimo refiriéndose probablemente a ésta, como para que todos pudiesen ver el cielo adonde había subido el Señor”. La peregrina Eteria, a inicios del siglo V, la menciona con el nombre de Imbomon, es decir, “Altura”. Destruída por los persas en el 614 fue nuevamente reedificada por el obispo Modesto, dándole forma de rotonda. Antes que el sultán Hakim la volviese a destruir a principios del siglo XI, brillaban en ella, la noche de la fiesta de la Ascensión, infinidad de luces, de suerte que parecía arder el monte en llamas. El P. Castillo, predicador del siglo XVII, relata lo que él vio en una de las capillitas edificadas en el monte, diciendo: “En medio está la piedra sobre la cual estaba Cristo Señor nuestro cuando subió al cielo, y dejó sus divinas plantas estampadas en ella. Hoy día no se ve más que una, y es la del pie izquierdo, porque la del derecho se la llevaron los turcos al templo de Salomón, habiendo para esto cortado la piedra...”<sup>93</sup>.

Jesucristo fue arrebatado de la mirada de los apóstoles desde la misma cima en que había empezado la aflicción de su Pasión llorando sobre Jerusalén. Con este misterio culmina el ciclo de la pasión y exaltación de Cristo. “La misma ascensión de Cristo al cielo, que nos privó de su presencia corporal, nos fue más útil que lo hubiera sido su presencia corporal”, explica el Angélico Doctor. Y da las razones: “Primero, por el aumento de la fe, que tiene por objeto lo que no se ve; por eso dice el Señor a sus discípulos (Jn 16,8) que el Espíritu Santo, *cuando Él viniere, argüirá al mundo de la justicia, a saber, de los que creen...* Por lo cual añade (v.10): *puesto que me voy a mi Padre y no me veréis ya. Bienaventurados los que no ven y creen.* Luego, será vuestra justicia de la que el mundo será argüido porque habréis creído en mí sin verme. Segundo, para excitar nuestra esperanza: por lo que dice Él mismo: *Cuando yo me vaya y os haya preparado el lugar, vendré otra vez y os tomaré conmigo, para que en donde yo estoy, estéis también vosotros* (Jn 14,3). Pues por lo mismo que Cristo colocó en el cielo la naturaleza humana que tomó, nos dio la esperanza de llegar a Él. Porque *donde quiera que estuviese el cuerpo, allí se congregarán las águilas*, como se dice en Mateo (24,28). Por esta razón se dice en Miqueas: *Subirá delante de ellos el que les abrirá el camino* (Miq 2,13). Tercero, para excitar el amor de la caridad a las cosas del cielo. De donde dice el Apóstol: *Buscad las cosas que son de arriba en donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra* (Col 3,1). Pues como se dice en el Evangelio: *en donde está tu tesoro, allí está también tu corazón* (Mt 6,21). Y puesto que el Espíritu Santo es el amor que nos arrastra a las cosas celestiales (*amor nos in caelestia rapiens*), por eso el Señor dice a sus discípulos: *os conviene que yo me vaya, porque si no me fuese no vendrá a vosotros el Consolador, pero si me voy os lo enviaré* (Jn 16,7). Y explicándolo dice San Agustín: ‘no podéis recibir el Espíritu Santo en tanto que persistís en conocer a Cristo según la carne. Pero al apartarse Cristo corporalmente, no solamente el Espíritu Santo sino también el Padre y el Hijo se hicieron presentes en ellos espiritualmente’<sup>94</sup>.

<sup>93</sup> Castillo, *El devoto peregrino*, Madrid, Imprenta Real 1656, p. 195ss.

<sup>94</sup> Santo Tomás, *Suma Teológica*, III,57,1 ad 3.

Más adelante volverá el mismo Santo Tomás a preguntarse si este misterio de la Ascensión es causa de nuestra salvación, añadiendo algunas razones que no carecen de encanto y piedad. Al ascender se hizo causa de nuestra salvación “primero, porque nos preparó el camino para subir al cielo, según lo que Él mismo dice: *voy a prepararos el lugar* (Jn 14,2); y *sube delante de ellos el que les abrirá el camino* (Miq 2,13). Porque puesto que Él mismo es nuestra cabeza, es preciso que sus miembros sigan allí donde va la cabeza. Por lo cual se dice en San Juan: *para que donde yo estoy, estéis también vosotros* (14,3). Y en prueba de ello, Él llevó al cielo las almas de los santos que había sacado del infierno [del limbo], según lo del Salmo 67 citado por San Pablo: *subiendo Cristo a lo alto, llevó cautiva la cautividad*, esto es, porque los que habían sido retenidos cautivos por el diablo los llevó consigo al cielo, como a un lugar extraño a la naturaleza humana, habiéndolos conquistado de la manera más gloriosa por la victoria que reportó sobre el enemigo (Ef 4,8). Segundo, puesto que así como el Pontífice del Antiguo Testamento entraba en el santuario para pedir a Dios por el pueblo, así también Cristo *entró en el cielo para interceder por nosotros*, como se dice (Hb 7,23). Pues la misma representación de sí por la naturaleza humana, que llevó al cielo, es cierta intercesión por nosotros; puesto que por lo mismo que Dios exaltó de este modo la naturaleza humana de Cristo, se compadece también de aquellos por quienes su Hijo asumió esta naturaleza. Tercero, a fin de que constituido como Dios y Señor sobre su trono celestial, derramase desde allí sobre los hombres los dones divinos, según aquello: *subió sobre todos los cielos para llenar todas las cosas* (Ef 4,10), esto es, de sus dones, según la Glosa”<sup>95</sup>.

Sus discípulos lo vieron partir, llenos de consuelo y alegría, pero también con la desazón de la soledad en el alma. Cristo, sin embargo, antes de ascender a los cielos, les prometió solemnemente su misteriosa presencia entre ellos y sus sucesores: *Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo* (Mt 28,20). Esta promesa es el fundamento de nuestro consuelo en la tierra, de nuestra esperanza del cielo, de nuestra fuerza en los combates de la Iglesia. ¿Por qué se queda Cristo? Se queda para consolarnos en la ausencia. No nos deja desamparados: *No os dejaré huérfanos. Todavía un poco, y el mundo ya no me ve más; pero vosotros me veréis...* (Jn 14,18-19). Se queda para darnos fortaleza en la empresa que nos encarga: conquistar todo el mundo para la fe, sufriendo persecuciones, cruces y muerte. Se queda para que obremos teniendo conciencia de la mirada vigilante del Señor.

**Yo estoy con vosotros.** Se queda Él mismo. No dice como a Moisés: *Yo enviaré a mi ángel que vaya delante de ti y te guarde* (Ex 23,20). Aquí dice “Yo mismo”. ¿Quién es ese “Yo”? El Dios que todo lo avasalla, en cuyas manos está todo el universo, a quien nadie puede poner resistencia, el hacedor de Cielo y tierra, el que todo lo conoce (cf. Ester 13,9-10). Aquél a quien ha sido dada toda potestad en la tierra y en el cielo (Mt 28,18).

**Con vosotros.** Con todos los modos de presencia y de estar con los hombres: con el modo común con que está con todas las criaturas, dándoles el ser, la vida y el movimiento; con el modo como está en los justos, por gracia, dándoles la vida sobrenatural y las virtudes; con el modo particular con que está en sus elegidos, guiándolos con su providencia, poniendo todas las cosas a su servicio (*todo sucede para el bien de los que Dios ama*: Rom 8,28), obrando en ellos maravillas.

**Para siempre.** *Todos los días hasta el fin del mundo.* No algunas veces, ni en circunstancias especiales, sino siempre y en todo momento; pero está presente especialmente cuando el dolor nos azota y la tentación nos acrisola. Santa Catalina, tras las duras pruebas con las que Dios le hizo saborear la amargura de la soledad y del abandono, ante la primera aparición de Nuestro Señor le preguntó con audacia: “¿Dónde estabas Señor, cuando más te necesitaba?” A lo que Él respondió: “Estaba más cerca de ti de cuanto lo estoy ahora”. “Una noche tuve un

---

<sup>95</sup> Ibid., III, 57,6.

sueño, relata Teresa de Calcuta. Soñé que caminaba en la playa con el Señor. Y a través del cielo, pasaban escenas de mi vida. Por cada escena que pasaba percibí que quedaban dos pares de pisadas en la arena, una era la mía, la otra del Señor. Cuando la última escena de mi vida pasó delante nuestro, miré hacia atrás, hacia las pisadas en la arena, y noté que muchas veces en el camino de mi vida había sólo un par de pisadas en la arena. Noté también que eso sucedió en los momentos más difíciles y angustiosos de mi vivir. Eso realmente me perturbó y pregunté entonces al Señor: ‘Señor, cuando decidí seguirte, tú me dijiste que andarías siempre conmigo todo el camino, pero noté que durante los peores momentos de mi vivir había, en los caminos de mi vida, sólo un par de pisadas. No comprendo por qué tú me dejaste en las horas que más te necesitaba’. El Señor me respondió: ‘Mi querido hijo. Yo te amo y jamás te dejaría en los momentos de tu sufrimiento. Cuando viste en la arena sólo un par de huellas, fue justamente ahí donde yo te cargué en mis brazos’.

Está siempre con los suyos; y acabado el mundo estará junto a ellos más íntimamente aún; tanto que no puede imaginarlo la mente humana. A pesar de todo, el alma que ve alejarse a Cristo entre las nubes de cielo, no puede menos que gemir, diciendo como fray Luis de León:

¿Y dejas, Pastor santo,  
tu grey en este valle hondo, obscuro,  
con soledad y llanto;  
y tú, rompiendo el puro  
aire, te vas al inmortal seguro?  
Los antes bienhadados  
y los ahora tristes y afligidos,  
a tus pechos criados,  
de ti desposeídos,  
¿a dó convertirán ya sus sentidos?  
¿Qué mirarán los ojos  
que vieron de tu rostro la hermosura,  
que no les sea enojos?  
Quien oyó tu dulzura,  
¿qué no tendrá por sordo y desventura?  
A aqueste mar turbado,  
¿quién le pondrá ya freno? ¿Quién concierto  
al viento fiero, airado,  
estando tú encubierto?  
¿Qué norte guiará la nave al puerto?  
Dulce Señor y amigo,  
dulce padre y hermano, dulce esposo,  
en pos de ti yo sigo:  
o puesto en tenebroso  
o puesto en lugar claro y glorioso.

“¡Oh galileos, oh viajeros! —exclama Santo Tomás de Villanueva—. Delante de vosotros está libre el camino de los cielos, la puerta del paraíso está ya abierta... ¿por qué os quedáis quietos? Magnífica es la gloria que os espera, ¿y no camináis? Abundante es la recompensa que se os ofrece, ¿y aún dudáis? Brillante es la corona que se os promete, ¿y combatís con pereza? ¿Qué os diré, cobardes, perezosos e insensatos? Por un trabajo fácil, una alegría inmensa; por un combate rápido, una corona eterna; por una marcha corta, un descanso sin fin. ¡Oh viajeros!, ¿a qué viene esa inmovilidad? Siglos eternos dependen de estos momentos de vuestra vida, y aún no andáis... Y todavía hay algo más triste: estáis quietos, mirando al cielo... Miráis al cielo y

permanecéis indiferentes, le veis y os dejáis por la indolencia... ¡oh galileos, oh cristianos!, ¿seguís inmóviles?”<sup>96</sup>.

---

<sup>96</sup> Santo Tomás de Villanueva, *Sermón 1º sobre la Ascensión*.

### 1. *Et iterum venturus est cum gloria*

Y ha de volver revestido de gloria. Lo decimos en el Credo. Jesucristo vuelve, y su vuelta es un dogma de nuestra fe. Es más, es uno de los dogmas más importantes. Lamentablemente, es también uno de los más olvidados y poco meditado por los cristianos.

¿Qué es lo que nuestra Fe pretende afirmar cuando hablamos de la Venida del Señor? Lo que queremos decir es simplemente esto: el mundo no continuará indefinidamente, ni acabará al azar chocando con alguna estrella perdida, sino que concluirá por una intervención directa de su Creador, que es Dios. El Universo y su Historia es un poema gigantesco en el cual nosotros nos movemos como si fuéramos los autores, pero del cual, en realidad, además de dirigirlo misteriosa y ocultamente, Dios se ha reservado la iniciación, el nudo y el desenlace; los cuales teológicamente se llaman: Creación, Redención y Parusía.

La Segunda venida de Jesucristo está revelada. La revelaron los ángeles a los Apóstoles y a los primeros cristianos en el momento mismo de la Ascensión de Jesús a los cielos: *Varones galileos, ¿qué estáis allí mirando al cielo? Este Jesús que habéis visto subir al cielo, del mismo modo volverá a bajar del cielo* (Act 1,11). Y el mismo Jesucristo lo dijo a los judíos: *Veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha de Poder y viniendo entre las nubes del cielo* (Mc 14,62).

Dos son los errores más comunes sobre la venida del Señor, que vuelven a repetirse en nuestro tiempo como lo han hecho a lo largo de toda la historia.

El primero es el de los que piensan que Cristo no vuelve más; o al menos, no se toman el tiempo de pensar en su venida. De estos ya escribió San Pedro profetizando nuestros tiempos: *Sabed, en primer lugar, que vendrán en los últimos días seductores falsos que andan según sus concupiscencias. Y dirán: ¿Dónde está la promesa de su venida? Todas las cosas perseveran lo mismo que desde el principio del mundo* (2 Pe 3,3-4). Ésta es la enfermedad más específica de nuestro mundo moderno, y su fruto es el ignorar la causa de nuestros desequilibrios y de nuestros males y, consecuentemente, no saber dónde poner el remedio; más aún, ni siquiera sabemos cuál es la enfermedad; porque el que ignora para dónde va, no sabe tampoco dónde está parado. A esto conduce el rechazo de la Encarnación, porque ya lo dijo San Agustín: el que no recibe a Cristo en la Primera venida, tampoco lo recibe en la Segunda.

El segundo error es el de los falsos profetas. Vivimos en un mundo ansioso de profecía. Pide que le pronostiquen el día y la hora del fin del mundo; ronda adulando a todos los que se presentan con el título de mesías. Pero *nadie sabe el día ni la hora*, dijo el Señor. Por eso, a todos cuantos se creen anunciadores del fin del mundo les tenemos que aplicar las palabras de Miqueas: *Dejad de babear profecías* (Miq 2,6).

Entonces, ¿no podemos determinar cuándo será el fin del mundo? No, no podemos. Ni nos conviene saberlo. A nosotros nos basta y nos sobra con saber esto: vendrá. ¿Cuándo? En el momento menos pensado. Entonces debemos estar preparados, como si fuera hoy mismo.

### 2. *Venturus est iudicare vivos et mortuos*

¿A qué vendrá? Vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. Por eso, estemos en donde estemos, en ese momento solemnísimos, compareceremos delante del Señor.

Jesucristo es Juez: *Es él quien ha sido constituido por Dios juez de vivos y muertos*, dice San Pedro (Act 10,42). Y San Pablo añade: *Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada cual reciba el pago debido a las buenas o a las malas acciones que haya hecho mientras estuvo revestido de su cuerpo* (2 Cor 5,10).

¿Cuál ha de ser nuestra actitud? Temer el juicio del Señor. Y esto, dice Santo Tomás, por tres motivos:

Ante todo, por la sabiduría del Juez: Jesús lo conoce todo, nuestros pensamientos, palabras y obras, porque *todo está manifiesto y descubierto delante de sus ojos* (Hb 4,13), y *todos los caminos del hombre están patentes a sus ojos* (Prov 16,2). Dios dice por boca de Jeremías: *El corazón del hombre es perverso e impenetrable. ¿Quién podrá conocerlo? Yo, el Señor, que escudriño los corazones y sondeo los riñones, que doy a cada uno según su proceder, conforme al fruto de sus obras* (Jer 17,9-10). Por eso, San Pablo llama a ese día, *el día en que Dios juzgará los secretos de los hombres* (Rom 2,16).

En segundo término, por el poder del Juez: el Señor vendrá revestido de omnipotencia, nada se le rebelará y todo se pondrá a sus órdenes para combatir a sus enemigos. Dice el libro de la Sabiduría: *El universo entero combatirá con Él contra los insensatos* (Sab 5,21). Con mucha razón Job decía: *Nadie hay que pueda librarse de tus manos* (Job 10,7).

Finalmente, por su inflexible justicia: ahora es el tiempo de la misericordia, pero entonces será el momento de la justicia. *Cuando llegare mi tiempo, yo juzgaré con justicia* (Sal 74,3). *En el día de la venganza, el celo y el furor no tendrá miramientos, ni se aplacará por las súplicas de nadie, ni aceptará dones en rescate, por grandes que sean* (Prov 6,34). Por eso escribía Orígenes: “¡Qué estrechos serán en el día del juicio los caminos de los pecadores!”.

Al mismo tiempo, la actitud cristiana ha de ser la confianza, porque a los justos se mostrará lleno de dulzura y de encanto ya que, como se lee en Isaías: *contemplarán al Rey en su belleza* (Is 33,17). Por nuestra parte, hemos de tomar al pie de la letra la admonición de San Pablo: *¿Quieres no temer a la autoridad? Haz el bien, y merecerás elogios de ella* (Rom 13,3).

## XXIV. NADIE SABE CUÁNDO

Así como Jesucristo vino por primera vez en humildad y pobreza, así ha de venir por segunda vez en poder y majestad, porque vendrá a pedir cuentas y a sancionar.

### 1. Señales anteriores

No sabemos ni el día ni la hora, pero conocemos las señales mayores de su Segunda Venida; y estas son tres:

- El Evangelio será predicado a todo el mundo (Cf. Mt 24,14).
- Habrá una apostasía universal (Cf. 2 Tes 2,3).
- Hará su aparición el Anticristo (Cf. 2 Tes 2,3-10).

Habrá, por tanto, un tiempo en que los hombres se apartarán de la verdad y *se complacerán en la iniquidad* (2 Tes 2,12), un tiempo en el que la mayoría no tendrá auténtica fe en Jesucristo (cf. Lc 18,8). La seguridad de que un día ocurrirá esta apostasía universal debe llevarnos a no atarnos al carro triunfal de ningún movimiento o ideología que se constituya al margen de Cristo, aunque parezca que lo sigue el mundo entero. Nosotros debemos seguir a Cristo siempre. Y aunque los enemigos parezcan mayoría debemos decir con el Salmista: *Las aguas nos llegan hasta el cuello, pero no nos ahogan.*

### 2. La resurrección final y universal

Hacia el fin tendrá lugar la resurrección de la carne. Todos los hombres y mujeres han de resucitar por el poder de Dios. Nosotros creemos en la resurrección y no tenemos miedo a los verdugos que en todos los tiempos acechan a la Iglesia: *No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que al alma no pueden matarla* (Mt 10,28).

El tiempo de dicha resurrección está oculto y “todos los que hasta el presente se empeñaron en determinar dicho tiempo fueron tenidos por embusteros”, dice Santo Tomás.

El alma tomará su mismo cuerpo, íntegro, y gozará de las dotes de impassibilidad, de sutileza, de agilidad y de claridad o hermosura. ¡Qué confianza y alegría el saber que la muerte ya ha sido vencida! Y ha sido vencida por la Encarnación del Verbo, y por su Sacrificio redentor.

### 3. La Parusía y el Juicio Final

Luego, ocurrirá la Parusía del Señor: *Llega la hora en que cuantos están en el sepulcro oirán su voz* (Jn 5,28). *Entonces verán al Hijo del Hombre venir en una nube con poder y majestad grandes* (Lc 21,27); *Aparecerá la señal* (el signo de la Cruz) *del Hijo del Hombre en el Cielo* (Mt 24,30). En ese momento tendrá lugar el universal juicio. Cristo, junto con sus elegidos: *(os sentaréis también vosotros sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel: Mt 19,28)* separará a las ovejas de los cabritos, a unos pondrá a su derecha, a los otros a su izquierda, y dirá: *Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino...* (Mt 25,34) y: *Alejaos de Mí, malditos, id al fuego eterno* (Mt 25,41). Los malos *irán al fuego eterno y los justos a la vida eterna* (Mt 25,46).

Hay que convencerse de que el trabajo que se realiza no es por cosas efímeras o pasajeras, sino “por la obra más divina entre las divinas” (Pseudo Dionisio), la salvación eterna de las almas y la resurrección gloriosa de los cuerpos. Por eso decía el Beato Luis Orione: “Colócame, Señor, sobre la boca del infierno, para que yo, por tu misericordia, lo cierre”.

### 4. La innovación

Luego tendrá lugar la innovación de todo el universo material, ya que habrá *cielo nuevo y nueva tierra* (Is 65,17; cf. Ap 21,1), para que el hombre resucitado en gloria pueda ver sensiblemente y de algún modo en los cuerpos a la divinidad por indicios manifiestos.

Cómo será en cantidad y modo dicha innovación “sólo la conoce quien será su Autor” (Santo Tomás). Allí Dios *será todo en todas las cosas* (1 Cor 15,28), la materia llegará a máxima dignidad, expresando al Espíritu Divino, pues será un perfecto espejo de Dios.

A nosotros, los cristianos, sólo nos cabe rezar, trabajar y esperar, sabiendo que *pasa la figura de este mundo* (1 Cor 7,31). Y en todo momento cantar el *Himno al Mesías venidero* de Gabriel García Tassara (1817-1875):

Baja otra vez al mundo,  
baja otra vez, ¡Mesías!  
De nuevo son los días  
de tu alta vocación;  
y en su dolor profundo  
la humanidad entera  
el nuevo oriente espera  
de un sol de redención .(...)  
Baja, ¡oh Señor!; no en vano  
siglos y siglos vuelan (...)  
¿Quién dijo, Dios clemente,  
que Tú no volverías? (...)  
Sí, Tú vendrás. Vencidos

serán con nuevo ejemplo  
los que del santo templo  
apartan a tu grey.  
Vendrás, y confundidos  
caerán con los ateos  
los nuevos fariseos  
de la caduca ley. (...)  
Ya pasarán los siglos  
de la tremenda prueba;  
¡ya nacerás, luz nueva  
de la futura edad!...  
Ya volverás, ¡Mesías!  
en gloria y majestad.

# TERCERA PARTE

## *LA INABARCABLE*

## *PERSONALIDAD DE*

## *JESUCRISTO*

“Cada trozo de la historia de nuestro Señor y Salvador es de una profundidad insondable y ofrece materia inagotable para la contemplación. Todo lo que tiene que ver con Él es infinito; y todo cuanto de Él percibimos en el primer impacto no es más que la superficie de aquello que comienza y termina en la eternidad”.

*John H. Newman, Discourses.*

## I. VERDADERO HOMBRE

*Los judíos, al examinar si era Dios, han probado que era hombre (Pascal)*

### 1. Dios y Hombre<sup>97</sup>

Jesucristo es **verdadero Dios**. Lo **dijo** (*El Padre y Yo somos una sola cosa*: Jn 10,30) y lo **demostró** con sus milagros, atribuyéndose poderes divinos como el perdonar los pecados de los hombres (Jn 20,22-23), juzgar a los vivos y a los muertos y una superioridad sobre la misma Ley (cf. Mt 5,22.28.32.34).

Pero también es **verdadero hombre. Hombre perfecto**. “El Hijo del hombre” en toda la plenitud de la expresión. Dada la tendencia liberal de presentar a Jesús sólo como hombre (un hombre insólito y extraordinario, pero siempre y sólo un hombre), a veces nos inclinamos instintivamente a ensombrecer esta verdad. Como reacción injustificada muchos caen, como en los primeros tiempos, en una especie de *docetismo*. Según los docetas Jesucristo era sólo un hombre aparente, mientras que en realidad era solamente Dios. Algunos lo afirmaban por convicción ideológica; otros por creer que rebajaban la dignidad del Redentor al hacerlo compartir nuestras miserias humanas.

Frente a ello la Iglesia proclama firmemente la verdad sobre Cristo como Dios-hombre: verdadero Dios y verdadero Hombre. Una sola Persona –la divina– subsistente en dos naturalezas, la divina y la humana.

### 2. Los misterios “humanos” de Cristo

Los **testimonios bíblicos sobre la verdadera humanidad de Jesucristo** son numerosos y claros.

El punto de partida es la **Encarnación**: *Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (Jn 1,14). Carne –*sa.rx, sarx*– significa el hombre en concreto, que comprende la corporeidad, y por tanto la precariedad, la debilidad: *Toda carne es hierba* (Is 40,6). Jesucristo es hombre en este sentido de la palabra “carne”.

Esa carne o humanidad la recibió de María, la Virgen: *Envío Dios a su Hijo, nacido de mujer* (Gál 4,4). Es María Santísima la que ha dado “carne humana” a Dios.

El segundo acto “humano” es el **nacimiento**. Dios nace de una mujer. El nacer es un acto humano; Dios en cuanto tal no nace, es eterno. Pero Dios que no tiene comienzo, comienza de algún modo para nosotros. Y se somete a todas las vicisitudes del comienzo judío: el recibir un nombre humano (Lc 2,21), el ser circuncidado, el ser “ofrecido” a Dios en el Templo como todo primogénito (Lc 2,22-23).

Como cualquier otro niño, **creció** en edad y se fortaleció, llenándose de sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres (Lc 2,52).

**Adulto** se nos manifestó como verdadero hombre, hombre de carne (*sarx*). Experimentó el cansancio, el hambre y la sed: *tuvo hambre* (Mt 4,2); *Jesús, fatigado del camino, se sentó sin más junto a la fuente... Llega una mujer de Samaría a sacar agua, y Jesús le dice: dame de beber* (Jn 4,6-7).

Jesús tiene, pues, un cuerpo sometido al cansancio, al sufrimiento, un cuerpo mortal. Sufre con la coronación de espinas, la flagelación, la vergüenza de las burlas y de la desnudez; agoniza clavado en la cruz; es torturado por la sed: *tengo sed* (Jn 19,28).

---

<sup>97</sup> Me inspiró para algunos puntos de este capítulo en las Catequesis de Juan Pablo II del 27 de enero y del 3 de febrero de 1988.

Sólo un verdadero hombre ha podido sufrir como sufrió Jesús en el Calvario; sólo un hombre verdadero ha podido morir, como murió Jesús. Por eso decimos en el Credo: “Nació de Santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado”.

Pero también la Resurrección y la Ascensión al Cielo exaltan la humanidad de Cristo. Cuando resucitó volvió a tomar su propio cuerpo de hombre. Sólo un verdadero hombre ha podido morir, y sólo un verdadero hombre ha podido resucitar. Resucitar quiere decir volver a la vida en el cuerpo. Ese cuerpo puede ser transformado, dotado de nuevas cualidades y potencias, y ser glorificado, pero **es cuerpo verdaderamente humano**. Por eso Jesús resucitado se pone en contacto con sus apóstoles con su humanidad: ellos lo ven, lo miran, tocan sus cicatrices, lo escuchan. Él les habla y escucha, les razona, come ante ellos, les prepara un asado junto al mar.

No es un hombre aparente, no es un fantasma sino un hombre real. En Jesucristo no existe una antinomia entre lo divino y lo humano. Dios creó al hombre a imagen y semejanza suya; por tanto el hombre puede manifestar a Dios. **Jesucristo, mediante su humanidad, será la manifestación y revelación más alta de Dios**. Por eso el Catecismo dice con tanta fuerza: “Toda la vida de Cristo es Revelación del Padre: sus palabras y sus obras, sus silencios y sus sufrimientos, su manera de ser y de hablar. Jesús puede decir: *Quien me ve a mí, ve al Padre* (Jn 14,9), y el Padre: *Este es mi Hijo amado; escuchadle* (Lc 9,35). Nuestro Señor, al haberse hecho hombre para cumplir la voluntad del Padre, nos *manifestó el amor que nos tiene* (1 Jn 4,9) incluso con los rasgos más sencillos de sus misterios”<sup>98</sup>.

### 3. Los sentimientos humanos de Jesús

Si Jesucristo es verdaderamente hombre, también ha tenido un mundo de sentimientos humanos, como todo hombre. Lo dice de modo sugestivo el Concilio Vaticano II: “*El que es imagen de Dios invisible* (Col 1,15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado”<sup>99</sup>.

Jesucristo experimentaba verdaderamente los sentimientos humanos: la alegría, la tristeza, la indignación, la admiración, el amor. Encontramos expresiones de estos sentimientos en los mismos Evangelios.

Experimentó el **gozo** y la **alegría**: *se sintió inundado de gozo del Espíritu Santo* (Lc 10,21); se alegra con la conversión de los pecadores (cf. Lc 15,10), por las persecuciones futuras que acrisolarán a su Iglesia (cf. Lc 6,23), por la salvación de los suyos (cf. Lc 10,20). Es muy interesante este rasgo de la alegría en la psicología de Jesús; de hecho es un distintivo que Él pone en casi todos los personajes de sus parábolas: en el sembrador y en el segador (cf. Jn 4,36), en el hombre que encuentra un tesoro (cf. Mt 13,44), en el pastor que recobra la oveja perdida (cf. Mt 18,13), en la viejecita que halla la moneda perdida (cf. Lc 15,9), en el padre que recibe al hijo pródigo y perdido (Lc 15,32), en la mujer que da a luz (cf. Jn 16,21), etc. Sólo un hombre verdaderamente feliz puede hablar tanto de la alegría humana.

La **tristeza** lo hace llorar. Así, sobre Jerusalén: *Al ver la ciudad, lloró sobre ella diciendo: ¡Si al menos en este día conocieras lo que hace a la paz tuya!* (Lc 19,41-42). Lloró por la muerte de Lázaro: *Viendo llorar Jesús (a María), y que lloraban también los judíos que*

---

<sup>98</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, n° 516.

<sup>99</sup> *Gaudium et spes*, 22.

venían con ella, se conmovió hondamente y se turbó, y dijo: ¿Dónde le habéis puesto? Dijéronle: Señor, ven y mira. Lloró Jesús... (Jn 11,33-35).

Esa tristeza alcanza una intensidad única en la oración de Getsemaní, llegando a convertirse en angustia, es decir, en “opresión” del corazón, y “ansiedad”, que es propio del que no encuentra refugio alguno: *Comenzó a sentir temor y angustia, y les decía: Triste está mi alma hasta la muerte* (Mc 14,33-34). San Lucas llega a decir: *Lleno de angustia, oraba con más insistencia; y sudó como gruesas gotas de sangre, que corrían hasta la tierra* (Lc 22,44). Sólo un hombre verdadero, y con un Corazón oprimido hasta el desgarró, puede sudar sangre. Escribe Manuel de Tuya: “El sudor de sangre [hematidrosis] es un hecho fisiológicamente posible... Es la naturaleza humana de Cristo la que ante un excitante moral de proporciones inusitadas, como era la aprehensión por su ciencia infusa, de todo el volumen de dolor que sobre Él iba a caer – pasión y muerte, ofensa al Padre de todas las culpas de la humanidad, etc.– tenía una reacción fisiológica también inusitada”<sup>100</sup>.

Los Evangelios atestiguan también la **indignación** de Jesucristo, especialmente cuando ve la dureza del corazón y la inmisericordia de los notables de los judíos. Cuando le presentan al hombre de la mano seca, pidiéndole curación en día de sábado, pregunta a los presentes: *¿Es lícito en sábado hacer bien o mal, salvar una vida o matarla? Y ellos callaban. Y dirigiéndoles una mirada airada, entristecido por la dureza de su corazón, dice al hombre: Extiende tu mano. La extendió y le fue restituida la mano* (Mc 3,5).

La misma indignación vemos en el episodio de los vendedores arrojados del templo, mostrando que sabía manifestar su santa ira con un par de empujones bien dados y unos cuantos latigazos correctores: *arrojó de allí a cuantos vendían y compraban en él, y derribó las mesas de los cambistas y los asientos de los vendedores de palomas, diciéndoles: Escrito está: ‘Mi casa será llamada Casa de oración’ pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones* (Mt 21,12-13). Hay cosas con las cuales Jesucristo no negocia.

También supo **admirarse**. Así, del intelecto embotado de sus conciudadanos nazarenos: *Se admiraba de su incredulidad* (Mc 6,6). Pero también de las cosas bellas, como de la mano de Dios en la naturaleza: *Mirad los lirios cómo crecen... ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos* (Lc 12,27), o de la fe de la cananea: *Mujer, ¡qué grande es tu fe!* (Mt 15,28).

Por encima de todo, Jesús **amó con corazón humano**. Amó la pureza y la bondad, como el corazón del joven rico: *Jesús poniendo en él los ojos, lo amó* (Mc 10,21). Amó la juventud e intrepidez de Juan: *el discípulo a quien Jesús amaba* (Jn 13,23). Amó con amor de amistad: *Jesús amaba a Marta y a su hermana y a Lázaro* (Jn 11,5).

Amaba a los niños: *Presentáronle unos niños para que los tocara... y abrazándolos, los bendijo imponiéndoles las manos* (Mc 10,13-16).

La cumbre de ese amor es la Pasión, cuando *habiendo amado a los suyos los amó hasta el extremo* (Jn 13,1). ¿Hasta qué extremo? Hasta el extremo intensivo, es decir, hasta morir por ellos como acto de amor, y hasta el extremo cronológico, o sea, hasta que ya no corrió más sangre por sus venas y dando un gran grito expiró.

Algunos lo han sabido expresar con buena pluma, como Bruckberger al escribir: “Cuando leemos tu vida en los Evangelios, cuando meditamos todas esas palabras tuyas que nos son tan fielmente referidas, cuando te vemos actuar a través de la simplicidad de los testimonios, comprendemos lo que eres, lo que sigues siendo aún hoy. Eras seguramente muy buen orador, pero en la acción eras también un gran estratega. Tenías el don de los relatos, de la parábola, de la puesta en escena. Eras capaz de cóleras terribles y de actos violentos. Cuando se trataba del honor de tu Padre, de tu honor de familia, no transigías con nada, carecías totalmente de diplomacia. Pero eras también el más paciente de los hombres y resistías sin decir palabra hasta la tortura. Sabías manejar la invectiva como nadie lo ha hecho jamás, pero eras capaz de callar

---

<sup>100</sup> Manuel de Tuya, *Del Cenáculo al Calvario*, Ed. San Esteban, Salamanca 1962, p. 310.

bajo la injuria y la calumnia. Eras extremadamente sensible a la angustia, a la amistad, a la elegancia de una mujer, a una mirada de un niño. Eras bravo al extremo y la manera como has muerto lo prueba eternamente. Eras versado en letras, a punto de hacerle cerrar el pico a cualquier profesor de Israel, pero tu lenguaje era el de todo el mundo. Practicaste el género popular de la parábola, a punto tal que casi todo el mundo cree que has sido tú quien la inventó.

Amabas la naturaleza y sabías observarla. Amabas los árboles, los campos, las flores, los pájaros, el polvo del camino que levanta la manada cuando vuelve al atardecer al redil, encuadrada por los perros y dócil a la voz del pastor. Eras un rudo caminante que cubría a pie en una sola jornada inmensas etapas. Tenías un arte muy calculado de la desaparición súbita y de la reaparición, no menos súbita, en el lugar donde menos te esperaban. Sabías montar en burro, dada la ocasión, lo que es más difícil de lo que se cree. Sabías llorar, debías ser también muy alegre y debían reírse mucho a tu alrededor.

Amabas el amanecer y sabías hacer fuego de sarmientos para calentar el pan y cocinar tres pescados. Eras también un hombre de plegaria, de soledad y de contemplación. Eras capaz de ayunar durante 40 días y 40 noches y luego sostener un duelo terrible con el diablo. Nadie te hizo nunca perder la cabeza, mientras que varias veces parece que tu corazón cedió a la piedad.

Sabías ir a un banquete con tus amigos. Tu primer milagro fue, en una cena de bodas, cambiar agua en vino. En verdad, el número de comidas, reales o parabólicas mencionadas en los Evangelios es fabuloso, como para creer que pasabas tu vida en banquetes. Eras amigo de los pobres, de los enfermos, de los afligidos, pero tenías algunos de alto copete a quienes también amabas mucho. Fuiste todo esto alternativamente o todo a la vez. ¡Qué fácil debía ser amarte! Una personalidad como la tuya, tan rica, y tan simple, tan franca y tan variada, es en verdad cautivante”<sup>101</sup>.

\* \* \*

Jesucristo es verdaderamente hombre, verdaderamente semejante a nosotros. El único límite de su semejanza es el pecado, porque Él “*sine peccato conceptus, natus et mortuus*”, como dice el Concilio de Florencia: sin pecado fue concebido, nació y murió<sup>102</sup>.

Y por este motivo, por ser verdaderamente hombre y al mismo tiempo por no haber conocido el pecado, es que se cumple aquello que dice el Concilio Vaticano II: “En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación”<sup>103</sup>.

¿Por qué? Porque el pecado no es de ninguna manera un enriquecimiento del hombre. Todo lo contrario: lo desprecia, lo disminuye, lo degrada, lo priva de la plenitud que le es propia. Sólo Jesucristo puede manifestar al hombre qué es el Hombre, el Hombre verdadero, el Hombre sin degradar.

---

<sup>101</sup> Bruckberger, *Carta abierta a Jesucristo*, p.29-31.

<sup>102</sup> DS 1347.

<sup>103</sup> *Gaudium et spes*, 22.

## II. VERDADERO HIJO DE ADÁN

La genealogía de Jesús que nos trae San Lucas (Lc 3,23-38) se remonta hasta el mismo Adán, uniendo así a Cristo con toda la humanidad, ya que, como dice la Escritura: *Tú creaste a Adán, y para él creaste a Eva, su mujer, para sostén y ayuda, y para que de ambos proviniera la raza de los hombres* (Tb 8,6).

Cuando decimos que Jesucristo es verdadero hombre decimos que es verdaderamente hijo de Adán. Pero se da aquí algo singular: a pesar de que Jesucristo es hijo de Adán, no es Jesús quien se parece a Adán sino Adán a Jesús. Porque éste es un caso único, en el cual, el primero es hecho en función del segundo.

### 1. Cristo verdadero hijo de Adán

El término Adán significa literalmente “hombre”, como “*homo*” en latín y “*anthropos*” en griego. Se ignora la etimología del término hebraico. Algunos sugieren su proveniencia del sumerio *ada-mu* (mi padre), o del babilónico *admu* (producido, engendrado), o del sabeo *adam* (siervo, vasallo de la divinidad). La Sagrada Escritura lo hace derivar de *adamáh* (tierra cultivada) por razón que de ella el hombre fue sacado y a ella debe volver: *Formó Dios al hombre (adam) del polvo de la tierra (adamáh)*... (Gn 2,7). Adán es el nombre del primer hombre, formado de la tierra, elevado a la filiación divina y prevaricador y, en cuanto tal, expulsado del Paraíso.

Cristo es verdaderamente hijo de Adán, es decir, de su descendencia. Y por eso San Lucas se remonta desde Cristo hasta Adán, nombrando a cada uno de los patriarcas indicando de quien era hijo (...*José, hijo de Helí, hijo de Mathat*, etc.), y al llegar a Adán dice: *que fue hijo de Dios*, es decir, que salió directamente de las manos divinas (cf. Lc 3,38). Como dice San Ambrosio, citado en la Catena Aurea por Santo Tomás: “¿Qué cosa más bella pudo acordar que empezar la santa genealogía por el Hijo de Dios y conducirla hasta el hijo de Dios?”. Adán fue verdaderamente hijo de Dios, como explica San Agustín: “no por generación, puesto que fue creado, sino porque fue constituido por gracia (que luego perdió pecando) como hijo en el Paraíso”.

A Jesús, pues, hace referencia Dios cuando promete la Redención en el Génesis, luego del pecado de los primeros padres: *Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar* (Gn 3,15). Jesucristo es “el linaje” de Adán y Eva.

Decir que Jesucristo es verdaderamente hijo de Adán es afirmar, ante todo, que su humanidad es verdadera, no fantasmagórica; verdadera carne y verdaderos huesos. Por eso la carta a los Hebreos habla de Él diciendo que *debía asemejarse en todo a sus hermanos* (Hb 2,17). Pero también es decir un poco más: es afirmar que asumió una naturaleza similar a la nuestra; es decir, con sus límites, con su capacidad de sufrir, con su final mortal. En todo igual a nosotros, menos en el pecado. Santo Tomás se pregunta si no hubiese sido más conveniente tomar una naturaleza distinta de la de Adán, que era una naturaleza de algún modo “fallada”<sup>104</sup>. Es decir, ¿no hubiese sido mejor empezar todo de nuevo? A Dios nada le costaba: había sacado el primero del barro de la tierra; podía hacer lo mismo con el segundo. En seguida el Doctor Angélico responde que no. Primero porque Dios todo lo hace bien, y Él lo hizo así; por tanto está bien. Es el argumento de autoridad. Después añade razones para convencer más de esta “racionalidad divina”, es decir, argumentos de conveniencia. En principio, dice Santo Tomás siguiendo en esto a San Agustín, Dios pudo, de hecho, escoger un hombre no perteneciente a la raza de Adán, quien encadenó al género humano a su pecado; pero estimó más conveniente

---

<sup>104</sup> Cf. Santo Tomás, *Suma Teológica*, III, 4, 6.

vencer al enemigo del género humano por un hombre tomado de la misma raza vencida. A continuación da tres razones, todas dependientes de la misión de Cristo, muy interesantes para meditar teológicamente.

La primera razón es que Cristo venía a restablecer la justicia: la justicia exige la satisfacción al mismo que pecó, y, por tanto, fue conveniente que quien iba a satisfacer por toda la naturaleza humana fuera uno de la misma naturaleza corrompida por el pecado.

La segunda, porque venía a exaltar más la dignidad del hombre. Para esto era conveniente que el vencedor del diablo fuera de la misma raza vencida por él. Es decir, una especie de revancha con creces. En el fondo para cumplir la profecía del Génesis: *su linaje te aplastará la cabeza*.

La tercera, porque venía a mostrar el poder de Dios. Convenía que Dios tomara una naturaleza alicaída, debilitada y corrupta para llevarla a tan alta dignidad y perfección. O sea, para destruir toda tentación de maniqueísmo y gnosticismo en la historia de la Salvación. Dios y el diablo luchan en la historia, pero no como contendientes iguales: Dios es un vencedor por naturaleza, el diablo es perdedor desde el principio. Si Dios le da un poco de sogá es para mostrar más su poder, cuando lo crea conveniente.

## 2. Adán, imagen de Cristo

Santo Tomás cita a San Ambrosio que dice: “Precede el creado en figura, para que después siga el Hijo en verdad; antecede el que fue hecho a su imagen, por quien desciende la imagen de Dios a la tierra”<sup>105</sup>.

El primer Adán fue hecho *ad imaginem Dei*, dice el Génesis (1,26). Pero la Imagen del Padre es el Verbo, por eso, todo hombre, empezando por Adán, lleva en sí la impronta del Verbo; “una sombra del Verbo”, como dice Atanasio<sup>106</sup>. En tal sentido la encarnación y redención es, como enseña el mismo Doctor de Alejandría, re-hechura o restauración de la imagen, y sólo la Imagen con mayúscula puede rehacernos: “el Verbo de Dios se presentó en su propia persona, para que la imagen del Padre pudiera recrear al hombre que existe a su imagen”<sup>107</sup>; “ningún otro sino la imagen del Padre podía restaurar en los hombres la conformidad con la imagen”<sup>108</sup>.

Esto es una idea que aparece ya en la Escritura y luego en los Santos Padres. San Pablo ha formulado claramente en la carta a los Romanos (5,14) el paralelismo entre Adán y Cristo. Concretamente llama a Adán *forma futuri*, es decir, figura del Adán que habría de venir. Asimismo, en la primera carta a los Corintios opone el primer Adán al último Adán: *Primus Adam... novissimus Adam* (1 Cor 15,45).

De este modo, Adán es figura de Cristo. Pero, ¿en qué sentido?

Ante todo por **antítesis** (el primer jefe caído; el segundo immaculado). Como nota Agustín: “Adán es forma del futuro. ¿De qué futuro sino de Cristo? ¿Y qué tipo de forma sino por contrariedad?”<sup>109</sup>. Según algunos Santos Padres es en esta antítesis en donde hay que colocar principalmente la relación típica o tipológica de Adán a Jesucristo. Así lo enseñan San Ireneo<sup>110</sup>, Orígenes, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, Santo Tomás. Esta antítesis se deriva a propósito de la influencia que cada uno ejerce sobre el género humano: uno, una influencia de muerte; el otro, una influencia de vida sobrenatural.

---

<sup>105</sup> Cf. Santo Tomás, *Catena Aurea*, comentario a Lc 3.

<sup>106</sup> San Atanasio, *La Encarnación del Verbo*, I, 3.

<sup>107</sup> San Atanasio, *La Encarnación del Verbo*, III, 13.

<sup>108</sup> San Atanasio, *La Encarnación del Verbo*, V, 20.

<sup>109</sup> San Agustín, *De nuptiis et concupiscentia*, II,27.

<sup>110</sup> San Ireneo, *Adv. haer.*, III,22.

Pero no todo es figuración antitética, sino que, en segundo lugar, existe también una tipología **positiva**, en cuanto ambos son principio de la humanidad (uno físicamente, el otro de la humanidad regenerada).

Un tercer aspecto tipológico de Adán a Cristo se establece por relación a Eva: Adán dormido en el Paraíso es principio de la primera mujer; Cristo dormido en la Cruz es principio de la Iglesia; tanto Eva cuanto la Iglesia salen del costado del respectivo Adán. Así enseñan Tertuliano, San Agustín, San Juan Crisóstomo, Santo Tomás.

### 3. Cristo, revelación del hombre y *archegos*

Teniendo en cuenta esto podemos comprender mejor las palabras del Concilio que hacen de Cristo ya no sólo el revelador del Padre, sino el revelador del mismo hombre: “El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado... Cristo... manifiesta plenamente el hombre al propio hombre”<sup>111</sup>.

¿Por qué? Porque es “hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En Él la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual”<sup>112</sup>. Cristo es el Hombre Nuevo por excelencia: o *kaino.j a;nqrwpoj*, o *kainos ánthropos* (Ef 2,15).

Esto quiere decir que el hombre no puede comprenderse, no puede saber lo que él es, ni la sublimidad de su vocación, sino mirando a Cristo. Adán mismo no es modelo (o lo es relativa y subordinadamente) para comprender al hombre, sino Cristo. Porque Adán era sólo *figura del que había de venir* (Rom 5,14). La figura es inferior a la realidad, como la sombra respecto de la luz. Por eso, la obra de Cristo no ha de entenderse como una mera restauración de la imagen del hombre paradisiaco, sino también como re-hechura y superación de la primera. Los rasgos esenciales sobrenaturales permanecen porque tanto el Adán primero como los cristianos fueron hechos según el mismo modelo: la *Imagen de Dios invisible* (Col 1,15), el Verbo. Pero Dios no recompone vasijas rotas sino que plasma nuevas creaturas. Esa nueva creatura es Cristo. De Él, de su nueva costilla, brota un nuevo pueblo de hombres. Por eso el Adán Definitivo, Cristo, resume en Sí todo el esplendor del Hombre: la grandeza del viejo Adán y la majestad del nuevo.

Este es el sentido que tiene el título de *archegos* (*avrchgo.j*) reservado a Cristo en el Nuevo Testamento, y que es usado por vez primera en el Sermón de Pentecostés: *Habéis hecho morir al archegos [jefe o autor] de la Vida* (Act 3,15); *lo ha exaltado Dios con su diestra como archegos [Jefe] y Salvador* (Act 5,31); luego es recogido por la carta a los Hebreos: *Jesús, el iniciador y consumidor de la fe* (Hb 12,2). No es posible, señala Spicq<sup>113</sup>, traducir todo el sentido de la expresión *archegos*, que significa, primeramente, “el originario” y luego “el fundador de una raza o de una ciudad”, y finalmente, “el jefe”; pero cuyo uso clásico y helenístico se hace más denso al ser aplicado a dioses y héroes: es aquél que es principio de una nueva generación. Con toda razón Juan Pablo II podía decir: “en Cristo el hombre se hace más hombre”<sup>114</sup>. También decía el mismo Pontífice: “La Encarnación del Hijo de Dios, al mismo tiempo, tiene significado para todo ser humano independientemente del tiempo y el lugar. Hay un lazo irrompible entre el hombre creado *a imagen de Dios* (Gn 1,27) y Cristo que tomó sobre sí nuestra condición humana, *apareciendo en su porte como hombre* (Fil 2,7). Desde toda la eternidad fue la causa ejemplar de todas las cosas, y *sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho* (Jn 1,3). En la Encarnación, Jesucristo, *imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura* (Col 1,15), se convirtió en la fuente de una nueva creación: *A todos los que le*

---

<sup>111</sup> *Gaudium et spes*, 22.

<sup>112</sup> *Ibid.*

<sup>113</sup> Cf. C. Spicq, *Vida cristiana y peregrinación según el Nuevo Testamento*, B.A.C., Madrid 1977, pp. 187-188.

<sup>114</sup> Juan Pablo II, *L'Osservatore Romano*, 22 de marzo de 1981, p. 11.

*recibieron, los que creyeron en su nombre, les dio poder para llegar a ser hijos de Dios* (Jn 1,12). Como escribió San Pablo: *Si alguno está en Cristo, es una nueva creación: lo viejo ha pasado, lo nuevo ha venido* (2 Cor 5,7). Conocer el ejemplar es tener un más perfecto conocimiento de los que fueron hechos a su imagen. Por eso Juan enseña que Cristo es *la luz verdadera que ilumina a todo hombre* (Jn 1,9). Cristo revela lo que hay en cada uno de nosotros; ...el Concilio Vaticano II pudo decir que Cristo, en la misma revelación del Padre, ‘manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación’<sup>115</sup>.

En “El Banquete de Severo Arcángelo” Leopoldo Marechal describe a Jesucristo como “restaurador” de Adán. Adán con su pecado se ha convertido en un Adán “fugitivo”, es decir, un hombre descentrado. El pecado destruyó su armonía originaria. Todo huye de él en su interior. Es un hombre “desbocado”, quebrado. Jesucristo, en la Cruz, detiene toda expansión espuria: “Él detuvo la expansión horizontal hacia la derecha por la fijación de Su mano derecha; Él detuvo la expansión horizontal hacia la izquierda por la fijación de Su mano izquierda; Él detuvo la expansión vertical hacia lo bajo por la fijación de Sus pies. ¿Y qué ha dejado libre? La cabeza... A un hombre bien crucificado le queda un solo movimiento posible: el de su cabeza en la vertical de la exaltación”. Cristo lleva al hombre hacia arriba.

San Ireneo lo dice en un texto manifiestamente rico: “Cuando se encarnó y se hizo hombre, recapituló en sí mismo la larga historia de la humanidad procurándonos en su propia historia la salvación de todos, de suerte que lo que perdimos en Adán, es decir, el ser imagen y semejanza de Dios, lo recuperamos en Cristo Jesús. Por lo demás, ésta es la razón por la cual Cristo ha vivido todas las edades de la vida humana, devolviendo así a todos los hombres la comunión con Dios”<sup>116</sup>.

---

<sup>115</sup> Juan Pablo II, *L'Osservatore Romano*, 22 de octubre de 1989, p. 6.

<sup>116</sup> San Ireneo, *Adversus haereses*, 3,18,7.

### III. VERDADERO ISRAELITA

En los Evangelios Sinópticos encontramos dos genealogías de Jesucristo, una en San Mateo y otra en San Lucas. Tienen cierta diferencia entre ellas.

San Mateo comienza su Evangelio, conforme a la costumbre hebrea, con la misma genealogía de Jesús (1,1-17) y sigue lo que se dice una estructura o línea **descendente**: partiendo de Abraham va enumerando las generaciones masculinas. Quiere poner en relieve, mediante la paternidad *legal* de José, la descendencia de Jesús de Abraham y David, y por consiguiente su **legitimidad de Mesías**, por eso la titula claramente: *genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham*. A pesar de esto, al llegar al nacimiento da un salto y no dice, análogamente a todos los casos anteriores, *José engendró a Jesús*, sino: *Jacob engendró a José, el esposo de María de la cual nació Jesús, llamado Cristo* (1,17). Subraya así, y no sólo implícitamente sino de un modo claro, el nacimiento virginal. Termina, como acabo de hacer notar, con el término griego “Cristo”, es decir, Ungido o Mesías, como se dice en hebreo.

La genealogía de San Lucas (3,23-38) sigue, en cambio, un esquema o una línea **ascendente**. Parte de la paternidad adoptiva de José sobre Jesús: *Jesús, al empezar [la vida pública], tenía unos treinta años, y era, según se creía, hijo de José*. De aquí da el salto a José, y a través de él empieza a remontarse padre por padre, pasando por David, llegando hasta Abraham, pero siguiendo más arriba. Llega a Noé, de Noé hasta Set, y de Set a Adán, y de Adán a Dios. Hermosamente termina san Lucas: *...Enos era hijo de Set, el cual era hijo de Adán, el cual era hijo de Dios*. Esta segunda genealogía vincula a Jesús no sólo con Abraham sino con Adán, es decir, con toda la humanidad, pero dejando en claro que tal vinculación viene por su pertenencia al pueblo judío.

Estas dos afirmaciones evangélicas son muy importantes porque nos van a dar dos rasgos de Cristo que determinan dos de sus funciones esenciales: Él es verdadero israelita, y por tanto cumplidor de la Ley, y es verdadero hijo de Adán, y por tanto recapitulador de toda la humanidad.

Jesús nace en medio del pueblo de Israel, creció en su religión y en su cultura. Es un verdadero israelita, que piensa y se expresa en arameo según las categorías conceptuales y lingüísticas de sus contemporáneos y sigue las costumbres y los usos de su ambiente. Es por eso, heredero fiel de la Antigua Alianza.

San Pablo lo pone de relieve cuando escribe en la Carta a los Romanos: *los israelitas, cuya es la adopción, y la gloria, y las alianzas, y la legislación, y el culto y las promesas; cuyos son los patriarcas y de quienes según la carne procede Cristo* (Rom 9,4-5). Y en la Carta a los Gálatas lo llama *nacido bajo la Ley* (Gál 4,4); tomó carne judía, en unas entrañas judías.

Por eso cumple la Ley como un verdadero judío. Poco después del nacimiento fue **circuncidado** según el rito judío, entrando así a formar oficialmente parte del pueblo de la Alianza: *Cuando se hubieron cumplido los ocho días para circuncidar al niño, le dieron el nombre de Jesús* (Lc 2,21). Sus padres ofrecen por Él, en sacrificio, como por todo judío pobre, dos tortolitas. Y el anciano Simeón, en la judía presentación en el Templo, lo llama *gloria de tu pueblo, Israel* (Lc 2,32). Lo mismo Zacarías, en su cántico de gloria, se refiere a Él como *poder salvador en la casa de David* (Lc 1,69), cumplimiento del *juramento que [Dios] juró a Abraham, nuestro padre* (Lc 1,73). Y San Juan, en el Apocalipsis, lo llama con el sugestivo título de *León de la tribu de Judá, Retoño de David* (Ap 5,5).

De los pocos relatos de la infancia que nos ofrecen los Evangelios, San Lucas se detiene a referirnos que *sus padres iban cada año a Jerusalén en la fiesta de la Pascua* (Lc 2,41), expresión de la *fidelidad* a la ley y a la tradición de Israel. Ese ejemplo familiar recibe el Niño Dios.

Cuando llega a los doce años, el Niño cumple, de la mano de José, los ritos de la adultez; ceremonia semejante a la confirmación cristiana. A partir de este momento pasa a tener

responsabilidad personal ante Dios; responsabilidad de obedecer a Dios directamente, antes que a sus padres. Por eso ocurre allí el episodio de la pérdida en el Templo. Jesús se queda en el Templo, sin que sus padres se den cuenta, y luego de buscarlo angustiados durante tres días entre sus parientes, lo hallan entre los doctores de la Ley. La pregunta de María y la respuesta de Jesús, aparentemente extraña, tiene como objeto subrayar su “cumplimiento” exacto de la Ley. *Te buscábamos, ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo ocuparme de las cosas de mi Padre?* Aunque los exégetas se rompan la cabeza para interpretar este texto y este hecho, su significado debe ser simple, como dice Castellani, y tiene que estar en consonancia con su nueva categoría de “judío adulto”: ¿por qué se quedó en el Templo?, porque se lo pidieron los sacerdotes; ¿por qué no les avisó a José y a María?, porque no pudo, ya se habrían ido; ¿por qué les pregunta por qué lo andaban buscando?, porque su pregunta quiere decir simplemente: “¿por qué me buscabais entre los parientes?; si el único motivo por el que puedo separarme de ustedes sin avisarles es por un motivo divino, entonces tendrían que haberse dado cuenta que estaba acá, en el Templo”. A lo mejor no era tan sencillo como supone Castellani, pues la misma Virgen no lo entendió de entrada, pero ciertamente por ahí debía ir la punta del ovillo.

El resto de su infancia y adolescencia la vivió como todo judío bueno: estando sujeto a sus padres (cf. Lc 2,51), trabajando y aprendiendo un oficio: *el hijo del carpintero* (Mt 13,55), *¿No es acaso el carpintero, hijo de María?* (Mc 6,2-3).

Jesús estuvo ligado a su pueblo a través de una familia. Una familia con una madre real, un padre legal y parientes. La Escritura nos habla de hermanos y hermanas, es decir, de parentela, primos; que, como la mayoría de los parientes, no lo entienden a uno si Dios le pide algo extraordinario. Ellos son los primeros que trataron de disuadir a Jesús de su obra (cf. Mc 3,21). También son ellos, junto con sus amistades y conocidos de Nazaret los que le pedirán que haga milagros como los que hacía en Cafarnaúm, pero lo pedirán llenos de desconfianza, por eso arrancarán de Jesús, no milagros, sino “admiración”: se admiraba de la incredulidad de ellos. También son ellos los primeros en intentar matarlo, desbarrancándolo. Porque los odios de familia y de paisanos son más efervescentes que los de afuera: pueblo chico infierno grande.

Jesús se atenía, y con gusto, a las costumbres de su pueblo: asiste a las bodas y por eso lo vemos en Caná; aceptaba las invitaciones a comer tanto de parte de fariseos (como Simón) cuanto de publicanos (como Mateo y Zaqueo). Era muy observador de los hábitos y usos de su pueblo. Por eso sus sermones y parábolas están sembradas de alusiones a esas costumbres: relata cómo eran las bodas, cómo hace el sembrador cuando siembra, cómo hacen los enemigos cuando quieren arruinar la cosecha, cómo hacen los pastores para pastorear su rebaño (cómo guardan las ovejas, cómo las llaman, cómo las buscan cuando se pierden), cómo hace una vieja para buscar las monedas que se le caen entre los adobones del piso. Conoce también las cosas de su tierra: cómo es el grano de mostaza y cómo crece; el trigo y la cizaña, las estaciones y los tiempos; las costumbres de las raposas y de las aves del cielo. Conoce la Sagrada Escritura, es decir, el Antiguo Testamento; y lo cita a menudo; por ejemplo, argumenta con ella al diablo (cf. Lc 4,4-12), la usa en sus discusiones con los fariseos y escribas, se la cita a Nicodemo, etc.

Jesucristo fue un judío religioso que concurría los sábados a la sinagoga. Dice San Lucas que *entró el día de sábado según su costumbre* (Lc 4,16). Y no sólo eso sino que, tal vez también siguiendo su costumbre, se levantó para hacer la lectura y comentarla. Ese mismo respeto por las tradiciones se ve en la Última Cena en la cual Jesús cumple gran parte del ritual judío sobre el Cordero Pascual, canta los Himnos y Salmos y recita las Plegarias prescritas para tal ocasión.

En su actividad de Maestro, Jesús sabe captar y valorar los *frutos* abundantes presentes en la *tradición religiosa de Israel*. Por eso, al joven rico que quiere ser perfecto le manda cumplir los mandamientos de la Antigua Ley, al escriba que le pregunta cuál es el supremo mandamiento le cita uno de los textos veterotestamentarios del “amor a Dios y al prójimo”; por eso alaba a Bartolomé como “verdadero israelita” porque era fiel, observante de la ley, piadoso y rezador.

Pero al mismo tiempo Jesús denuncia las *desviaciones* que los judíos, especialmente los fariseos y escribas, habían impreso en las antiguas tradiciones, cayendo en un ritualismo vacío y en una infinidad de gestos purificatorios, como lavatorios, aspersiones, etc., que Jesús, ciertamente no cumplía. Y las llama “tradiciones humanas”: *Dejando el precepto de Dios, os aferráis a la tradición humana* (Mc 7,8); o tradiciones “vuestras”: *¿Por qué traspasáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición?... Habéis anulado la Palabra de Dios por vuestra tradición* (Mt 15,3.6).

Finalmente, Jesucristo no se presenta como “un” judío, sino como “el” judío. Es decir, el verdadero israelita, el que lleva a plenitud y cumplimiento la fe, las promesas, los deseos del pueblo de Israel. La Revelación de Jesucristo no es “otra” revelación, sino el culmen de la Revelación judía. Es la misma Revelación, pero ahora realizada de viva voz por el Revelador por antonomasia. Así empieza la carta a los Hebreos: *Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo* (Hb 1,1).

Esto aparece especialmente en el Sermón de la Montaña, recurriendo a la fórmula de antítesis: *habéis oído, pero yo os digo; fue dicho, pero yo os digo: Habéis oído que se dijo a los antepasados: No matarás... Pues yo os digo: Todo aquel que se encolerice contra su hermano, será reo ante el tribunal... Habéis oído que se dijo: No cometerás adulterio... Pues yo os digo: Todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón.... También se dijo: El que repudie a su mujer, que le dé acta de divorcio. Pues yo os digo: Todo el que repudia a su mujer... la expone a ser adúltera; y el que se case con una repudiada, comete adulterio. Habéis oído también que se dijo a los antepasados: No perjurarás, sino que cumplirás al Señor tus juramentos. Pues yo digo que no juréis en modo alguno... Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Pues yo os digo: no resistáis al mal... Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan* (Mt 5,21ss).

“Pero yo os digo”, o “pues yo os digo”. Es lo que Jesucristo llama “consumar” la ley, “darle cumplimiento”: *No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento* (Mt 5,17). Él puede darle cumplimiento porque sólo Él penetra con su inteligencia el verdadero sentido de la ley antigua, hace emerger sus valores vitales, pone a la luz sus perspectivas proféticas.

En resumen, Jesús es el verdadero Israel. Al rechazarlo a Él, el pueblo elegido ha perdido su identidad y ha perdido su conexión con Abraham y con David. Han tergiversado la historia de la Salvación. Se han convertido en el Israel “carnal”. Por eso San Pablo dice en la Carta a los Romanos: *No todos los de Israel son Israel, ni todos los descendientes de Abraham son hijos de Abraham* (Rom 9,6-7). *¿Quiénes son los verdaderos judíos? No los hijos de la carne son hijos de Dios, sino los hijos de la promesa son tenidos por descendencia* (Rom 9,8). Y *¿quiénes son los hijos de la promesa? Es Cristo: A Abraham y a su descendencia fueron hechas las promesas..., es decir, Cristo* (Gál 3,16); *Todas las promesas hechas por Dios han tenido su sí en él* (2 Cor 1,20). ¡Cuánta verdad dijo Pilatos sin darse cuenta al dictar a su secretario la sentencia que debía poner sobre la cabeza de Cristo: *Jesús Nazareno, Rey de los Judíos* (Jn 19,19)!

#### IV. EL CUMPLIDOR, EL HOY DE CRISTO

San Lucas describe a Cristo como un maestro que peregrinaba por las sinagogas de la Galilea (cf. Lc 4,14-15). En su magisterio itinerante también se acercó a sus propios compatriotas nazarenos. En Nazaret, como era su “costumbre”, dice san Lucas, el Señor se dirigió el sábado a la sinagoga (cf. Lc 4,16ss). Allí tomó Él la iniciativa de leer los textos bíblicos correspondientes. Eran, aquel día, la profecía de Isaías referida al tiempo mesiánico y a la persona del Mesías: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista; para poner en libertad a los oprimidos, para anunciar un año de gracia del Señor* (Is 61,1-2).

Después de leer el pasaje de Isaías el mismo Señor toma la palabra y tiene su homilía comentando lo que acaba de leer. Esta predicación de Jesús, recogida por San Lucas, es la predicación más breve de toda la Biblia (donde, por otro lado, los ejemplos de discursos y homilías son tantos). ¿Cuál es su contenido? **Tres conceptos**: “*hoy*”, “*cumplimiento*” y “*lo que habéis oído*”: *Comenzó, pues, a decirles: Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy* (Lc 4,21).

El Señor se refiere a *lo que habéis oído con vuestros propios oídos*. No se refiere solamente a lo que acababan de oír, leído del rollo de la Ley. Se refiere a las profecías, a las tradiciones de Israel. Los Santos Padres enseñan que los actos de Israel tenían dos dimensiones, dos significados: uno figurativo y otro preparatorio; ambos dirigidos por Dios al Mesías. Algunos de sus actos prefiguraban al Mesías que había de venir (el sacrificio de Isaac, el Cordero Pascual); otros, como los preceptos, los mandamientos, se ordenaban a preparar un pueblo santo que fuese digna cuna del Mesías. Nuestro Señor se refiere a todo esto. Éste era el sentido de Israel y el sentido de la vocación de los judíos: la preparación de un pueblo a través del cual la Humanidad recibiese al Salvador.

En segundo lugar, el *cumplimiento*: todo lo que era promesa se ha cumplido, todo lo que era figura se ha hecho realidad; lo que era sombra se ha hecho luz. Esta afirmación de Nuestro Señor es la proclamación de la **fidelidad** de Dios. Dios ha sido fiel a sus promesas porque ha hecho realidad lo que prometía; porque sus palabras no son vacías sino que son realidades. Dos veces aparece en el Evangelio este “*se ha cumplido*”. La primera vez aquí; la segunda vez sobre la Cruz: *consumatum est*, todo está acabado (Jn 19,30). Con esta vez primera el Señor declara cerrada la Antigua Alianza. La Alianza de Dios con su pueblo, aquella sellada con Noé, Abraham, Moisés, se vuelve propiamente “antigua” alianza; el Antiguo Testamento se cierra. El Antiguo Testamento ha alcanzado ya su fin: ha dado a luz el Mesías esperado. El segundo *consumatum est*, dicho sobre la Cruz, hace referencia al cumplimiento de los planes de Dios sobre la Redención, sobre la vida del divino Salvador. Debemos tener por cierto, con firme fe, que aún pronunciará el Señor un **tercer consumatum est**, en su segunda venida, al final de los tiempos, cuando se cumplan todos los planes divinos sobre la Iglesia, sobre el mundo y sobre la historia de los hombres.

*Hoy*. Este “hoy” es Cristo. El Señor podía, a justo título decir: esto se ha hecho realidad hoy, aquí y sobre mí. Jesús al afirmar el cumplimiento de la profecía de Isaías, que estaba dicha en primera persona (*El Espíritu de Dios está sobre mí, porque me ha ungido...*), afirma que Él es la primera persona de la profecía. Y, en definitiva, afirma que Él es el **cumplimiento**, la coronación, la plenitud de las profecías.

En cierto modo podemos repetir estas palabras de Cristo (en un sentido analógico y espiritual) cada vez que se vuelve a leer la Escritura (y de modo particularísimo cuando es proclamada litúrgicamente). Porque la Sagrada Escritura no es palabra muerta, sino palabra viva, como que es “Palabra de Dios”, del Dios de la vida. Si escuchar la palabra de Dios es algo que pasa sin dejar huella, no hemos entendido en absoluto el inmenso don que significa

el que Dios gratuitamente nos haya querido hablar, nos haya manifestado misterios que ni siquiera los ángeles son dignos de conocer. Si no somos capaces de descubrir el “hoy” personal de cada texto de la Escritura, es decir, el “qué quiere Dios de mí al decirme esto”, no hemos entendido, en definitiva, lo que significa la Revelación de Dios. Nuestra actitud debe ser, pues, como la del pueblo de Israel, que lloró al escuchar la palabra de Dios leída por Esdras (Neh 8,9: *Todo el pueblo lloraba oyendo las palabras de la Ley*) porque dicha palabra traspasa y transforma los corazones.

## V. EL PERSEGUIDOR

En la conversión no es el hombre quien encuentra a Dios sino Dios quien se deja encontrar del hombre. *Me dejé hallar de los que no me buscaban* (Is 65,1). De todos los que han hallado a Dios puede decirse lo que Chesterton decía de sí mismo al describirse como un marinero que zarpó para descubrir nuevas tierras y desembarcando en lo que creía un nuevo mundo terminó plantando su bandera de conquista en la misma Inglaterra de la que había partido. Jesús describió el camino hacia Él como una *atractio Patris*, una seducción del Padre: *nadie puede venir a mí si el Padre no lo trae* (Jn 6,44). Por eso, hay que creer que no fue la samaritana quien encontró a Cristo sentado en el brocal del pozo, sino que Jesús, buscando el corazón de la Samaritana, le salió al encuentro junto al pozo de Jacob. No fue Zaqueo quien vio a Cristo desde lo alto del sicómoro, sino Cristo quien arrastró invisiblemente al publicano a trepar las ramas del árbol para dejarse ver al pasar. No buscaba Saulo a Cristo, sino Cristo a Saulo cuando Aquel lo arrojó de su caballo camino de Damasco para convertirlo en “vaso de elección”.

En esta búsqueda Dios se muestra, a veces, como un amante incansable y empeñoso que no deja en paz al alma hasta conquistarla totalmente. Lo expresaba San Juan de la Cruz diciendo: “Si el alma busca a Dios, mucho más la busca su amado a ella”<sup>117</sup>. Dice la Esposa del Cantar: *¡La voz de mi amado! ¡Helo aquí que viene saltando por las montañas, brincando por las colinas!* (Cant 2,8).

A veces esa búsqueda se transforma en persecución. *The Hound of Heaven*, llamó Francis Thompson a Dios: el lebrél del cielo; comparando su acoso con una cacería. El lebrél (*leporarius*), dice el Diccionario de la Real Academia Española, es una variedad de perro que se distingue en tener el labio superior y las orejas caídas, el hocico recio, el lomo recto, el cuerpo largo y las piernas retiradas atrás; diósele este nombre por ser muy a propósito para la caza de las liebres. Es una bella imagen que ya Sófocles había utilizado para uno de sus dramas: “El alado lebrél de los cielos”. Thompson parangona al alma con una liebre que huye de su cazador<sup>118</sup>.

Le huía noche y día  
a través de los arcos de los años,  
y le huía a porfía  
por entre los tortuosos aledaños  
de mi alma...  
He escalado esperanzas,  
me he hundido en el abismo deleznable,  
para huir de los Pasos que me alcanzan:  
persecución sin prisa, imperturbable,  
inminencia prevista y sin contraste.  
Los oigo resonar... y aún más fuerte  
una Voz que me advierte:  
“Todo te deja, porque me dejaste”.

El alma huye de Cristo porque le teme. Teme su amor, que es implacable, absoluto; es un amor que quiere todo; que no se deja amar por un corazón dividido, y por eso para amar y dejarse amar unifica el corazón, aun a costa de sufrimientos y purificaciones tormentosas, y lo hace volcarse totalmente hacia Él:

Golpeaba las ventanas  
que ofrecen al proscrito sus encantos

<sup>117</sup> San Juan de la Cruz, *Llama*, 3,28.

<sup>118</sup> Uso la versión de Carlos A. Sáenz.

y temblando de espanto  
pensaba que el Amor que me persigue,  
sí al final me consigue,  
no dejará brillar más que su llama...  
Al alba dije “¡Ven!”, “¡ven!”, a la tarde,  
“escondedme de aqueste Enamorado,  
de miedo que me aguarde”.

No hay lugar para el amor del mundo en el corazón que Dios toca con su mano para hacerlo amante divino. Para eso Dios ama al alma: para que ésta le pertenezca totalmente por medio del libre amor hacia Él: “el efecto propio del amor divino en el hombre es el amar a Dios, ya que lo principal en la intención del amante es ser correspondido por el ser amado, pues la inclinación del amante tiende principalmente a atraer al amado hacia su amor; **y si no fuera así, sería necesario destruir el amor**”, escribe Santo Tomás<sup>119</sup>. Por eso Dios, al amar al hombre lo constituye en “amator Dei”, amador de Dios<sup>120</sup>, en “dilector Dei”, dilector de Dios<sup>121</sup>. ¿Pero puede el alma amar verdaderamente a Dios con un corazón compartido? El alma intuye que no, y teme esa “totalidad” que Dios exige:

¡Ay! Que tu amor es hierba de dolores  
que sólo deja florecer sus flores.  
¡Oh imaginero eterno, es suficiente!  
Tú quemas el carbón con que dibujas.

A cada uno Cristo exige amor con expresiones de totalidad: *El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí. El que... pierda su vida por mí, la encontrará* (Mt 10,37-39). *Si alguien se avergonzare de mí y de mis palabras... también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre* (Mc 8,38); *Separados de mí no podéis hacer nada* (Jn 15,5); *Bienaventurado aquél que no se escandalizare de mí* (Mt 11,6). De ahí el miedo del alma a dejarse apresar por Cristo.

No puede, sin embargo, huir de Dios el alma. Ésta podrá esconderse como la liebre en las madrigueras de sus sentidos, detrás de las sombras de las creaturas. Correrá tras aljibes agrietados que no pueden retener las aguas, abandonando la Fuente de las Aguas Vivas (cf. Jer 2,13). Pero nada calmará el ansia tormentosa del alma que busca a Dios sin saberlo, que huyendo de Dios no quiere otra cosa que Dios; por eso resuena siempre a sus espaldas, en la intimidad inaccesible de su conciencia, la Voz:

Todo te deja, porque me dejaste (...)  
Nada te hospedará si no me hospedas (...)  
Nada podrá llegar a contentarte  
mientras no me contentes (...)  
¿Crees que la tierra gime destrozada?  
Todo te huye, porque tú me huyes.  
¡Extraña, fútil cosa, miserable!  
Dime, ¿cómo podrías ser amada?;  
¿no he hecho demasiado de tu nada  
para hacerte sin mérito aceptable?  
Pizca de barro, ¿acaso tú no sabes  
cuán poco amor te cabe?

---

<sup>119</sup> Santo Tomás, *Suma Contra Gentiles*, III, 151.

<sup>120</sup> *Ibid.*, IV, 22.

<sup>121</sup> *Ibid.*, III, 15, adhuc.

¿Quién hallarás que te ame? Solamente  
yo, que cuanto te pido te he quitado,  
para que me lo pidas de prestado  
y lo dé misericordiosamente (...)  
Oh loco, ciego, enfermo que te abrasas,  
pues buscas el amor, a mí me buscas,  
y lo rechazas cuando me rechazas.

Misterio de cada alma y de cada conversión; de cada encuentro con Dios. Dios nos busca aún cuando creemos ser los grandes buscadores de Dios; Dios nos busca incluso cuando creemos que corremos detrás de una Sombra que se nos escapa. Porque “es tanta la fuerza del bien, que lo buscan hasta los malos”, decía san Agustín<sup>122</sup>. Este amor insaciable de Cristo por el alma ha sido descrito de modo dramático por aquella alma tormentosa que fue Don Miguel de Unamuno<sup>123</sup>:

Blanco León de los desiertos, mecen  
vientos de fuego tu melena negra,  
te envuelve el sol, tu Padre, y tu mirada  
nos ve en la arena. **Y con amor furioso  
persigues a quien amas, y si te huye  
le acosas con ahínco y acorralas  
sin dejarle vivir;** de sed se muere,  
y tiembla detenerse en los arroyos  
ante tus fieros ojos en acecho  
de víctimas. Temblando a lo que anhela,  
cree sentir tras las rocas resoplidos  
de tu resuello, y cuando, al fin, rindiéndose,  
de ojos cerrados, tu zarpazo espera,  
parado el corazón, de hielo el rostro,  
siente tu sangre que la sed le apaga,  
siente el abrazo de la dulce muerte  
que le lleva a la vida a que escapaba,  
y que es comerte ser por ti comido.  
¡Rey del desierto, León de Judá!

---

<sup>122</sup> San Agustín, *Sermón* 29,1.

<sup>123</sup> Miguel de Unamuno, *El Cristo de Velázquez*, XXII León.

## VI. EL QUE SUPO AMAR

*Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin* (Jn 13,1). Sólo el amor de Jesús (de un modo absolutamente exclusivo) tiene los rasgos que aquí describe San Juan.

### 1. Fue un amor *preveniens*, anticipado

*En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados* (1 Jn 4,10). “Como hubiera amado a los suyos”, es decir, los amó “desde antes”; ¿desde antes de qué? Amó a los suyos –a nosotros, por tanto– desde antes de **crearlos** (Sab 11,25: *Amas todo cuanto existe y no odiaste nada de cuanto hiciste*); antes de **llamarlos** (Jer 31,3: *Con amor eterno te amé, por eso te atraje con misericordia*); antes de **redimirlos** (Jn 15,13: *Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos*).

### 2. Fue un amor ordenado

Por eso dice que amó “a los suyos”. Hay diversos modos de ser “suyos”, y según esto también hay diversos modos de ser amados por Él.

Algunos son suyos sólo por creación, y a éstos los ama conservándolos en su ser natural. A estos suyos se refiere la amarga expresión del prólogo joánico: *Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron* (Jn 1,11).

Otros son suyos también por dedicación, es decir, en cuanto le han sido dados por el Padre mediante la fe. *Eran tuyos y tú me los diste* –dice el mismo Señor en su oración sacerdotal– *y guardaron tu palabra* (Jn 17,6). A estos los ama conservándolos en el ser de la gracia.

Hay otros que son suyos por una especial devoción. De ellos se puede decir lo que el pueblo dijo a David: *Mira, tú eres hueso de nuestro hueso y carne de nuestra carne* (1 Cro 11,1). A estos los ama de modo singular consolándolos.

### 3. Fue un amor necesario

Amó a los suyos “que estaban en el mundo”. Precisamente los amó de modo especial **porque** estaban en el mundo. Algunos que son suyos estaban ya en la gloria del Padre, como los antiguos patriarcas que esperaban ser librados por sus manos. Estos no necesitaban tanto su dilección como quienes estaban en el mundo. Los que están en el mundo con sus cuerpos, pero no con sus almas, necesitan del amor protector para que el mundo, que los aborrece, no triunfe sobre ellos.

### 4. Fue un amor perfecto

Los amó “hasta el fin”. ¿Cómo entender esta expresión tan densa?

Podemos entender “fin” como aquello a lo que se ordena nuestra intención. El fin en este sentido es la vida eterna (Rom 6,22: *Vuestro fin es la vida eterna*), o bien Cristo mismo (Rom 10,4: *El fin de la Ley es Cristo*); o bien ambas cosas, pues la vida eterna es la fruición de la divinidad de Cristo: *Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo* (Jn 17,3). Así entendido San Juan quiere decir: los amó para llevarlos, conducirlos, hacia Sí, hacia la vida eterna.

Pero puede entenderse, también, “fin” como término, como final de una cosa. Así sería el “ápice”, la cima de algo. La frase debería entenderse haciendo referencia a dos cosas. Ante

todo, los amó **hasta** el punto de morir por ellos (Gál 2,20: *Vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí*). En segundo lugar, los amó **en ese momento de un modo intensísimo** que lo llevó a darles mayores signos de amor de los que les había demostrado hasta entonces. Es la expresión de los sentimientos internos con los que realiza el lavatorio de los pies de sus discípulos, la revelación de sus misterios más íntimos (Jn 16,5: *Esto no os lo dije desde el inicio porque aún estaba con vosotros*), y de la entrega eucarística de su Cuerpo y de su Sangre. Para imprimir, de este modo, en sus corazones su amor y su recuerdo ahora que partía de este mundo

que es de amantes dar retratos  
cuando se están despidiendo (Lope de Vega).

## VII. SUMO SACERDOTE

Jesucristo es Sacerdote. El único, el Supremo. *Debía [Jesús] asemejarse en todo a sus hermanos, a fin de hacerse Pontífice misericordioso y fiel en las cosas que miran a Dios, con objeto de expiar los pecados del pueblo. Porque, en cuanto Él mismo padeció siendo tentado [en el crisol de los trabajos, del dolor, de la afrenta, de la muerte], puede socorrer a los que son tentados. Vosotros, pues... considerad al Apóstol y Pontífice de nuestra confesión, Jesús (Hb 2,17-3,1).*

### 1. Las cualidades del sacerdocio

A cuatro pueden reducirse las cualidades del sacerdocio: *Porque todo Sumo Sacerdote es tomado de entre los hombres y está puesto en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados; y puede sentir compasión hacia los ignorantes y extraviados, por estar también él envuelto en flaqueza. Y a causa de esa misma flaqueza debe ofrecer por los pecados propios igual que por los del pueblo. Y nadie se arroga tal dignidad, sino el llamado por Dios, lo mismo que Aarón (Hb 5,1-4).*

*Todo Sumo Sacerdote es tomado de entre los hombres, es constituido en lugar de los hombres en las cosas que miran a Dios. El **carácter esencial** del sacerdote es ser agente y mediador entre los hombres y Dios. Para ello debe ser hombre, tomado y designado de entre los hombres, constituido en lugar de los hombres, como representante suyo, no en todo, sino en las cosas que pertenecen al culto divino, en las relaciones de los hombres con Dios.*

*Para ofrecer dones y sacrificios por los pecados. Su **función principal** es el sacrificio. El Apóstol señala aquí dos géneros: los incruentos (dones) y los cruentos (por el derramamiento de la sangre de las víctimas en torno del altar). *Por los pecados*: el sacerdote es mediador entre Dios y los hombres caídos, los pecadores, los que necesitan perdón.*

La **disposición moral** del sacerdote es la compasión fundada en el humilde conocimiento de sí mismo. Ha de ser capaz de *compadecerse de los ignorantes y extraviados, por cuanto él está también rodeado de flaqueza, y a causa de ella debe por sí mismo ofrecer sacrificios por los pecados, igual que por el pueblo.*

Finalmente, para ser sacerdote legítimo es necesaria la vocación divina: *Y ninguno se toma por sí este honor sino el que es llamado por Dios, como Aarón. Sin tal vocación no puede el sacerdote ser acepto a Dios; no puede, por tanto, llenar el objeto principal del sacerdocio. De lo contrario, lejos de aplacar a Dios, más bien irritaría su justa ira.*

### 2. Cristo, sumo sacerdote

*De igual modo, tampoco Cristo se apropió la gloria del Sumo Sacerdocio, sino que la tuvo de quien le dijo: Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy. Como también dice en otro lugar: Tú eres sacerdote para siempre, a semejanza de Melquisedec. El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia; y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen, proclamado por Dios Sumo Sacerdote a semejanza de Melquisedec (Hb 5,5-10).*

Lo primero que resalta en el sacerdocio de Cristo es la **vocación divina**. *Cristo no se exaltó a sí mismo... sino el que le dijo: Hijo mío eres tú, hoy te engendré... Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.* La Carta a los Hebreos cita el Salmo 2,7 y el Salmo 109,4. Esta vocación de Cristo al Sacerdocio incluye dos actos divinos: la generación y la investidura.

La **generación** es el fundamento y raíz de este divino sacerdocio y la medida de su excelsa dignidad. Es lo que expresa el Salmo 2. La filiación divina es, así, como una vocación intrínseca y natural, que dispone a Cristo al sacerdocio.

La **investidura** es el complemento último y formal, e implica el decreto de Dios. A este decreto hace referencia el Salmo 109. Es el decreto jurado e irrevocable, como la solemne consagración que confiere a Cristo hombre el oficio sacerdotal.

**Tomado de entre los hombres.** Cristo no sólo es Hijo de Dios, sino Hijo del hombre. Varón perfecto, hombre verdadero. *Mas al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley* (Gál 4,4). *A Él Dios le hizo poco menor que los ángeles* (Hb 2,9). *Y por eso, no reputó como botín (codiciable) ser igual a Dios, antes se anonadó, tomando la forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y así, por el aspecto, siendo reconocido como hombre...* (Fil 2,6-7).

Las **disposiciones morales** propias del sacerdote se dan en Cristo de modo eminente, en cuanto se hizo semejante a nosotros en todo menos en el pecado, conocedor del dolor, del sufrimiento y de la debilidad humana. Por eso añade el Apóstol: *Y aunque era Hijo, aprendió por sus padecimientos la obediencia, y por ser consumado, vino a ser para todos los que le obedecen causa de salud eterna, declarado por Dios Pontífice según el orden de Melquisedec* (Hb 5,8). Para esto Dios lo *perfeccionó por las tribulaciones* (Hb 2,10).

Su **función principal** es la oración y el sacrificio, pero en esto supera infinitamente al sacerdocio judío. El pontífice hebreo ofrecía sacrificio por sí mismo y por el pueblo; Cristo por sí no ofrece sacrificio expiatorio, ni puede ofrecer; pero en cambio, ora fervientemente con esforzado clamor y lágrimas, y es escuchado por su humilde reverencia. Parece referirse San Pablo a los clamores del Huerto y de la Cruz: *Habiendo ofrecido en los días de su vida mortal oraciones y súplicas con poderosos clamores y lágrimas al que era poderoso para salvarle de la muerte, fue escuchado por su reverencial temor* (Hb 5,7); *Coronado de gloria y honor por haber padecido la muerte* (Hb 2,9).

Jesucristo no sólo es sacrificador, sino el mismo Sacrificio, pues es sacerdote y víctima: *Cristo nos amó y se entregó a sí mismo como oblación y sacrificio de suave olor* (Ef 5,2). Así dice Santo Tomás: “Cristo en cuanto hombre no sólo fue sacerdote sino también víctima perfecta, siendo a la vez hostia por el pecado, hostia pacífica y holocausto”<sup>124</sup>.

### 3. Sacerdocio de Cristo, único y eterno, confirmado con juramento

*Y por cuanto no fue sin juramento –pues los otros fueron hechos sacerdotes sin juramento, mientras éste lo fue bajo juramento por Aquel que le dijo: ‘Juró el Señor y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre’– por eso, de una mejor Alianza resultó fiador Jesús. Además, aquellos sacerdotes fueron muchos, porque la muerte les impedía perdurar. Pero éste posee un sacerdocio perpetuo porque permanece para siempre. De ahí que pueda también salvar perfectamente a los que por él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor* (Hb 7,20-25).

Pasan así, como lo imperfecto ante lo perfecto, como la figura ante la realidad y como la sombra ante la luz, el sacerdocio de Aarón y aun el de Melquisedec. Queda sólo el de Cristo, pues sólo Él reúne en sí las tres excelencias del sacerdocio que no pasa: instituido y conferido con juramento divino, único y eterno.

**Instituido con juramento:** *Y por cuanto no fue hecho sin juramento, en cambio aquéllos fueron constituidos sin juramento, mas éste lo fue con juramento por el que le dijo: Juró el Señor y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre.*

---

<sup>124</sup> Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, III, 22,2.

**Único:** *De aquéllos fueron muchos los hechos sacerdotes, por cuanto la muerte les impidió permanecer.* No sólo muchos sacerdotes inferiores que ayudaban al Sumo Sacerdote de turno, sino también numerosos Sumos Sacerdotes que se sucedían unos a otros para perpetuar el sacrificio.

**Eterno:** *Pero éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio perpetuo.*

Nuestra confianza debe ser, así, proporcional al poder de nuestro Sacerdote. Es decir, no puede conocer medida alguna, por cuanto *es perfecto su poder de salvar a los que por El se acercan a Dios y siempre vive para interceder por nosotros (Hb 7,25).*

## VIII. VARÓN PROFETA

“La desaparición de los profetas –escribía Grandmaison– había dejado en Israel un sensible vacío. Durante las purificaciones rituales que siguieron a la reconquista de Jerusalén por Judas Macabeo en el 165, se destruyó el altar de los holocaustos, porque había sido profanado por los gentiles. Sus piedras las depositaron en un lugar seguro *hasta que apareciera un profeta que dictaminara sobre ello* (cf. 1 Mac 4,42,46). Más tarde, señalando la autoridad conferida a Simón Macabeo como jefe y pontífice perpetuo, añade el historiador esta restricción característica: *Hasta que se levante un profeta fiel* (1 Mac 14,41)... Cuando el prestigio del Bautista arrastra las muchedumbres, la primera pregunta que se le hace es ésta: *¿Eres tú Elías, eres tú el Profeta?* (Jn 1,21). Más tarde, las obras maravillosas de Jesús hacen que todos le atribuyan la inspiración profética. Es Elías que reaparece; es Jeremías o alguno de los profetas (cf. Mt 16,14). *Otros decían: es sencillamente un profeta como los otros* (Mc 6,15). Después de la multiplicación de los panes, la gente, entusiasmada, grita: *Ciertamente, éste es el Profeta que ha de venir* (Jn 6,14,15) y quieren arrebatarlo para hacerlo rey”<sup>125</sup>.

Jesucristo fue el Profeta esperado. *Varón profeta* (Lc 24,19). *¿Qué dicen las gentes de Mí? Algunos dicen que eres un Profeta* (cf. Mt 16,13-14). En realidad fue “más que un profeta”, pero “también” fue profeta. Y con sus profecías demostró que era enviado de Dios y además demostró que era Dios.

A decir verdad Jesucristo demostró tener varias clases de conocimientos que superan el conocimiento humano: conocimientos cardiognósticos, telepáticos y conocimientos estrictamente proféticos.

### 1. La cardiognosis de Cristo

“**Cardiognosis**” quiere decir “conocimiento del corazón”. Aplicado a Jesucristo designa el percepción que tuvo de lo que se ocultaba en el corazón de los hombres. Algunos de estos conocimientos son referidos expresamente por los Evangelios; Jesús, por ejemplo, manifiesta conocer:

- La vida pasada de Natanael (Jn 1,43).
- Los pecados presentes y pasados de la samaritana (Jn 4,17-18).
- Las murmuraciones internas de los escribas cuando sana al paralítico (Lc 9,46).
- Los juicios del fariseo cuando la pecadora lava sus pies con lágrimas (Lc 7,36-50).
- La traición de Judas (Jn 13,27).

Dirá San Juan: *Él conocía lo que hay en el hombre* (Jn 2,24). *Veo que eres profeta*, confiesa en este mismo sentido la Samaritana (Jn 4,19). Para sus discípulos esto era una prueba de que Jesucristo obraba en nombre de Dios: *Ahora sabemos que conoces todas las cosas y que no necesitas que nadie te pregunte; en esto creemos que has salido de Dios* (Jn 16,30).

### 2. Conocimiento telepático en Cristo

**Conocimiento telepático** es el conocimiento que una persona tiene de cosas que están ocultas o que están en otros lugares. No es estrictamente sobrenatural aunque sea extraño y misterioso. Jesucristo demostró poseerlo. Así por ejemplo:

- Vio la moneda oculta en la boca del pez que manda pescar a Pedro (Mt 17,27).
- Vio el asno con su pollino (Mt 21,2).
- Vio a Lázaro muerto estando Jesús del otro lado del Jordán (Jn 11).

---

<sup>125</sup> Grandmaison, *Jesucristo*, Ed. Litúrgica Española, Barcelona 1941, p. 408-409.

Estos dos tipos de conocimiento no constituyen más que el amanecer del día profético y no serían probativos de la legación divina de Cristo si no hubiese realizado junto a estos prodigios preanuncios de orden estricta y exclusivamente sobrenatural.

### 3. Conocimiento profético de Cristo

**El conocimiento profético** es, en cambio, el conocimiento preciso de hechos futuros totalmente libres, es decir que no dependen de ninguna causa cierta. Por tanto, al depender de voluntades libres que bien podrían obrar de la manera profetizada como no hacerlo, y al ser predichos con perfecta exactitud, este conocimiento sólo puede provenir de Dios. “La profecía, explica Santo Tomás, es un conocimiento impreso en la mente del profeta mediante una revelación divina, a modo de enseñanza”<sup>126</sup>; el mismo Angélico añade citando a San Jerónimo que es “una señal de la divina presciencia”. Los hombres –sin una gracia de Dios– no pueden profetizar sino tan solo “conjeturar por las causas”: decir cosas aproximadas en cuanto “ven” de alguna manera esos acontecimientos como contenidos en sus causas (como un observador que ve desde lo alto de un edificio dos autos que corren a toda velocidad por dos calles que se cruzan en una esquina puede “predecir” que van a chocar). Jesucristo, en cambio, pronunció profecías estrictamente dichas, anunciando acontecimientos que dependían de causas totalmente libres, muchas veces impredecibles según el modo habitual y ordinario de acontecer, pero que se cumplieron exactísimamente; por ejemplo:

#### 1) Sobre su persona vaticinó los detalles de su Pasión y Muerte:

- El lugar: que moriría en Jerusalén (Lc 13,13).
- El tiempo: después de subir a Jerusalén y en la fiesta de la Pascua (Mt 20,17).
- Que sería entregado en manos de los príncipes de los sacerdotes, de los escribas y ancianos (Mc 10,33).
- Que lo condenarían a muerte (Mc 10,33).
- Que sería entregado a los gentiles (romanos) (Mt 20,19).
- Que sería escupido, abofeteado y azotado (Mt 20,19).
- Que moriría en la cruz (Mt 20,19).
- Que resucitaría al tercer día (Mt 20,19).

#### 2) Sobre sus discípulos:

- Que dos de sus discípulos encontrarían un asno atado con su pollino e incluso les reveló las palabras que diría el dueño del asno (Mt 21,2).
- Que encontrarían un hombre con un cántaro de agua y que al seguirlo encontrarían la sala donde comerían la cena pascual (Mc 14,14).
- Que Judas lo traicionaría (Jn 6,70-71).
- Que Pedro lo negaría tres veces antes del segundo canto del gallo (Mt 26,31).
- Que todos los apóstoles huirían al ser detenido (Mt 26,31).

#### 3) Sobre su futura Iglesia:

- Que Simón sería llamado Cefas, “Pedro” (Mt 16,18).
- Que sobre Simón edificaría su Iglesia (ibid).
- Que Santiago y Juan beberían el cáliz del martirio (Mt 20,23).
- Que Pedro lo glorificaría con su muerte (Jn 21,18-19).
- Que la unción de María, hermana de Lázaro, se predicaría en todo el mundo (Mt 26,13).
- La efusión del Espíritu Santo (Jn 14,26).

---

<sup>126</sup> Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II,171,6.

- Los milagros de sus apóstoles (Mc 16,17).
- Las persecuciones de los apóstoles y discípulos (Mt 10,16-18).
- Las divisiones y herejías internas de la Iglesia referidas en la parábola del trigo y la cizaña (Mt 13,24-30) y los falsos profetas (Mt 7,15).

#### **4) Sobre el pueblo judío y sobre Jerusalén:**

Estas profecías, tal vez por el carácter dramático que contienen, siempre han llamado poderosamente la atención de los apologistas cristianos. De hecho es patente que Jesús profetizó:

–Que la caída de Jerusalén daría tiempo para huir, es decir que no sería fulminante (Lc 21,21). Eusebio de Cesarea –el primer historiador de la Iglesia– cuenta que el asedio fue largo y que muchos cristianos huyeron recordando este consejo del Señor.

–Que no pasaría esa generación sin que esas cosas sucediesen (Mt 24,34). De hecho, el asedio romano de Jerusalén fue en el año 70 cuando todavía vivían muchos de los oyentes de Cristo.

–La fecha de los sucesos: Jesús avisó que cuando vieran la profanación del Templo, entonces deberían huir (cf. Mt 24,15). Esto ocurrió, según cuenta el cronista judío Flavio Josefo, en el año 68 cuando Simón Bar Gionas con 10.000 bandidos y 5000 idumeos asedió el Templo, mientras que dentro de él Juan de Giscala con 6000 galileos luchaba contra él y contra Eleazar quien, a su vez, resistía en el recinto interior del Santuario con 2400 zelotes.

–Avisó también algunas señales precursoras, como la aparición fugaz de falsos mesías (Mt 24,5). El mismo Flavio Josefo relata en su obra *La guerra de los judíos*, que por el tiempo de la invasión de Roma, aparecieron varios personajes proclamando ser el mesías, como un tal Teudas, otro egipcio, etc.

–Como signos precursores Cristo indicó que precederían sediciones civiles, guerras entre naciones, pestes, hambres, terremotos, prodigios visibles en el cielo (Mt 24,7; Lc 21,11). Según nos cuenta Tácito en este tiempo se sucedieron cuatro emperadores asesinados, hubo tres guerras civiles y otras en el extranjero; sublevaciones en las fronteras, etc. En cuanto a los signos precursores los relatan los mismos judíos como el mencionado Flavio Josefo.

–Preanunció las persecuciones contra los apóstoles (cf. Lc 21,12ss); éstas se hallan relatadas en los Hechos de los Apóstoles.

–Jesucristo relata con detalles el asedio de Jerusalén. Dice que Jerusalén sería cercada: *Te rodearán de trincheras tus enemigos y te cercarán, y te estrecharán por todas partes* (Lc 19,43). Esta era una técnica que Roma empleaba en casos muy excepcionales como había sido, por ejemplo, en el sitio de Numancia; y por tanto no era probable que la usara con Jerusalén. De hecho Tito no pensó inicialmente que fuera necesario y creyó que Jerusalén caería prontamente. Pero al prolongarse la resistencia judía ordenó la construcción de una *circumvallatio*; trabajando noche y día las legiones romanas formaron alrededor de Jerusalén una muralla a base de tierra, reforzada por medio de trece construcciones fortificadas y vigiladas por una cadena de puestos de observación.

–Dijo también que las tribulaciones de los judíos durante el asedio no serían comparables a las de ningún otro tiempo (cf. Mt 24,21). Basta leer las dramáticas páginas de Flavio Josefo, cronista de Tito pero judío como los sitiados, para darse cuenta cabal de la exactitud de Jesús. En Jerusalén quedaron encerradas cerca de dos millones y medio de personas, pues el sitio comenzó cuando la Ciudad Santa estaba repleta de peregrinos que habían llegado para la Pascua. Estos fueron víctimas del hambre y la peste; llegó hasta tal punto la dramática situación que algunas madres –siempre según el relato de Flavio Josefo– devoraron a sus propios hijos. Fueron tales los horrores de aquellas horas que el mismo Tito, al percibirse de los estragos que estaba causando

su asedio en razón de la tenaz defensa judía, exclamó: “¡No, no; pongo al cielo por testigo; no soy yo el responsable de estos horrores!”<sup>127</sup>.

–Predijo Nuestro Señor que los ciudadanos caerían al filo de la espada y serían llevados cautivos por las naciones (Lc 21,24). Según Flavio Josefo, Tito mandó que no los matasen pero los soldados lo hicieron igualmente; a los sobrevivientes los mandaron esclavos a Egipto o los destinaron a los circos y para el cortejo triunfal de Tito.

–Anunció que de la ciudad no quedaría piedra sobre piedra (Lc 19,44); *Vuestra casa quedará desierta* (Lc 13,35). Adriano en el 130 arrasó definitivamente toda la ciudad y construyó sobre ella una nueva que llamó “Adrianópolis”.

–También aseguró que del Templo no quedaría *piedra sobre piedra que no sea demolida* (Mt 24,2). De hecho el Templo fue arrasado contra la orden explícita de Tito. A principios de agosto habiendo sido rechazados nuevos ofrecimientos de paz, es atacado el templo. Se prende fuego a los pórticos. Tito manda a sus legionarios que los apaguen a toda costa; pero los judíos se precipitan sobre ellos. Entonces es cuando un soldado romano se hace subir a lo alto de una ventana, impulsado, como dice Josefo, por una fuerza divina, y lanza un tizón ardiendo a una cámara adosada al santuario. Pronto el incendio se desarrolla con furia. Tito acude y reitera sus órdenes. Fingen no oírle. Manda a los centuriones que acometan con sus espadas a los que se nieguen obedecer. ¡Vano intento! De repente, del interior del Templo se lanzan hacia las nubes torbellinos de humo. Resuenan gritos de consternación y desesperación, que se repiten pronto en todos los barrios de la ciudad: “El Santo de los Santos, el Santos de los Santos está ardiendo”. ¡Pero ya es tarde!... Desde mediados de julio la sangre había cesado de correr en el altar de los sacrificios; en aquella hora chorrea sobre las losas del santuario y de los atrios. Tres siglos más tarde el emperador Juliano el Apóstata, con el deseo explícito de desvirtuar la profecía de Cristo, mandó reconstruir el templo, pero según cuenta su amigo y cronista, el pagano Amiano Marcelino, debió desistir de su empresa; relata éste en su historia *Rerum Gestarum*: “Emprendió [Juliano] para eternizar la gloria de su reino con alguna acción deslumbradora, la reconstrucción del famoso templo de Jerusalén, con gastos inmensos... Encargó del cuidado de esta obra a Alipio de Antioquía... Mientras que Alipio y el gobernador de la provincia empleaban todos sus esfuerzos en trabajar para lograrlo, espantosos torbellinos de llamas que salían por ímpetus continuos de los sitios contiguos a los cimientos, quemaron a los obreros y les hicieron el lugar inaccesible. En fin, persistiendo siempre este elemento con una suerte de obstinación en rechazar a los obreros, se vio obligado a abandonar la empresa”<sup>128</sup>. Pocos meses más tarde Juliano moría pronunciando la única frase que lo hizo famoso: “venciste Galileo”.

La mayor parte de estas cosas no puede explicarse ni como fruto de la ciencia natural ni como resultado de conjeturas, pues dependen de hechos libres de hombres que o no existían en época de Cristo, o al menos Él no conocía personalmente. Además la complejidad de los hechos profetizados descarta cualquier “simple acierto”. Incluso, muchas cosas ocurrieron contra la voluntad de los mismos hombres, como el incendio y destrucción del Templo contra la voluntad de Tito.

#### 4. Finalidad de las profecías de Cristo

Jesucristo quiso, explícitamente, probar con sus profecías su **misión**. Así, por ejemplo:

–Responde con profecías sobre su resurrección a los judíos que le pedían **signos** de su legación divina (Mt 12,39-40).

–Cuando profetiza la traición de Judas afirma: *Desde ahora os lo digo, antes de que suceda, para que una vez cumplida la predicción creáis que Yo soy* (Jn 13,19).

---

<sup>127</sup> Pinard de la Boullaye, *Jesús profeta y taumaturgo*, Ed. Razón y Fe, Madrid 1931, p. 139.

<sup>128</sup> Amiano Marcelino, *Rerum gestarum*, l. XXIII, c.1.

–En cuanto a las profecías sobre las persecuciones de los discípulos dice: *Os predigo estas cosas para que cuando lleguen aquellos tiempos os acordéis de que os lo profeticé* (Jn 16,4).

El conocimiento auténticamente profético acredita a quien lo posee como intérprete de la divinidad; es un testimonio que manifiesta la intervención –a favor del profeta– de la fuerza y de la verdad divinas. En efecto, “el conocimiento profético es de aquellas cosas que exceden totalmente el conocimiento humano”, dice Santo Tomás, y por tanto, añade, “no es natural y sólo por revelación divina se puede alcanzar”<sup>129</sup>.

Es verdad que el conocimiento profético de suyo no exige la bondad de costumbres o santidad de quien lo posee, pues “la profecía pertenece al entendimiento, cuyo acto es anterior al de la voluntad, que es perfeccionado por la caridad”<sup>130</sup>; por eso algunas veces Dios ha concedido el don de profecía a personas pecadoras o no creyentes, como Caifás o Balaam, pues “Dios se sirve a veces de los malos para provecho de los buenos”<sup>131</sup>. De esta manera el don de profecía, en sí mismo, no demuestra la santidad del profeta sino “la verdad de cuanto dice”, pues Dios no podría poner su sello de autenticidad a quien profetiza como argumento para probar una falsedad. De aquí que lo que demuestran directamente las profecías de Cristo es la veracidad de sus otras afirmaciones; son el sello de veracidad puesto a su doctrina, puesto que para que sus oyentes le creyesen Jesús aducía sus obras (milagros y profecías); ahora bien, precisamente lo que Jesús enseñaba era su santidad (*¿Quién me arguirá de pecado?*), su legación divina, su mesianidad y su filiación divina. De este modo es, por tanto, que las profecías de Cristo demostraban su divinidad y mesianidad.

¿Con cuál ciencia profetizaba Cristo? Todo cuanto Él decía lo sabía como Dios y también como Hombre. Y en cuanto Hombre perfectísimo lo sabía tanto por su ciencia beatífica (por la cual conocía todas las cosas de este mundo que fueron, son y serán, es decir, todas las cosas existentes en cualquier diferencia de tiempo) y por su ciencia infusa (por la cual conocía todas las cosas que su entendimiento estaba en potencia de conocer, tanto natural como las que estaba en potencia obediencial sobrenatural; es decir, todas las verdades y todos los misterios de la gracia). Profetizaba con su ciencia humana, ya sea beatífica o infusa. Por esto en Jesucristo se establece una diferencia con todos los demás profetas. Lo señalaba ya Santo Tomás comentando el Evangelio de San Juan: “Pero, ¿es que acaso Cristo fue profeta? Pareciera que no, pues la profecía implica una visión oscura... mientras que Cristo no tuvo ningún conocimiento enigmático. Ahora, que fue profeta consta por cuanto dice el Deuteronomio (18,15): *El Señor os suscitará otro profeta como yo de entre tus hermanos y de entre tu gente, escúchalo*; lo cual se dijo de Cristo. Hay que tener en cuenta, para entender esto, que el profeta tiene un doble oficio: el de **ver**, pues se dice en 1 Re 9,9: *el que ahora es llamado profeta, antiguamente se lo llamaba vidente*; y el de **anunciar**. En cuanto al anunciar Cristo fue profeta porque anunció la verdad de parte de Dios, como se dice en Jn 18,37: *Para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad*. Pero en cuanto al ver, hay que saber que Cristo fue al mismo tiempo viador y comprensor. Viador en cuanto a la posibilidad de la naturaleza humana y en todo lo que a ésta pertenece; comprensor, en cambio, por la unión con la divinidad según la cual gozaba perfectísimamente de Dios. Ahora bien, en la visión de la profecía hay dos cosas; ante todo, la luz intelectual de la mente, y en cuanto a esto [Cristo] no poseyó la razón de profecía, porque no tuvo la luz defectuosa [que es propia de la profecía] sino la luz del comprensor [la ciencia beatífica]; en segundo lugar, también se da allí la visión imaginaria, respecto de la cual

---

<sup>129</sup> Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II,171,1.

<sup>130</sup> Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II,171,4.

<sup>131</sup> Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II,171,6 ad 1.

Cristo tuvo semejanza con los profetas en cuanto fue viador y podía, por tanto, formar diversas imágenes con su imaginación”<sup>132</sup>.

Ciertamente Cristo, con mucha mayor razón que Juan el Bautista, fue *más que un profeta* (Mt 11,9).

---

<sup>132</sup> Santo Tomás, *In Io.*, IV,II, n° 667.

## IX. EL TAUMATURGO

Además de las profecías, Jesús hizo otros numerosos milagros. Podemos suponer que el mayor número de ellos se encuentran entre los que los Evangelistas nombran sólo de modo genérico y en bloque en las narraciones conocidas como “las jornadas de milagros o curaciones”, como, por ejemplo, la que menciona Marcos en Cafarnaúm: *curó a muchos que padecían diversas enfermedades y echó muchos demonios...* (Mc 1,34; cf. Lc 4,40-42). Por esta razón San Pedro resumía la vida de Jesús haciendo referencia a esta dimensión taumatúrgica propia de la vida pública del Señor; así, ante los judíos: *...Jesús, el Nazareno, hombre acreditado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por su medio entre vosotros, como vosotros mismos sabéis* (Act 2,22); y ante el centurión Cornelio: *...Dios a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con poder, y cómo él pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el Diablo, porque Dios estaba con él* (Act 10,37-38).

En los Evangelios, además de estos milagros grupales, se describen algunos en concreto. Los milagros de Cristo manifestaban el dominio que Él tenía sobre todos los seres de la creación: sobre los espíritus, los hombres y los seres irracionales.

### 1. Milagros sobre los espíritus

De los milagros sobre los espíritus ya he escrito con anterioridad recordando cómo tanto los buenos ángeles cuanto los demonios se sometían públicamente a Cristo. De modo particular mencionamos ahora los exorcismos practicados sobre algunos endemoniados. En los Evangelios mencionan siete expulsiones en especial:

- El endemoniado de Cafarnaún (cf. Mt 1,21;Mc 4,33).
- Un endemoniado ciego y mudo (cf. Mt 12,22).
- El endemoniado de Gerasa (cf. Mt 8,28; Mc 5,1; Lc 8,26).
- El endemoniado mudo (cf. Mt 9,32; Lc 11,14).
- El endemoniado hidrópico (cf. Mc 14,1).
- La hija de la cananea (cf. Mt 15,21; Mc 7,24).
- El endemoniado lunático (cf. Mt 17,14; Mc 9,13; Lc 9,38).

Dice de estos prodigios Santo Tomás: “Los milagros realizados por Cristo fueron prueba y argumento de la fe que enseñaba. Ahora bien, Cristo debía, con la potencia de su divinidad, librar del poder de los demonios a los hombres que creyesen en Él, según leemos en San Juan: *Ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera* (Jn 12,31). Por esto fue conveniente que entre los milagros de Cristo se contara la expulsión de los demonios”<sup>133</sup>.

### 2. Milagros cósmicos

Los Evangelios indican nueve milagros singulares obrados sobre las creaturas irracionales:

- Conversión del agua en vino (cf. Jn 2,1).
- Primera pesca milagrosa (cf. Mc 5,1).
- Apaciguamiento de la tempestad (cf. Mt 8,23; Mc 4,35; Lc 8,22).
- Primera multiplicación de los panes (cf. Mt 14,19; Mc 6,33; Lc 9,11; Jn 6,1).
- Camina sobre las aguas (cf. Mt 14, 22; Mc 6,45; Jn 6,16).
- Segunda multiplicación de los panes (cf. Mt 15,32; Mc 8,1).
- Moneda extraída del pez (cf. Mt 17,24).

---

<sup>133</sup> Santo Tomás, *Suma Teológica*, III,44,1.

–Se seca la higuera maldita (cf. Mt 21,18; Mc 11,12).

–Segunda pesca milagrosa (cf. Lc 21,1).

La conveniencia de estos prodigios es evidente pues por medio de ella Cristo demostró que tenía pleno poder sobre toda la creación, como dueño y señor de toda ella. En estos milagros se manifiesta la obediencia de las creaturas irracionales a su imperio, creaturas en las que no cabe, evidentemente, sugestión ni engaño alguno<sup>134</sup>.

La tradición habla también de milagros sobre los cuerpos celestes, como distintos de los que acabamos de indicar. Se trata de algunos pocos entre los que se enumeran, por ejemplo, el hecho de que una estrella guiara a los Magos hasta Belén para adorar al Niño (cf. Mt 2,2-10), las tinieblas que rodearon el Calvario durante la crucifixión (cf. Mt 27,45), el terremoto que acompaña la Resurrección de Cristo (cf. Mt 28,1). Sobre la conveniencia de estos prodigios también se refirió el Aquinate: “Los milagros de Cristo debían ser tales que bastaran para probar su divinidad. Esta no se prueba tan claramente por las transmutaciones de los cuerpos inferiores, que pueden ser movidos por otras causas, como por la transformación de los cuerpos celestes, que sólo Dios ha ordenado de una manera inmutable. Por eso dice Dionisio: ‘Es preciso reconocer que nunca puede cambiarse el movimiento y el orden de los cielos, a no ser que el que hizo todas las cosas y las muda según su palabra tenga motivo para este cambio’. Y por eso fue conveniente que Cristo hiciese también milagros sobre estos cuerpos celestes”<sup>135</sup>.

### 3. Milagros sobre los hombres

Son los más numerosos e importantes. Dejamos de lado muchos otros de orden moral mencionados en el Nuevo Testamento como el hecho cambiar las disposiciones de los oyentes mal dispuestos (cf. Jn 7,45-47) o el dejarlos admirados y sin respuesta (cf. Mt 22,21-22). Los restantes se reducen a tres categorías: resurrecciones, curaciones y milagros de majestad. En los Evangelios se indican los siguientes:

#### a) Resurrecciones (3)

–El hijo de la viuda de Naím (cf. Mc 7,11).

–La hija de Jairo (cf. Mt 9,18; Mc 5,21; Lc 8,40).

–Lázaro (cf. Lc 11,1).

#### b) Curaciones (13)

–El hijo del Cortesano (cf. Lc 4,46).

–La suegra de Pedro (cf. Mt 8,14; Mc 1,29; Lc 4,38).

–Un leproso (cf. Mt 8,2; Mc 1,40; Lc 5,12).

–El paralítico de la piscina Betzaida (cf. Lc 5,1).

–Un paralítico en Cafarnaún (cf. Mt 9,2; Mc 2,1; Lc 5, 8).

–El de la mano seca (cf. Mt 12,9; Mc 3,1; Lc 6,6).

–El siervo paralítico del Centurión (cf. Mt 8,5; Lc 7,1).

–La mujer encorvada (cf. Mc 13,10).

–La hemorroísa (cf. Mt 9,20; Mc 5,25; Lc 8,43).

–Dos ciegos (cf. Mt 9,27).

–Un sordomudo (cf. Mt 7,31).

–El ciego de Betsaida (cf. Mt 8,22).

–Diez leprosos (cf. Mc 17,12).

–El ciego de nacimiento (cf. Lc 9,1).

–Dos ciegos junto a Jericó (cf. Mt 20,29; Mc 10,46; Lc 18,35).

---

<sup>134</sup> Cf. Santo Tomás, *Suma Teológica*, III,44,4.

<sup>135</sup> Santo Tomás, *Suma Teológica*, III,44,2.

–La oreja de Malco (cf. Mc 22,50).

c) Milagros de majestad (4)

–Expulsión de los mercaderes del templo (cf. Mt 21,12; Mc 11,15; Lc 19,45; Jn 2,14).

–Liberación de manos nazaretanas (cf. Mc 4,28).

–Transfiguración (cf. Mt 17,1; Mc 9,2; Lc 9,28).

–Caída de los enemigos en Getsemaní (cf. Lc 18,4).

Todos estos milagros fueron realmente convenientes para manifestar el fin de la Encarnación: “Cristo para esto vino al mundo y para esto enseñaba, para salvar a los hombres, según leemos en San Juan: *Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él* (Jn 3,17). Por esto fue conveniente que, principalmente por la milagrosa curación de los hombres, se mostrase Salvador universal y espiritual de todos los hombres”<sup>136</sup>.

Muchos de estos milagros los hizo Cristo por modo imperativo, con una sola palabra (*quiero; sé limpio; levántate*) y, a veces, a distancia del beneficiado (como la curación del hijo del centurión, o la hija de la cananea). Otras veces, en cambio, hacía alguna cosa más que la simple palabra, como tocar a los enfermos, mojarles los ojos con saliva, etc. E incluso en alguna oportunidad no curó instantáneamente sino por grados, como al cieguito de Betsaida que fue viendo de a poco (cf. Mc 8,22-26) o los leprosos que quedan curados de camino a presentarse ante los sacerdotes (cf. Lc 17,14). Santo Tomás opina, además, que a los milagros corporales acompañaba siempre el perdón de los pecados a los beneficiados, aunque no siempre lo dijera externamente: “Como hemos dicho, dice el Angélico, Cristo hacía los milagros con el poder divino, y *las obras de Dios son perfectas*, según leemos en el Deuteronomio (32,4), y nada hay perfecto si no consigue su fin. Pues bien, el fin de la curación exterior realizada por Cristo es la curación del alma. Por eso no convenía que Cristo curase a nadie en el cuerpo sin que le curase también el alma. Por lo cual, comentando San Agustín aquellas palabras de Cristo: *He curado del todo a un hombre en sábado* (Jn 7,23), dice: ‘Porque le curó para que fuese sano en el cuerpo, y creyó para que fuese sano en su alma’. Expresamente le dijo al paralítico: *Tus pecados te son perdonados* (Mt 9,2), porque, como dice San Jerónimo, ‘con esto se nos da a entender que los pecados son la causa de la mayor parte de las enfermedades, y tal vez por esto se perdonan primero los pecados, para que, quitada la causa de la enfermedad, fuese restituida la salud’. Por eso leemos en San Juan (a propósito del otro paralítico de la piscina): *No vuelvas a pecar, no sea que te suceda algo peor* (Jn 5,14). Sobre lo cual dijo San Juan Crisóstomo: ‘Por aquí se ve que la enfermedad provenía del pecado’. Sin embargo, según observa el mismo Crisóstomo, ‘tanto como el alma es de mayor valor que el cuerpo, tanto el perdonar los pecados es más que salvar el cuerpo; mas, porque aquello no aparece al exterior, hace lo que es menos, pero que es manifiesto, para demostrar lo más, que no es manifiesto’<sup>137</sup>.

#### 4. ¿Fueron suficientes?

Los milagros que hizo Nuestro Señor fueron ciertamente suficientes para lograr el fin que Él se proponía, el cual otro no es que manifestar su divinidad. Lo afirma Él mismo: *Pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan; porque las obras que el Padre me ha encomendado llevar a cabo, las mismas obras que realizo, dan testimonio de mí, de que el Padre me ha enviado* (Jn 5,36). Y en otros lugares: *Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, aunque a mí no me creáis, creed por las obras, y así sabréis y conoceréis que el Padre está en mí y yo en el Padre* (Jn 10,37-38); *Si no hubiera hecho entre*

<sup>136</sup> Santo Tomás, *Suma Teológica*, III,44,3.

<sup>137</sup> Santo Tomás, *Suma Teológica*, III,44,2 ad 3.

*ellos obras que no ha hecho ningún otro, no tendrían pecado; pero ahora las han visto, y nos odian a mí y a mi Padre (Jn 15,24).*

Y cuando Juan el Bautista le envía desde la cárcel a sus discípulos para le pregunten si Él es el Mesías que había de venir o han de esperar a otro, Jesús les responde apelando a sus obras en las que se cumplen los oráculos de los profetas: *Y les respondió: Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia a los pobres la Buena Nueva (Lc 7,22).* Era el cumplimiento de la profecía de Isaías quien había predicho que en los días del Mesías *se abrirán los ojos de los ciegos, se abrirán los oídos de los sordos..., saltará el cojo..., la lengua de los mudos cantará gozosa (Is 35,5-6; 29,18).*

Santo Tomás considera que la suficiencia probatoria de los milagros de Cristo radica en tres cosas<sup>138</sup>:

a) En la calidad de las obras, que superan todo el poder de las creaturas y, por consiguiente, no pueden ser ejecutadas sino por el poder divino. Así reconoce el ciego de Jerusalén al ser interrogado por los jefes de la sinagoga: *Sabemos que Dios no escucha a los pecadores; mas, si uno es religioso y cumple su voluntad, a ése le escucha. Jamás se ha oído decir que alguien haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento. Si éste no viniera de Dios, no podría hacer nada (Jn 9,31-33).*

b) Por el modo de hacer los milagros, porque Jesucristo los ejecutaba con su propio poder, sin recurrir a la oración, como los otros taumaturgos. Por eso dice San Lucas que *salía de Él un poder que sanaba a todos (Lc 6,19)*. Con esto se muestra, dice San Cirilo, que “no obrara con poder prestado”<sup>139</sup>. El mismo Jesús declara el origen divino de su poder cuando dice: *Jesús, pues, tomando la palabra, les decía: ...lo que hace [el Padre], eso también lo hace igualmente el Hijo... Porque, como el Padre resucita a los muertos y les da la vida, así también el Hijo da la vida a los que quiere (Jn 5,19.21).*

c) Finalmente, por la misma doctrina en que se declaraba Dios, la cual, si no fuera verdadera, no podría ser confirmada con milagros hechos con poder divino.

Ciertamente los milagros de Cristo doblegaban las inteligencias de sus coetáneos (aun cuando los corazones de muchos le permanecieran duros e inamovibles), como lo reconocen sus mismos enemigos: *¿Qué haremos? Porque este hombre realiza muchos milagros. Si lo dejamos, todos creerán en Él (Jn 11,47-48).*

Allá por 1930, el erudito jesuita Pinard de la Boullaye terminaba una de sus famosas conferencias apologeticas en Nôtre Dame de París, diciendo: “Oh, Señor, habéis inscrito vuestros prodigios en los fastos de la historia con trazos tan firmes, que ninguna mano podrá borrarlos. Ninguno puede realizar las obras que Vos habéis realizado, si el poder divino no le asiste; pero, sobre todo, ninguno puede realizarlas con tanta modestia, santidad, benignidad, si el Altísimo no le guía y no le inspira. Atraed nuestros corazones tanto como convencéis nuestras inteligencias. ¡Os saludamos y además os amamos como el taumaturgo de la misericordia y de la bondad!”<sup>140</sup>. Los milagros de Cristo nos obligan a reconocer al Dios que está detrás de ellos, como los magos del Faraón cuando ven los portentos de Moisés y Aarón: *El dedo de Dios está aquí (Ex 8,14). Digitus Dei est.*

---

<sup>138</sup> Santo Tomás, *Suma Teológica*, III,43,4.

<sup>139</sup> San Cirilo, *In Lc. 6,10*; MG 72,588.

<sup>140</sup> H. Pinard de la Boullaye, S.I., *Jesús profeta y taumaturgo. Conferencias de Nuestra Señora de París (año 1931)*, Ed. Razón y Fe, Madrid 1931, p. 106.

## X. EL GRAN PERDONADOR

Probablemente ocurrió durante la octava de los Tabernáculos, mientras Jesús enseñaba en el Templo (cf. Jn 8,1-11). Los escribas y fariseos interrumpieron la enseñanza de Jesús echándole al medio una mujer que había sido atrapada en flagrante adulterio; la habían arrastrado por la ciudad, mostrándose así como los celosos custodios de la Ley y de la moral. El Levítico, mandaba que tales mujeres fuesen lapidadas, es decir, apedreadas hasta morir. La mujer, siendo judía, conocía la ley y sabía que no tenía escapatoria humana: iba a ser condenada a muerte. Los escribas y fariseos, sin embargo, quieren que sea Jesús quien la juzgue: si la condena, respetando la ley mosaica, irá en contra de su predicación de misericordia con los pecadores; si la absuelve prevaricará contra la ley. Por eso dice san Juan: *Decían esto para ponerle a prueba y tener de qué acusarlo*. Jesús demostró que la ley estaba bien, pero que si hubiese de aplicarse estrictamente nadie tendría salvación: *El que de vosotros esté sin pecado, arroje la primera piedra*. Ninguno se animó a proclamarse justo e inocente delante de Cristo; era muy peligroso hacer eso delante del Rabí que leía las conciencias y los corazones. Por eso fueron yéndose uno a uno, empezando por los más ancianos, es decir, por los que cargaban con más delitos ante Dios.

Quedaron solos: Jesús y la mujer; la Misericordia y la miseria, dirá luego San Agustín. *Jesús le dijo: Mujer, ¿dónde están? ¿Ninguno te condenó? Y ella entonces dijo: Ninguno, Señor. Dijo entonces Jesús: Tampoco yo te condeno. Vete y desde este momento no peques más*.

Séneca fue una de las mentes más lucidas del paganismo; sin embargo, él escribió en su obra sobre la clemencia lo siguiente: “Yo considero [la misericordia] un defecto del alma. Pertenece a aquel grupo de cosas que... debemos repudiar... Los hombres honestos han de huir de la misericordia, que es el vicio de la pusilanimidad respecto de los males ajenos... Suelen sentirla los hombres peores. Son las viejas y las mujerzuelas las que se conmueven con las lágrimas de los culpados, y ello hasta el punto que, de serles permitido, los sacarían de las cárceles... Es la misericordia una enfermedad del alma, originada por la apariencia de las miserias ajenas, o una tristeza por los males de los demás, nacida de creer que les ocurren sin merecerlo. Esta enfermedad no recae sobre el hombre sabio”<sup>141</sup>. ¡Y el que así escribe no es Nerón, ni Dioclesiano, ni Calígula, sino Séneca, el gran moralista pagano!

En contraposición con esta oscura visión del paganismo, la figura de Cristo puede resumirse en una sola estampa: la del “Gran Perdonador”. Dios al Encarnarse se hizo Perdón. Sus actitudes y gestos más importantes son los del perdón, porque grande es su compasión e infinita su misericordia.

### 1. El perdón en los motivos de la Encarnación

¿Qué interés, qué ganancias saca Dios haciendo tanto por nosotros? Ninguno para Él; todo para nosotros. Lo que mueve a Dios a encarnarse son sólo sus entrañas de misericordia. *Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios... nos visitará el Sol que nace de lo alto* (Lc 1,78). La palabra **misericordia** viene de *miseris-cor-dare*, dar el corazón a los miserables, a los desgraciados, a los afligidos. El vocablo usado a menudo en el Antiguo Testamento es *rah<sup>a</sup>mim*, derivado de *rehem*, el regazo materno; es decir, la misericordia divina es todo un conjunto de sentimientos entre los que están la bondad y la ternura, la paciencia y la comprensión, la disposición al perdón total; cualidades todas que identificamos con el amor maternal. Como dice Dios por el Profeta Isaías: *¿Puede acaso una mujer olvidarse de su pequeñuelo, no*

---

<sup>141</sup> Séneca, *De clemencia*, 2,4-5.

*compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ellas se olvidaren, yo no te olvidaría* (Is 49,15).

El Verbo se encarna para que tengamos Vida y en abundancia: *Yo vine para que tengan vida y la tengan en abundancia* (Jn 10,10). Por eso dirá luego San Pablo: *Donde abundó el pecado, sobreabundó [por Cristo] la gracia* (Rom 5,20). “Jesucristo con su muerte –confiesa San León Magno– nos trajo mayores bienes que los males que nos trajo el diablo por el pecado”.

La abundancia se muestra en la enormidad de cuanto hizo Jesucristo por nosotros. Para redimirnos, siendo Dios, le bastaba con un gesto, con una sola oración, con sólo quererlo, con una gota de su sangre, pero bebió todas las amarguras de la Pasión, del desprecio, de la ignominia, del dolor y finalmente la muerte.

**Y lo hizo siendo nosotros enemigos de Dios por el pecado.** Nadie ama a sus enemigos... salvo Dios y los hijos de Dios: *Siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios* (Rom 5,10); *Y a vosotros, que en otro tiempo fuisteis extraños y enemigos... os ha reconciliado* (Col 1,21). Por eso dice San Pablo de Cristo que Él ha dado *en sí mismo muerte a la enemistad* (Ef 2,16).

Jesucristo fue el primero en cumplir lo que Él mismo enseñó: *Se dijo: amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan* (Mt 5, 43-44). Por eso nos amó y hasta el extremo. “Oh amor inmenso de nuestro Dios –dice San Bernardo– que, para perdonar a los esclavos, ni el Padre perdonó al Hijo, ni el Hijo se perdonó a sí mismo”.

## 2. El perdón en los gestos hacia los pecadores

Jesús se manifestó en todo momento como **defensor de los pecadores**. Los hombres perdonan menos que Dios. Y aun cuando el hombre considera que algo es imperdonable, todavía allí Dios ofrece el perdón. Por eso defiende a los pecadores que son castigados y despreciados por los hombres: defiende a la mujer sorprendida en adulterio, defiende a los samaritanos que lo rechazan (*El Hijo del hombre no vino a perder las almas de los hombres, sino a salvarlas*: Lc 9, 56), defiende a la pecadora que lava sus pies con sus lágrimas en casa del fariseo (cf. Lc 7,36ss), defiende a María de Betania de las murmuraciones de Judas (cf. Jn 12,4ss), defiende a sus verdugos durante su crucifixión: *Perdónalos porque no saben lo que hacen* (Lc 23,24).

Lo manifestó también **saliendo a buscar a los pecadores**, como el buen pastor cuando se le pierde una oveja deja las noventa y nueve que están a salvo y camina por el desierto hasta encontrar la descarriada (cf. Lc 15,4-7).

Lo manifestó también al afirmar que **recibiría con ternura y generosidad a los que retornaran a Él**: como el padre de la parábola hace con el hijo pródigo (cf. Lc 15,12). Porque *hay más alegría en los cielos por un pecador que se convierte que por 99 justos que no necesitan conversión* (Lc 15,7).

## 3. El perdón en los llamados a los pecadores

Jesucristo se describe casi **suplicando** a los pecadores que tengan compasión de sus propias almas. *Todo aquél que venga a Mí, yo no lo echaré fuera* (Jn 6,37). Ya estaba dicho en el Antiguo Testamento: *No me complazco en la muerte del pecador sino en que se convierta y viva* (Ez 18,32). Con cuánta razón escribió San Juan de Ávila: “Este Señor crucificado es el que alegra a los que el conocimiento de sus pecados entristece, y el que absuelve a los que la ley condena, y el que hace hijos de Dios a los que eran esclavos del demonio. A éste deben procurar conocer y allegarse todos los adeudados con espirituales deudas de pecados que han hecho, y que por ello están en angustia y amargura de corazón cuando se miran, e irles ha bien... Quien

sintiere desmayo mirando sus culpas, alce sus ojos a Jesucristo, puesto en cruz y cobrará esfuerzo”<sup>142</sup>.

Cristo **promete el perdón y da seguridad de su compasión** a todos cuantos se le acercan y oyen su llamado: *Venid a Mí todos los que estáis agobiados, que yo os aliviaré* (Mt 11,28); *Venid, hagamos cuentas, dice Yahvéh; aunque vuestros pecados fuesen como la grana, los dejaré más blancos que la nieve; aunque fuesen rojos como la púrpura, quedarán blancos como la lana* (Is 1,18).

Ciertamente, **más quiere Dios perdonar al hombre que el hombre ser perdonado**. Por eso su mejor imagen es la de la Cruz: allí, con los brazos abiertos es el símbolo de la espera del pecador, de la misericordia, del perdón. Él es, como lo describe Pemán en *El divino impaciente*:

“...Un condenado de amor  
que nos amó de tal suerte,  
que nos dio vida en su muerte  
y esperanza en su dolor;  
... un generoso Señor  
que para todos tenía  
una palabra de miel,  
y a los parias atendía  
y a los niños les decía  
que se acercasen a Él;  
¡... un Dios que en la Cruz clavados  
tiene ya por los pecados  
de todos los pecadores,  
de tanto abrirlos de amores  
los brazos descoyuntados!”.

Pedro Malón de Chaide, teólogo y poeta agustino, catedrático en Huesca y Zaragoza, fallecido en 1589, discípulo de Fray de León, escribió una página maravillosa jugando con dos expresiones evangélicas: el *Ecce homo*, “he aquí al hombre” (Jn 19,5), que pronuncia Pilatos al mostrar a Cristo humillado ante los judíos, y el *Ecce mulier*, las palabras con que San Lucas introduce la aparición de la Magdalena arrepentida en casa del fariseo mientras Jesús comía (“He aquí que una mujer pecadora...”: Lc 7,37). Es irresistible transcribir su relato:

“Dos *ecce* hallo en la Sagrada Escritura que parecen contrapuestos el uno del otro: el uno es este *Ecce mulier*, y el otro, el *Ecce homo* que se dijo del Hijo de Dios...”

Poned, pues, a una parte a Cristo llagado, atado, espinado, el rostro lleno de cardenales y salivas, el cuerpo cubierto de sangre de los azotes, aquellos divinos ojos llenos de lágrimas; poned a otra parte a Magdalena, suelta, profana, llena de pecados, infame, sin nombre, hecha una añagaza del demonio, un despeñadero de almas. Oíd a Pilatos que dice: *Ecce homo*, y volved a San Lucas, que le contrapone: *Ecce mulier*, y mirad ahora el misterio tan galán que ahí está: *Ecce homo*, pues *Ecce mulier*. Para que haya un *Ecce mulier*, es menester que haya un *Ecce homo*, que si éste no hay, no habrá aquél. *Ecce homo*, que se hizo hombre por gracia; *Ecce mulier*, que es mujer flaca por naturaleza; *Ecce homo*, que es justo; *Ecce mulier*, que es pecadora; *Ecce mulier*, que peca, pues *Ecce homo*, que lo paga; *Ecce mulier*, culpada, pues *Ecce homo*, penado; *Ecce mulier*, que merece el castigo, pues *Ecce homo*, que es azotado; *Ecce mulier*, suelta, pues *Ecce homo*, atado; *Ecce homo*, que, siendo Dios, se hizo hombre, pues *Ecce mulier*, que, siendo pecadora, queda santa; *Ecce homo*, que muere porque ésta viva, pues *Ecce mulier* que vive porque éste muere; *Ecce homo*, que le presentan por esta mujer a

---

<sup>142</sup> San Juan de Ávila, *Audi filia*, c. 68.

Pilatos, pues *Ecce mulier*, que la presentan por este hombre al Padre. Pilatos da este *Ecce homo* a los hombres para su rescate; Cristo da este *Ecce mulier* al Padre para su regalo. ¡Oh trueque soberano! ¡Dulce bien nuestro, que te pones en competencia por una pecadora porque tu amor te fuerza y tu Padre te lo manda!

... *Ecce homo*, remedio de mis males, hombre que paga mis deudas, sangre con que se lavan mis culpas, precio con que se redime mi ofensa. Pilatos te me muestra, Redentor de mi alma; tu Padre te me da, tú mueres por mí. Tú dices: Esta es mi sangre, que derramo por vosotros. Tu padre dice: Así amo al mundo, que le di un solo Hijo que tenía. Pilatos me dice: Pues veis ahí al hombre que todo eso hace: *Ecce homo*. El me dice: *Ecce homo*; mas yo digo: *Ecce Deus*. Hombre te me muestran, mas Dios te conozco. *Ecce homo*, que muere por mí; *Ecce Deus*, que resucita por sí; *Ecce homo*, que muestra mi flaqueza padeciendo; *Ecce Deus*, que me da su fortaleza venciendo. ¡Dulce retrato de mi remedio, que así te había yo menester para mí, que te perdiese a Ti para hallarme a mí!”<sup>143</sup>.

En una iglesia de Würzburg hay un crucifijo poco común. Los brazos del Salvador no están extendidos sobre el patíbulo sino hacia delante y cruzados. Dice la leyenda que cuando los suecos ocuparon la ciudad y se entregaron a amontonar el botín de guerra, un soldado penetró en el templo durante la noche y quiso quitar de la cabeza del Redentor la corona de oro. ¡Oh prodigio! Los brazos del Crucificado se desclavaron de su Cruz y abrazaron al sacrílego ladrón. Lo tenían sujeto; pero no lo apretaban con rencor sino con ternura infinita. Por la mañana sus compañeros lo encontraron todavía en la iglesia, entre los brazos del Cristo, bañado el rostro en lágrimas de vergüenza y con el corazón contrito.

¿Es sólo la historia de un soldado? Es la historia del hombre.

---

<sup>143</sup> Pedro Malón de Chaide, *La conversión de la Magdalena*, P. 2ª, ca. XII.

## XI. CAMINO, VERDAD Y VIDA

*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*, ha dicho Nuestro Señor (Jn 14,6); por esta razón, los hombres que no tienen a Cristo, son hombres que no caminan por un camino seguro, hombres que no aciertan con la verdad, hombres que carecen de la vida verdadera.

### 1. Hombres errantes

Una antigua leyenda cuenta que durante la Pasión, mientras Jesús iba camino al Calvario cargando su cruz, muchos lo insultaban y golpeaban; en una de sus caídas, un judío con particular saña empujó a Cristo al tiempo que le decía: “¡Levántate y camina!”. Nuestro Señor, dándose vuelta le habría contestado: “Y tú caminarás hasta que Yo vuelva”. Desde ese día, ese Judío ha caminado a lo largo de los siglos, sin parar, buscando por todas partes al Cristo que empujó, y seguirá así hasta la Segunda Venida del Señor. Dicen que su nombre es Impelledeo, que quiere decir “el que empujó a Dios”. Sólo es una leyenda, conocida como el “Judío Errante”. Bosqueja, sin embargo, al hombre que ha arrojado a Jesucristo de su vida y que por eso camina errante, sin acertar el Camino. Es la historia de tantos hombres vacíos de Dios, que no encuentran sentido a su existencia. No saben por qué existen, ni para qué viven. No saben qué son sus vidas, ni qué hacer con ellas. Es el “vacío existencial”, origen de la mayor parte de las modernas depresiones; su causa principal es la falta de sentido religioso, el vacío de Dios.

Cristo se proclamó Camino; sendero seguro por donde se puede y debe transitar. Es camino en el sentido ontológico, real, porque es el único mediador (cf. 1 Tim 2,5). Es también camino en el sentido moral: *Os he dado ejemplo para que hagáis como yo he hecho* (Jn 13,15). San Buenaventura lo llama “via dirigens”, camino que dirige nuestros pasos; y “via non errans”, camino sin error, norma segura, ayuda, aliento y atractiva invitación<sup>144</sup>.

### 2. Hombres sin convicciones

Cristo es la Verdad. Cuando los hombres no tienen a Cristo –ya se alejen de Él por el pecado o ya lo hagan rechazando explícitamente a Dios– no caminan en la verdad. Y cuando uno no está fuertemente aferrado a la Verdad, se deja **ilusionar** por cualquier doctrina vana, por cualquier moda cultural. El hombre que no posee la verdad es como las veletas que se mueven sobre los tejados siguiendo los caprichos del viento; son los hombres que se dejan convencer por las máximas, por las propagandas, por las noticias fabricadas, por las ideologías de moda. Son hombres sin convicciones firmes; arenas movedizas donde fracasan todas las certezas existenciales de la vida. Hoy están seguros de una cosa y mañana ya dudan de ella. Hoy son marxistas, mañana liberales y pasado serán ateos; todo depende de las doctrinas de moda. Hoy creen en el cielo y mañana dudan de él. Hoy se dejan convencer por una secta y mañana por otra. O simplemente dudan de todo: dudan de todo, salvo de que dudan.

Cuando se rechaza el misterio de Dios se termina creyendo cualquier cosa. Chesterton escribía: “La gente no vacila en tragarse cualquier opinión no comprobada sobre cualquier cosa... Y esto lleva el nombre de superstición... Es el primer paso con que se tropieza cuando no se cree en Dios: se pierde el sentido común y se dejan de ver las cosas como son en realidad. Cualquier cosa que opine el menos autorizado afirmando que se trata de algo profundo, basta para que se propague indefinidamente como una pesadilla. Un perro resulta entonces una predicción; un gato negro un misterio, un cerdo una cábala, un insecto una insignia, resucitando con ello el politeísmo del Egipto y de la antigua India... y todo ello por temor a tres palabras: ‘se hizo hombre’”.

---

<sup>144</sup> Cf. San Buenaventura, *In Ioan.*, 11,7.

Esta falta de verdad produce esclavitud: *Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres* (Jn 8,32). Con mucha razón solemos hablar de las “cadenas” del error.

Frente a esto Jesucristo afirma que Él es la Verdad, y quien se une a Él no camina en tinieblas, porque es la Verdad Clara. La verdad –y especialmente la verdad de la fe– es la luz de la inteligencia, que guía en los momentos de incertidumbre como en las noches de cerrazón y tormenta el faro guía desde la costa a los barcos para que no naufraguen entre los escollos.

### 3. Hombres sin vida

Los que no están unidos a Cristo son despojos de hombres. Como dice el Apocalipsis: *Sé que tienes nombre de vivo, pero en realidad estás muerto* (Ap 3,1). Es un cadáver que parece vivir. La vida verdadera es la vida del alma. Muerta el alma, el cuerpo no es sino un cadáver que espera su turno para bajar a la tumba. Perdido Dios, está perdida la vida, porque Dios es un Dios vivo, viviente, como lo llama la Escritura (cf. Mt 16,16). Y el alma muere por el pecado; se corrompe cuando se aparta de los mandamientos de Dios. El que peca se suicida; con el pecado el hombre niega someterse a Dios y rechaza a quien le dio y le da el ser y a quien lo mantiene en vida.

También estos tales son hombres sin vida porque son hombres sin esperanza. No hay peor muerte que vivir como ya muertos, es decir, sin esperanza de un más allá. Por algo a quienes llegan a la negación de la inmortalidad y de la resurrección, su psicología los lleva no a darse todos los gozos posibles en este mundo (como parecería lógico) sino que los empuja al suicidio. Porque no se puede vivir sin esperanza.

En cambio Jesús proclama: *Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en mí, aun cuando muera, vivirá... no morirá para siempre* (Jn 11,25). “¿Continuarás con esa inútil huida hasta que sea demasiado tarde? ¿Morirás antes de que hayan muerto tus pecados? ¿O consentirás en desear a Dios antes de que se hayan agotado todas tus pasiones? ¿Qué mejor momento que ahora, con las almas sin lavar, para acudir a Sus manos purificadoras? Sólo Él es nuestro camino. Huyamos de Él y estaremos perdidos. Sólo Él es nuestra luz. Apartémonos de Él y estaremos ciegos. Él es nuestra vida. Si lo abandonamos moriremos. ¿Acaso tememos que, si no removemos los fuegos de nuestra alma con el deseo, las cenizas ahogarán nuestra vida? ¿Hemos dicho que no tenemos nada que entregar, que nuestros años han estallado y desaparecido convertidos en humo? Pero, si no podemos llevarle a Él nuestra bondad, podemos llevar a Él nuestros pecados”<sup>145</sup>.

“Si buscas por dónde caminar, escribe el Angélico Doctor, recibe a Cristo ya que Él mismo es el camino según Isaías 30,21: *Éste es el camino, caminad por él*. Si buscas a dónde ir, únete a Cristo, porque Él es la Verdad, a la que deseamos llegar. Prov 8,7: *Mi boca meditará la verdad*. Si buscas la vida, aférrate a Cristo porque Él es la vida. Prov. 8,5: *Quien me encuentra encontrará la vida y alcanzará la salvación del Señor*. Adhiérete a Cristo, por tanto, si quieres estar seguro. No te puedes perder pues Él es el camino... No te puedes engañar porque Él es la verdad que enseña toda verdad... No puedes temer porque Él es la vida que da la vida... Pues, como dice Agustín: *El Señor dice “Yo soy el camino, la verdad y la vida”, como diciendo: ¿Por dónde quieres ir? Yo soy el camino. ¿Adónde quieres ir? Yo soy la verdad. ¿Dónde quieres subsistir? Yo soy la vida*. Ya que dice también Hilario: *No nos lleva errantes quien es el Camino, ni nos ilusiona falsamente quien es la Verdad, ni nos deja en la muerte quien es la Vida*”<sup>146</sup>.

---

<sup>145</sup> Fulton Sheen, *Paz en el alma*, IberAmericana Argentina, Bs.As. 1951, p. 188.

<sup>146</sup> Santo Tomás, *In Io.*, XIV, III, n° 1870.

El hombre es imagen de Dios en Jesucristo, por tanto, está llamado a conformarse perfectamente con la imagen del Hijo. En la Ley Nueva hay un imperativo moral fundamental, que consiste en el seguimiento de Cristo y la imitación de Dios en y a través de la imitación de Cristo.

En esto consiste el don y la llamada que Dios hace, a través de Cristo, a cada hombre. Por eso es denominado: *donum et mandatum, Evangelium et lex*. Y si se quiere, es el contenido esencial de la Ley Nueva.

### 1. La imitación en el Antiguo Testamento

En el Antiguo Testamento aparece muy a menudo el verbo “seguir”, “ir detrás”, con un significado eminentemente teológico: fidelidad en la fe, en el culto y en la vida. Se usa también “seguir” para describir los actos de apostasía de Israel. Para Oseas, adúlterar en la fe es seguir, “ir detrás”, “ir en seguimiento”, de los amantes, olvidando a Dios-Esposo: *La tierra se está prostituyendo enteramente, apartándose de Yahvéh* (Os 1,2; cf. 2,5.7).

Indica también la **fidelidad** a Yahvéh considerado como Pastor, Rey y Esposo de Israel.

La **conversión** es seguir a Dios como la desposada va detrás de su esposo: *Así dice Yahvéh: De ti recuerdo tu cariño juvenil, el amor de tu noviazgo; aquel seguirme tú por el desierto, por la tierra no sembrada* (Jr 2,2).

Ejemplos de este seguimiento fiel son: Kaleb, recompensado por haber *seguido plenamente a Yahvéh* (Dt 1,36); David, alabado por haber observado los mandamientos, haciéndose modelo de todos cuantos siguen al Señor con todo el corazón (1 Re 14,8); Josías, que se empeña con toda su gente en querer siempre *seguir a Yahvéh* (2 Re 23,3).

Pero, seguir a Yahvéh ¿implica también “imitar” a Yahvéh? Parece que el Antiguo Testamento no llegó a tanto, aunque se aproximó a ello y poseyó esa idea en germen.

No llegó al concepto explícito y directo de “imitación de Dios” por parte de la creatura. La razón fue la fuerte acentuación veterotestamentaria de la “trascendencia divina”. Recordemos el respeto absoluto por esta trascendencia que lleva incluso al uso de circunloquios para evitar nombrar a Dios (“Reino de cielos” por “Reino de Dios”). Y así, aunque tenían mandamientos explícitos al respecto (Lev 19,2: *Sed santos, porque Yo, Yahvéh vuestro Dios, soy santo*), los entendían sólo como “ser santos” sin llegar a la imitación.

Estaba, sin embargo, en germen. Especialmente por el concepto de “parentesco”, “familia” (cf. Gén 1,26-27). Dios se presenta como Padre de su pueblo. Pero en el orden humano eso implica “solidaridad” de destino; el hijo sigue siempre las huellas de su padre, imita sus ejemplos, etc. Esto será remarcado en los libros sapienciales.

### 2. La imitación en los Sinópticos

El seguimiento de Cristo ha sido uno de los momentos fuertes de la vida pública de Nuestro Señor. Hay cuatro cuadros característicos sobre el tema: la llamada de los primeros discípulos a orillas del lago de Genesaret (Mc 1,16-20; Mt 4,12ss; Lc 4,14-15); el llamado a seguir a Cristo hecho a Leví (Mc 2,13-14; Mt 8,9ss); la propuesta al escriba admirador de Cristo (Mt 8,19-22); finalmente, los candidatos al seguimiento de Cristo que aparecen camino a Jerusalén (Lc 9,57-62).

Estas llamadas particulares tienen también una dimensión universal: quien quiere entrar en el orden moral nuevo traído por Cristo debe seguirlo: *Dijo entonces Pedro: ‘Ya lo ves,*

<sup>147</sup> Sigo aquí con libertad la exposición de Dionigi Tettamanzi, *Verità e Libertà*, Piemme, Casale Monferrato 1993, pp. 187 ss.

*nosotros hemos dejado nuestras cosas y te hemos seguido*. El les dijo: *‘Yo os aseguro que nadie que haya dejado casa, mujer, hermanos, padres o hijos por el Reino de Dios, quedará sin recibir mucho más al presente y, en el mundo venidero, la vida eterna (Lc 18,28-30); Decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame (Lc 9,23).*

¿Qué significa “seguir a Jesús? Significa “ir detrás” e “imitar”. *Ir detrás* (Mc 3,14), ante todo. No sólo materialmente (ir físicamente tras Cristo) sino ante todo en sentido teológico: “estar con Jesucristo y participar de su misión salvadora, condicionar su vida, misión y destino”. Esto ocurría ya con el discipulado rabínico. Pero el seguimiento de Cristo contiene rasgos de novedad absoluta:

–Entre los rabinos el discípulo buscaba al maestro para que le enseñase; con Cristo es absolutamente necesaria una llamada soberana y gratuita de Cristo (Mc 5,18-19).

–Entre los rabinos, terminada la instrucción, el discípulo se hacía autónomo; con Cristo, el discípulo debe permanecer siempre discípulo, frente al Maestro único (Mt 23,8.10).

–Los rabinos hacían referencia en toda su enseñanza a la Torá; Jesucristo hace referencia a Sí mismo, no es más una ley sino una Persona que encarna la ley (Mt 11, 28-30).

“Imitar”: seguir significa “vivir-como-Jesús”. Es el modelo que se debe imitar, el ejemplar. En los Sinópticos este aspecto de imitar, de modelarse según el Ejemplar que es Jesús aparece especialmente respecto de dos cosas:

–En el servir y darse hasta el último (Mc 10,44ss; Lc 22,27).

–En la invitación a *hacer la voluntad del Padre* (Mt 12,50); esto se debe unir con la expresión del absoluto y perfecto cumplimiento de la voluntad del Padre, por Cristo (Mt 26,39; Mc 14,36; Lc 22,42).

### 3. La imitación en San Juan

*Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros (Jn 13,15).* Juan usa reiteradamente el verbo “seguir” y el término “discípulo”. En particular, en Juan el seguimiento de Cristo se conecta íntimamente con la Fe, al punto tal que “seguir a Jesús” y “creer en él” son casi equivalentes. Por ejemplo se puede ver el paralelismo entre “seguir” o “caminar” y “creer en la luz”:

–Jn 8,12: *Jesús les habló otra vez diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida.*

–Jn 12,35-36: *Jesús les dijo: Todavía, por un poco de tiempo, está la luz entre vosotros. Caminad mientras tenéis la luz, para que no os sorprendan las tinieblas; el que camina en tinieblas, no sabe a dónde va. Mientras tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz.*

Crear ¿en qué? En Él como camino (Jn 14,5-6). Este “seguir-fe” se ve profundamente en la alegoría del Pastor (cf. Jn 10,2-16). Aquí se concentran todas las grandes tesis de san Juan:

–La iniciativa la tiene el Padre (portero, guardián): v.3.

–La necesidad de afinidad interior para percibir el llamado de Cristo: v.4-5 (conocer su voz; no conocer la voz de los extraños).

–El carácter personal (v.14) y comunitario de la fe (v.16).

–El rol decisivo de Cristo que es el único que puede dar la vida en abundancia (v.10).

Este seguimiento se hace imitación por obra de la **caridad**. La caridad y el amor imitante se hacen fundamento y la motivación del obrar moral de los discípulos:

–Jn 13,13-15: *Vosotros me llamáis ‘el Maestro’ y ‘el Señor’, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros.*

–Jn 13,34-35: *Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros.*

–Jn 15,9-12: *Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Os he dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado. Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado.*

La llamada a la imitación es, en San Juan, explícita: *para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros* (Jn 13,15). Ese “como” hace referencia a dos niveles:

–Un nivel histórico: a lo que fue hecho por Jesús, su amor para con los hombres, el dar su vida, su muerte;

–Un nivel trascendente y eterno: el amor del Padre y del Hijo (Jn 15,9-10).

La imitación se **funda, en última instancia, en la participación**. La imitación de Cristo, en su amor sacrificial, es posible y obligatoria, porque el amor del Padre y del Hijo ha sido participado al creyente: *Yo les he dado a conocer tu Nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos* (Jn 17,26).

La vida trinitaria y el amor de Dios al hacerse presente en el corazón del cristiano se hace fuente de la caridad y de la imitación del cristiano. O, lo que es igual, la adopción por parte de Dios (que es por participación) es lo que nos exige obrar y nos capacita para ello: *Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no le conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro... Todo el que permanece en él, no peca. Todo el que peca, no le ha visto ni conocido. Hijos míos, que nadie os engañe. Quien obra la justicia es justo, como él es justo... En esto se reconocen los hijos de Dios y los hijos del Diablo: todo el que no obra la justicia no es de Dios, ni tampoco el que no ama a su hermano. Pues éste es el mensaje que habéis oído desde el principio: que nos amemos unos a otros... En esto hemos conocido lo que es el amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos* (1 Jn 3,1-3.6-7.10-11. 16).

Por eso se puede comprender por qué Jesús llama a este mandamiento “suyo” y “nuevo” (Jn 13,34), siendo que ya se prescribía en el Levítico (19,18). Lo suyo y lo nuevo viene por el modelo y la motivación y la eficacia: “como-yo-os-he-amado”. Es el modelo, fuente, fundamento y punto máximo de la imitación de Cristo.

#### 4. La imitación de Cristo en San Pablo

*Revestíos del Señor Jesucristo* (Rom 13,14).

Para San Pablo esta imitación brota de la nueva condición ontológica. Hay una nueva situación ontológica, en cuanto el justificado, según San Pablo: es una nueva creatura (Gál 6,15; 2Cor 5,17), ha nacido de nuevo, es nueva hechura y creación de Dios (Ef 2,10) y es un hombre nuevo (Ef 2,15).

Esto es lo que expresa el Apóstol de las Gentes con la fórmula acuñada por él y que aparece más de 160 veces en sus escritos: “ser-en-Cristo”. No es una simple relación de conocimiento y amor sino incorporación, inserción, hasta el punto de hacernos una sola cosa con él (Gál 3,28). Así como toda creatura, en cuanto creatura es totalmente dependiente de Dios, así en cuanto redimida **depende** (pender-de) totalmente de Cristo.

De esta nueva condición brota una nueva exigencia moral. “Operari sequitur esse”. Si el cristiano “es” en Cristo, puede y debe “vivir” en Cristo. Esto San Pablo lo pone en evidencia por

medio de indicativos morales (Rom 6,6; Gál 2,20) e imperativos morales (Ef 4,21-24; Rom 13,14).

Y por debajo de todo esto subyace en el imperativo fundamental del cristiano que será ahora la imitación de Cristo y la conformación con Jesucristo que San Pablo muchas veces presenta como imitación de sí mismo, a su vez, imitador de Cristo (1 Tes 1,6; 2 Tes 3,7.9; 1 Cor 4,16; 11,1).

El fundamento último de la imitación de Cristo es la vocación eterna del hombre (cf. Rom 8,28-30). Asimismo, la imitación-conformación con Cristo se realiza dentro de la estructura sacramental. El eterno designio de Dios de hacer al hombre imagen de Cristo (imitación ontológica) se realiza en la imitación sacramental de la muerte y resurrección de Cristo. Esto tiene lugar en el Bautismo. Y así, es el bautismo el que hace posible y exigente la imitación moral, es decir, que todo el obrar de nuestra vida se conforme con el obrar de Cristo. La mejor expresión de esto está en el capítulo 6 de la Carta a los Romanos (cf. Rom 6,1-13); también aparece en la carta a los Colosenses (cf. Col 3,1-4).

San Pablo lo expresa con la idea recurrente de “revestirse de Cristo”: se produce en el bautismo (Gál 3,27), exige, como consecuencia, llevarlo a la conducta (Rom 13,14), exige revestirlo en la vida práctica (Ef 4,24).

Esta imitación de Cristo realiza la exigencia más radical de **imitar a Dios** (Ef 4,32-5,2). La imitación de Cristo y la imitación de Dios están estrechamente ligadas. Y esto es así por la doctrina paulina de la **imagen**. Jesucristo es imagen de Dios en el doble plano de la humanidad y de la divinidad (1 Cor 15,47-49; Col 1,15-19; 2 Cor 4,4). Y esto afecta al cristiano predestinado a ser conforme a la imagen del hijo (Rom 8,29-30).

De este modo, para San Pablo, a través de la imitación de Cristo, la imagen de Dios invisible, el cristiano llega a la perfecta conformación con Dios: *Mas todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos: así es como actúa el Señor, que es Espíritu* (2 Co 3,18).

### XIII. ESPOSO DE LA IGLESIA

*La Iglesia se ha despertado en nuestras almas*  
(Romano Guardini)

“Este nombre de Esposo nos da a entender... el ayuntamiento y la unidad estrecha que hay entre Cristo y la Iglesia”<sup>148</sup>.

Escribió San Pablo dirigiéndose a los Efesios: *Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada. Así deben amar los maridos a sus mujeres como a sus propios cuerpos. El que ama a su mujer se ama a sí mismo. Porque nadie aborreció jamás su propia carne; antes bien, la alimenta y la cuida con cariño, lo mismo que Cristo a la Iglesia, pues somos miembros de su Cuerpo. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne. Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia* (Ef 5,25-32).

San Pablo atribuye la afirmación del Génesis (*Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne: Gn 2,24*) a la relación misteriosa entre Cristo y la Iglesia. No niega que aquello se refiera con verdad a Adán y Eva, sino que añade, como bien dice Fray Luis de León, que “aquella verdad fue semejanza de aqueste otro hecho secreto”<sup>149</sup>. Cada una de las afirmaciones del Apóstol cobra en su expresividad una singular densidad:

*Dilexit, la amó* (v.25)  
*tradidit semetipsum pro ea*, se entregó por ella (v.25)  
*ut illam sanctificaret*, para santificarla (v.26)  
*mundans lavacro aquae*, limpiándola con el lavado del agua (v.26)  
*ut exhiberet ipse sibi*, para exhibírsela a sí mismo  
*gloriosam*, gloriosa  
*non habentem maculam*, sin mancha  
*aut rugam*, ni arruga  
*ut sit sancta*, para que fuera santa  
*et immaculata*, e inmaculada.

Hay notar la estrecha relación que existe en la mente de San Pablo entre el *dilexit* (amó) y el *tradidit* (se entregó); se entregó porque la amó; es el amor el que empuja a Cristo a entregarse por la Iglesia. La misma idea reaparece en otros textos: *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me*: Me amó y se entregó por mí (Gál 2,20); *Maiorem dilexionem nemo habet quam ut animam suam ponat quis pro amicis suis*: Nadie tiene amor más grande que quien da (pone) su vida por sus amigos (Jn 15,13); *Si tradidero corpus meum ita ut ardeam, caritatem autem non habuero nihil mihi prodest*: Si entregare mi cuerpo al fuego, pero no tengo caridad, nada me aprovecha, (1 Cor 13,3). Este último texto describe como una absurda deformación toda “entrega” que no nazca de la “charitas”. Por eso, por nacer de la caridad, San Buenaventura definía a la Iglesia con una hermosa fórmula diciendo: *Ecclesia mutuo se diligens est*, la Iglesia es la congregación de los que se tienen mutua caridad<sup>150</sup>.

El acto propio del amor es la **entrega**, la **donación**. El amor hace salir de sí (éxtasis), para unirse a lo amado en un acto oblativo, en un amor de ofrenda. Por el mismo motivo, la **medida de la entrega** señala la medida del amor. Y en tal sentido, la entrega suprema, la de la

<sup>148</sup> Fray Luis de León, *De los nombres de Cristo*.

<sup>149</sup> Ibid.

<sup>150</sup> San Buenaventura, *Colaciones sobre el Hexaémeron*, I, Obras Completas, B.A.C., Madrid 1947, T.III, p. 178.

propia vida, coincide con la perfección de la caridad: “El martirio, entre todos los actos virtuosos, es el que de modo máximo demuestra la perfección de la caridad. Porque tanto más demuestra alguien que ama algo, cuanto más cosas desprecia por la cosa amada, y cuanto más cosas odiosas elige padecer por ella”<sup>151</sup>.

La **finalidad** de esta entrega es doble. De modo inmediato es santificar la Iglesia, limpiarla, purificarla. La relación entre la entrega de Cristo y la **pureza** de la Iglesia es esencial. La entrega significa aquí: desangrarse; el sacrificio de la cruz; y la sangre purifica, como dice la Carta a los Hebreos (cf. Hb 9,22). La intención **última** es, en cambio, el presentársela a Sí mismo inmaculada, sin defecto, sin mancha, para hacerse “uno” con Ella. Es el misterio del amor electivo y unitivo. Tanta unión rige entre Cristo y la Iglesia, que a Saulo, camino a Damasco, le pregunta: *¿Saulo, por qué me persigues?* (Act 9,4); le pregunta en primera persona, identificándose con su cuerpo místico herido por la furia ciega de Saulo; de este modo, el mismo Señor sienta las bases para que pueda hablarse de una propia “*comunicatio idiomatum*” (comunicación de idiomas) entre Él y la Iglesia, es decir, que cuanto se diga de Cristo pueda decirse también de la Iglesia y viceversa. De este modo, quien escucha a la Iglesia, escucha a Cristo, quien persigue a la Iglesia, persigue al mismo Cristo. Santo Tomás irá mucho más lejos al afirmar que Cristo y la Iglesia forman “una persona mística”: *Christus et Ecclesia est una persona mystica*, Cristo y la Iglesia son una persona mística<sup>152</sup>. Santa Catalina de Siena, escribiendo al rebelde Nicolò Soderini, afirmaba al hablar de la Iglesia: “Se tu se’ contra la Chiesa santa, come potrai partecipare il sangue del Figliuolo di Dio? La Chiesa non è altro che esso Cristo”: “Si tú estás contra la Iglesia santa, ¿cómo podrás participar de la Sangre del Hijo de Dios? Pues la Iglesia no es otra cosa que el mismo Cristo”<sup>153</sup>. Y a Urbano VI decía: la Iglesia es “il cellaio dove sta il sangue dell’immacolato Agnello”, la Iglesia es la despensa donde se guarda la sangre del Cordero inmaculado<sup>154</sup>.

“Sponsus est Christus”, dice Santo Tomás: “El esposo es Cristo, como dice el Salmo 18,6: *Como el esposo que sale de su tálamo*. La esposa suya es la Iglesia, que se une a Él por la fe. Oseas afirma (2,20): *Te desposaré conmigo en la fe*. En figura de ésta dice Séfora a Moisés: *Eres esposo de sangre para mí* (Ex 4,25). Y de estas nupcias se lee en el Apocalipsis (19,7): *Llegaron las bodas del Cordero*”<sup>155</sup>... Todos los demás ministros no son más que “los amigos del esposo”, como Juan Bautista se define a sí mismo respecto de Cristo. Hermosamente explica el Aquinate esta expresión: “Aquí [Juan Bautista] se define a sí mismo como amigo para insinuar la fidelidad de su amor a Cristo. Pues el siervo no se mueve hacia las cosas de su señor por afecto de caridad sino por espíritu de servidumbre; el amigo, en cambio, por amor se preocupa por las cosas de su amigo y lo hace con fidelidad. Por eso el siervo fiel es como amigo de su señor; como dice el Eclesiástico: *Si tienes un siervo fiel, sea para ti como tu alma* (33,31). La fidelidad del siervo se manifiesta cuando se goza de los bienes del señor, y cuando busca el bien no para sí sino para su señor. Así, pues, como Juan no se reservó la esposa a él confiada para sí mismo sino para el esposo, se comportó como siervo fiel y como amigo del esposo... Así deben hacer los hombres que son amigos de la verdad: que la esposa que les ha sido confiada para custodiarla, no la conviertan en su propia utilidad y gloria, sino que la preserven honrosamente para gloria y honor del esposo; de otra manera, no serían amigos del esposo sino más bien adúlteros”<sup>156</sup>.

El amor de Cristo hacia la Iglesia –ejemplar de todo amor hacia Ella, especialmente del amor sacerdotal– fue inmenso, laborioso, orante y crucificado<sup>157</sup>.

---

<sup>151</sup> Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 124, 3.

<sup>152</sup> Santo Tomás, *Comentario a la Epístola a los Colosenses*, c.1, 1.6; cf. III, 48,2 ad 1; De verit., 29,7 ad 11; Pío XII, *Mystici Corporis*, 31.

<sup>153</sup> Santa Catalina de Siena, *Carta 171, a Nicolò Soderini*.

<sup>154</sup> Idem, *Carta 306, a Urbano VI*.

<sup>155</sup> Santo Tomás, *In Io.*, III,III, n° 518.

<sup>156</sup> Ibid., n° 519.

<sup>157</sup> Cf. Pío XII, *Mystici Corporis*, 37-51.

Fue un amor **inmenso, omniabarcante**. Fue tan vasto que no excluyó a nadie. Derramó su Sangre para salvar a todos los hombres uniéndolos a su Iglesia. Nadie puede llegar a comprender *cuál es la anchura, la longura, la altura y la profundidad de la caridad de Cristo* (Ef 3,18).

Fue un amor **laborioso**. No puede señalarse un momento en el cual Jesucristo, desde su Encarnación, cuando puso el primer fundamento de su Iglesia, hasta el término de su vida mortal, no haya trabajado hasta el cansancio, a pesar de ser Hijo de Dios, con los ejemplos de su santidad, predicando, conversando, para formar o confirmar su Iglesia.

Fue un amor **orante**. Jesucristo manifestó el ardor de su amor por la Iglesia en incesantes súplicas que dirigía por Ella a su Padre. Cuando estaba por subir a la Cruz oró fervorosamente por la fe de Pedro (cf. Lc 22,32), por los demás Apóstoles (cf. Jn 17,9-19), por todos los que habían de creer en Él (cf. Jn 17,20-23).

Fue un amor **crucificado**. Cristo mostró su amor a la Esposa sin mancha, especialmente con sus dolores y angustias, que sufrió libremente por Ella y en la efusión de su Sangre. Los Santos Padres y luego de ellos muchos teólogos, para resaltar esta dependencia de la Iglesia respecto de la Sangre de Cristo vertida en la Cruz, gustaban decir que Ella nació del costado de Cristo abierto por la lanza. Así, por ejemplo, en el medioevo, San Buenaventura, resumiendo esta tradición, decía: “Se dice en el Génesis: *El Señor Dios hizo caer sobre Adán un profundo sueño, y mientras estaba dormido, le quitó una de las costillas* y formó una mujer... Hay aquí un misterio. ¿Acaso se formó la Iglesia del costado de Cristo, mientras Cristo dormía en la cruz? Y de su costado brotó sangre y agua, es decir, los sacramentos, por los cuales renace la Iglesia. De la costilla de Adán fue formada Eva, la que se le unió en matrimonio... Así como del costado de Adán dormido fue formada la mujer, así también la Iglesia de Cristo pendiente en la cruz”<sup>158</sup>.

Purificada por la Sangre de Cristo, la Iglesia puede dialogar con sus hijos, como lo hacía con Francisco Palau:

–*¡Belleza incomparable!, dime, ¿quién eres tú?*

–*Soy Rebeca.*

–*Tú no eres una mujer.*

–*Soy figura de una mujer...*

*Soy la hija del Eterno.*

–*Eres una sombra figurada, ¿o a qué aludes?*

*¡Oh sombra!, dime, ¡sombra!, ¿de quién eres?*

–*Yo aludo a una belleza infinitamente amable y es la congregación de todos los santos del cielo y de los justos de la tierra, unida a Cristo, mi cabeza.*

–*¿Eres tú la Iglesia Universal?*

–*Así es. Yo soy la amada, soy tu esposa*<sup>159</sup>.

---

<sup>158</sup> San Buenaventura, *Los siete dones del Espíritu Santo*, Obras completas, B.A.C., Madrid 1948, t. V, p. 535.

<sup>159</sup> Beato Francisco Palau, *Mis relaciones con la hija de Dios*.

## XIV. EL LIBERTADOR DE LA LIBERTAD

### 1. El drama de la libertad

Los hombres y mujeres de nuestro tiempo se encuentran en una encrucijada donde se conjugan ansiedad y esperanza, incertidumbre y expectativa; una angustiada oscuridad quebrada pocas veces por efímeros haces de luz. Nuestro tiempo conoce ciertos destellos fugaces: tiene más conciencia de la dignidad de la persona y de la libertad humana, concede mucho valor a las relaciones entre los hombres (especialmente entre el hombre y la mujer en el matrimonio), valora más la dignidad de la mujer, resalta mucho la responsabilidad en la procreación, etc. Pero también está ensombrecida por crisis dolorosas: crisis del matrimonio (divorcio, uniones libres, convivencias a prueba), crisis del amor (relaciones prematrimoniales, prostitución, homosexualidad.), crisis de la paternidad y la maternidad (aborto, esterilización, fecundaciones de laboratorio, incapacidad de hacer madurar y educar a los hijos). Y por encima de todo, la crisis más grave e intolerable: la de **no saber amar**. La cultura de nuestro siglo se ha transformado en una cultura de muerte, aprendida a veces en la escuela de la familia... ¿Cómo es posible?

En la base de todo este dramático espectáculo se encuentra la corrupción de la idea y de la experiencia de la libertad. La libertad es no sólo lo más digno que tenemos, sino la cualidad por la cual somos dignos. Y es esa libertad lo que hemos desvirtuado. Y desvirtuada la libertad, se desvirtúan sus actos. El acto más perfecto de la libertad es el amor. Pero de una falsa libertad mana un falso amor. Y así como el verdadero amor es fuente de vida, el falso amor engendra muerte.

El amor verdadero y la libertad que lo realiza son fuente de vida. Un acto de Amor, ha dado existencia y vida al Universo; de él nos habla la historia del Génesis. Un acto de amor da origen y vida y cada ser humano; de él nos habla nuestra historia personal que hunde sus raíces en el amor de nuestros padres. Un acto de amor ha dado la vida a nuestros corazones envejecidos por el pecado; de él nos habla la Pasión de Jesucristo.

Pero por los mismos motivos el falso amor está cerrado a la vida y engendra muerte.

Nuestro siglo no sabe amar, ni puede. Porque el amor es acto de su libertad, y la suya es una libertad paradójicamente esclava y servil. Una libertad que en vez de llevar a plenitud, destruye: destruye las sociedades, las familias, y los individuos. Los hombres de nuestro tiempo, habiendo roto con la Verdad y con la Vida, que es Dios, no son libres. Creen que lo son; pero son esclavos de su propia libertad: de su libertad corrompida. Tienen, como decía San Agustín, libertad para la muerte, pero desconocen las cuatro grandes libertades que son el ápice de la majestad del hombre: libertad del error, pero no para el error; libertad del pecado, pero no para el pecado, porque *El que comete pecado es esclavo del pecado* (Jn 8,34); libertad de la ley, porque para el santo no hay ley, en cuanto lo que manda la ley él lo hace por amor; libertad de la muerte, y no libertad para engendrar muerte.

El hombre de hoy ha renunciado a la libertad desde el momento en que perdió su amor por la verdad. “La pregunta de Pilatos: ‘¿Qué es la verdad?’”, emerge también hoy desde la triste perplejidad de un hombre que a menudo no sabe quién es, de dónde viene, ni adónde va... Y lo que es aún más grave: el hombre ya no está convencido de que sólo en la verdad puede encontrar la salvación...”<sup>160</sup>. Por eso “asistimos no pocas veces al **pavoroso precipitarse** de la persona humana en situaciones de autodestrucción progresiva”.

### 2. Cristo, el *Goel*

---

<sup>160</sup> VS 84.

¿De dónde vendrá una luz para este mundo de tinieblas? “La libertad necesita ser liberada”, ha dicho el Papa<sup>161</sup>. Y Cristo es su libertador: *para ser libres nos libertó* (Gál 5,1).

Hace dos mil años, un anciano de casta sacerdotal llamado Zacarías, cantó en presencia de Isabel su esposa y de la prima de ésta, María de Nazaret un cántico que la Iglesia repite día a día: *Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios un Sol naciente nos visita de lo alto, para iluminar a los que están sentados en tinieblas y sombras de muerte* (Lc 1,78-79). Zacarías estaba describiendo la nueva creación que María llevaba todavía enclaustrada en su seno virginal.

Cristo, por medio de su cruz y resurrección, ha realizado nuestra redención que es la liberación en su sentido más profundo ya que ésta nos ha liberado del mal más radical, es decir, del pecado y del poder de la muerte. Isaías dice claramente del Mesías Rey: *El yugo que les pesaba y el dogal de su hombro, la vara de su tirano, has roto... Porque una criatura nos ha nacido, un hijo se nos ha dado. Estará el señorío sobre su hombro, y se llamará su nombre Maravilla de Consejero, Dios Fuerte, Siempre Padre, Príncipe de Paz. Grande es su señorío y la paz no tendrá fin sobre el trono de David y sobre su reino, para restaurarlo y consolidarlo por la equidad y la justicia. Desde ahora y hasta siempre, el celo de Yahveh Sebaot hará eso* (Is 9,3-7).

El Evangelio es, por eso, un mensaje de libertad y una fuerza de liberación que lleva a cumplimiento la esperanza de Israel, fundada en la palabra de los Profetas. Se apoya en la acción de Yahvéh que interviene como *goel*, liberador, redentor, salvador de su pueblo (Cf. Is 41,14; Jer 50,34). *Goel*, es una palabra que se aplica a la idea de un lazo de parentesco entre el que libera y el que es liberado. *Si se empobrece tu hermano y vende algo de su propiedad – dice el Levítico–, su goel más cercano vendrá y rescatará lo vendido por su hermano. Si alguno no tiene goel, adquiera por sí mismo recursos suficientes para su rescate* (Lv 25,25-25).

El centro de la experiencia cristiana de la libertad está en la justificación por la gracia. Esta gracia nos libera del pecado y nos introduce en la comunión con Dios, nos da el perdón de los pecados. Es en Cristo, y por la gracia, que podemos vencer el pecado, y es en Él que la muerte ya no nos separa de Dios. El mismo cosmos, del que el hombre es centro y ápice, espera ser liberado *de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios* (Rom. 8,21). Ya desde ese momento Satanás está en dificultad; él, que tiene el poder de la muerte, ha sido reducido a la impotencia mediante la muerte de Cristo (cf. Jn 12,31; Hb 2,14-15).

La libertad traída por Cristo en el Espíritu Santo, nos ha restituido la capacidad –de la que nos había privado el pecado– de amar a Dios por encima de todo y permanecer en comunión con él. Somos liberados del amor desordenado hacia nosotros mismos, que es la causa del desprecio al prójimo y de las relaciones de dominio entre los hombres.

Sólo Jesucristo puede hacernos libres:

–Porque Jesucristo manifiesta que el reconocimiento abierto de la verdad es condición para la auténtica libertad: *Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres* (Jn 8,32).

–Sólo Jesucristo porque Él es el testigo de la verdad: *Para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad* (Jn 18,37).

–Sólo Jesucristo porque Él ha dado el ejemplo más grande de la intachable libertad al encarnarse libremente y al dar su vida libremente: *Nadie me quita la vida; yo la doy libremente* (Jn 10,18). Y esto por amor.

–Sólo Jesucristo porque Él es el libertador de nuestra libertad esclava: *Para ser libres os libertó Cristo* (Gál 5,1).

Por eso son figura y *typos* suyos todos los grandes Libertadores del Antiguo Testamento: Moisés, Josué, Sansón, Gedeón, David, Matatías, Judas Macabeo, etc.

---

<sup>161</sup> VS 86.

Y así, con una libertad redimida, sanada por la gracia, el hombre puede amar con un amor auténtico, casto, verdadero. Y este amor y esta libertad engendran vida: del alma, de la familia, de los hijos, de las sociedades, del mundo.

Quien no trabaja por volver a los hombres al conocimiento y al amor de Cristo corre inútilmente y es inútil cuanto haga. ¡Qué sabías aquellas palabras de San Agustín: *Qui praeter viam currit inaniter currit*<sup>162</sup>!, quien corre fuera del camino, corre vanamente aunque corra mucho. No hay salvación fuera de Jesucristo.

No hay libertad fuera de Jesucristo. No hay restauración fuera de Jesucristo. A todos los hombres de nuestro tiempo, Nuestro Señor parece dirigirles aquellas palabras que un místico y desconocido artista grabó, allá por el 1600, sobre un crucifijo flamenco:

*Yo soy la Luz, y no me miráis.  
Yo soy el Camino, y no me seguís.  
Yo soy la Verdad, y no me creéis.  
Yo soy la Vida, y no me buscáis.  
Yo soy el Maestro, y no me escucháis.  
Yo soy el Señor, y no me obedecéis.  
Yo soy vuestro Dios, y no me rezáis.  
Yo soy vuestro mejor Amigo, y no me amáis.  
Si sois infelices, no me culpéis.*

---

<sup>162</sup> San Agustín, In 1 Jn 4,20.

De nadie mejor que del mismo Jesús de Nazaret puede decirse que *oraba en todo tiempo sin desfallecer* (cf. Lc 18,1). La oración era la **vida de su alma y toda su vida era oración**. Por eso dice la carta a los Hebreos hablando de Él: *habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente* (Hb 5,7). Jesucristo no sólo oró, sino que fue el Supremo Orante. Pero, ¿puede orar Dios? Jesucristo no oró en cuanto Dios: en cuanto tal nada tiene que pedir ni suplicar, ni preguntar, ni buscar consuelo. La oración es ciertamente la expresión máxima de su alma humana. Jesús, al mismo tiempo que posee una voluntad omnipotente, posee también una voluntad humana, como la nuestra, la cual tiene deseos y aspiraciones que no puede realizar sin el concurso y la intervención del poder divino. La unión hipostática, en efecto, se realizó en una unidad personal y no de naturaleza; la oración representa para Cristo la unión con Dios según la operación de su mente. Cristo en cuanto Hombre es el Orante Perfecto. Por eso hay pasajes en los Evangelios que ponen de relieve la oración de Jesús, declarando explícitamente que “Jesús rezaba”.

### 1. Jesús rezaba frecuentemente

Jesús rezaba en diversos momentos del día y de la noche y en varias circunstancias. A veces rezaba **muy de mañana**, adelantándose al despuntar del sol: *a la mañana, mucho antes del amanecer, se levantó, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba* (Mc 1,35). También **interrumpía el día** para rezar: *concurrían –dice San Lucas– numerosas muchedumbres para oírle y ser curados de sus enfermedades, pero Él se retiraba a lugares solitarios y se daba a la oración* (Lc 5,15-16). Y especialmente oraba durante las **largas y solitarias noches** israelitas: *una vez que despidió a la muchedumbre, subió a un monte apartado para orar, y llegada la noche, estaba allí solo* (Mt 14,23).

La oración acompaña la vida cotidiana de Cristo. Él, como todo judío observante, subía desde pequeño todos los años a Jerusalén (cf. Lc 2,41ss), entraba *los sábados en la sinagoga, según era la costumbre* (Lc 4,16).

### 2. Los acontecimientos importantes

Los Evangelios subrayan también el hecho de que la oración acompañaba los acontecimientos de mayor importancia en la vida de Jesucristo. Así, por ejemplo, el momento que precede la teofanía que tiene lugar en el bautismo del Jordán: *Aconteció, pues, que, bautizado Jesús y orando, se abrió el cielo...* (Lc 3,21). También durante su transfiguración: *... tomando a Pedro, a Juan y a Santiago, subió a un monte para orar. Mientras oraba, el aspecto de su rostro se transformó...* (Lc 9,28-29). Una de las más fervientes oraciones tiene lugar antes de mandar a Lázaro que retorne de la tierra de los muertos: *Y Jesús, alzando los ojos al cielo, dijo: Padre: te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que siempre me escuchas, pero por la muchedumbre que me rodea lo digo, para que crean que tú me has enviado* (Jn 11,41-42). Esta última escena tiene la importancia capital de mostrarnos la confianza y certeza que caracteriza la oración de Cristo en relación con su Padre Celestial: *me has escuchado... siempre me escuchas*.

### 3. La oración y las grandes decisiones de Cristo

La oración precede y acompaña siempre las grandes decisiones de Cristo que nos conservan los Evangelistas, especialmente aquellos momentos que representan los grandes pasos de su misión mesiánica.

Así, por ejemplo, al comenzar su **ministerio público** se retira al desierto para ayunar y orar; la oración se convierte aquí en una larga plegaria (cf. Mt 4,1-11).

Lo mismo ocurre **antes de elegir y llamar a los Apóstoles**: *Jesús salió hacia la montaña para orar, y pasó la noche orando a Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sí a los discípulos y escogió a doce de ellos, a quienes dio el nombre de apóstoles* (Lc 6,12-13).

También **antes de la confesión de Pedro**, cerca de Cesarea de Filipos: *...Y sucedió que mientras él estaba orando a solas, se hallaban con él los discípulos y él les preguntó: '¿Quién dice la gente que soy yo?'. Ellos respondieron: 'Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que un profeta de los antiguos ha resucitado'. Les dijo: 'Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?' Pedro le contestó: 'El Cristo de Dios'* (Lc 9,18-20).

#### 4. Las tres grandes oraciones de Jesús

Hay, sin embargo, tres grandes momentos de oración en la vida de Cristo que nos revelan lo más hondo de su psicología teándrica: la oración sacerdotal de la Última Cena, la oración en el Huerto de los Olivos y la oración desde la Cruz.

##### 1) La oración sacerdotal de la Última Cena

*... Alzando los ojos al cielo, dijo: 'Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Y que según el poder que le has dado sobre toda carne, dé también vida eterna a todos los que tú le has dado'* (Jn 17,1-2).

En esta oración, que representa también su testamento espiritual, Jesucristo ora por la finalidad esencial de su misión que es la gloria de Dios y la salvación de los hombres. Por eso añade: *Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo. Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora, Padre, glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese* (Jn 17,3-5). Y añade luego: *Por ellos ruego; no ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado, porque son tuyos* (Jn 17,9). Ruega no sólo por su salvación, sino para que sean *uno* (17,21), para que el Padre *los santifique en la verdad* (17,17), para que *los libre del mal* (17,15).

También en esta plegaria Cristo, de alguna manera, rinde cuentas al Padre de su misión en la tierra: *He manifestado tu Nombre a los hombres que tú me has dado tomándolos del mundo. Tuyos eran y tú me los has dado; y han guardado tu Palabra. Ahora ya saben que todo lo que me has dado viene de ti* (Jn 17,6-7).

Esta oración es la síntesis de la autorrevelación de Dios en el Hijo. Por eso es, de alguna manera, el centro de la revelación de los Evangelios. Aquí se revela el *mysterium Ecclesiae*, es decir, el misterio de la fe futura de la Iglesia. Queda también revelado de modo definitivo la unidad entre el Padre y el Hijo y el amor y sublimidad de la vocación a la que Jesús llama a sus discípulos: vocación a la amistad íntima con las Divinas Personas que se da en la inhabitación de la Trinidad toda en el alma del justo (Jn 14,23).

##### 2) La oración del Huerto

En la oración en Getsemaní resalta sobre todo su verdad de "Hijo del hombre". *Triste está mi alma hasta la muerte. Permaneced aquí y velad* (Mc 14,34). Las palabras de su oración

manifiestan la profundidad de su sufrimiento: *Y decía: ‘¡Abbá, Padre!; todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú’* (Mc 14,36).

Parece que se refiere a esta oración la Carta a los Hebreos cuando habla de sus oraciones y súplicas con poderosos *clamores y lágrimas* (Hb 5,7).

Pero a pesar de que brilla aquí más su humanidad doliente y queda opacada su majestad divina, también se hace sentir la unión de Jesús con el Padre en la voluntad de redimir al mundo por medio de sus dolores y de su Sangre. La Palma ha descrito este trago amargo con trazos vigorosos al decir: “Puesto allí, *se hincó de rodillas* (Lc 22,41) y luego *se postró* con profundísima humildad y no menor congoja; y, poniendo su divina faz *sobre la tierra* (Mt 26,39), dio principio a su oración, diciendo: *Padre* (Lc 22,42). Y por otro evangelista repitió dos veces: *Padre, Padre* (Mc 14,36). Y por otro dice: *Padre mío* (Mt 26,39): regalándose con el Padre que le mandaba morir y le entregaba a la muerte; y sujetándose amorosamente y con espíritu de hijo a su Padre, aunque le veía con el cuchillo en la mano, mucho mejor que lo hizo Isaac, que viendo a su padre armado con el fuego y el cuchillo para ofrecerle en sacrificio, le dijo: *Pater mi!*: ¡Padre mío! (Gén 22,7)... Dijo, pues el Señor: *Padre, Padre, y Padre* singularmente *mío*, que soy tu Hijo natural: *Si es posible* (Mt 26,39), o, como dijo otro evangelista: *Si Tú quieres* (Lc 22,42), esto es, si con tu voluntad y queriéndolo Tú es posible, suplicote que no beba Yo este cáliz... Con todo eso, hizo fuerza otra vez en lo mismo, remitiéndose más expresamente a la voluntad de Dios; y como volviendo sobre sí, dijo: *Verumtamen, non sicut ego volo, sed sicut tu* (Mt 26,39), pero no se haga, Señor, como Yo lo quiero, sino como lo quieres y ordenas Tú”<sup>163</sup>.

### 3) La oración de la Cruz

La oración de la Cruz es, finalmente, la revelación de la Misericordia de Cristo para con los hombres y su máxima expresión de amor y confianza en su Padre.

Su misericordia redentora queda manifestada en su intercesión por los hombres: *Jesús decía: ‘Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen’* (Lc 23,34). Tres veces se dirige Jesús al Padre en la Cruz con palabras audibles para quienes presenciaban su agonía; pero lo hace con términos distintos: dos veces lo invoca como Padre y una como Dios. Lo llama Padre para pedirle el perdón de quienes lo estaban crucificando; Él había confesado al Padre ante el Sanhedrín y eso le había acarreado la condena a muerte; ¿qué podía, por tanto, negarle el Padre en aquella hora y ante tan amorosa súplica? Lo invoca como Dios en la “cuarta palabra” que pronuncia desde la Cruz, comenzando a recitar el Salmo 22: *Eloí, Eloí..., Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* (Mt 27,46). Vuelve a llamarlo Padre en el momento sublime de entregarle su alma: *Padre, en tus manos depongo mi espíritu* (Lc 23,46). Toda su confianza y amor al Padre brillan en ese último y majestuoso acto, su postrer pensamiento.

### 5. La oración continua de Cristo

Ciertos teólogos, como Medina y Vázquez, han dicho que Jesús en el cielo, propiamente hablando, ya no reza por nosotros, sino que sólo muestra a su Padre su humanidad y sus llagas, signos de sus méritos pasados. Otros, siguiendo a San Agustín y Santo Tomás, prefieren entender literalmente las palabras del autor de la Carta a los Hebreos: *Cristo Jesús... el que resucitó... es quien intercede por nosotros* (Hb 7,25); y también las del Apóstol San Juan: *Tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo* (1 Jn 2,1). El que Nuestro Señor continúe pidiendo que se apliquen sus méritos pasados a tales o cuales almas, no representa ninguna imperfección para Él, sino que es una nueva expresión de su amor por nosotros.

---

<sup>163</sup> Luis de la Palma, *Historia de la Sagrada Pasión*, c.9,1.

Santo Tomás lo explica al decir: “Como la oración por los demás proviene de la caridad de los santos que están en la patria, más oran por nosotros, para ayudarnos en nuestro viaje; y cuanto más unidos están a Dios más eficaz es su oración... Por eso se dice de Cristo: *el que resucitó... es quien intercede por nosotros*”<sup>164</sup>. Y San Agustín: “aún ahora ruega por nosotros; como nuestro Sacerdote, ruega por nosotros; como nuestra cabeza, ruega por nosotros; como nuestro Dios, nosotros le oramos a Él”<sup>165</sup>. San Gregorio Magno decía: “quotidie orat Christus pro Ecclesia”, todos los días ora Cristo por la Iglesia<sup>166</sup>.

Cristo está vivo y no cesa jamás de interceder por nosotros, los más dignos de la misericordia de quien se hizo Misericordia.

---

<sup>164</sup> Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II,83,11.

<sup>165</sup> San Agustín, *Enarr. In Psalm.* 85.

<sup>166</sup> San Gregorio Magno, *In V Psalm. Poenitent.*

## XVI. PASTOR Y PUERTA DE LAS OVEJAS

Muchas veces Jesucristo usa en sus frases la expresión “Yo soy”; la mayoría de ellas son recordadas por Juan Evangelista y tienen por predicado los distintos aspectos del insondable misterio de Cristo: *Yo soy el pan de vida* (Jn 6,51), *la luz del mundo* (Jn 8,12), *la resurrección y la vida* (Jn 11,25), *el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6), *la vida verdadera* (Jn 15,1). Otras veces no tienen predicado alguno y la consecuencia es que las expresiones se tornan más densas y solemnes porque nos llevan a la cima del Sinaí para recordarnos el nombre que el mismo Dios se da a sí mismo, a pedido de Moisés: *Si no creéis que Yo soy* (Jn 8,24), *Sabréis que Yo soy* (Jn 8,28), *Antes que Abraham fuese, Yo soy* (Jn 8,58), *Para que creáis que Yo soy* (Jn 13,19). Es decir: Yahvéh.

Dos expresiones pertenecientes al primer grupo aparecen en el capítulo diez de San Juan: *Yo soy el Buen Pastor* (Jn 10,11) y *Yo soy la Puerta de las ovejas* (Jn 10,7). Jesús dice que Él es la Puerta, una puerta por la que se entra y se sale y por la que entran tanto las ovejas como los pastores, aunque no todos los pastores sino sólo los verdaderos.

### 1. La Puerta de las Ovejas

Es la Puerta de las ovejas; es decir, la verdadera puerta de las ovejas, porque sus oyentes conocían en Jerusalén otra con ese título: la hoy también llamada “Puerta de los Leones” o “Puerta de San Esteban”, por las que entraban los pastores con los rebaños que se vendían para los sacrificios del Templo. Entrando por ella se pasaba a la piscina de los cinco pórticos (llamada también Probática, es decir, “de las ovejas”), donde Jesucristo milagró al parálítico, y donde los cristianos hicieron un templo a la Virgen creyéndola allí nacida en alguno de los viajes que sus padres Joaquín y Ana hacían cada año para vender sus ovejas en el Templo. En aquel lugar San Juan Damasceno predicaba usualmente y pronunció su hermoso sermón donde llama a María “la vera probática”.

Jesucristo es Puerta de las Ovejas y de los Pastores al mismo tiempo. No quiere decir dos cosas sino sólo una: porque las ovejas entran y salen del aprisco con sus pastores, nunca solas. Los pastores metían sus ovejas en el corral, las dejaban y luego salían ellos a hacer sus cosas. Cuando llegaba la hora de pastar, con el permiso del custodio de la puerta, se asomaban por ella y silbaban o cantaban o gritaban y al sonido de su voz sólo sus propias ovejas salían para seguirlo.

Los falsos pastores, o mejor ladrones, no entraban por la puerta porque siempre había un cuidador de turno. Por eso saltaban las tapias. Y entraban para hacer daño: para matar y robar.

Al decir que todo buen pastor entra por Él y que toda oveja verdadera entra por Él para ser cuidada y sale por Él para ir a los pastos de vida, Jesucristo está repitiendo una y otra vez que Él es la Puerta de la Vida y el Camino de la Redención. En otras palabras: Jesucristo es el Único mediador entre Dios y los hombres; el único medio entre el hombre y la Vida.

Esto le decía San Pablo a Timoteo: *Unus est mediator Dei et hominum, Homo Christus Iesus*, uno solo es el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (1 Tim 2,5). Y con toda razón hace resaltar el Apóstol la humanidad de Cristo al hablar de esta mediación porque de allí viene su capacidad de mediar; lo cual a ningún otro ser corresponde. Mediar significa estar en el medio y unir los extremos, lo cual exige tocar cada uno de los puntos distantes, como un puente une ambas orillas porque las toca. Siendo la mediación entre Dios y los hombres alejados de Él por el pecado, el mediador debe al mismo tiempo poseer con Dios la bienaventuranza y con los hombres la mortalidad. Ahora bien, enseña Santo Tomás haciéndose eco de San Agustín<sup>167</sup>: no podían hacer este oficio los santos ángeles puesto que comparten con

---

<sup>167</sup> Santo Tomás, *Suma Teológica*, III, 26,1 ad 2.

Dios tanto la beatitud cuanto la inmortalidad y nada comparten con los hombres míseros y mortales; menos todavía los demonios puesto que a pesar de compartir con Dios la inmortalidad y con los hombres la miseria, son más que medio un obstáculo ya que lo propio de ellos es no poder pasar de la miseria a la bienaventuranza. Son como el mal obstáculo que separa a los amigos, según el decir de San Agustín; en cambio Cristo compartía con Dios la bienaventuranza y con los hombres la mortalidad, y por eso se hizo medio para que traspasada la mortalidad, de los muertos hiciese inmortales –lo que mostró resucitando– y de los miserables bienaventurados –lo que mostró desconociendo la corrupción. Por eso es como el buen mediador que reconcilia a los enemigos.

Jesucristo es el único mediador verdadero porque mediar entre la vida y la muerte, es decir, mediar para hacer pasar de la muerte a la vida, sólo puede hacerlo quien es capaz de dar la vida. Y tratándose de la vida del alma (Dios), perdida por el pecado, sólo puede darla quien es capaz de reconciliar a los hombres con Dios. Y esto es lo que dice San Pablo en la Segunda Carta a los Corintios: *Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi*, Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo (5,19). Y por eso, al escribirle a Timoteo las palabras que ya hemos referido, después de decir que Cristo es el único mediador, añade: *qui dedit semetipsum redemptionem pro omnibus*, quien se entregó a sí mismo como redención por todos (1 Tim 2,6). O como lo llama la Carta a los Hebreos: *Mediador de una mejor* (Hb 8,6) y *de una nueva Alianza* (Hb 9,15; 12,24)

Jesucristo es el único mediador. Todos los demás mediadores lo son por participación y por subordinación a Él: los del Antiguo Testamento (profetas y sacerdotes) lo eran dispositiva y ministerialmente, en la medida en que preanunciaban y prefiguraban al verdadero y perfecto mediador; los de la Nueva Alianza, en cuanto son sus ministros, haciendo sus veces para dar a los hombres los sacramentos de vida. Por eso, los verdaderos pastores, los pastores subordinados a Cristo, entran por Él como por la Puerta verdadera. Entrar por Él es *hacerse-Él* de alguna manera, modelarse según Él.

Por amor a sus ovejas, Cristo ha dado a éstas un instinto sobrenatural, una cogitativa sobrenatural, de modo tal que discernen a quienes entran por Él y a quienes no. Y a todos cuantos vienen saltando la tapia, es decir, al margen de Cristo, como ladrones, “las ovejas no los escuchan”.

Ningún pastor debe olvidar que no ha sido llamado a otra cosa que a hacer las veces de Cristo, y revestidos de Cristo, a sacar sus ovejas a pastar los pastos de vida eterna que son el mismo Cristo (pastor y pasto). Ellas reconocerán a sus pastores como tales en la medida en que vean en ellos a Cristo y oirán su voz en la medida en que en su voz suene el eco del Espíritu Santo, el único que puede hablar en nuestro interior con gemidos inefables.

## 2. El buen Pastor y los malos pastores

Jesús describe a su pueblo como un rebaño de ovejas sin pastor. Es verdad que tenían a sus sacerdotes, levitas, doctores de la ley y escribas... pero andaban errantes. Todos estos habían sido elegidos para reconocerlo a Él como Supremo Pastor; mas cuando vino Él lo rechazaron. Por eso eran pastores falsos, porque desconocieron al Pastor.

Algunos siglos más tarde, el gran obispo San Agustín comentaba las diatribas de Cristo contra los malos pastores diciendo que el Evangelio nos enseña a distinguir **tres tipos de pastores**: el bueno, el malo y el mercenario. Hay que distinguirlos para no errar, y porque con cada uno de ellos hemos de tener diferentes actitudes: debemos reconocer al buen pastor para amarlo, dice San Agustín, al mercenario para tolerarlo, y al ladrón para evitarlo<sup>168</sup>.

---

<sup>168</sup> San Agustín, *Sermón 138*.

## 1) El pastor mercenario

El **mercenario**, dice Agustín, es aquél a quien no pertenecen las ovejas, ni es verdadero pastor de ellas. Es asalariado. Él no busca el bien de las ovejas, sino que se sirve de las ovejas. No ama las ovejas; ama el oro que le pagan por cuidarlas. Dice Agustín: no tiene casto amor y tiene doble intención. Tiene doble intención porque aparenta amar a Cristo, pero está sirviéndose de Cristo. No tiene casto amor. ¿Qué es un casto amor? El casto amor de los pastores es el amor de los pastores al Príncipe de los pastores; es el amor sencillo, sin dobleces, directo, que busca a Cristo por Cristo y no por interés. Agustín pone este ejemplo: si una esposa ama el oro de su esposo, el esposo no es amado con casto amor porque no lo ama pobre y sin nada. Hay doblez en su amor. Por eso, si se quedara sin nada, si perdiera los motivos de su interés, desaparecería el amor. Tal es el amor del mercenario. Es por eso que el mercenario, cuando ve venir el lobo, huye; no defiende, no lucha, no juega el pellejo por el rebaño. No da la vida como la da el Buen Pastor. “Huye como mercenario –dice Santo Tomás– el que antepone la comodidad temporal, o también la salud corporal, a la salvación espiritual de los prójimos. Por eso dice San Gregorio: ‘No puede compartir el peligro de su rebaño el que le dirige, no por amor a sus ovejas, sino por el lucro terrenal; y así no se atreve a desafiar el peligro, por no perder lo que ama’. Pero el que se aleja por evitar el peligro sin detrimento de su grey, no huye como un mercenario”<sup>169</sup>.

De estos había Dios dicho por boca de Ezequiel:

*Hijo de hombre, profetiza contra los pastores de Israel, profetiza. Dirás a los pastores:  
Así dice el Señor Yahvéh:  
¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos!  
¿No deben los pastores apacentar el rebaño?  
Vosotros os habéis tomado la leche,  
os habéis vestido con la lana,  
habéis sacrificado las ovejas más pingües;  
no habéis apacentado el rebaño.  
No habéis fortalecido a las ovejas débiles,  
no habéis cuidado a la enferma ni curado a la que estaba herida,  
no habéis tornado a la descarriada ni buscado a la perdida;  
sino que las habéis dominado con violencia y dureza.  
Y ellas se han dispersado, por falta de pastor,  
y se han convertido en presa de todas las fieras del campo;  
andan dispersas.  
Mi rebaño anda errante por todos los montes y altos collados;  
mi rebaño anda disperso por toda la superficie de la tierra,  
sin que nadie se ocupe de él ni salga en su busca (Ez 34,2-6).*

San Agustín decía que el mercenario se porta como un perro mudo, porque el oficio del perro es ladrar cuando viene el lobo, y el perro mudo ni advierte del peligro y ni enfrenta el peligro. Algo semejante escribía San Gregorio Magno: “El silencio del predicador perjudica siempre al pueblo y, algunas veces, incluso al mismo predicador”<sup>170</sup>.

A este pastor hay que tolerarlo; dice San Pablo: *Es cierto que algunos predicán a Cristo por envidia y rivalidad; mas hay también otros que lo hacen con buena intención; éstos, por amor, conscientes de que yo estoy puesto para defender el Evangelio; aquéllos, por rivalidad, no con puras intenciones, creyendo que aumentan la tribulación de mis cadenas. Pero ¿y qué? Al*

<sup>169</sup> Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 185, 5 ad 1.

<sup>170</sup> San Gregorio Magno, *Homilía 17*.

*fin y al cabo, hipócrita o sinceramente, Cristo es anunciado, y esto me alegra y seguirá alegrándome* (Fil 1,15-18). Verdad es que algunos predicán el Evangelio no con recta intención sino por torpe lucro, pero al menos el nombre de Jesucristo es anunciado; aunque su corazón esté partido y aunque en el fondo sean estériles, el nombre de Jesucristo es predicado. De estos se nos dice que hagamos lo que dicen pero no lo que hacen (cf. Mt 23,3). Pero, ¿cómo es esto que hemos de hacer lo que dicen, pero sin imitarlos? Cuando obran mal, obran por ellos mismos y por eso no hay que imitarlos; cuando dicen cosas buenas, no es por ellos sino por obra de Dios que no nos abandona. ¿Y cómo pueden enseñar bien, si el árbol malo no puede dar buenos frutos? No puede un espino dar uvas. Agustín nos responde con un ejemplo: a veces sucede que cuando se plantan vides crecen espinos y una vid se enrosca en un espino, y parece que el espino da uvas; pero el que da uvas no es el espino sino la vid. Por eso cuando los mercenarios dicen la verdad no lo dicen por ellos mismos, sino por el Buen Pastor, que es Jesucristo quien aún por estos –y a pesar de estos– nos alimenta; porque Dios sabe escribir derecho aun con líneas torcidas.

## 2) El pastor ladrón

El **ladrón** es el que no entra por la puerta sino saltando la valla. Y como Jesucristo dijo *Yo soy la puerta*, entonces, en el fondo, el pastor ladrón es aquél que no cree que Jesucristo es el verdadero Hijo de Dios hecho hombre. Agustín al predicar esto tenía en frente a sí la herejía de los donatistas; en nuestro tiempo siguen vivos Donato y Nestorio, Arrio y Pelagio y muchos otros más; en definitiva son ladrones todos los que tergiversan a Cristo, todos los que no lo reconocen, los que lo falsifican, los que lo deforman, los que lo aguan; todos estos entran al aprisco para robar. Y al ladrón hay que evitarlo, porque si no lo evitamos, nos roba el alma.

## 3) El Buen Pastor

Viendo a su pueblo a la deriva, Dios prometió ya desde antiguo la venida de este “buen pastor”:

*Porque así dice el Señor Yahvéh: Aquí estoy yo;  
yo mismo cuidaré de mi rebaño y velaré por él.  
Como un pastor vela por su rebaño  
cuando se encuentra en medio de sus ovejas dispersas,  
así velaré yo por mis ovejas.  
Las recobraré de todos los lugares donde se habían dispersado  
en día de nubes y brumas.  
Las sacaré de en medio de los pueblos,  
las reuniré de los países, y las llevaré de nuevo a su suelo.  
Las pastorearé por los montes de Israel,  
por los barrancos y por todos los poblados de esta tierra.  
Las apacentaré en buenos pastos,  
y su majada estará en los montes de la excelsa Israel.  
Allí reposarán en buena majada;  
y pacerán pingües pastos por los montes de Israel.  
Yo mismo apacentaré mis ovejas  
y yo las llevaré a reposar, oráculo del Señor Yahvéh.  
Buscaré la oveja perdida, tornaré a la descarriada,  
curaré a la herida, confortaré a la enferma* (Ez 34,11-16).

Al **buen pastor** el Señor lo describe diciendo: *el buen pastor es el que da la vida por sus ovejas* (Jn 10,11). A este hay que distinguirlo y reconocerlo para **amarlo**. El Buen Pastor es Cristo: *Nuestro Señor Jesús, el gran Pastor de la ovejas* (Hb 13,20); *Erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras almas* (1 Pe 2,25); *Cuando aparezca el Pastor Soberano, recibiréis la corona inmarcesible* (1 Pe 5,4). Consecuentemente, es buen pastor todo aquél que se configura con el único Pastor. San Agustín le pregunta a Nuestro Señor: ¿por qué dices tú, Señor, “yo soy el buen pastor”? ¿Acaso no fue buen pastor Pedro, que dio la vida por las ovejas? ¿Acaso no fue también buen pastor Pablo, que entregó su vida por las ovejas? ¿Cómo dices tú “yo soy el buen pastor” como si fueras el único? Y él mismo se contesta: por supuesto que ellos fueron buenos pastores, pero lo fueron porque fueron destellos del buen pastor y se configuraron al buen pastor que fue Jesucristo, quien dio la vida por las ovejas, y no sólo esto sino que cumplió con el oficio de pastor. ¿Cuál es este oficio? Cuidar el rebaño, y morir por él si es necesario. Y para cuidarlo, alimentarlo. Él lo alimentó con la palabra de verdad, que por eso es Pastor y pasto y se entregó para ser comido. Les enseñó la verdad, los santificó y con su cayado les mostró el camino de la vida eterna, que era Él mismo. Por eso la Escritura nos enseña a decir: *El Señor es mi Pastor, ¿qué me puede faltar? Me hace recostar en verdes praderas, me cuida en los cañadones oscuros y tenebrosos* (Sal 23,1-4).

Al buen pastor hay que amarlo, al mercenario tolerarlo y al ladrón evitarlo.

Pastor, que con tus silbos amorosos  
me despertaste del profundo sueño;  
tú, que hiciste cayado de ese leño  
en que tiendes los brazos poderosos,  
vuelve los ojos a mi fe piadosos,  
pues te confieso por mi amor y dueño,  
y la palabra de seguir te empeño  
tus dulces silbos y tus pies hermosos.  
Oye, Pastor, pues por amores mueres,  
no te espante el rigor de mis pecados,  
pues tan amigo de rendidos eres;  
espera, pues, y escucha mis cuidados;  
pero ¿cómo te digo que me esperes,  
si estás, para esperar, los pies clavados? (*Lope de Vega*)

## XVII. EL HIJO DEL PADRE<sup>171</sup>

“*Abbá*” es una expresión aramea conservada en el texto griego de San Marcos: *Decía: ¡Abbá, Padre!* (Mc 14,36). “*Abbá*” expresa no sólo la alabanza tradicional de Dios (Mt 11,25: *Yo te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra*), sino que, en labios de Jesús, revela la conciencia de la relación única y exclusiva que existe entre el Padre y Él. Equivale a cuanto alude en otro contexto: *Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo* (Lc 10,22; cf. Mt 11,27). La palabra “*Abbá*” manifiesta así la verdad de la vida íntima de Dios en su profundidad trinitaria.

Entre los términos humanos, “*abbá*” forma parte del lenguaje de la familia y testimonia la particular comunión de personas que existe entre el padre y el hijo que él ha engendrado, entre el hijo que ama al padre y al mismo tiempo es amado por él; sólo puede traducirse adecuadamente por “padre mío”, “papito”, “papá”. Cuando Jesús la utilizaba debía causar admiración e incluso escandalizar a algunos de sus oyentes. Un israelita no la habría utilizado ni siquiera en la oración. Sólo quien se consideraba Hijo de Dios en un sentido propio podía hablar así de Él y dirigirse a Él como Padre.

En el libro del profeta Jeremías Dios revela que algún día sería invocado como Padre: *Vosotros me diréis: padre mío* (Jer 3,19). Es Jesús quien da cumplimiento a esta profecía. Jesús fue acostumbrando a sus oyentes para que entendieran que en sus labios la palabra “Dios”, “Padre”, significaba “*Abbá-Padre mío*”. Ya desde la pérdida en el Templo, a los doce años, cuando se dirige a María y a José diciéndoles: *¿No sabíais que es preciso que me ocupe de las cosas de mi Padre?* (Lc 2,49); también cuando enseña a sus discípulos a orar, les dice que deben comenzar diciendo *Padre nuestro* (Mt 6,9-13). Pero especialmente en la oración sacerdotal con la que concluye su misión terrena, tendrá una insistencia particular en este dirigirse a Dios subrayando su filiación: *Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti* (Jn 17,1); *Padre Santo, guarda en tu nombre a éstos que me has dado* (Jn 17,11); *Padre justo, si el mundo no te ha conocido, yo te conocí* (Jn 17,25). Luego en el Getsemaní, ora dolorosamente a su Padre con aquellos términos desgarradores: *Y decía: ¡Abbá, Padre!; todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú* (Mc 14,36). Finalmente, en la Cruz pronuncia sus últimas palabras dirigidas exclusivamente al Padre Celestial: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (Lc 23,46). Después de resucitado, seguirá usando el mismo lenguaje: *Yo os envío la promesa de mi Padre* (Lc 24,49).

Sin embargo, en ningún pasaje de los Evangelios se lee que Jesús recomendara a sus discípulos a orar usando la palabra “*Abbá*”. También hay que notar que Él siempre establece una distinción entre “Padre mío” y “Padre nuestro”. Incluso después de la Resurrección, cuando dice a María Magdalena: *Ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios* (Jn 20,17). Esto significa que Jesús, en su trato con el Padre y especialmente en el uso de la expresión “*Abbá*”, se refiere exclusivamente a su personal relación filial con el Padre. Ésta es una relación única y excepcional. Jesús expresa claramente que se trata de una “comunión” entre el Padre y Él. **Una comunión de conocimiento:** *nadie conoce al Padre sino el Hijo y nadie conoce al Hijo sino el Padre* (Mt 11,27). **Una comunión de mutua pertenencia:** *Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío* (Jn 17,10). **Una comunión de total unidad:** *Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti... Nosotros somos uno* (Jn 17,21); *Yo y el Padre somos una sola cosa* (Jn 10,30).

Sus adversarios entienden muy bien lo que significan estas expresiones, por eso reaccionan violentamente: *De nuevo los judíos trajeron piedras para apedrearlo* (Jn 10,31). Jesús les pregunta por qué obras provenientes del Padre y realizadas por Él lo quieren

---

<sup>171</sup> Algunas de estas ideas las tomo de Juan Pablo II, *Catequesis semanales*, 1, 8 y 15 y 29 de julio de 1987.

apedrear, y ellos responden: *Por la blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces Dios* (Jn 10,32). La respuesta de Jesucristo es inequívoca: *Si no hago las obras de mi Padre no me creáis; pero si las hago, ya que no me creáis a mí, creed a las obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre está en mí y yo en el Padre* (Jn 10,37-38).

Por esta conciencia de su filiación única, y del amor que de ella brota, Jesús se presenta ante los hombres como **“Aquél que vive para el Padre”**. Toda la vida, toda la existencia terrena de Jesús está dirigida constantemente hacia el Padre. Su actitud al cumplir los doce años, quedándose en el Templo para ocuparse de las cosas de su Padre (cf. Lc 2,49), se mantiene inalterada a lo largo de los años; por eso, con esa misma conciencia comienza el Discurso de Despedida: *Viendo que llegaba su hora... y que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas y que había salido de Dios y a Él volvía* (Jn 13,3). Este talante de “El que vive para el Padre” se pone en evidencia especialmente en su “obsesión” por hacer, cumplir, la Voluntad del Padre. En sus labios pone la Carta a los Hebreos las palabras del Salmo, como pronunciadas en el momento de su Encarnación: *Heme aquí que vengo –en el volumen del libro está escrito de mí– para hacer, oh Dios, tu voluntad* (Hb 10,5-7; cf. Sal 40,8). *Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y acabar su obra*, dice a la mujer samaritana (Jn 4,34). Toda su vida terrena es un realizar *las obras que mi Padre me dio hacer* (Jn 5,36). Esta unidad de Voluntades se remonta a la misma conciencia de “filiación ontológica”: toda su existencia está dirigida al Padre de forma tan completa porque en Él la fuente de todo es su eterna unidad con el Padre; sus obras son una prueba de la estrecha comunión de las divinas Personas; en las obras se manifiesta la misma divinidad como unidad del Padre y del Hijo.

Esta fascinación por el Padre, y la profundidad de los afectos que implica, alcanza su vértice máximo durante la Pasión, comenzando desde la Última Cena. Todos sus pensamientos están ocupados en este lapso de tiempo por su Padre:

–Piensa en Él cuando alza su mirada: *Alzados los ojos al cielo, dijo: Padre, ha llegado la hora...* (Jn 17,1).

–Piensa en Él cuando se dirige a Él manifestando y alabando sus perfecciones, como la justicia, la omnipotencia, la misericordia (cf. Jn 17,1ss).

–Piensa en Él mientras pide, en el Huerto de Getsemaní, que le ahorre los sufrimientos que ve acercarse, pero sobre todo, que se cumpla la Voluntad Paterna (cf. Lc 22,42).

–Piensa en Él cuando ofrece en silencio las humillaciones y vejaciones a las que lo someten sus verdugos (Mt 26,63: *Jesús callaba*). Callaba ante los Sumos Sacerdotes, ante Herodes, ante Pilatos, ante la plebe que pedía su muerte. Sólo pensaba en su Padre.

–Piensa en Él, ora a Él y habla con Él durante su agonía: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* (Mt 27,46); *Padre mío, perdónalos porque no saben lo que hacen* (Lc 23,34); *Padre, en tus manos entrego mi espíritu* (Lc 23,46).

## XVIII. EL CONSOLADOR RECHAZADO

Cuando Jesús alcanzó la cima del pequeño Monte de los Olivos, encontró un sendero que aún hoy desciende hacia el valle del Cedrón serpenteando entre viejos sepulcros judíos y plateados olivares. Pocas veces sus discípulos habían estado tan exultantes: las gentes gritaban *¡Hosanna al Hijo de David!*, y los niños de pecho –como había predicho el Rey Profeta– daban gloria a Dios con voces de júbilo.

Bajando, a medio camino, se llega a una terrazita, desde la cual Jerusalén se divisa hermosamente. Hoy se la conoce como el “*Dominus flevit*”. Porque allí, en medio del entusiasmo del pueblo y la algarabía apostólica, para asombro de todos los circunstantes (imagino que haciéndose poco a poco un embarazoso silencio sepulcral) dice San Lucas que *el Señor lloró* (Lc 19,38). Una de aquéllas veces en que los Evangelistas nos recuerdan que Jesús poseía ese sentimiento tan profundamente humano que sólo las lágrimas expresan adecuadamente: la congoja interna.

Había llorado pocos días antes, en Betania, ante la desconsolada presencia de María enlutada por la muerte de Lázaro (cf. Jn 11,35). Era el llanto doloroso por la separación del amigo, o bien un llanto de condolencia frente al sufrimiento de la hermana afligida. Pero ahora, rodeado de los sepulcros de ilustres hebreos –Isaías estaba enterrado allí, según la tradición, y también Absalón– el Señor lloró ante una inmensa tumba de muertos vivientes, de los que parecen vivos pero llevan en sus corazones el germen de la muerte. Lloró ante Jerusalén y por Jerusalén.

*Dominus flevit*. El Señor lloró. Lloró viendo proféticamente la destrucción material de Jerusalén: *te circundarán tus enemigos con una valla y te estrecharán por todas partes, y te arrasarán y estrellarán a tus hijos en ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra* (Lc 19,43-44). Veía todo cuanto haría Tito antes que aquella generación que lo escuchaba desapareciera, y más allá veía la ruina que durante siglos cargaría su pueblo amado y celado.

Sin embargo, la Hija de Sión no puede lamentarse ya como le hacía decir el profeta: *Oh vosotros que pasáis por el camino; venid y ved si hay dolor semejante al dolor con el que Dios me aflige* (Lam 1,12). No puede, porque su castigo es infinitamente justo, “*eo quod non cognoveris tempus visitationis tuae*”, *porque no conociste el tiempo de tu visitación* (Lc 19,44).

El “**tiempo de la visitación**”, el *kairós ekdikéseos*, (kairo.j evkdikh,sewj) de Jeremías (46,21; 49,8; 50,27); y el *kairós tres episcopos* (kairoj th/j evpiskoph/j) de San Lucas (19,44). Visitar es hacerse presente a alguien. Toda la historia de la Salvación se compendia en una sucesión de “visitas” de Dios a su pueblo. Visitaciones diversas, por cierto. Comentando un texto de Isaías (Is 24,24: *Et erit in die illa: visitabit Dominus*, y en aquel día, el Señor los visitará...) explicaba Santo Tomás que hay tres tiempos de visitación divina: una visita de condenación, una visita de corrección y una visita de consolación<sup>172</sup>.

Hay una **visita de condenación**. Es la visita del castigo definitivo de Dios. En cierto modo es eterna. Tras el juicio, los que hayan practicado iniquidad serán enviados al dolor eterno. Dios judicialmente los visitará para darles la dolorosa sentencia. Se le pueden aplicar las palabras de Jeremías: *Cuando yo los visite se derrumbarán* (Jer 6,15); y también: *Cuando venga el tiempo de visitarlos caerán derrumbados* (Jer 8,12). Nadie podrá resistirse al Rostro encolerizado de Dios.

Existe también una **visita de corrección**. De igual forma que la anterior implica un castigo, pero para corrección; como cuando Dios amenaza a los que violen su pacto diciendo: *los visitaré con una vara* (Sal 88,33). Esta visita siempre es temporal, porque presupone un tiempo posterior para que nos convirtamos: *Arrepiéntete y haz las obras que practicabas*

---

<sup>172</sup> Santo Tomás de Aquino, *In Isaiam*, cap. 24.

*antiguamente; que si no, vengo a ti presto y removeré tu candelabro de lugar* (Ap 2,5). Nuestros pecados atraen el celo de Dios, y también el amor de Dios misericordioso que no quiere que en nuestras locuras cambiemos la gloria eterna por los goces efímeros del pecado. Por eso dice por sus profetas: *Visitabo super vos omnes iniquitates vestras*, os visitaré en todas vuestras iniquidades (Amos 3,2); *et visitabo super eum vias eius*, lo visitaré para examinar sus caminos (Os 4,9). Esta visita es, sin embargo, resistible por el corazón humano: *Siempre resistís al Espíritu Santo* (Act 7,51).

Hay una **visita de consolación**. *¡Visítame con tu socorro!*, exclama el Salmista (Sal 106,4). La mayoría de las visitas del Señor son motivadas por su amor y misericordia. Son para nuestro consuelo. Las visitas de consuelo adquieren una triple modalidad.

Ante todo la **visitación escatológica de consuelo**. Tendrá lugar en la Segunda Venida de Jesucristo, que será para los elegidos el Día de Júbilo y definitivo Consuelo. Llegando a Jerusalén desde Emaús El-Qubeibe, se sube a un monte que en el medioevo fue llamado *Mons Gaudii*, Monte del Gozo, porque desde allí, sorpresivamente, se divisaba por vez primera la Ciudad Santa. Fue bautizado con el nombre del sentimiento que experimentaban los peregrinos al contemplar las torres y murallas de la Ciudad de David. También la Parusía será, para los elegidos de Dios, su *Mons Gaudii*: al contemplar al Señor en la Gloria, se lanzarán hacia Él llenos de gozo y alegría celestial.

Se puede hablar también de una **visitación de consuelo intermedia**. Es la que Dios hace a cada alma cuando viene a ella por medio de la gracia. Dice el Salmo: *¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, y el hijo del hombre ya que lo visitas?* (Sal 8,5, en la versión de la Neovulgata). Y comenta Santo Tomás: “Del hombre Dios tiene un cuidado especial... y no tan sólo cuidado, sino familiaridad, que el Salmista expresa diciendo: *ya que lo visitas*. Sólo la creatura racional es capaz de Dios, conociendo y amando. Por eso, cuando Dios se nos hace presente por el amor o el conocimiento, nos visita”<sup>173</sup>. La visitación de Dios al alma es la presencia que realiza por la gracia, mediante la cual la Trinidad entera se anida en el corazón humano para que éste la posea y se goce en Ella y tenga de ella fruición, como enseña el mismo Aquinate<sup>174</sup>. Coincide enteramente con la venida intermedia espiritual de la que hablaba San Bernardo, cuando decía que hay tres advientos del Señor: Belén, en carne y debilidad; la Parusía, definitivo, en gloria y majestad; y uno intermedio, en espíritu y en verdad, donde se aparece el Señor a su elegido siendo “nuestro descanso y consuelo, para que durmamos dulcemente”<sup>175</sup>.

Por último, hay una **visitación histórica de consuelo**. Dios visitaba a Adán paseándose con Él en el Paraíso; visitó a su pueblo en Egipto para liberarlo (Gn 50,24: *Dios os visitará y hará que volváis a subir de este país al país que prometió con juramento a Isaac y Jacob*). Dios visitó a Sara y la hizo fecunda (cf. Gn 21,1). Dios visita a su pueblo cuando lo protege de sus enemigos (Sof 2,7: *Quia visitabit eos Dominus eorum, et avertet captivitatem eorum; los visitará su Señor y alejará de ellos la cautividad*). Son visitas ciertamente del Dios que ama y salva a su pueblo y demuestran la fidelidad a sus promesas.

Pero la **visitación histórica consoladora por excelencia** es la que se cumple en Jesucristo. En Él Dios nos redime: *Benedictus Dominus Deus Israel, quia visitabit et fecit redemptionem plebis suae*, dice Zacarías, *Bendito el Señor Dios de Israel porque visitará y hará redención a su pueblo* (Lc 1,68). Jamás ha tenido tanta piedad el Señor como cuando nos visitó con su propio Verbo. Por eso continuaba el mismo Zacarías: *Per viscera misericordiae Dei nostri, in quibus visitabit nos, oriens ex alto, por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, por las que nos visitará el Sol Levante de lo alto* (Lc 1,78). Es la presencia misma del

---

<sup>173</sup> Santo Tomás, *Super Psalmum 8*.

<sup>174</sup> Cf. Santo Tomás, *Suma Teológica*, I,43,3 ad 1 et 2. Las expresiones “fruir, poseer, gozar de la Trinidad” son del mismo Aquinate.

<sup>175</sup> San Bernardo, *Sermón de Adviento*, 5,1.

Dios-Salvador que viene a este mundo a visitar con su salvación, a consolar con su presencia, a restañar las heridas con su perdón, con su gracia.

Pero precisamente en esto resplandece el aspecto dramático de la visita divina: puede ser rechazada. *Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron* (Jn 1,11). Vino a traer el consuelo y no lo quisieron. Vino a perdonar y lo colgaron de un Madero. Vino a comunicar los misterios celestiales y cerraron sus oídos. Por eso Jerusalén no puede decir con Jeremías: *No tiene quien la consuele. Todos sus amigos le han sido trocados en enemigos... ¡Mira, oh, Dios, su aflicción!... Se ha alejado de mí el consolador, el que reanima mi alma... ¿Quién podrá curarte?* (Lam 1,2.9.16; 2,13). Vino el Visitador de Consuelo, pero Jerusalén lo crucificó fuera de sus muros.

No hay nada más trágico que el rechazo del consuelo divino. Por eso “*Dominus flevit*”, el Señor lloró sobre Jerusalén, porque ella tenía la paz a mano y la posponía una vez más, como había hecho ya con los profetas que precedieron al Verbo. *¡Si conocieras también tú en este día lo que lleva a tu paz! Pero ahora se oculta a tus ojos* (Lc 19,42). Jerusalén, echando un velo sobre sus ojos, entristeció el Corazón de Dios.

El Apocalipsis es el libro del consuelo y de la fuerza que Dios da a los suyos en la última hora de la época apostólica; momento de la gran tribulación. El Imperio había puesto su mirada sobre el Cristianismo. Hasta entonces lo juzgaba una más entre las muchas sectas que pululaban por doquier. Ahora, en cambio, lo reconoce como algo especial, y lo declara su enemigo porque pone en peligro la idolatría del hombre, fundamento de un Imperio corroído interiormente. Arrecian las persecuciones sangrientas de Nerón y Domiciano. Y el Espíritu Santo consuela a su pueblo levantando por encima de todos los poderes terrenos, la imagen y el poder de Cristo.

En el Apocalipsis Cristo es exaltado como el verdadero Señor que lleva la omnipotencia en sus manos. Él es el que manda, el que cosecha, el que vence, el que juzga, el que consume. Durante el transcurso de la historia, lo hace ocultamente, subterráneamente, humildemente, dirigiendo de modo invisible los hilos de los actos de los hombres. Pero más allá de la consumación, al final de los tiempos, su poder se habrá de revelar y manifestar en todo su esplendor.

Ante el poder de Cristo todo acontecer terreno, toda adversidad, toda persecución, es sólo una prueba provisoria, un momento efímero, y todo poder humano no es más que un soplo.

En el Apocalipsis, las grandes verdades son descritas a través del ropaje simbólico, figurativo, a través de imágenes y visiones orientales exuberantes. Allí, con un lenguaje propio y particular, Cristo es contemplado como trasunto del poder y de la majestad: *Cristo es el que era, el que es y el que viene* (Ap 1,8). El verdadero y el único, el principio y el fin.

Frente a Él y en contraposición con Él, y en relación a Él, todo lo demás pasa y se consume, perece y acaba. Él, en cambio, aguarda y permanece, envuelto en silencio, tal como estremecedoramente lo presenta Juan de Patmos. Su relación con el mundo parece envuelta en el silencio: aparentemente Dios deja hacer; por un momento –la historia– Dios deja hacer, como si tuvieran poder y fueran señores... Hasta que el mundo termine, empiece la eternidad y la verdad se manifieste.

Ese Cristo que nos presenta el libro de la Consolación, es un Cristo que no está atado a las barreras del tiempo y del espacio. No está fijado por la medida de las cosas terrenas, sino que se levanta continuamente: las supera y está por encima de ellas.

Es el mismo Jesús de Nazaret, pero nuevo, inasible, misterioso, primero y último. Aparece entre esplendores, se adelanta y estremece con su gloria al mismo Apóstol Juan en las raíces de su ser, hasta hacerlo caer derribado y como muerto, y luego lo fortalece para que pueda soportar lo insoportable: las terribles persecuciones y el prolongado martirio sobre la tierra.

Este Cristo es a la par **Consuelo y Amenaza**. Es el Señor, es la Verdad, y también es el Poder. Él será cuando nada terreno sea ya. Vencerá, juzgará y consumará.

Ya al principio del primer capítulo san Juan nos relata: *Y me volví, y vi siete candelabros de oro, y en medio de los candelabros a uno semejante a Hijo de Hombre, vestido de ropa talar y ceñidos los pechos por una banda de oro. Su cabeza y cabello eran blancos como lana blanca y nieve. Sus ojos como llama de fuego. Sus pies como bronce fundido en el crisol. Su voz como estruendo de muchas aguas. Tenía en su mano derecha siete estrellas, y de su boca salía una espada cortante de dos filos. Y su rostro era como el sol cuando brilla en su cenit* (Ap 1,12-16). Unamuno cantaba:

¡Espada de dos filos tu palabra!,  
con la que hay que cortar de nuestra vida  
el cordón terrenal. Pues Tú viniste  
en tu diestra a traer paz con la guerra...  
eres espada de la paz, que hiere

<sup>176</sup> Cf. Romano Guardini, *La imagen de Jesús en el Nuevo Testamento*, Guadarrama, Madrid 1967, pp. 89-109.

para acabar la guerra con la guerra;  
eres acero que divide y junta,  
pues sólo junta aquello que divide;  
y eres espada que arde, brasa pura...

Aquí es Cristo glorioso, el poderoso, el dominador, el **Pantocrátor**. Las siete estrellas y los siete candelabros son las siete iglesias, y más genéricamente, la Iglesia universal, que gira en torno a Cristo, y en medio de la cual está Cristo. Y para cada una de esas siete Iglesias, representadas en los candelabros, el ángel –mensajero de Cristo– tiene alguna palabra que decir. Palabras que demuestran a la Iglesia que Cristo conoce todo, conoce sus actos, conoce sus obras, conoce sus intenciones, juzga, mira, premia y condena, castiga, reprende y consuela.

Más adelante, en el capítulo quinto, sigue completando esa imagen del Cristo eterno y señor de todo (cf. Ap 5,1-14). Junto al trono del Todopoderoso, rodeado de los cuatro vivientes, de los ancianos, hay un libro cerrado con siete sellos. Nadie lo puede abrir, y Juan llora amargamente porque sigue cerrado. Ese libro encierra el sentido de la existencia, el sentido del acontecer terreno, del destino futuro, de las postrimerías. Todo ello está allí. Que el libro no pueda abrirse, que no sepamos por qué y para qué es todo, qué piensa Dios hacer con ello y cómo terminará todo, eso es lo triste de los siete sellos que lo guardan y esconden, y el motivo de las lágrimas de Juan. Pero de pronto viene el Cordero. El Cordero es Cristo. Es el Cordero que señaló el Bautista. Por eso es un Cordero sacrificado, muerto pero viviente al mismo tiempo, con siete cuernos y siete ojos, que simbolizan la plenitud del poder y de la sabiduría, la plenitud del Espíritu Santo en Él. Y Él es el único que puede abrir el libro y lo abre en efecto. Cristo se manifiesta así como Señor del sentido y del fin de las cosas, porque Él marchó, por amor, a la muerte por nosotros. En Él está la respuesta. Al abrir el libro –continúa el Apocalipsis– todos caen rostro en tierra, y le cantan alabanzas, pues se trata de una hazaña divina.

Antes era el que mandaba, ahora viene presentado como el Señor que da el sentido y descubre las profundidades de todas las cosas, incluso las de la historia. Es la Sabiduría eterna: el conocedor y el escrutador de todo.

Pero no solamente es Aquél que conoce la Historia, sino que es **Aquél que interviene en la Historia**. Aquél que derroca los poderes que se revelan contra Dios. En el capítulo 19, San Juan nos dice: *Y vi el cielo abierto, y de pronto un caballo blanco y el que lo monta lleva por nombre Testigo Fiel y Leal, y juzga y lucha con justicia. Sus ojos eran llamas de fuego y sobre su cabeza llevaba muchas coronas, y un nombre escrito que sólo Él conoce. Iba vestido de manto teñido en sangre, y su nombre es 'El Verbo de Dios'. De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones (Ap 19,11-15).*

Cristo es aquí **el que entra en combate** contra toda la impiedad, y el que sobre ella alcanza victoria. El poder con que lucha es la espada de su boca, la palabra sagrada. Su Palabra es la verdad infinita e infalible. Ahora, en el tiempo, en el transcurrir de la Historia y en el momento de las pruebas y persecuciones la verdad está aparentemente separada del poder: todo poder terreno puede ponerse en contra de ella, contradecirla y perseguirla. Pero un día la Verdad y el Poder se identificarán. Y el Señor aniquilará al Adversario con el soplo de su boca: con su Verdad, con solo pronunciarla.

Cristo es también el **Juez**: *Y vi un gran trono blanco, y al que estaba sentado en él, a cuya faz huyó la tierra y el cielo, y no se halló lugar para ellos. Y vi los muertos, grandes y pequeños, que estaban delante del trono. Y fueron abiertos unos libros, y fue abierto otro libro, que es el de la vida, y los muertos fueron juzgados por sus obras, según lo escrito en los libros. Y el mar devolvió los muertos que había en él y la muerte y el hades devolvieron los muertos que había en ellos, y fueron juzgados cada uno por sus obras (Ap 20,11-13).*

De este modo, el Apocalipsis nos muestra a Cristo como **el verdadero Poder**: Él es el que hace girar las cosas. En la tierra obran los hombres, los poderes humanos; a lo largo del

tiempo esos poderes surgen, se desarrollan, crecen, caen y perecen. Se hace justicia, se obra el bien, pero al tiempo se practica la violencia, se comete la iniquidad, y, sobre todo ello gravita el gran misterio del silencio de Dios. Parece como si Dios no tuviera poder alguno, como si la tierra cifrara en sí toda la existencia, como si el hombre pudiese decir: “Yo, la tierra y el mundo, y nada más”. Pero el Apocalipsis nos muestra el último secreto: el secreto de lo que hay detrás de ese silencio, el secreto de la paciente espera de Dios: aquello que en el tiempo hace ruido es falso, lo verdadero, en cambio, es aquello que ahora calla, y que a través de la fe ya podemos verlo en visión. Es el poder de Dios que se manifestará al final de los tiempos en Cristo.

Pero Nuestro Señor no es solamente juez y vengador de los impíos y de los inicuos. No es solo Aquél que destruirá toda iniquidad. Nuestro Señor es Aquél que, en su Omnipotencia, se manifiesta como **el Gran Consumador, el Perfeccionador**. El Apocalipsis nos muestra la vida infinita que se desborda de Cristo y gira alrededor de Cristo: en torno a Él todos estallan en gritos, en cantos de júbilo y en himnos de alabanza. Junto a Él se sientan los veinticuatro ancianos, y de “todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas”, una multitud ingente se reúne para entonar la victoria de ese Cristo. Un inmenso ejercito celeste sigue al jinete que cabalga sobre el caballo blanco del triunfo. Y las palmas de los elegidos se agitan en innumeradas manos. Por eso, los 144.000 elegidos muestran como triunfo el nombre del Cordero y el nombre de su Padre escritos sobre sus frentes (cf. Ap 14,1-5).

Así, todo viene de Cristo y todo retorna hacia Él como al corazón de la nueva creación. De Cristo, pues, brota una vida infinita, una vida gloriosa, una exuberancia que el Apóstol Juan sólo puede mostrar a través de imágenes materiales: el oro, las diademas, las vestiduras de blanco lino, las piedras de amatista, marfil, mármol, rubí, jaspe, zafiro, calcedonia, esmeralda, ónix, gránate, crisólito, aguamarina, topacio, ágata y jacinto adornan y describen la Ciudad Celestial, la Jerusalén que desciende del Cielo. Pero esa Jerusalén Celeste es, esencialmente, la Esposa engalanada para ese Cristo que ha sido presentado como el Señor de todo. Toda la Creación, con el coro de los elegidos a la cabeza, se hace esposa de Cristo.

Y así, finalmente, Cristo es presentado como el **Señor eterno**, como el **Esposo glorioso**, como el **Triunfador sobre sus enemigos**, como el **Rescatador de la Esposa cautiva** del pecado.

Ésta es, pues la imagen que el libro del Apocalipsis nos muestra de ese Cristo, la imagen verdadera de Cristo. Aquella que solamente pueden penetrar nuestros ojos iluminados por la fe, y la imagen que puesta delante de nuestra mirada espiritual, en medio de las persecuciones y en medio de las tribulaciones presentes, nos trae el Consuelo: el consuelo de la certeza de la redención, el consuelo de la certeza de la victoria final que es la victoria del Cristo, principio y fin de la Historia, del Verbo, segunda Persona de la Santísima Trinidad, que por nosotros descendió como guerrero al seno inmaculado de una Virgen.

## XX. LA QUE MÁS SE PARECE A CRISTO

Cuando Nicodemo llegó al Calvario para amortajar piadosamente el cuerpo de Jesús, encontró de pie ante el Crucificado, a María. Lo mismo afirma San Mateo de los Magos que buscaban al Niño: *lo encontraron con María, su Madre* (Mt 2,11).

No se trata de una mera coincidencia local: estaban en el mismo lugar. Es en realidad la expresión del designio divino de asociar a María con Jesús, y la expresión de la voluntad de Dios de que los hombres procedan ordenadamente para alcanzar la Salvación. Así como no alcanzamos lo invisible sino por lo visible, y así como no llegamos a los conceptos abstractos sino pasando humildemente por los hechos concretos, **así tampoco** alcanzamos a Cristo si no pasamos por María. Por eso ha sido llamada con justicia “Socia del Redentor”.

En la Divina Comedia, el gran teólogo que fue Dante, después de describir su viaje por todos los reinos de ultratumba (el Infierno, el Purgatorio y el Cielo), antes de ser admitido a ver directamente a Dios es preparado por San Bernardo (símbolo en Dante de la mística) y éste lo purifica haciéndole mirar a María<sup>177</sup>:

*Riguarda omai nella faccia che a Cristo* Mira ahora el rostro que a Cristo  
*più si somiglia, ché la sua chiarezza* más se asemeja, pues sólo su claridad  
*sola ti può disporre a veder Cristo.* puede disponerte para verlo a Él.

Todos los hijos se parecen a su madre o a su padre; salvo este caso en el cual es más preciso decir que la Madre se parece al Hijo. Ella fue hecha pensando en Él. Para que el Verbo tuviera una naturaleza perfecta respetando las leyes de la naturaleza por la cual los hijos se asemejan a sus padres, Ella fue proyectada desde toda la eternidad según el modelo humano que debía transmitir al Hijo. Y no sólo en cuanto a sus rasgos físicos, sino –y principalmente– en cuanto a sus rasgos psicológicos: su ternura, su misericordia, su fortaleza, su dignidad, su aplomo, su serenidad y, en suma, todas las virtudes. Romano Melode, cantaba en el siglo VI, que “al Misericordioso conviene una madre misericordiosa”. Podríamos decir que porque Él sería la Misericordia Encarnada, Ella debía ser preparada como *La-Misericordiosa*. Y lo mismo se diga de las demás virtudes del Hijo y de la Madre.

A Cristo, Luz pura e increada de los pueblos (*Lumen gentium*) no lo vemos si nuestros ojos no se acostumbran al **resplandor** de la Virgen Madre: *la sua chiarezza sola ti può disporre a veder Cristo*. Nuestra intimidad con Ella acostumbra y acomoda nuestros afectos para que accedan al Corazón de Cristo.

Cierto que entre ambos la distancia es infinita: la que va de la creatura al Creador. Pero Ella, por designio del amor divino, pertenece por parte igual al cielo y a la tierra, como dijo el poeta Francisco Luis Bernárdez cantando su Ascensión:

Al puro cielo que nació en la tierra  
y que en la tierra tuvo preso al cielo  
para que el cielo convirtiera en cielo  
la tierra que hasta entonces era tierra.  
El cielo lo levanta de la tierra  
y de la tierra se lo lleva al cielo,  
y al verse abandonada por el cielo  
la tierra llora lágrimas de tierra.  
Que no lllore la tierra por el cielo  
porque el cielo que ahora está en el cielo  
nunca estuvo tan cerca de la tierra.

<sup>177</sup> Dante, *Paradiso*, XXXII,85-87.

Porque aquel puro cielo está en el cielo  
para que el cielo mire desde el cielo  
a la tierra con ojos de la tierra.

Es creatura, pero ha sido asociada a la divinidad, como han dicho los santos. San Bernardino de Siena se animaba a decir: “Para que una mujer sea digna de concebir y dar a luz a un Dios, ha tenido que ser elevada, por así decirlo, a cierta especie de igualdad con el mismo Dios por una medida de perfección y de gracia”. Santo Tomás de Aquino se atreve incluso a afirmar que “la humanidad de Cristo por el hecho de estar unida a Dios, la bienaventuranza creada por ser fruición de Dios, y la Santísima Virgen María por ser Madre de Dios, tienen cierta dignidad infinita, del bien infinito que es Dios. Y por este lado, nadie puede hacer algo mejor que ellos, así como no es posible hacer algo mejor que Dios”<sup>178</sup>.

Esa perfección única e irrepetible envuelve a María desde el primer instante de su existencia. En 1823, en Ariano Irpino (Avellino, Italia), dos célebres predicadores dominicos, el P. Cassiti y el P. Pignataro, fueron invitados a exorcizar un niño. En aquel tiempo se discutía entre los teólogos el tema de la Concepción Inmaculada de María, que sería proclamada dogma de fe 31 años más tarde, en 1854. Los dos frailes impusieron al demonio que demostrara que María era inmaculada, y le exigieron que lo hiciera mediante un soneto, poesía de catorce versos endecasílabos con rima obligada. El endemoniado era un niño de 12 años analfabeto. Al instante Satanás pronunció estos versos:

*Vera Madre son io d'un Dio ch'è Figlio  
e son Figlia di Lui, benché sua Madre.  
Ab aeterno nacqu'Egli ed è mi Figlio,  
in tempo io nacqui e pur gli son Madre.  
Egli è il mio Creator ed è mio Figlio;  
son io sua creatura e Gli son Madre:  
fu prodigio divin l'essere mio Figlio  
un Dio eterno, e me d'aver per Madre.  
L'esser quasi è comun fra Madre e Figlio  
perché l'esser dal Figlio ebbe la Madre  
e l'esser dalla Madre ebbe anche il Figlio.  
Or, se l'esser dal Figlio ebbe la Madre,  
o s'ha da dir che fu macchiato il Figlio,  
o senza macchia s'ha da dir la Madre.*

Verdadera Madre soy yo de un Dios que es Hijo  
e Hija suya soy, a pesar de ser su Madre.  
Desde la eternidad nació Él y es mi Hijo,  
en el tiempo nací yo, y sin embargo soy su Madre.  
Él es mi Creador y es también mi Hijo;  
soy yo su creatura y soy también su Madre:  
prodigio divino fue el que sea mi Hijo  
un Dios eterno, y tenerme a mí por Madre.  
El ser es casi común entre Madre e Hijo  
porque el ser del Hijo tuvo la Madre  
y el ser de la Madre tuvo también el Hijo.  
Así, si el ser del Hijo tuvo la Madre,

---

<sup>178</sup> Santo Tomás, *Suma Teológica*, I,25,6 ad 4.

o hay que decir que manchado fue el Hijo  
o sin mancha hay que proclamar la Madre.

Cuando Pío IX proclamó el dogma de la Inmaculada, una persona le hizo leer este soneto. El Papa quedó conmovido por los versos tan teológicamente exactos, escritos por tan triste y obligado poeta.

Fray Ambrosio Montesinos le canta “...sola eres del cielo traslado”. Y Dante, el florentino: “...el rostro que a Cristo más se asemeja”. La iglesia etíope acostumbra a alabarla mediante un maravilloso género literario que llaman *Salamta*, plural de *Salam*, “salve”; y con frecuencia hacen letanías con este tenor glorificando a la Señora. Una de ellas canta:

Salam a tus ojos,  
colgados como dos lámparas  
por el hábil artesano en la torre de tu cuerpo.  
¡Oh María, tú eres fuente de misericordia y de clemencia!  
Sálvame por tu palabra y líbrame de la destrucción,  
porque sin tu ayuda ninguna puede salvarse.

Así, sólo Ella puede disponer nuestros corazones para unirnos cada vez más a Cristo:

Contrario de Eva, ave  
de los cielos puerta e llave,  
ruega al tu Fijo suave  
que oya mi rroga (Alfonso Alvarez de Villsandino).

## CONCLUSIÓN

A modo de síntesis final deseo terminar estas pobres páginas tomando prestados los vigorosos y bellos versos de la *Oración Final* con que el caviloso y atormentado Miguel de Unamuno terminaba su más notable obra, *El Cristo de Velázquez*:

Tú que callas, ¡Oh Cristo!, para oírnos,  
oye de nuestros pechos los sollozos;  
acoge nuestras quejas, los gemidos  
de este valle de lágrimas. Clamamos  
a Ti, Cristo Jesús, desde la sima  
de nuestro abismo de miseria humana,  
y Tú, de humanidad la blanca cumbre,  
danos las aguas de tus nieves, Águila  
blanca que abarcas al volar el cielo,  
te pedimos tu sangre; a Ti, la viña,  
el vino que consuela al embriagarnos;  
a Ti, Luna de Dios, la dulce lumbre  
que en la noche nos dice que el Sol vive  
y nos espera; a Ti, columna fuerte,  
sostén en que posar; a Ti, Hostia Santa,  
te pedimos el pan de nuestro viaje  
por Dios, limosna; te pedimos  
a Ti, Cordero del Señor que lavas  
los pecados del mundo, el vellocino  
del oro de tu sangre; te pedimos  
a Ti, la rosa del zarzal bravío,  
la luz que no se gasta, la que enseña  
cómo Dios es quien es; a Ti, que el ánfora  
del divino licor, que el néctar pongas  
de eternidad en nuestros corazones.  
Te pedimos, Señor, que nuestras vidas  
tejas de Dios en la celeste túnica,  
sobre el telar de vida eterna. Déjanos  
nuestra soldada de fe, que es frágil nido  
de aladas esperanzas que gorjean  
cantos de vida eterna, entre tus brazos,  
las alas del Espíritu que flota  
sobre el haz de las aguas tenebrosas,  
guarecer a la sombra de tu frente.

Ven y ve, mi Señor: mi seno hiede;  
ve cómo yo, a quien quieres, adolezco;  
Tú eres resurrección y luego vida:  
¡llámame a Ti, tu amigo, como a Lázaro!  
Llévanos Tú, el espejo, a que veamos  
frente a frente a tu Sol y a conocerle  
tal como Él por su parte nos conoce;  
con nuestros ojos-tierra a ver su lumbre  
y cual un compañero cara a cara  
como a Moisés nos hable, y boca a boca.

¡Tráenos el reino de tu Padre, Cristo,  
que es el reino de Dios reino del Hombre!  
Danos vida, Jesús, que es llamada  
que calienta y alumbra y que al pábulo  
en vasija encerrado se sujeta;  
vida que es llama, que en el tiempo vive  
y en ondas, como el río, se sucede.

Los hombres con justicia nos morimos;  
mas Tú sin merecerlo te moriste  
de puro amor, Cordero sin mancha,  
y estando ya en tu reino, de nosotros  
acuérdate. Que no como en los aires  
el humo de la leña, nos perdamos  
sin asiento, de paso; ¡mas recógenos  
y con tus manos lleva nuestras almas  
al silo de tu Padre, y allí aguarden  
el día que haga pan del Universo,  
yeldado por tu cuerpo, y alimento  
con él sus últimas eternidades!  
Avanzamos, Señor, menesterosos,  
las almas en guñapos harapientos,  
cual bálago en las eras –remolino  
cuando sopla sobre él la ventolera–,  
apiñados por tromba tempestuosa  
de arrecidas negruras; ¡haz que brille  
tu blancura, ¡albegue de la bóveda  
de la infinita casa de tu Padre  
–hogar de eternidad–, sobre el sendero  
de nuestra marcha y esperanza sólida  
sobre nosotros mientras haya Dios!  
De pie y con los brazos bien abiertos  
y extendida la diestra a no secarse,  
haznos cruzar la vida pedregosa  
–repecho de Calvario– sostenidos  
del deber por los clavos, y muramos  
de pie, cual Tú, y abiertos bien de brazos,  
y como Tú, subamos a la gloria  
de pie, para que Dios de pie nos hable  
y con los brazos extendidos. ¡Dame,  
Señor, que cuando al fin vaya perdido  
a salir de esta noche tenebrosa  
en que soñando el corazón se acorcha,  
me entre en el claro día que no acaba,  
fijos mis ojos de tu blanco cuerpo,  
Hijo del Hombre, Humanidad completa,  
en la increada luz que nunca muere;  
mis ojos fijos en tus ojos, Cristo,  
mi mirada anegada en Ti, Señor!